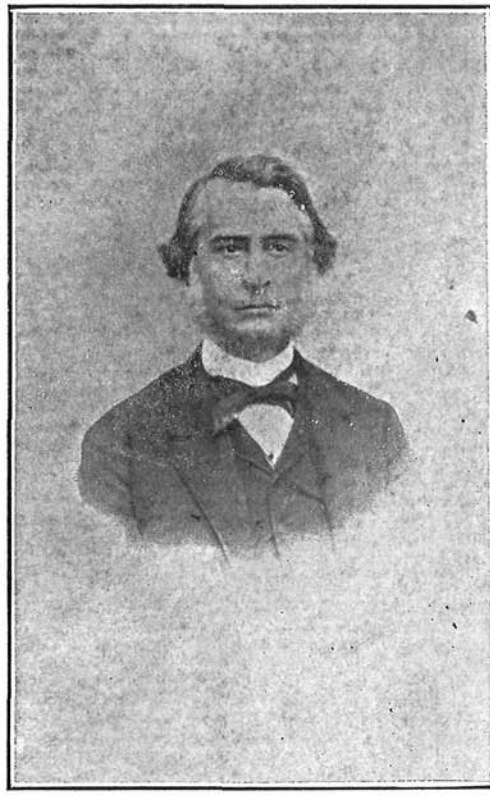
PEDRO J. GUITERAS

HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO CINCUENTA EJEMPLARES NUMERADOS. EN PAPEL ESPAÑOL DE HILO.

EJEMPLAR NUM.



PEDRO JOSÉ GUITERAS.

COLECCION DE LIBROS CUBANOS
DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ
VOL. I.

HISTORIA
DE LA
ISLA DE CUBA

POR

PEDRO JOSE GUITERAS

SEGUNDA EDICION
CON CORRECCIONES INEDITAS POR EL AUTOR

Y UNA INTRODUCCION
POR
FERNANDO ORTIZ

TOMO I.

CULTURAL, S. A.
LA MODERNA POESIA — PI Y MARGALL, 135
LIBRERIA CERVANTES — AV. DE ITALIA, 62
HABANA
1927

IMPRENTA DE CULTURAL, S. A. - PI Y MARGALL, 135. - HABANA

INDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN por Fernando Ortiz..... I
PRÓLOGO del autor..... 1

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.—Descripción geográfica de Cuba..... 9
„ II.—Topografía de la Isla..... 23
„ III.—Clima y producciones..... 39
„ IV.—Carácter y costumbres de los cibuneyes 51
„ V.—Agricultura e Industria..... 63
„ VI.—Gobierno y Religión..... 73
„ VII.—Continúa el mismo asunto..... 81

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.—Comercio de los europeos en la India.—Descubrimiento de los portugueses en el Africa.—Planes de Colón sobre navegar a la India por Occidente. —La reina Isabel de Castilla, acoge las ideas de Colón..... 93
„ II.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.... 105
„ III.—Colón visita las costas de Cuba, desde la punta de Maternillo hasta el cabo Maisí 117
„ IV.—Colón funda en Haití la primera colonia cristiana de América.—Su vuelta a España..... 133

Págs.

CAPÍTULO V.—Recepción de Colón en la Corte.—Favor de los Reyes Católicos.—Cuestiones con Portugal..... 139

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I.—Segundo viaje de Colón a América.—Ruina de la Colonia Navidad.—Fundación de la Isabela..... 153

„ II.—Exploración de la costa meridional de Cuba.—Descubrimiento de Jamaica... 159

„ III.—Prosigue la exploración de las costas cubanas 167

„ IV.—Continúa el mismo asunto..... 175

„ V.—Llega Colón a la ensenada de Cortes.—Descubre la Isla de Pinos.—Emprende la vuelta a Haití..... 187

„ VI.—Bojea Colón a Jamaica.—Llega a la ciudad de la Isabel.—Regresa a España 197

„ VII.—Tercero y cuarto viaje de Colón.—Descubre las costas de Paria.—Principio de sus desgracias..... 203

„ VIII.—Colón no halla favor en la Corte.—Su enfermedad y su muerte..... 213

„ IX.—Progreso de los descubrimientos en América.—Sebastián de Ocampo bojea la Isla de Cuba..... 221

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I.—Progreso de las conquistas europeas en América.—Expedición contra Cuba... 239

„ II.—Estado de la Isla.—Emigraciones de Haití.—El cacique Hatuey..... 249

„ III.—Conquista de la provincia de Maisí.—Muerte de Hatuey.—Fundación de Baracoa, primera capital de Cuba..... 257

Págs.

CAPÍTULO IV.—Velázquez envía al Capitán Pánfilo de Narváez a la provincia de Bayamo.—Concluye la conquista de la Isla..... 265

" V.—Velázquez funda las villas de Trinidad, Sancti-Spíritus, Bayamo, Santiago y Puerto Príncipe.—Progreso de la colonización 281

" VI.—Planes de Velázquez para descubrir al Occidente.—Hace a Santiago capital de la Isla.—Funda la villa de la Habana.—Su traslación al puerto de Carenas.—Descubrimiento de Méjico.—Expediciones de Cortés y Narváez.—Muerte de Velázquez..... 289

INTRODUCCION

INTRODUCCION
BIOBIBLIOGRAFICA

Al iniciar con la *Historia de la Isla de Cuba* debida a la pluma del patriota Pedro J. Guiteras, la *Colección de Libros Cubanos*, cuya dirección nos confía la respetable casa editora "Cultural" de la Habana, nos creemos obligados a redactar unas páginas que precedan su texto, como para justificar, lo que nos parece harto fácil, la elección que se ha hecho de dicha historia para encabezar con ella la serie de volúmenes escritos por cubanos o sobre Cuba, que habrán de componer la colección bibliófila que así comienza.

Creemos que una biblioteca cubana, que aspira a recoger del olvido las más valiosas producciones de la mentalidad criolla y los escritos sobre los temas cubanos de más interés, debe iniciarse con una historia de Cuba, que ofrezca al lector el panorama general de la evolución de nuestra patria en relación al cual habrán de poder valorizarse después las otras obras que vayan publicándose, así de carácter histórico como literario o científico.

La *Historia de la Isla de Cuba* por Pedro José Guiteras, que hoy se reproduce, no comprende sino hasta el gobierno del capitán general Tacón, en 1838. Puede decirse que toda la gestación libertadora queda fuera de su campo, pues al cesar aquel gobernante en su mando aun no

había tremolado la bandera tricolor de la estrella solitaria.

Pero no existe otra historia de Cuba, que, como la de Guiteras, pueda representar mejor el ideario cubano de su época, constituyendo un fuerte alegato por la libertad de esta nación.

Escrita y publicada la obra en los Estados Unidos (1865-66), su autor pudo, sin duda, pues los conocía íntimamente, tratar los acontecimientos posteriores a Tacón, y analizar completamente aquellos trascendentalísimos sucesos que ya se habían producido en Cuba, tales como las invasiones de Narciso López, que ya enrojecían su historia y señalaban el advenimiento de una joven nación en el mundo americano; pero Guiteras debió de temer que se extendieran su narración y comentarios hasta los sucesos de los tiempos últimos, porque su contemporaneidad, unida a la acritud y dolor con que inevitablemente habrían de ser narrados muchos de ellos, serían motivo de que el extranjero que leyera el libro llegara a juzgarlo acaso como poco veraz y turbado por la pasión política, y de que aquél no pudiera circular en Cuba, como su autor deseaba, para influir en el pensamiento de su juventud.

No estuvo desacertado Guiteras en sus temores, pues, aun sin comprender su historia la relación de los años más sangrientos y recientes, el gobierno colonial, que permitió la circulación del primer tomo, publicado separadamente en 1865, prohibió un año más tarde la entrada en Cuba del segundo, por razón de los juicios contenidos en él contra las instituciones y actitudes políticas de los gobiernos absolutistas de Cuba en el primer tercio del siglo XIX.

Esta circunstancia acrecienta el valor de esta nueva edición que se presenta de la *Historia de la Isla de Cuba,* de Pedro J. Guiteras, pues tan raros fueron los ejemplares que clandestinamente llegaron al país y pudieron salvarse de la censura gubernativa, conservados hoy por unos pocos afortunados bibliófilos, que el segundo volumen de la primera edición, que comprende desde la conquista de la Habana por los ingleses (1762) hasta Tacón (1838), puede considerarse aún como casi inédito.

La primera edición de esta obra fué publicada con el título de *Historia de la Isla de Cuba,* por los editores Jorge R. Lockwood, 411 Broadway, y F. W. Christern, 763 Broadway, ambos de Nueva York; con los tipos de John F. Trow & Co. en 50 Greene St. en la misma ciudad, y gracias a la generosidad del cubano Joaquín M. Delgado, quien, él solo, cubrió la suscripción con que Guiteras se proponía reunir los fondos necesarios para sufragar el costo de la edición.

Digamos, además, que esa primera edición de la obra, toda ella, fué objeto de enmiendas y adiciones por su propio autor, quien al morir dejó preparados los originales para publicar una edición segunda, que es la que hoy se estampa, alcanzándole la muerte sin que pudiera realizar su deseo.

Esta segunda edición aparece fechada por su autor en el manuscrito así: "Baltimore, 1882 y 1883".

Guiteras, al preparar la segunda edición, alteró el título primitivo de su obra, denominándola *Historia de Cuba,* según puede verse en los originales que se conservan en la Bi-

blioteca Nacional, de la Habana, a la que hoy pertenecen. Sin duda, avanzado como ya estaba el proceso histórico de la nacionalidad cubana, Guiteras creyó mejor prescindir del apelativo *isla*, tan común entonces y aún persistente en España, expresivo sólo de un carácter geográfico de Cuba; si bien no atrevióse a emplear el adjetivo *general*, aplicado entonces a las historias de carácter nacional o de países con personalidad política propia.

En cuanto a su valor literario, la historia cubana de Guiteras está escrita con estilo pulcro y elegante para gustar, clara y bien trabada en sus juicios para convencer. Porque la obra en cuestión fué escrita para *enseñar* a los cubanos y extranjeros, como el autor confiesa, las vicisitudes de su patria y la justicia de sus anhelos.

Guiteras sacó a la luz hechos olvidados, que sus antecesores creyeron infecundos o sobradamente significativos; llevó los estudios históricos de Cuba más allá de la simple crónica externa de acontecimientos a menudo intrascendentes, o como ahora podría decirse con Spengler, *ahistóricos* o faltos de historicidad, y por primera vez en la historiografía cubana se enlazó intimamente el desarrollo de nuestro pueblo con el resto de la vida mundial.

Sus propósitos didácticos bien se descubren, además, por el cuidado con que el autor aduce testimonios para probar la realidad de ciertos hechos o el valor de su interpretación, por él concebida como justa. Especialmente cuando se trata de los aspectos más candentes del absolutismo colonial, procura acompañar sus comentarios de los ya formulados a fuer de imparciales por publicistas o estadistas metropolitanos.

Guiteras está orientado por el iluminismo del siglo XVIII, que a través de la primera semicenturia siguiente se tradujo en el racionalismo inspirador de todos los impulsos liberales de la época, así los de España hasta dar con la revolución septembrina que quiso plasmar la república española, como los de Cuba hasta alcanzar la revolución secesionista de los diez años, de cuya gestación la obra histórica de Guiteras fué uno de los nutrimientos intelectuales. El historiador cubano se apoya en las llamadas leyes naturales y en el derecho, que también se llamó natural, para alzarse sobre los sucesos cubanos y denunciar el desvío de aquellas leyes y la indefectible catástrofe que habría de seguirse si aquéllas seguían olvidadas. A la luz de la ciencia contemporánea, la historia de Guiteras parecerá algo literaria, desprovista como estaba del inmenso instrumental científico que tiene hoy a su disposición el historiador, merced a los adelantos y descubrimientos humanistas, como son los representados por la etnografía, la sociología, la economía y la psicología; pero la obra responde a las exigencias ideológicas de su época diecinuevesca, por lo que fué acogida con fruición por el liberalismo cubano de aquel entonces.

Otras historias se escribieron sobre Cuba y alcanzaron más boga, amparadas como estaban por la tolerancia o el apoyo oficial, otras fueron recibidas con mayor entusiasmo por la opinión separatista de Cuba; de "clara y serena, aunque *fría*" la tildó Manuel Sanguily; pero no creemos que los cubanos podamos presentar otra historia que más sirviera a la cultura patria, sin perjuicio de su valimiento ante la musas y de

su objetiva pureza de juicio ante la más desapasionada Clio.

Hoy tenemos, sin duda, que rectificar en ella algunas exposiciones y comentarios. En particular, la protohistoria de Cuba y su civilización antecolombina necesitan una nueva remodelación, pues aún se aceptan con sentido literal las crónicas de la conquista y sus visiones casi medioevales; la vida económica cubana hasta Carlos III y su estructuración, casi toda ella extralegal, sobre el comercio intérlope, está por analizar en sus trascendencias; los sacudimientos del nacionalismo insular, desde su cuna en las Sociedades Económicas de Amigos del País hasta las convulsiones sanguíferas de los días de Guiteras, deberán pronto ser iluminados, acercándolos más a las coetáneas corrientes del pensamiento humano y a los accidentes de la economía mundial; pero Guiteras fijó noble y virilmente en su *Historia de Cuba* el ideario cubano de su tiempo acerca de la patria y sus factores pretéritos, como antevidencia y propulsión de los venideros. Más no puede serle exigido. Su obra, además, fué y es todavía muy valiosa por su propia riqueza histórica, que incorporó a la conciencia cubana conceptos definitivos acerca de su pasado, y por ser vivo ejemplo de esa ideación patriótica y serenamente tesonera y leal, tan olvidada después, ora en tiempos de inflamadas exaltaciones por la refriega que encendía los ánimos, ora en días de avillanamiento plebeyuno y mentalidades desvirilizadas.

* * *

El historiador Pedro José Patricio Guiteras y Font, nació en Matanzas el 17 de marzo de 1814 (1), el mismo año que en Camagüey veía la luz la Avellaneda, y, también en Matanzas, el poeta Milanés (2).

Los padres de Guiteras fueron dos catalanes, Don Ramón Guiteras y Molins (natural de Canet de Mar, Gerona) y Doña Gertrudis Font y Xiqués (hija de Barcelona), de los muchos hijos de Cataluña que en aquellos tiempos se adineraron en Cuba y manifestaron sus simpatías por los mejoramientos liberales.

Muy pocos meses después de nacido su hijo Pedro, con éste y sus dos hermanitos, Ramón y Juan, embarcó el matrimonio Guiteras para su tierra nativa, pensando desarraigarse de Cuba y retornar al Principado a disfrutar las placideces de una vida acomodada; mas no pudieron sufrir el ambiente de la reacción absolutista con la vuelta a España de Fernando VII, y a los dos o tres años se reinstalaron definitivamente en Matanzas, reincorporándose a la sociedad cubana y asegurando a ésta para siempre el valor y esfuerzo de sus hijos, que tanto habían de hacer por su progreso.

Después de su regreso nacieron, también en la bella ciudad de los dos ríos, Antonio y Eu-

(1) Libro 11 de Bautismos de Españoles de la Iglesia parroquial de San Carlos de Matanzas, foja 42.

(2) Las notas biográficas de esta introducción han sido acopiadas principalmente de las escritas por la hija del biografiado, la Sra. Doña Blanca Guiteras de Hoskins. (*La Habana Literaria,* 15 de julio, 1892), y por el favor del erudito escritor matancero, Sr. José Augusto Escoto, que generosamente nos ha obsequiado con nutridos datos.

sebio, y una hembra, hermanos de nuestro biografiado Pedro. Se cuenta que Don Ramón fué dignísimo tronco de tan ilustre estirpe, por su vigor moral, enemigo del comercio de bozales, tan productivo a la sazón, y árbitro frecuente y único de importantes litigios en el comercio matancero. Murió en 1829.

Matanzas fué en aquella época llamada con razón "Atenas de Cuba". Centro entonces de la industria azucarera y residencia de la aristocracia de terratenientes y esclavistas que aquélla produjo, su riqueza pudo prolongarse en varias generaciones, lo que permitió la alta educación en el extranjero de sus hijos ricos y el incremento por éstos de la cultura vernácula, imbuídos como estaban de las ideas que los enciclopedistas, las revoluciones y las acometividades napoleónicas expandieron por el mundo blanco y sus colonias (1). Y la familia de *los Guiteras* ha sido una de las más floridas ramas de aquel patriciado cubano, de humilde estirpe y nobles esperanzas (2).

---

(1) Puede estudiarse un vivo cuadro de lo que era Matanzas en la época en que brillaron *los Guiteras,* en las *Memorias de Lola María,* que con el título de *¡Aquellos Tiempos!* publica la Sra. María D. Ximeno, de Escoto, llenas de verdad, colorido e ingenua emoción, en la *Revista Bimestre Cubana,* y de las que ya se ha editado el primer tomo (1927).

(2) Del tronco de *los Guiteras* podemos citar como los más notables, casi todos publicistas, a los siguientes:

Antonio Guiteras (1819-1901), hermano de Pedro, escritor consagrado al magisterio, acaso la personalidad más culminante en la pedagogía de Cuba colonial, después de *Don Pepe;* traductor de *La Eneida.*

Eusebio Guiteras (1823-93), hermano de los anteriores, escritor, pedagogo, autor de libros didácticos y literarios,

Pedro J. Guiteras comenzó a educarse en la escuela matancera del maestro Don Ambrosio González y ya en 1825 obtenía un premio escolar de distinción por su aprovechamiento en aquel centro instructivo, donde fué condiscípulo de los hermanos José Jacinto y Federico Milanés, José María y Nicolás de Cárdenas, Pío Campuzano y otros que llegaron a ser escritores de nota. Ambrosio González fué maestro modesto, pero neófilo; introdujo en Matanzas la enseñanza de la constitución política y la geografía astronómica copernicana; y debió de impresionar, sin

---

poeta y patriota perseguido. (Véase RAMÓN MEZA, *Eusebio Guiteras*, Habana, 1908). Su lema fué, según Raimundo Cabrera: "Cuba no será feliz hasta que se hayan sostenido muchas escuelas. ¡Eduquen, eduquen!"

Juan Guiteras (1852-1925). Hijo de Eusebio, médico, profesor de las universidades de Charleston (1884-88), Filadelfia (1888-89), y de la Habana (1900-1921). Colaborador del genial Finlay y de la campaña para la supresión de la fiebre amarilla en Cuba; descubridor de la *filaria Bancroft* en los Estados Unidos y autor de numerosas obras de patología y terapéutica tropicales, ex secretario de Sanidad y Beneficencia de la República, autor de poesías patrióticas.

Laura Guiteras (18....), hija de Eusebio, y su biógrafa.

Ramón Guiteras, (1860), hijo de Ramón, nacido en Rhode Island, médico, profesor de la cátedra de vías genitourinarias en la universidad de Nueva York y publicista de renombre en su especialidad terapéutica.

José Ramón Guiteras y Gener. (1853-70). Hijo de Antonio. Fusilado por patriota a los 17 años de edad en Matanzas, su patria, el 11 de junio de 1870.

"*Los Guiteras* se han distinguido tanto porque después de haber viajado mucho, observando las costumbres y las instituciones de otros países, y de haber atesorado una instrucción poco común, buscaron en la enseñanza el medio de ser útiles a su patria", como sintetiza atinadamente Anselmo Suárez y Romero.

duda, la mente infantil de Guiteras, que tan hijo de su tiempo y progresista hubo de mostrarse en su vida.

No pudo sustraerse Guiteras a la seducción castalia y él y sus adolescentes compañeros entraron en intimidades con las letras, dirigidos por José Jacinto Milanés, que ya producía entonces bocetos dramáticos. Dice Calcagno que el primer escrito encomiable de Guiteras fué una crítica a una comedia de Pío Campuzano.

Esta composición crítica de la comedia en tres actos y en verso, titulada *El Capítulo* (1), fué publicada el 2 de enero de 1849 por la *Aurora de Matanzas*. Guiteras realza en su escrito el atraso de la instrucción en Cuba, especialmente en cuanto a la mujer, y señala con tino los defectos de la obra teatral, encomia el carácter de la mulata costurera que aparece en la comedia, y concluye recomendándola a la juventud como "una de las pocas clásicas que tenemos y quizá la primera buena que se ha publicado en el género de costumbres cubanas".

Nuestro historiador también compuso entonces una oda plañidera a la muerte de su padre, imitando la titulada *En la Ascensión*, de Fray Luis de León, y otra poesía al fallecimiento de su hermano Juan, el año 1833, durante los aflictivos rigores de la epidemia colérica. Pero nuestro incipiente poeta abandonó el verso y se votó a los prosistas clásicos, con preferencia a Cervantes, Hurtado de Mendoza, P. Mariana y Jovellanos. A éstos debió sus cualidades más valiosas: observación analítica y verista, elegan-

(1) No *El Capitán*, como se dice en el *Diccionario* de Calcagno.

cia en el verbo, dignidad en el pensamiento, civismo en el propósito, independencia en el criterio, amplitud en la visión...

Guiteras estudió humanidades elementales en Matanzas con el literato Don Francisco Guerra Bethencourt, ciencias naturales en la Habana con el profesor Don Francisco Campos, y matemáticas con el célebre catedrático francés Don Pedro Alejandro Auber.

A los 21 años, por motivos de salud y deseoso de completar sus estudios, fué a Sevilla, cuya universidad era en los primeros tercios del siglo XIX la preferida de los cubanos que se expatriaban por ansia de enseñanzas que aquí no tenían.

En el verano de 1833, el joven estudiante conoció a José Antonio Saco, el primer cerebro de Cuba, hospedados ambos en la "Posada de las Diligencias", y desde entonces fué estrecho el trato de Guiteras con el eximio bayamés. Viajó con él, con él pasó los días tenebrosos en que los *progresistas* metropolitanos de la restauración privaron a Cuba de la representación política en Cortes, que le habían respetado los gobiernos despóticos y liberales anteriores, y más tarde, en París (1852), fué prolongada la intimidad de ambos grandes patricios cubanos.

El progresismo, que cerró la universidad madrileña en 1836, cerró a la vez para el joven Guiteras el camino de su aspiración a estudiar jurisprudencia y decidió por fortuna de su vida, privándolo de frecuentar los laberintos judiciales y perderse en las forzadas logomaquias forenses, y entregándolo definitivamente a los puros amores de las letras históricas. Cuando en 1837 regresó Guiteras a la Habana, templado

por el influjo de Saco y el trato de Quintana, Larra, Bretón de los Herreros, Lista y otros ingenios de la Corte, era guiado ya por una mente orientada y firme. Su llegada a la Habana fué su primer choque con la tiranía. El general Tacón le prohibió su desembarco por imputarle coautoría o complicidad en una supuesta conspiración de Saco, tramada en la Corte para independizar a Cuba. A estos acontecimientos, que dejaron honda huella en su ánimo, se refiere Guiteras al final de su *Historia de la Isla de Cuba.* Estas fueron sus bodas con la patria, de la cual fué fiel enamorado y servidor hasta morir.

En su Matanzas, Guiteras trabajó en pro de la ilustración popular en la Sección de Educación de la Diputación matancera de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la fundación del famoso colegio de varones "La Empresa", y en las propagandas que determinaron la organización del partido liberal cubano. El colegio *La Empresa*, fundado y dirigido por *los Guiteras*, y del que Pedro José fué positivo animador, llegó a ser, al decir del ínclito José de la Luz y Caballero, "el mejor de España y sus dominios", según recuerda F. Calcagno en su *Diccionario biográfico Cubano* (1).

El año 1840 casó nuestro historiador con la joven matancera, también de estirpe catalana, Doña Rosa Gener, sobrina del ilustre Don Tomás Gener, presidente que fué de las Cortes de España en 1832, la que falleció cuatro años después de su enlace con Guiteras.

---

(1) Pueden verse detalles en MANUEL VALDÉS RODRÍGUEZ. *"La Empresa"* y *los Guiteras.* En *La Instrucción Primaria.* Habana, 25 septiembre 1902.

Recordemos que tres hermanos Guiteras (Pedro, Antonio y Eusebio) casaron con tres hermanas Gener (respectivamente, con Rosa, Teresa y Josefa).

En él desempeño de los negocios familiares y en las observaciones de la atormentada vida cubana, sintió Guiteras la necesidad de dar cultura a la mujer para asegurar el progreso nacional, y sobre ese tema escribió un discurso para los Juegos Florales de 1847 del Liceo de la Habana, titulado: *Influencia de la mujer en la sociedad cubana, el estado de su educación y los medios de mejorarla y extenderla.*

Este discurso, de estilo correctísimo y terso, es una breve pero muy razonada invectiva contra el sistema de enseñanza que en aquella época imperaba aquí para la mujer, y fué publicado por *Aurora de Matanzas.* A su final, encomia Guiteras a Matanzas "la primera y única ciudad cubana" donde se ensayaba la creación y funcionamiento de escuelas femeninas, de carácter exclusivamente privado, sostenidas por sociedades anónimas de vecinos, padres de familia. El plantel docente matancero a que Guiteras se refiere fué el que con el título de "Empresa y Colegio de Niñas Santa Teresa de Jesús", y para "proporcionar a aquéllas una instrucción primaria sólida, que habituándolas a pensar y analizar facilite a su entendimiento y a su corazón todos los auxilios que concurren a formar una educación intelectual y moral", fundóse en Matanzas, el año 1847, por *los Guiteras* y otros accionistas de tan arraigados apellidos en la urbe bifluvial, como los de Ventosa, Ximeno, Campuzano, Gener, Angulo, Carbonell, Torriente, Betancourt, Baró, Capó, Jenckes, Lamar, etc. Los

reglmentos (1), administrativos y pedagógicos, están firmados por el popular costumbrista vueltabajero, entonces vecino de Matanzas, Luis Victoriano Betancourt, y por Pedro J. Guiteras, éste como vicesecretario. Este colegio no alcanzó, sin embargo, resultados tan satisfactorios como los obtenidos por el otro colegio *La Empresa,* debido asimismo al celo cívico de *los Guiteras.*

De esta época es tambien su *Discurso sobre educación moral y religiosa en Cuba.*

Este discurso (2) desarrolla valientemente estos temas: 1º, el verdadero lugar de la educacion moral y religiosa es la casa paterna; 2º, la madre cubana por falta de instrucción y la presencia doméstica de la servidumbre africana, no puede llenar hoy (1848) este deber social; 3º, es preciso trasladar a las escuelas aquella educación en tanto que las madres no puedan desempeñarla; 4º, modos de lograrlo. Las reflexiones de P. J. Guiteras en 1848 eran tristes, y algunas de sus lamentaciones no carecen de actualidad.

Decía así el pedagogo patriota:

"Esta falta de armonía en el sistema general de la educación doméstica y en la enseñanza que se da por lo común en las escuelas primarias a nuestra juventud, es lo que imprime un carácter irregular a las costumbres públicas, cuyas consecuencias lamentamos todos cada día. Descuidada la educación religiosa, base de la primera, y reducida al simple mecanismo de una indiferente asistencia a los ritos y ceremonias de la Iglesia; y desatendido

(1) *Reglamentos de la Empresa y Colegio de niñas Santa Teresa de Jesús.* Matanzas, 1847.

(2) Matanzas, 1848, ps. 20.

el principal elemento de la segunda, que estriba en el ejercicio de las facultades intelectuales por medio de un sistema de explicación y mutua enseñanza en todos los ramos que la constituyen, la mayor parte de nuestra juventud entra en la vida pública sin el freno más poderoso de la conciencia y sin la guía más eficaz para dirigir sus acciones a su felicidad particular y al bienestar común. Así la vemos, ignorante e indolente, salvar primero los más bellos y útiles años de su existencia sin ideas de porvenir, y entregada a inclinaciones viciosas, dominada por torpes e insensatas pasiones, malgastar después el patrimonio adquirido con tantos afanes y privaciones por los autores olvidados de sus días; y al fin, vagando unos en la ociosidad y la miseria, y otros, gastadas sus fuerzas físicas y degradada su razón, arrastrados al abismo de la corrupción, y envueltos en necias y torpes disputas y divididos por pleitos dispendiosos con escándalo de vínculos de la amistad y de la sangre y con mengua y menosprecio de la paz y respeto público. La patria ve con dolor huídas las artes de su suelo, lamenta en vano el atraso vergonzoso de la industria y clama inútilmente porque la luz de la ilustración despierte e ilumine la mente de sus hijos en las verdades de las ciencias para que desarrollen las infinitas riquezas naturales con que les brinda a cada paso y por todas partes, ya en la templanza de un clima eternamente primaveral, ya en la fertilidad de la tierra y en la innumerable variedad de sus ricas producciones, ya en la envidiable posición geográfica que ocupa, con cien ríos y puertos que al norte y sur de sus costas convidan al comercio y favorecen la civilización.''

Entre las medidas pedagógicas que preconizaba Guiteras estaba la creación en la Habana y por la Sociedad Económica de Amigos del País, de una escuela normal para maestros y maestras, dedicados a la enseñanza de niñas. En este discurso palpita, como en toda obra de Guiteras, la emoción del amor a la enseñanza y del celo apostólico.

En esos mismos tiempos debió P. J. Guiteras de escribir o iniciar un *Diccionario bibliográfico americano*, que el eruditísimo bibliógra-

fo Carlos M. Trelles cita como de 1848, aunque infortunadamente inédito.

Con el gobierno del capitán general O'Donnell. los cubanos siguieron viviendo muy aciagos días y Matanzas presenció el martirio de numerosos patriotas con motivo de la llamada *conspiración de la escalera*, que llevó a la tortura y a la muerte al poeta *Plácido* y a otros hijos de Cuba. De esa persecución, tan villanamente criminal que el propio general O'Donnell tuvo que formar consejo de guerra al fiscal instructor de la causa, degradarlo y enviarlo a presidio, Pedro J. Guiteras fué una de las víctimas. El había firmado con los más distinguidos vecinos de Matanzas una exposición elevada al capitán general de la isla, pidiendo la abolición de la trata, a tenor de los tratados internacionales, que las autoridades coloniales no cumplían por sus crasos provechos en el encubrimiento del contrabando negrero. El prevaricador fiscal acusó a Guiteras con un atestado apócrifo que le imputaba haber dicho que la campaña abolicionista no era sino anticipación de un plan independizador. Más de medio año estuvo preso nuestro historiógrafo en el castillo del Morro de la Habana, pero fué declarado inocente.

Las meditaciones de la mazmorra encendieron más y más su espíritu cívico. Su hija Blanca narra concisamente las actividades paternas:

"Esta desgracia no entibió su ardor patriótico: continuó favoreciendo los proyectos de reformas políticas; publicó en los periódicos varios trabajos literarios; escribió dos discursos recomendando la educación pública y las mejoras de que era susceptible, que fueron premiados por el Liceo de la Habana en sus Juegos Florales, fundó por acciones entre varios vecinos el colegio de niñas "Santa Teresa de Jesús"; tuvo en su casa la tertulia literaria de

que habla en la *Vida de Tolón,* y se vió obligado a disolverla por la malevolencia del gobernador, quien dijo más de una vez que aquellas reuniones eran un foco de revolución; desempeñó hasta su salida de Matanzas la vicepresidencia del ferrocarril de Sabanilla y reunió gran número de materiales para un diccionario bibliográfico americano, de que no llegó a escribir más que la clave, por haber vuelto a sufrir la mano de hierro del Gobierno que lo persiguió en diciembre de 1849 con una supuesta acusación de pertenecer al partido que entonces trabajaba por anexar la Isla a los Estados Unidos, y lo tuvo preso con su hermano Don Eusebio en los castillos de San Severino de Matanzas y el Morro de la Habana durante más de siete meses, al cabo de los cuales, no obstante de haber ambos hecho patentes su inocencia, fueron condenados a un año de vigilancia en Matanzas, y al pago de las costas del sumario, ascendentes a cerca de dos mil pesos.

"Nunca se ha podido descubrir la verdadera causa de semejante procedimiento. Guiteras pertenecía al partido reformador puro, que aceptaba como base de su política la integridad nacional; y esto era sabido así de sus compatriotas como de los peninsulares residentes en Matanzas. El ha creído siempre que su desgracia le sobrevino de una predisposición del general Roncali, entonces jefe superior de la isla, contra sus opiniones maliciosamente interpretadas."

Parece, pues, no ser cierto, como asegura la famosa y generalmente bien informada *Enciclopedia Universal Ilustrada,* de *Espasa,* que Guiteras, en 1849, sufriera algunos meses de prisión por haber tomado parte con su hermano Eusebio en la insurrección de Narciso López, siendo la razón más convincente para demostrarlo, la de recordar que el golpe insurgente de este general fué el año 1850. Ni cuando realmente se dió el ataque a Cárdenas, el 19 de mayo de 1850, Guiteras participó en él, pues debía permanecer en prisión, según el relato sucinto de su hija; ni puede asegurarse tampoco que colaborara en la conspiración de la *Unión de la Rosa Cubana.* Guiteras parece haber seguido siempre de cerca

el pensamiento de Saco, ajeno a aquellas conmociones.

La persecución severa, tanto que se le prohibió aspirar el aire libre fuera del calabozo hasta en los días de la epidemia colérica, quebrantó su salud, y una vez libertado salió de Cuba a respirar mejor.

En Europa recorrió Inglaterra, Francia, Italia, Suiza, Alemania y Bélgica quedándose en Londres donde moró hasta fines de 1853. Allí publicó su obra, sin nombre de autor, titulada *Cuba y su gobierno.*

Esta publicación (Londres, Imp. de Wood, 1853, en 8º M) solamente comprende unas 142 páginas, conteniendo un bosquejo del origen y progreso de la civilización cubana, agudos comentarios a los gobiernos despóticos de los generales Tacón y Concha, y consideraciones acerca de las ideas separatistas y anexionistas, que en aquel entonces dividían a los cubanos anhelosos de cambiar de régimen político.

En 1853 pasó Guiteras a los Estados Unidos de América, donde había de vivir continuamente hasta su muerte, salvo unos breves viajes a Cuba y a París.

Guiteras, a partir de 1853, vivió tres años en Filadelfia, pero reveses de fortuna le obligaron a reducirse a muy humilde vida, trasladándose sucesivamente a los pueblos de Warren y Bristol, en el Estado de Rhode Island, donde vivía entonces su hermano Ramón y donde Pedro permaneció durante catorce años, apenas interrumpidos por dos breves excursiones invernales a Matanzas, en los años de 1866 y 1868.

En Filadelfia, donde a la razón residía su hermano Eusebio, publicó Pedro J. Guiteras su

Historia de la Conquista de la Habana (1762). (Parry and Mac Millan, 1856, en 8º M., 188 págs.) libro en el que por primera vez se dió el relieve debido no sólo a los acontecimientos bélicos y políticos de la dominación británica en la Habana durante los años 1762 y 1763, sino a la trascendencia económica para Cuba de un régimen de libertad mercantil, opuesto al secular y erróneo monopolio de su comercio por los mercaderes hispanos.

En Rhode Island fué donde compuso nuestro historiógrafo su *Historia de la Isla de Cuba* (1865 1866). La penuria que lo afligía entonces realza el esfuerzo que tuvo que realizar el autor para redactarla y lograr darla a la luz. De unas cartas íntimas de Carlota Milanés, entonces en Nueva York con su hermano Federico para hacer una edición de las obras del célebre José Jacinto Milanés, fechadas el 28 de septiembre y el cinco de octubre de 1865, tomamos estos párrafos que revelan interesantes trazos del carácter del biografiado, de sus vicisitudes y de la edición de su Historia de Cuba.

"...*está Pedro desconocido, pero desconocido en sentido favorable para él.* Tiene 20 años menos, ¡qué grueso, qué colorado y qué bien el beneficio que él ha recibido con su mudada aquí! Si Pedro se hubiera quedado en Cuba, hace años que hubiera muerto; él mismo nos dijo: "Cuando salí de Cuba hace 17 años era un cadáver". El carácter es el mismo, siempre tan risueño y tan chancero. El domingo volvió y viene todos los días; anoche estuvo y nos dice que vendrá todos los días, mientras esté en Nueva York, que será por una semana. En casa de Troy, que es donde imprimen las poesías de Pepe, le han concluído ahora el 1er. tomo de su Historia de la Isla de Cuba; me dijo que con el producto del tomo 1º imprimirá el 2º La Historia de la Isla de Cuba está dedicada a Joaquín Delgado, cosa muy justa, pues con las sesenta onzas que le

mandó por un ejemplar, paga Pedro la impresión. Ya hubiera muchos que tuvieran tanto entusiasmo por las cosas de su país, como el que ha demostrado Joaquín en esta ocasión." "Pedro Guiteras nos ha traído el primer tomo de la obra que ha impreso sobre la Isla de Cuba; está bien impreso y buen tamaño el volumen, el segundo lo imprimirá con el producto del primero. Miguel Delmonte, el hijo de Domingo, que está aquí, le ha dado por un ejemplar cien pesos; él, según nos dijo, está contento con lo que va vendiendo; un doblón de a cuatro es el precio del tomo."

El éxito que tuvo su *Historia* lo movió a preparar otra obra titulada *Vida de poetas cubanos*, que no fué publicada y se conserva inédita en la Biblioteca Nacional de la Habana. De esta obra, comenzada en Bristol y terminada en Washington, que bien debiera haber sido ya editada, han sido publicados nueve de sus trece capítulos, o sean las biografías de Domingo del Monte, José J. Milanés, Plácido, Palma, Miguel T. Tolón y Joaquín L. Luaces, en las revistas "Mundo Nuevo" y "América Ilustrada" de Nueva York (1873-1875); y las dedicadas a Manuel de Zequeira y Arango, José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda en la "Revista de Cuba" de la Habana. En esta obra, Guiteras hace gala de erudición directa y de gusto crítico y depurado, pero puede afirmarse que el autor se propuso principalmente con estas *Vidas* hacer obra cívica de estímulo patriótico y estético, ofreciendo a sus compatriotas ejemplos y enseñanzas.

Toda la obra de Pedro J. Guiteras fué eminentemente didáctica, así la consagrada directamente a la pedagogía en el colegio *La Empresa*, como todos sus libros, dirigidos a la instrucción de su pueblo. "¡Eduquen, eduquen!", fué el lema de todos *los Guiteras*.

En octubre del año 1868, encontrábase Pedro José Guiteras en Matanzas por corta estada, prestando su esfuerzo a los cubanos que, deseosos de evitar una catástrofe ya irrefragable, clamaban por el programa de reformas políticas tan pedidas por Cuba como denegadas por la Metrópoli, de la cual eran esperadas de nuevo entonces, con tanta más razón cuando había sido derrocado el gobierno isabelino y el estallido de Yara llamaba la atención de toda España hacia el más bello florón coronario de sus viejos blasones. La *Aurora del Yumurí* contó entonces a Guiteras entre sus colaboradores. El mismo año 1868 regresó a Norte América para no ver más el sol cubano sino en el orto del escudo nacional con que los patriotas ya simbolizaban heráldicamente sus esperanzas.

En 1870 la familia de Guiteras tuvo que emigrar como consecuencia de la guerra independizadora que ardía en Cuba y fué a Filadelfia, donde el historiador yumurino la consoló en sus infortunios. De 1871 a 1876 vivió nuestro historiador en Washington, y hasta 1878 en la vecina ciudad de Baltimore.

Ese año fué a París, regresando a Baltimore en 1880.

Desde París, en 1879, terminada ya la guerra de los diez años, algunos patriotas cubanos pidieron al gobierno español la emancipación de los esclavos y entre las firmas del escrito deprecativo se contó la de Pedro J. Guiteras. Ya en París, también en 1879, redactó un estudio acerca de la renovación institucional que España debía verificar en Cuba, que anónimamente y junto con otros escritos, asimismo formulados por matanceros emigrados en Francia, constituyó el

Informe sobre las reformas políticas, sociales y económicas que deben introducirse en la Isla de Cuba, que allí fué publicado por el antiguo comerciante de Matanzas Don León Crespo de la Serna, quién lo cubrió con su nombre, prestigiado a la sazón con el título de senador del reino.

Este informe lleva la data de 18 de octubre de 1879 y redactóse para ser presentado a la Junta de Información, colaborando en él Laureano Angulo en lo referente a reformas administrativas, Rafael Padró y Oliva en cuanto a las económicas, y Pedro J. Guiteras tocante a las políticas.

Las reformas políticas preconizadas por Guiteras constituyen una de las más rectas y previsoras proposiciones de carácter autonomista, elevadas por los cubanos al gobierno de Madrid. Sus bases son: 1º Establecimiento en Cuba de un Congreso Insular bicameral, compuesto de un Consejo Provincial nombrado por las Diputaciones provinciales y una Cámara de Diputados elegida por sufragio popular, con facultades legislativas para la Isla y el derecho exclusivo de votar los impuestos y presupuestos de gastos generales; 2º Continuación del cargo de Gobernador General, nombrado por el Gobierno Supremo, de Madrid, con el derecho de sancionar las leyes del Congreso Insular o de vetarlas, no pudiendo pasar, sin embargo, sobre la revotación de una ley ya vetada, obtenida por las dos terceras partes de los miembros de cada cuerpo colegislador; 3º Provisión libre por el Gobernador General de todos los cargos públicos de Cuba, por naturales de ésta, o residentes con más de dos años en la Isla, salvo los de presidente del Congreso y los demás superiores, reserva-

dos a la Corona; 4º Conservación por el Gobierno General de sus facultades en cuanto al nombramiento de los miembros del Poder Judicial y de los eclesiásticos. Guiteras se esfuerza en demostrar que esa proyectada forma de gobierno no sería autonómica, ni precursora de la independencia, sin duda para desvirtuar suspicacias, muy vivas siempre en los políticos españoles interesados en las cuestiones de Ultramar, y más cuando acababa de extinguirse el fuego de la "guerra grande", aunque con rescoldo para la llamarada de la "guerra chiquita". Una reforma institucional autonomista, como la propuesta por Guiteras, habría sido entonces sensata política de estadistas iluminados.

El año 1885, Guiteras mudó su residencia a Washington donde vivió largamente, estimado por sus convecinos, que en el noble escritor cubano honraban a uno de los más venerables de sus pensadores patriotas, hasta que en diciembre de 1899 se trasladó en busca de clima más templado a Charleston, de cuya Escuela de Medicina su sobrino Juan fué catedrático.

En aquella ciudad carolina murió de angina de pecho, el 3 de febrero de 1890, a los 75 años, dejando por sucesoras dos hijas, llamadas Adelaida y Blanca.

Antes de morir, Pedro J. Guiteras dispuso que sus restos fuesen traídos a Cuba, donde fueron sepultados en el cementerio general de Matanzas (bóveda 3ª de Eduardo Rubiera), cinco días después de su fallecimiento (1), previas las exequias del ritual católico romano.

(1) Partida de defunción núm. 98. Libro 22 de *Entierros de blancos* de la I. Parroquial de Matanzas, fol. 354.

El gran historiador matancero vivió, pues, numerosos años en el destierro, expatriado por el régimen absolutista que imperaba en Cuba y hacía imposible la vida a quienes ansiaban libertades individuales y ciudadanas. Acaso a esta circunstancia débanse en buena parte la elocuencia y emoción que Pedro J. Guiteras llevó a muchos de sus párrafos y la alta y patriótica estima con que sus obras han sido leídas por los cubanos. *L'esilio radoppia le voci,* decía Guerrazzi.

Cuba no puede ofrecer figuras más patricias que Pedro J. Guiteras. Otros próceres habrán sido aún de más genio (Varela, Saco, por ejemplo), o de historia más realzada por el martirio (Céspedes, Martí, etc.); pero ninguno dió a su tierra una más pura vida de sabio.

FERNANDO ORTIZ.

PROLOGO

PROLOGO

El deseo de ser útiles a nuestra amada patria y mitigar los pesares de una larga ausencia, despertó en nosotros la idea de escribir su historia y nos puso la pluma en la mano, sin que fuera parte la razón a contener el arrojo de una empresa tan superior a nuestras fuerzas. El fruto de nuestros estudios abraza el extenso período, desde su descubrimiento hasta fines del gobierno de Don Miguel Tacón. Y si el éxito no correspondiese a la importancia del asunto, discúlpese nuestro atrevimiento, en gracia del sujeto que movió la voluntad.

Los que nos precedieron en este empeño (exceptuando a Urrutia, cuyo Teatro histórico no hemos visto) se contentan, por lo general, con la relación descarnada de los hechos, no siempre con el órden y claridad tan necesarios a esta clase de obras; a veces deteniéndose en describir con difusión los que no influyeron en el progreso o decadencia de nuestra sociedad, tocando a veces ligeramente los más esenciales, nunca remontándose a las causas que los originaron, siempre evitando enseñar con el examen de la razón los efectos de ellos; que es, después de la obligación de referir la verdad, en lo que debe poner

mayor cuidado el que escribe la historia, si quiere con la instrucción ilustrar la inteligencia del público.

El señor Arrate trata en la suya principalmente de la ciudad de la Habana, sus progresos e influencia en el bienestar de Cuba; Valdés tuvo más alto intento, queriendo escribir la general de la isla, y se lamenta de escasez de noticias que alentasen su buen deseo; Pezuela navegó en mares más anchos, y es el primero que, con el modesto título de Ensayo, la escribió con mayor caudal de datos y miras más elevadas; si bien, al llegar a las épocas más inmediatas a nosotros, no hace justicia al mérito del patriotismo cubano, ni dice todo lo que conviene al esclarecimiento de algunos hechos importantes.

Nosotros hemos seguido un rumbo diferente. En lugar de encerrarnos en los límites estrechos de la narración, hemos querido dar a esta obra un aliciente mayor, que haga su lectura instructiva y agradable no sólo a nuestros compatriotas, sino también a los extranjeros que tomen interés en nuestras cosas. El estado de la navegación y la náutica a fines del siglo XV, cuando ocurrió el descubrimiento de América; los progresos de su conquista, para dar a conocer el poder de España; el funesto efecto de las leyes económicas, que tanto influyó en el atraso de nuestra colonización; las guerras metropolitanas, causa de la invasión inglesa a mediados del siglo pasado, y al fin de él y principios del presente, de la independencia de ambos continentes; las reformas introducidas con motivo de estos ruidosos y trascendentales acontecimientos, nos han hecho salir muchas veces del

área patria y dilatar el pensamiento por las distintas regiones europeas, su política, su ambición, sus errores y desengaños.

Este plan y el describir sucesos que han sido omitidos, o pasado desapercibidos por los historiadores citados, nos ha inducido a presentar los autores de quienes hemos tomado las noticias, no sin el temor de parecer algunas veces minuciosos. Otras hemos observado la misma prolijidad por motivos de delicadeza, al referir las causas y efectos de ciertas medidas gubernativas. Y cuando obligados a ofrecer a los ojos del lector cuadros demasiado penosos, hemos preferido al trabajo de nuestra pluma el de los autores españoles más respetables, como una prueba de nuestra imparcialidad y del constante deseo que nos ha animado de escribir solamente para el ejemplo e instrucción del público. Así creemos haber llenado los deberes del historiador sin dejar dudas sobre nuestra veracidad y sanas intenciones.

Hemos procurado guardar con la propiedad posible la serie de los tiempos, como tan necesaria para la claridad de la narración; y en el enlace de los hechos, escollo donde naufragan la mayor parte de los historiadores, mas que a nuestra capacidad se debe el buen éxito a la poca variedad de complicaciones que presenta nuestra historia, en que unos se suceden a otros hasta su conclusión. Tenemos, sin embargo, el escrúpulo de que parezca algo larga la descripción que hacemos de la isla (particularmente a los cubanos, más familiarizados con las noticias propias) y la relación de la vida de Colón; y quizá

peque del mismo mal, la que trata de las medidas adoptadas en favor de la emancipación de los indios y la de la conquista de la Habana, que por haber sido únicos en nuestra historia y éste último origen de las reformas dictadas en lo restante del siglo pasado, nos ha parecido que debíamos extendernos en ellos y contentar la curiosidad del lector. Los que desean saberlo todo, tal vez critiquen de demasiado compendiada la época que siguió a la restauración de la Habana hasta el gobierno del general Casas; pero esto es más culpa de la aridez del asunto que nuestra, a menos que hubiésemos adoptado el plan de ocuparnos en cosas que tuvieron lugar en estas partes durante las guerras metropolitanas, poco enlazadas con nuestra historia. Lo que haya de fundamento en estos temores, si fuese motivo de estimularlo alguna pluma mejor cortada, o corregir nuestras faltas y emprender una obra más perfecta, esperamos encuentre indulgencia en el juicio del público.

No sabemos si hemos incurrido en la falta de parcialidad hacia algunos de los personajes que figuran en esta historia, o en juzgar con dureza hechos que probaron mal en épocas posteriores, vicios en que suele caer de ordinario el que refiere sucesos propios. Confesamos sinceramente haber tenido especial cuidado en huir de ellos, buscando siempre la verdad en la frecuente discordancia de los autores primitivos, y procurando presentarla en estilo claro, sencillo y natural, para ilustrar la razón sin el daño del espíritu y las pasiones humanas. En toda historia se encuentran acciones poco halagüeñas al sentimien-

to noble y delicado del amor a la patria, como que ella no es otra cosa que la relación de lo que hicieron los hombres con sus virtudes y también sus vicios, sujetos a error en todos tiempos, disculpables en los primitivos de la conquista y colonización cubana, en que los consejos del trono carecían de ilustración local, atrasada la ciencia del gobierno en Europa y dejado por fuerza el acierto al arbitrio de los gobernadores y conquistadores, animados de deseos menos cristianos que los que convenía a un sistema de gobierno estable y justo.

Es deber del historiador decir así las favorables como las adversas a la fama del país que es objeto de sus escritos, sin ningún espíritu de lisonja o vituperio; que en esta imparcialidad se guarda la virtud de ilustrar a las generaciones venideras, para que se incline el ánimo a la imitación de las primeras y lave con esfuerzos honrosos los que pudiesen haberlo deslucido y manchado las segundas. Sin este cuidado la historia no enseña ni satisface, y lo que es peor, lleva una tendencia a desmoralizar y corromper. Siempre que se nos ha presentado ocasión de aplaudir, la hemos acogido con voluntad; cuando vistos forzados a censurar hemos procurado, sin faltar a la verdad, ser breves y concisos; evitando excitar las pasiones del lector y refiriendo los hechos con más templanza que la que usaron los autores nacionales de donde han sido tomados.

Para esta historia hemos seguido a los de más autoridad entre los que escribieron la general de América y la particular de nuestra isla, y otros que han

tratado asuntos en conexión con ella. Los señores Oviedo y Herrera, Navarrete, Arrate e Irving nos han servido para la relación de los acontecimientos anteriòres a la conquista de la Habana por los ingleses; para los ocurridos desde 1762 hemos consultado a los señores Valdés y Pezuela, Beatson y Entick y el Ensayo política del barón de Humboldt. Los señores Coxe, Bancroft y Saco han sido de gran recurso para guiarnos en su estudio y apreciación, tanto en la relación de la política europea con nuestra historia, como en la particular de España y su sistema de gobierno colonial.

LIBRO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Descripción Geográfica de Cuba

Indias Occidentales y Nuevo Mundo llamaron los españoles de fines del siglo XV las tierras de este hemisferio descubiertas por Cristóbal Colón, creyendo fuesen las primeras de la India que se encontraban navegando de los mares de Europa hacia occidente, maravillados de su gran extensión y de las gentes y cosas extrañas que había traído consigo el almirante al regresar a España. (1) Poco después empezaron los geógrafos y cosmógrafos extranjeros a dar el nombre de América a la parte del continente austral que hoy forma el imperio del Brasil, entendiéndose de una carta que de su viaje a estas costas escribió Américo Vespucio que había él descubierto aquellos vastos paises, cuando un año antes que Vespucio había llegado allí Vicente Yañez Pinzón, y aún antes que éste había saludado ya Colón las costas de Paria. Siguiéronse usando indistintamente estos nombres para signi-

(1) MUÑOZ, *Historia del Nuevo Mundo*, pág. 157.

ficar el mundo occidental, y hoy, aunque conocido con todos ellos, la historia y la geografía han adoptado universalmente el de América. Así la fortuna, envidiosa de la gloria mayor que jamás alcanzó otro mortal alguno, quiso robar a Colón el justo premio de que llevase su nombre este nuevo hemisferio, para darlo, caprichosa, a un oscuro navegante (1).

Las islas del archipiélago tropical se llamaron Antillas, de la Antilla que, según Aristóteles, había sido descubierta por los cartagineses. En los tiempos de Colón revivió la memoria de esta isla, a causa de un cuento inventado por unos navegantes portugueses que se presentaron al príncipe Don Enrique asegurando haber encontrado la no menos fabulosa de las Siete Ciudades, lo cual dió ocasión a que algunos creyesen fuese ésta la misma de Aristóteles y que en los mapas de aquella época se marcase con el nombre de Antilla. Ni una ni otra parecieron nunca y de aquí, probablemente, el que al descubrir Colón las islas del Nuevo Mundo se fijase en ellas la imaginación de los hombres, asociando las tradiciones corrientes y empezasen a llamar Antilla a la de Haití, extendiéndose después el nombre a todo el grupo bañado por el mar Caribe. Las Antillas están divididas en dos secciones principales: las grandes, que comprenden Cuba, Haití, o Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico, y las pequeñas, que abrazan todas las demás

(1) Véase, al fin, *Ilustración.*

del mar Caribe. Algunos geógrafos suelen incluir en esta última sección a Puerto Rico (1).

De todo este inmenso archipiélago, la de Cuba es la más importante, así por su posición geográfica, su extensión territorial y la excelencia de sus puertos, como por el número de sus habitantes y sus adelantos en el comercio, civilización y cultura. Colocada en medio de los dos continentes que forman este hemisferio, sus playas se levantan sobre las ondas del mar, bañadas hacia el Norte por el Océano Atlántico; al Sur, por el mar de las Antillas o Caribe; al Este, por el estrecho canal que la separa de Haití y al Oeste por el golfo de Méjico, en el principio boreal de la zona tórrida, entre los 19°48'30" y los 23°12'45" de latitud y entre los 67°46'45" y los 78°39'15" de longitud occidental de Cádiz. (2) Su figura larga y angosta, a la manera de un arco cuya convexidad se extiende hacia el polo ártico, la hace a la vez por la parte del Norte vecina de la Florida, uno de los estados meridionales de la Unión Americana; por el Sur, de Yucatán, la provincia más oriental de Méjico, y por el Este de las islas de Haití y Jamaica. (3)

(1) Véase *Ilustración*. II.

(2) Los puntos salientes que demarcan la latitud de la isla son: la punta de Hicacos al norte y la llamada del Inglés al sur, y si se establece por primer meridiano el que pasa por el Castillo del Morro de la Habana, que está a los 76°4'34" al oeste de Cádiz, se hallará la longitud entre los 9°17'49" al oriente y los 2°34'41" al occidente de aquel meridiano, siendo sus términos el Cabo Maisí por el este y por el oeste el de San Antonio. VIVES, *Cuadro Estadístico*.

(3) Para conocer la configuración general de la isla, opina el barón de Humboldt, debe fijarse con exactitud la posición

La superficie de la isla propiamente dicha, comprendiendo los puertos, bahías y ensenadas desde sus entradas es de 3,496 leguas cuadradas, y con la de Pinos y los principales cayos adyacentes, de 3,645. Su periferia, siguiendo la línea menos tortuosa por las costas y cortando por sus entradas las bahías, puertos y ensenadas profundas, es de 573 leguas, suponiendo bien situados todos los puntos de ella, de las cuales 272 corresponden al litoral del norte y 301 al del sur. Su longitud, de oriente a occidente, está comprendida en 10° 52'3" en el paralelo 22 septentrional, siendo, pues, su mayor extensión de 190 2|3 leguas en la línea más recta de su extremo al otro: desde el Cabo Maisí hasta el de San Antonio, siguiendo la curva más corta que pasa aproximadamente por el centro de la isla, hay 260 leguas. Su forma irregular y variada anchura hacen difícil calcular su latitud media: la mayor, de norte a sur, es una línea de 39 leguas, desde la punta más saliente del Sabinal, cerca del meridiano 70° oeste de Cadiz, hasta el principio occidental de la ensenada de Mora, al

del cabo San Antonio, la Habana, Batabanó, el cabo Cruz y el de Maisí. Según un "Estado de las posiciones geográficas de la isla de Cuba", después de considerar este escritor las observaciones de varios astrónomos y navegantes españoles, las de algunos viajeros extranjeros y las suyas propias, se inclina a las siguientes: El cabo de San Antonio a los 21° 49'54" lat. bor. y 87°17'22" long. al oeste de París; el antiguo faro del Morro de la Habana, a los 23°9'24"3 de lat. y 84°43'7" 5 de long.; el Batabanó 22°43'19" lat. y 84° 45'56" long.; el cabo Cruz 19°47'16" lat. y 80°3'52" long.; el de Maisí, lat. 20°16'40" y long. 76°30'25". HUMBOLDT, *Essai. polit.*, tom. I, pp XX, XXXVII y XXXVIII.

sur, 7 leguas al oriente del Cabo Cruz, pasando dicha línea por 7½ leguas de mar; la menor, prescindiendo de los extremos de la isla, es de 7⅓ leguas desde la entrada de la bahía del Mariel hasta la orilla septentrional de la ensenada de Majana sobre el meridiano 76½° oeste de Cádiz.

En el centro de la isla en las inmediaciones del meridiano 72½° y la línea divisoria entre las dos diócesis de ella, hay una como garganta de poco más de 12 leguas de norte a sur, y en el meridiano de la Habana el ancho es de 9⅓ leguas desde el Castillo del Morro hasta las playas de Batabanó (1).

Las costas son, por lo general, bajas y pantanosas y en más de dos tercios de su largo están cercadas por una cadena de arrecifes y encalladeros, interrumpida, por fortuna, en muchas partes, para dar a la navegación libre acceso a los puertos y fondeaderos. Las más limpias de arrecifes, bancos de arena y escollos son las 28 leguas marítimas que corren al noroeste entre Cabañas y Matanzas, el espacio al nordeste comprendido entre el puerto de Nuevitas y punta Mulas, a la entrada del Canal Viejo, y las 72 al sudeste entre el cabo Maisí y el de Cruz.

Desde el Cabo de San Antonio hasta la desembocadura del río Maniman, a una y media legua al oeste de Bahía Honda, se presenta sin interrupción la cadena de bajos llamada los Colorados y Santa Isabel, que cubre la gran ensenada de Guadiana

(1) VIVES, *Cuad. Estad.*

y otras, y varias caletas con embarcaderos para buques pequeños, a que dan paso algunas quebradas que forman dichos escollos. Desde Cabañas hasta punta Hicacos, poco antes de desembocar al canal de San Nicolás, entre la Cruz del Padre y el banco de los Cayos Sal, se hallan costas limpias y abordables con muchos intermedios de playas y algunas caletas: allí están el puerto del Mariel, el de la Habana, dominador del seno mexicano, y la espaciosa bahía de Matanzas, cuyo brazo derecho se extiende hasta la confluencia de los dos canales de Bahama y parece querer asirse a su antigua hermana la Florida. En este tramo de costas desembocan al mar varios ríos que forman surgideros de más o menos fondo para buques de cabotaje, y son navegables unos hasta su desembocadura y otros en la longitud de una legua y media: los más concurridos y de más fondo son los de Banes y Jaruco. (1)

En punta Hicacos principia la serie no interrumpida de los cayos del canal viejo de Bahama y se extiende 94 leguas hasta la punta occidental de la península del Sabinal, que cierra por el norte la hermosa bahía de Nuevitas; siendo notable el que esta multitud de cayos viene a terminar casi en el mismo meridiano donde principian los bajos de Buena Esperanza y cayos de las Doce Leguas que se prolongan hasta la Isla de Pinos. La vista de aquel archipiélago es tan alegre y pintoresca, que el conquistador Diego Velázquez, encantado

(1) VIVES, *Cuad. Estad.* HUMBOLDT, *Essai. histor.*

de su hermosura, lo llamó Jardines del Rey, recordando quizá el nombre de Jardines de la Reina que dió Colón en su segundo viaje al no menos bello que se dilata por las costas del sur de la isla. El canal es más estrecho frente a los cayos Cruz y Romano, donde apenas tiene de 5 a 6 leguas de ancho, y allí es también donde el banco Bahama se descubre más. Los cayos inmediatos y las partes del banco no cubiertas por el mar (Long Island, Eleuthera), tienen, así como Cuba, una forma más extensa, y si éste bajase solamente 20 o 30 pies aparecería en la superficie del océano una isla mayor que la de Haití. La cadena de arrecifes y cayos que circunda por el sur la parte navegable del canal, deja entre ella y la costa de Cuba unos canales pequeños sin escollos que comunican con puertos muy buenos para anclar, tales como San Juan de los Remedios, o Caibarien, Morón y Guanaja. Todas estas costas son, sin embargo, bajas y pantanosas, las ciénagas y multitud de lagunas que se internan en muchos parajes hasta tres y cuatro leguas, y hay pocos y cortos espacios de playas donde apenas si pueden atracar pequeñas canoas: son las más inabordables, malsanas y despobladas de la isla. En ellas desembocan los ríos Saguagrande, el mayor de la costa del norte, de 35 leguas de curso, el Saguachica, el Máximo, el caudaloso Saramaguacán y otros. (1)

(1) VIVES, *Cuad. Estad.* HERRERA, *Décadas, Descripción de las Indias Occidentales*, tomo I, pág. 8. HUMBOLDT, *Essai hist.*, tomo I, pág. 100.

Desde Nuevitas hasta la punta de Mulas, principio del Canal viejo, la costa se halla libre de bancos y rompientes y tiene poco terreno bajo y pantanoso: los navegantes encuentran allí excelentes fondeaderos en los puertos de Samá y Naranjo, Gibara y el Padre, y en la bahía de Manatí, al oeste de la punta de Mulas, y al oeste, en la de Banes y Nipe, ésta última la primera de la isla por su magnitud, pues tiene 21⅔ leguas cuadradas de superficie, y en los puertos de Tánamo y Moa. Más adelante la proximidad de las elevadas montañas primitivas, que dan a aquella parte un carácter particular, hace la costa más escarpada y rocallosa, aunque en el extremo oriental se ven grandes y espaciosas playas de arena: allí está el puerto de Baracoa, bien abrigado y con fondo para toda clase de buques, aunque es de corta extensión. En este vasto litoral desembocan los ríos Sagua de Tánamo, bastante caudaloso, Moa, célebre por su ruidosa cascada de cien varas de altura, el Toar y otros; el Yariqué, que desagua en la bahía de Manatí, y los de Tacajó, Mayarí y Nipe, en la de este nombre.

Volviendo el Cabo Maisí, en dirección a occidente, empieza la costa meridional, y desde aquél hasta el cabo Cruz, es toda acantilada, sin que haya otros lugares bajos más que las playas formadas por las sinuosidades entrantes de la cordillera Maestra y otras cuchillas que dilatan sus faldas hasta el mar Austral de las Antillas, las cuales unidas a los grandes escarpes, puntas elevadas,

estribos de la sierra avanzados en forma de penínsulas, y otros espacios menos fragosos, unos poblados de bosques, áridos otros, ofrecen contrastes muy interesantes y le dan un aspecto enteramente distinto que las demás de la isla, siendo al mismo tiempo la más limpia y abordable, pues sólo se hallan algunos cortos arrecifes y escollos en 4 o 5 puntos de ella totalmente despoblados. Allí los puertos de Guantánamo y Santiago de Cuba: aquél, el tercero de la isla en extensión, tiene nueve leguas cuadradas de superficie con un archipiélago de puertos en su interior donde pueden fondear varias escuadras con total separación unas de otras, su entrada es espaciosa y en ella desemboca el caudaloso río de su nombre con un buen embarcadero para naves costeras: el puerto de Cuba es de entrada angosta, muy abrigado y capaz para toda clase de buques.

Además del de Guantánamo vierten sus aguas en esta costa, el Yateras, Sabanalmar, Jojó y Jauco, con pequeños surgideros, y algunos otros de curso menor, tales como los de Aguadores, Bacanao y Guaso, y Río Hondo y el de Jamaica, que unidos se pierden al fondo de la bahía de Joa.

Desde el cabo Cruz hasta la desembocadura del Jobabo, la costa es más o menos cenagosa con algunos trechos cortos de playa y no tienen otro fondeadero que la rada del Manzanillo. Entre los ríos que en ella desembocan se encuentra el Cauto, el mayor de la isla, de 60 leguas de extensión, que nace a las faldas septentrionales de las

sierras del Cobre, sigue un curso tortuoso primero al nordeste y depués al oeste, cobrando tributo al Yarayabo, Contramaestre, Guaninicú, Cautillo, Bayamo, el Salado y otros menores, y va al mar a 4½ leguas en línea recta al nor noroeste del pueblo de Manzanillo: los demás son, el Jicotea, Buey, Yara, Jibacoa y otros de mucho menos caudal.

Del Jobabo al puerto de Casilda la costa es baja y pantanosa, con algunas playas cortas y un número considerable de pequeños esteros. Desde la boca del río Guaurabo, de Trinidad, hasta el puerto de Jagua, hay 11½ leguas de costa de seboruco, limpia y acantilada, con algunos espacios de playa poco abordables por la resaca que suele haber en ella: la mayor parte de este lienzo puede considerarse como el término de las sierras de San Juan y Trinidad, que se elevan hacia el interior en forma de anfiteatro. También son limpias, acantiladas y de seboruco las 5½ que siguen, hasta la bahía de Cochinos; y de ésta hasta el principio inferior del derrame de la Ciénaga de Zapata, el terreno es bajo y en partes pantanoso, casi todo circundado de cayos y bajos que hacen la costa sucia en extremo.

Los puertos de este tramo son, el citado de Casilda, el hermoso de Jagua, que da leyes a todo el mar Caribe y sólo cede en extensión al de Nipe, la gran bahía de Cochinos y algunos fondeaderos de poca importancia; y en él desembocan, además del Jobabo, el de San Juan o Najasa, el Jatibonico, el orgulloso Sasa, de 35 leguas de corrientes, el

claro Banao, el Agabama o Manatí, el Guaurabo y Gavilán, el Arimao, cuyo tributario, el Hanabanilla, sorprende con su elevada cascada de 120 varas, y el Damují y el Caunao, de arenas de oro, que salen a la bahía de Jagua. (1)

Desde el fondo de la ensenada de Broa, formada en parte por la Ciénaga de Zapata, corre la costa 5 leguas al sudoeste hasta Estero-nuevo, y de éste 16 al oeste hasta la ensenada de Majana; de Majana 2 a punta Salinas y 16 a la de Fisga; de aquí va al arroyo Puercos, desde donde corre hasta la punta de Piedras, formando este espacio la ensenada de Cortes; de ésta sigue hasta el cabo Corrientes, toda acantilada con algunas caletas, sin desagües de ríos y abordable para toda clase de buques, y de Corrientes termina en el cabo de San Antonio, formando la ensenada de Corrientes, que penetra como tres leguas en la costa.

Todo este espacio, hasta punta de Piedras, es sin interrupción, pantanoso y a veces intransitable 4 leguas al interior; lo demás, hasta el extremo de la isla, es limpio y abordable: tiene varios esteros, pequeñas ensenadas con embarcaderos y la costa es de muy poco fondo. En ella no hay más fondeaderos que las ensenadas de Cortes y Corrientes para buques mayores y algunos desabrigados para costeros, por lo general a la desembocadura de los

(1) Además de estos dos, los ríos donde se encuentran aluviones de arenas mezcladas de partículas de oro, producidos según parece por las formaciones graníticas, son el Sagua Grande, el Agabama y el Saramaguacán y los de Holguín, Bayamo y Nipe. VIVES, *Cuad. Estad.*, pág. 13.

muchos ríos que desaguan por aquellas playas. De éstos los principales son el Hatiguanico, cuyas ondas enturbia la ciénaga de Zapata, donde nace, y engrosado su caudal, va a morir en la ensenada de Broa; el célebre de San Diego, cuyo orígen está en las cuchillas de los Gavilanes, que aumentado con el tributo de algunos arroyos pasa por una gruta de cien varas de longitud, que atraviesa la gran sierra, sigue después recogiendo las aguas de varios ríos y arroyos hasta San Pedro de las Galeras, donde se hallan los famosos baños de su nombre, y acrecentado, poco más adelante aparece ya invadeable y se divide en porción de brazos, llamados los Jardines, los cuales se reunen de nuevo, formando dos cauces a los tres cuartos de legua de correr dispersos, para ir a perderse al mar; y el Cuyaguateje, que nace en las faldas meridionales de las lomas de los Organos en la costa del norte.

En la extensión de costas que corre entre Cabo Cruz y punta de Piedras no hay más que una séptima parte (la comprendida entre cayo Blanco y el de Piedras) cuyo acceso esté enteramente libre; todo lo demás de ellas está rodeado de bajos, que se conocen, los que están al este de la bahía de Cochinos, con los nombres de Cayo Bretón, de las Doce Leguas y bancos de Buena Esperanza, y los que corren al oeste, con los de Jardines y Jardinillos, cayos de Rabi-horcado, los Indios y San Felipe. De estos bajos la isla de Pinos forma una porción no cubierta de agua. Esta isla es la de más consideración de todas las que rodean

a Cuba, dista de ella 9 leguas en su parte más próxima y le sirve como de antemural, cubriéndole sus costas de punta Gorda a la de Piedras, donde están las ensenadas de Broa y Majana y el surgidero de Batabanó: para su comunicación tiene 4 canales, de los cuales el más profundo corre entre los cayos llamados de Dios y de la Pipa (1).

(1) VIVES, *Cuad. Estad.* HUMBOLDT, *Essai. hist.*

CAPITULO II

Topografía de la Isla

Su territorio descansa sobre un banco de roca caliza, de ojos, sumamente porosa y desigual, conocida con el nombre de múcara y vulgarmente con el de seboruco, que se manifiesta en una gran extensión de su parte septentrional, en muchos lugares de la meridional y en varios de la línea central, en su prolongación de oriente a occidente. Hacia las inmediaciones de la costa meridional, se advierten espacios de pizarra que salen desde la ribera, y siguiendo por lo regular en dirección noroeste se extienden hasta el veril austral del canal viejo de Bahama y sirven como de asiento a la mole caliza de la isla. Su suelo en casi toda su longitud y en el tercio o más central de su latitud, presenta una cresta árida, poco interrumpida de suaves ondulaciones que dividen las vertientes al septentrión y mediodía, la cual, ya directamente, ya por medio de ramificaciones, se enlaza a las cordilleras calcáreas que se elevan sobre la superficie general del terreno. La parte occidental, desde el meridiano de Trinidad, consiste en capas secundarias de piedras de

cal y yeso y de formación arenosa, roja y arcillosa; la oriental ofrece el mismo carácter, aunque con algunas interrupciones; y la del centro se compone de la piedra caliza blanca, sin que pueda hacerse excepción sensible en toda su masa, según aparece visiblemente en la prolongación de las costas.

Del oes-sudoeste al es-nordeste se extiende por la isla una cadena de colinas, que entre los meridianos de Matanzas y Alvarez se acerca a la costa septentrional, y más al este entre Villaclara y Puerto Príncipe corre hacia la meridional, cuya regular altura es de 45 a 60 toesas sobre el nivel del mar: esta cadena se halla interrumpida a veces por grupos de montañas de mucha mayor elevación.

En la garganta formada por las ensenadas de Cortes y Guadiana principia una cordillera, cuyo tronco principal sigue casi paralelo a la costa del norte y más próximo a ésta que a la del sur, que va a terminar en las Mesas del Mariel: su mayor altura es el Pan de Guaijabón, de 947 varas castellanas, montaña aislada del grupo principal, situada en los límites septentrionales al sudeste de Bahía Honda. Esta cordillera no tiene nombre particular; una parte es llamada Los Organos, otra Lomas del Aguacate, y bien pudiera dársele el de Sierra-Madre, por ser la de mayor consideración de toda esta parte de la isla.

Otra arranca al sur de Santiago, en la sierra del Bejucal, que corre en dirección de la longitud

de la isla y como en su parte media de latitud, y va a perderse en los montes de Soledad. Enlazada con ella hay una cadena subalterna, que nace en los cerros de Guanabacoa, la cual siguiendo en dirección del este, unas veces a la misma orilla de la costa del norte y otras muy cerca de ella, abraza primero la llanura de Jaruco, tuerce después hacia el sur para rodear la ciudad de Matanzas, y confundida con el tronco principal en Santana y Limones, vuelve a desviarse en el Hatillo hacia el este, formando las tierras quebradas de Camarioca y Guamacaro, y al fin desaparece en la llanura de Lagunillas. Sus alturas más notables son las del grupo de la costa del norte llamadas Arcos de Canasí, de 230 varas, el Pan de Matanzas, de 460 y los dos hermosos cerros de Camarioca, de 400. Hay en ella algunos grupos áridos, de cuyas grietas y quebradas brotan los célebres manantiales de aguas minerales conocidos con los nombres de Guanabacoa, Madruga, Santana y San Pedro.

Las montañas que se ven en el meridiano 72°51', como a cinco leguas de la costa del norte, aunque de tercer orden, deben considerarse como el tronco de donde parten las varias ramificaciones de poca elevación que se dilatan por la masa central, particularmente las más próximas a la costa del norte, que se prolongan de oriente a occidente. El brazo principal es la sierra de Jatibonico, célebre por la caverna de una legua de extensión que la atraviesa y por la cual corre el río de su nombre.

Otro brazo sale del mismo tronco, formado por la sierra de Matahambre, de más de 600 varas de altura, y las lomas del Caunao.

Hay entre Jagua, Villaclara, Sancti Spíritus, Trinidad y la costa que media entre esta última villa y el puerto de Jagua, un espacio casi todo montuoso de sobre 130 leguas cuadradas, formado ya de cordilleras continuadas en varias direcciones, ya de grupos aislados de poca o ninguna coherencia entre sí. En toda la longitud de la línea curva que forma su periferia, se encuentran algunas montañas notables por su elevación, como la Cabeza de San Juan, de mil varas, su rival, el pico del Potrerillo, de 1090, las lomas del Infierno y las de Banao, que se calcula tengan 2,000 sobre el nivel del terreno, el cerro cónico Pan de Azúcar, vigía del navegante que surca los mares meridionales, y la sierra de la Gloria, en cuyas altas cumbres nace el primer manantial del Tuinicú, cuyas corrientes descienden ruidosas formando cascadas de 60 a 100 varas de elevación. (1)

Otra cordillera principia en la loma de Baez y termina en la montuosa de Zuazo, cuyo cerro más elevado es el de las Nueces, cuna del Saguachica, donde se divide en dos brazos: el uno, de 7 millas, corre hacia el norte, de que forman parte las elevadas sierras del Escambrai, que guardan

(1) Se asegura que las montañas de Sancti-Spíritus, Villaclara y las de San Juan y Trinidad contienen metales preciosos, mucho hierro y piedra imán. VIVES, *Cuad. Estad.*, página 14.

en sus entrañas los primeros manantiales del Agabama y Saguagrande, y el otro de 13, que se dirige al noroeste. Y a 5 o 6 leguas de la costa meridional, entre los meridianos 70°12' y 70°39', hay cuatro grupos calcáreos que, aunque aislados uno de otro, quedan, sin embargo, como enlazados por medio de una línea de terrenos altos y quebrados, que les da la forma de un arco convexo inclinado hacia el norte, de unas 7 leguas de extensión.

La cadena de montañas, conocida bajo el nombre genérico de Sierra Maestra, se prolonga a corta distancia de la costa meridional en una extensión de más de 40 leguas, desde el cabo Cruz hasta más allá del río Baconao. Esta gran masa primitiva, la más elevada de la isla, presenta su escabroso talud al mar desprendiendo cortos eslabones de igual aspereza, que avanzan hasta la ribera formando entre unos y otros profundos precipicios. La variedad de formas que tienen los picos de estas colinas y su constante aridez, los espacios intermedios en que florece la vegetación y las playas de arena interpoladas en toda su longitud, ofrecen contrastes singulares e imponentes. Las vertientes septentrionales son de una gran extensión, en parte muy suaves, y sus ramificaciones se dirigen casi todas al nordeste. Las cúspides más elevadas de estas cordilleras, son el Ojo del Toro, cercano al cabo Cruz, de 1,200 varas; el pico Turquino, de 1,800, desde cuyos puertos o mesetas se descubren en días claros las montañas azules de la vecina Jamaica; en la sierra del Cobre, la Gran Piedra,

de 2,600, cuyos cimientos empiezan a sentir el peso de su inmensa mole, la loma del Gato, de 1,179 y la de Guinea, de 1,213.

Al nordeste de la bahía de Guantánamo aparece otra cordillera de menos elevación, que sigue el mismo rumbo nordeste, tuerce luego al sur, tomando los nombres de sierras de Vela y Pinal y continúa al este con el de Imías hasta unirse a las escabrosas y encrespadas cuchillas de Quibicán y Baracoa: tiene esta cordillera algunas ramificaciones, cuyos brazos principales principian al oeste de la sierra del Pinal.

En el distrito de Holguín se hallan varias cordilleras de corta extensión y algunos grupos aislados de pequeñas montañas y colinas, que en diversas direcciones cubren una parte de su superficie, aunque con grandes separaciones y poca o ninguna coherencia entre sí.

En una gran parte de su extensión, el terreno de la isla es muy bajo, y el del interior suavemente ondeado. Los labradores distinguen allí dos clases principales de tierras, que están mezcladas muchas veces como las casillas de un tablero de ajedrez; la negra, llamada vulgarmente prieta, que es arcillosa y está cargada de humos, muy estimada para el cultivo de la caña de azúcar, y la bermeja, o colorada, más pedernosa y cargada de óxido de hierro, que se prefiere para el cultivo de los cafetos.

Desde el cabo de San Antonio hasta la garganta de Guadiana el terreno es llano, de seboruco en las primeras 11 leguas, y después pedregoso y ferru-

ginoso, cortado en la misma garganta por varias lagunas, algunas de una legua cuadrada de extensión, y en ella principia a ensanchar la isla.

Los de la parte del norte son generalmente quebrados. Los comprendidos en la estrecha faja que corre de la ensenada de Guadiana al puerto del Mariel son casi todos de labor y están fertilizados por gran número de vertientes que salen de la Sierra Madre; los que se hallan al este del Mariel hasta la Habana son bastante feraces, cubiertos de poblaciones y fincas rurales de todas clases, y casi en sus límites meridionales, en la situación céntrica de esta parte, se encuentra el lago de Ariguanabo, de sobre dos leguas cuadradas de superficie y en algunas partes de una profundidad de 8 varas. Siguiendo la dirección a oriente, el tramo comprendido entre la Habana y Matanzas, si se exceptuan las llanuras de Jaruco, Bainoa, Caraballo y San Antonio de Río Blanco, es de terrenos quebrados, y todo él de una gran feracidad, salvo los que se hallan en las inmediaciones de Guanabacoa, la cordillera de la costa y los paredones de Jaruco, cubierto de poblaciones y fincas rurales y bañado por ríos y arroyos que corren al mar, casi todos navegables: el que se extiende al este de Matanzas hasta el Sierra Morena, compuesto de porciones quebradas, como Santana, Guamacaro y Sabanilla es excelente para toda clase de cultivos, y los de Limones, Tenería y Canímar, pedregosos y estériles, abrazan quizá el mayor número de ingenios de fabricar azúcar que cuenta la isla.

El espacio de la jurisdicción de Villaclara, comprendido entre los ríos Sierra Morena y los dos Saguas y entre las Sierras del Escambrai y Agabama, es todo utilísimo para la agricultura (exceptuando algunos pequeños tramos de sabanas áridas y la parte del litoral) cultivado a orillas del caudaloso Sagua y alguno de sus confluentes con ingenios y gran número de fincas pequeñas, y también en los valles y llanuras quebradas que se hallan al centro del Escambrai, cuyo verdor y lozanía contrasta con la aridez natural de aquellos agrestes campos. Siguiendo al sur y oeste de esta sierra hasta el fin septentrional de las escabrosas de Trinidad se ven algunos espacios montuosos y quebrados y al fin sabanas, bañados por las aguas del Arimao, Caunao y otros ríos menores, en cuyas riberas, así como en algunas partes del interior, halla el labrador laborioso recompesados con pródiga mano sus trabajos. El territorio de San Juan de los Remedios, en la extensión comprendida desde el Saguachica hasta el Jatibonico del norte y la sierra de este nombre, es generalmente estéril y muy pedregoso, anegadizo en la estación de las aguas y seco en la época de invierno: pero los terrenos inmediatos a las faldas de la sierra, los de las márgenes interiores de los ríos citados y algunos puntos de la costa, presentan espacios de una fertilidad admirable.

La jurisdicción de Sancti-Spíritus tiene quizá los mejores de Cuba, en unas partes ondulosos, llanos en otras, interpolados de grandes sabanas más o

menos quebradas y bañadas por el Agabama y sus tributarios, ambos Jatibonicos, el Chambas y el Calvario: la sección más interesante de este espacio es la campiña inmediata a la villa en 3 o 4 leguas en contorno, donde se hallan casi todos los ingenios, cafetales y otras fincas menores, y donde puede decirse que está radicada la riqueza de Sancti-Spíritus y habita la mayor parte de su población rural.

La vasta superficie de la tenencia de gobierno de Puerto Príncipe es por lo general llana y baja. La zona comprendida entre las sierras de Jatibonico y Matahambre y la costa del norte es sumamente cenagosa y estéril. En la central se extiende en tortuosas direcciones un banco arenoso, más o menos quebrado y alto, que principia muy angosto en el límite occidental, y en el central y oriental se ensancha en tanto grado que abraza la mayor parte del área de este territorio desde las faldas boreales de las sierras de Cubitas hasta unas 3 o 5 leguas de la costa de sur por los eslabones que se desprenden de su tronco. En medio de este gran banco es donde está situada la ciudad de Puerto Príncipe, y a su derredor, en una distancia de 4 o 5 leguas a todos vientos, los grupos cultivados que constituyen su principal riqueza. De la zona meridional trataremos al describir la parte sur de la isla.

Los terrenos que siguen al este hasta los confines septentrionales de Bayamo y Cuba son bajos, pantanosos y anegadizos, y sólo a 5 o 6 leguas al

interior es que se encuentran las grandes sabanas y algunos bosques, cercados de montañas desde el centro del territorio de Holguín hasta su litoral boreal. Donde ha hecho mayores progresos la agricultura por esta parte, es desde la ciudad de Holguín hasta los puertos de Gibara y Vita, entre los ríos Cacoyuguín, Yabason, Gibara, las Cabezadas de Holguín, Matamoros y otros, en cuyas orillas, así como en casi todos los demás terrenos de este distrito, crece la preciosa hoja del tabaco, único ramo agrícola-industrial entre sus habitantes.

Los de la jurisdicción de Santiago de Cuba, limítrofes con los de Holguín y la costa, que corren al oeste y al este hasta Jiguaní y Baracoa, son de bosques impenetrables, los que se hallan al noroeste y parte de los del sur son extensas sabanas ondulosas y estériles, y hacia el este y norte, fuera de los términos del litoral septentrional, se encuentran sierras fragosas. Una parte de las riberas del Mayarí, Sagua y varios de sus confluentes están dotadas de excelentes vegas que producen abundante tabaco, entre las cuales se distinguen las celebradas de Mayarí.

En el extremo oriental, si se exceptuan las márgenes de algunos riachuelos que corren a la costa del norte y las inmediaciones de Baracoa, todo es serranías y cuchillas escarpadas y sabanas áridas y desiertas.

Entrando en la parte meridional de la isla, los terrenos comprendidos entre las bocas del Baconao

y el Cobre, circunvalados al norte por la Sierra Maestra (que forma aquí como un arco tortuoso) son quebrados en partes y en partes ondulosos y están fertilizados por riachuelos que desembocan ya en la bahía de Cuba, ya en el mar. Hacia el extremo occidental de este espacio se hallan situados la ciudad de Santiago de Cuba y el pueblo del Caney. En casi todo el arco de la cordillera, particularmente en su mitad oriental y el principio de su declive boreal, se hallan las mejores fincas de este distrito, con deliciosos huertos y jardines, donde se aclimatan con éxito feliz las producciones de los países templados. Las airosas crestas de aquellos montes se ven coronadas de risueños cafetales, y desde el principio de sus suaves vertientes septentrionales se despliega un confuso laberinto de preciosos grupos quebrados, cuya feracidad constituye a la mayor parte de su riqueza rural, bañados por muchos ríos caudalosos que a porfía parecen disputarse la gloria de fecundar los paisajes más sorprendentes de la isla: allí el Guantánamo y su confluente el Tiguabo, el Guaso con sus tributarios, el Guaninicú y su confluente el Panuco, con Río Grande, Santacruz y otros menores que acrecientan sus aguas, el Aguacate, Sabanilla y Ti, y al fín el rey de los otros ríos cubanos, el caudaloso Cauto, que sobrándole espacio donde extender su dilatada corriente, cede una parte de su imperio a su confluente el Yarayabo. La prolongación de la sierra hasta el cabo Cruz es estéril y escabrosa, y sólo al aproximarse al surgidero

del Rincón es que se ve animarse la vegetación con algodonales y praderas que llegan hasta las inmediaciones de la costa.

Desde el cabo Cruz hasta el río Jobabo las costas son anegadizas y pantanosas a causa de las tierras bajas del litoral, la ciénaga del Buey y las inmediaciones y derrames de varios ríos: en el interior las montañas y cuchillas que se hallan al oriente forman parte de las vertientes septentrionales de la Sierra Maestra y sus ramificaciones, donde nacen las corrientes que bañan todo el distrito hasta la línea del Cauto: siguen después las llanuras suavemente ondeadas del Bayamo, sus sabanas y ricos bosques, donde está concentrada la mayor población y riqueza de esta villa; y al noroeste corre un terreno de bosques claros, grandes sabanas quebradas y llanas, en cuyo centro está el pueblo de las Tunas con varias haciendas y una regular población.

En la zona meridional de la tenencia de gobierno de Puerto Príncipe, la sección del este, cuya línea superior es inmejorable para toda clase de cultivo, se compone de sabanas pobladas de palmares y algunos espacios limpios interpolados de excelentes bosques, que en algunas partes avanzan hasta cerca de la costa; y la del oeste es, por lo general, de grandes llanuras descubiertas, sin más bosques que los de las cejas de los ríos, arroyos y cañadas que bañan sus terrenos: la sección hasta el litoral sudoeste es llana, particularmente en su mitad occidental, con un declive suave al mar,

que va siendo menos sensible a proporción que se acerca a la costa, cuya mitad inferior es sumamente anegadiza y pantanosa.

La zona meridional de Sancti-Spíritus tiene una faja de una o dos leguas de terrenos bajos y sus costas son anegadizas y pantanosas como las anteriores.

El tercio oriental del gobierno de Trinidad hasta sus límites con Sancti-Spíritus, aunque por varios puntos cortado por colinas de alguna elevación, los tiene ondulosos de una feracidad prodigiosa y en ellos están situados casi todos los ingenios, desde la ciudad hasta dichos límites, fertilizados por los ríos Guaurabo, Agabama y sus confluentes, el Cabarnao y el Ay, el Curacucey y el Unimaso, cuyas márgenes e inmediaciones forman un hermoso laberinto de vegas, potreros y sitios: la parte superior de este espacio, aunque quebrada, es también útil para la agricultura; pero la sabana arenosa y cascajosa, que de las alturas más meridionales baja a la costa, es pobre para el cultivo y en parte cenagosa. El tercio central es poco poblado y extremadamente áspero y montuoso. El occidental, donde se levanta la ciudad de Trinidad, que promete ser una de las más ricas de la isla, pasadas las escabrosas serranías, contiene primero una faja de sabanas que se prolonga por la orilla meridional del Arimao, y después terrenos más o menos quebrados inmejorables para toda clase de cultivo: este último tercio se halla bañado por las corrientes del Gavilán, Matagú, Arimao, Caunao, Salado y

Damují, cuyas fecundas riberas ostentan una vegetación lozana.

En todo el que sigue al oeste hasta la bahía de Cortes la superficie es llana y termina en una costa pantanosa. La parte que corre hasta el río Mayabeque (cuyo nombre indio Onicajinal debería restablecerse en la geografía cubana) tiene excelentes tierras; algunas sabanas se encuentran al oriente y 50 leguas cuadradas de pantanos en sus límites meridionales que abraza la ciénaga de Zapata; al sur del partido de Alacranes y pueblo de los Palos hay algunos espacios de seboruco con bosques de las maderas más estimadas de la isla, bañados por varios riachuelos y arroyos; y hacia el extremo occidental brota al pie de una ladera el célebre y copioso raudal del Catalina, que en todo el año produce la cantidad de agua necesaria para el riego de la fertil vega de Güines. La parte contenida entre el Mayabeque y la ensenada de Majana es de buena labor, en grandes porciones de ella se ve la roca caliza en que se asienta esta hermosa Antilla y hay algunas entradas que conducen a cavernas subterráneas donde se sumergen los ríos Cayajabos, Pedernales, Guanajay, Capellanías, San Antonio y otros. (1) En la última sección, desde Majana hasta la bahía de Cortes, si bien llena de

(1) En estas cavernas se hallan lagunas que, aunque interceptadas por las eminencias que produce la irregularidad de la misma roca, se cree tengan comunicación entre sí: la profundidad de algunas de ellas es tal que a la llamada Jaiguán se le encontró fondo de 20 brazas a la distancia de 300 varas de su boca.

sabanas, corren multitud de ríos y arroyos que nacen en las vertientes meridionales de la Sierra Madre, y en sus márgenes verdea al sol, lozana, la hoja del tabaco más estimado de la isla. (1)

(1) VIVES, *Cuad. Estad.* HUMBOLDT, *Essai. hist.* LA TORRE, *Mapa de la isla de Cuba de 1850* y su *Geografía*, edición de 1854.

CAPITULO III

Clima y Producciones

El clima de la isla, particularmente en su mitad occidental, es el que corresponde al límite extremo de la zona tórrida y casi principio del trópico de Cáncer, en que las frecuentes variaciones de temperatura anuncian la inmediación a los climas de la zona templada. La división natural de las estaciones del año en este país es la de verano e invierno (vulgarmente llamadas con los nombres de lluvia y seca, o de agua y frío) sin determinación precisa en su principio y fin. En la primera serían insoportables el calor y la humedad, si las brisas del Atlántico no hicieran sentir su benéfica influencia; la segunda, así en las costas como en el interior, es sumamente deliciosa, pues reinando los mismos vientos generales, se experimenta una temperatura muy semejante a la primavera de las regiones templadas.

La proximidad al mar hace subir la temperatura media en las costas, que en la Habana es de 25°,7' termómetro centígrado; pero en el interior, donde penetran con la misma fuerza los vientos del norte

y el terreno se eleva solamente a la altura de 40 toesas, no llega más que a 23°.

En cuanto a las extremas que marca el termómetro a la sombra, se observa hacia el límite de la zona tórrida lo que caracteriza las regiones más inmediatas al ecuador entre 0° y 10° de latitud boreal y austral: el termómetro que en París se ha visto a 38°,4, no sube en Cumaná sino a 33°, en Veracruz no ha llegado más que una vez en trece años a 32°, y en la Habana no lo ha visto oscilar Dn. José Joaquín Ferrer en tres años (de 1810 a 1812) sino entre 16° y 30°. Dn. Antonio Robredo, en sus notas manuscritas que tuvo a la vista el barón de Humboldt, cita como cosa notable el que subiese en 1801 a 34°,4; al paso que en París, según las curiosas investigaciones del Sr. Arago, los extremos de temperatura entre 36°,7 y 38°, han tenido lugar cuatro veces en los diez años transcurridos de 1793 a 1803. La aproximación de las dos épocas en que el sol pasa por el zenit de los dos parajes situados hacia la zona tórrida hace que los calores sean a veces más intensos en el litoral de la Isla, así como en los lugares comprendidos entre los paralelos de 20° y 23½°; menos por lo que toca a meses enteros que por un conjunto de algunos días: en año común nunca sube el termómetro en agosto a más de 28° o 30°, y los cubanos sienten un calor excesivo cuando llega a 31°

Las grandes bajas de temperatura que se observan en Cuba se deben a la irrupción y derrame de las ráfagas de aire frío que se dirigen de las zonas

templadas hacia los trópicos de Cáncer y de Capricornio: influye también el gran número de bajos que la rodean, en los cuales el calor disminuye muchos grados de temperatura centesimal, ya por las moléculas de agua localmente enfriadas que van al fondo, ya por las corrientes polares que se dirigen a los abismos del océano, ya también por la mezcla de las aguas del fondo y de la superficie en lo escarpado de los bancos; si bien esta baja se halla en parte compensada por las corrientes atlánticas (gulf-stream) que bañan a lo largo las costas del noroeste y cuya rapidez se disminuye por los vientos del norte y nordeste. Pocas veces acontece que baje en invierno a 10° o 12°; pero cuando reinan los nortes durante algunas semanas atrayendo el aire frío del Canadá, suele verse hielo en el interior y aún en las llanuras cercanas a la Habana.

Según las observaciones de los Sres Wells y Wilson, puede asegurarse que el centelleo del calórico produce este fenómeno cuando el termómetro se sostiene todavía en 5° y aún 9° sobre cero; sin embargo el Sr. Robredo dice haberlo visto a cero mismo. Esta congelación de un hielo grueso casi al nivel del mar llama tanto más la atención del físico, cuanto que, no habiendo entre la Habana y Santo Domingo y entre el Batabanó y Jamaica más que una diferencia de 4° o 5° de latitud, el mínimum de temperatura en las llanuras de Santo Domingo y Jamaica es de 18°, 5 a 20°,5.

El clima de Cuba, a pesar de la frecuencia de

los vientos del norte y nordeste, es más cálido que el de Cantón, a causa de estar rodeada de costas y por las aguas calientes del golfo hacia el norte: así es que los inviernos son más rigurosos en esta ciudad que en la Habana. Las temperaturas medias de diciembre, enero, febrero y marzo en Cantón, en 1801, fueron de 15° a 17°,3, mientras que las de la Habana son generalmente de 21° a 24°,3, sin embargo de que una y otra están en el mismo paralelo con diferencia de un minuto poco más o menos. En Cantón el termómetro llega algunas veces a cero, y por efecto del centelleo se encuentra hielo en las azoteas; aunque este frío excesivo nunca dura más de un día, los comerciantes ingleses encienden sus chimeneas en los meses de noviembre, diciembre y enero, mientras que en la Habana ni aún hay necesidad de acercarse al brasero: los habaneros se quejan de frío cuando el termómetro baja rapidamente a 21°. El granizo cae con frecuencia y es sumamente grueso en Cantón; en la Habana pasan quince años sin que granice ni una sola vez, y esto acontece durante las explosiones eléctricas y cuando reinan vientos recios del sur-sudoeste: en ambas ciudades el termómetro se sostiene a veces durante algunas horas entre 0° y 4°, y sin embargo, cosa que parece extraordinaria, nunca se ha visto nevar en ellas; sólo se conoce en Cuba el rocío copioso próximo al grado de congelación. Es pues de creer que se necesitan otras causas que las del descenso rápido de la temperatura en las altas regiones del aire para que nieve o granice.

Sorprende agradablemente el que en estas bajas de temperatura, los plátanos nopales y las palmeras vegetan en las cercanías de la Habana tan lozanos como en las llanuras más próximas al ecuador, y el ver cubiertos de verdes cañas y las demás producciones de la zona tórrida los campos de esta hermosa isla sin que sufran detrimento alguno, aunque la ciencia explica este fenómeno por la facilidad con que resisten el frío momentáneo las plantas dotadas de un gran vigor orgánico. Como la vegetación en ella presenta los mismos caracteres que la de las regiones inmediatas al ecuador, es cosa extraordinaria el hallar, aún en las llanuras mismas, la vegetación de los climas templados idéntica a la de las montañas de la parte del ecuador de Méjico, fenómeno notable en la geografía de las plantas, digno de la atención del botánico, y que probablemente consiste menos en la temperatura que en la naturaleza del terreno (1).

Las mudanzas de temperatura se efectúan muy repentinamente en la Habana. En abril de 1804

(1) Los pinos (*pinus occidentalis*) no se encuentran en las pequeñas Antillas, y según el Sr. Roberto Brown, ni aún en Jamaica (entre los 17¾° y los 18½° de latitud), a pesar de la elevación del terreno en las montañas Azules. Sólo más al norte, empiezan a verse en las de Santo Domingo y en toda la isla de Cuba, donde llegan a 60 o 70 pies de altura; y lo que aún es más admirable, en la de Pinos vegetan en el mismo llano la caoba y el pino. Esta clase de coníferos que vemos al nivel del océano, en la costa meridional de Cuba, a los 20° y 22° de latitud, no descienden en el continente mejicano, entre los paralelos 17½° y 19½° sino hasta 3,500 pies de altura y nada más. HUMBOLDT, *Essai. hist.*, tomo I, p.p. 83-85.

fueron a la sombra de 32°,2 a 23°,4, en el espacio de tres horas, por consiguiente de 9° del centígrado, lo que es considerable para la zona tórrida: en aquel mismo mes y año el agua expuesta a una evaporación fuerte y que se la tenía por muy fría, estaba a 24°,4, mientras que la temperatura media del día subia a 29°,3. Durante los años que empleó en hacer sus observaciones el Sr. Ferrer, nunca bajó el termómetro más que (el 20 de febrero de 1812) a 16°,4, ni subió (el 4 de agosto del mismo año) a más de 30°; el barón de Humboldt lo vió en abril de 1801 a 31°,2, y suelen transcurrir muchos años sin que llegue ni una sola vez a 34°, cuyo extremo en esta zona excede de 4° centesimales.

Sería interesante que se reunieran muchas y buenas observaciones acerca del calor de la tierra en la extremidad de los trópicos. El Sr. Ferrer lo encontró en un pozo de cien pies de profundidad a 24°,4, y el barón de Humboldt asegura haberlo hallado en las cavernas de roca caliza inmediatas a San Antonio de Beitia y en las fuentes del Almendares, entre 22° y 23°. (1) Estas observaciones hechas quizá en circunstancias poco favorables, señalarían una temperatura de la tierra más baja que la media del aire, que en las costas cercanas a la Habana aparece ser de 25°,7 y en el interior a 40 toesas de elevación, de 23°, resultando poco conforme con lo que se nota en todas partes, así bajo la zona glacial como la templada. ¿Acaso

(1) HUMBOLDT, *Recueil d'Obs. astr.*, tomo I, pág. 288 y siguientes.

las corrientes que tienen grandes profundidades y llevan el agua de los polos hacia las regiones ecuatoriales, disminuyen la temperatura del interior de la tierra en islas de poca anchura.? Sin embargo que se asegura haberse visto el termómetro a 27°,7, 28°,6, 27°,2, en los pozos de Kingston y de la tierra baja de la Guadalupe, temperatura igual por lo menos a la media del aire en aquellos lugares.

Las grandes bajas de temperatura a que están expuestos los países situados a la extremidad de la zona tórrida, tienen conexión con ciertas oscilaciones del mercurio en el barómetro que no se advierten en las regiones más cercanas al ecuador. En la Habana, la regularidad de las variaciones que a horas determinadas experimenta la presión de la atmósfera, se interrumpe cuando reinan vientos fuertes del norte. El Sr. barón de Humboldt ha observado que, en general, cuando el barómetro se sostenía en la isla durante la brisa a 0,m 765, bajaba con el viento sur a 0,m 756 y aún más. Las alturas medias barométricas de los meses de diciembre y enero, en que el barómetro está más alto, varían respecto de los de agosto y septiembre, en que está más bajo de 7 m. a 8 m. En los años en que el señor Ferrer tomó las alturas medias, las variaciones extremas de los días en que el mercurio subía o bajaba más en el barómetro, no excedieron de 30,m.

Los huracanes son menos frecuentes en Cuba que en Santo Domingo, Jamaica y las pequeñas Antillas, situadas al este y sudeste del cabo Cruz; pues no hay que confundir los vientos nortes con

los huracanes, que las más de las veces son del sur-sudeste y sur-sudoeste. La estación propia de estos movimientos repentinos y espantosos en la atmósfera, durante los cuales reina un viento furioso por todos los puntos de la brújula, acompañado frecuentemente de relámpagos y granizo, es en Cuba a fines del mes de agosto, en todo septiembre, y particularmente en octubre: también en marzo hay en la Habana unos vientos muy recios del sudeste. En las Antillas todos convienen en que los huracanes no tienen períodos regulares: es digno de observarse que en las dos extremidades de la larga cadena antíllica (al sudeste y noroeste) los huracanes son poco frecuentes. Las islas de Tabago y Trinidad tienen la fortuna de no experimentarlos jamás y en Cuba suceden rara vez estas rupturas del equilibrio atmosférico, y cuando por desgracia tienen lugar, es mayor el daño que causan en el mar que en la tierra, y más en la costa sur y sudeste que en la del norte y noroeste.

Los terremotos, aunque no raros en la parte oriental y central de la isla, son menos funestos que en Santo Domingo y Puerto Rico. Donde se hacen sentir con más frecuencia, sucediéndose unos temblores a otros, es en la punta Maisí, Santiago de Cuba, Puerto Príncipe y sus inmediaciones. (1)

Las producciones naturales de la isla son en gran número y variedad. En la espesura de sus bosques crecen gigantes el pino erguido y el po-

(1) Véase *Ilustrac.* III.

roso cedro, que tantas naves dieran a la armada española; la gallarda palma y la ceiba majestuosa, el quiebrahacha, el ácana y el yaucaje, el frijolillo, el roble y la sabina, con que fabrica el hombre sus moradas; el caobo luciente, el negro ébano, el pintado granadillo, el naranjo silvestre y el duro guayacán, asombro del ebanista; la hoja preciosa del aromático tabaco cubre abundante las márgenes arenosas del Consolación, el Cuyaguateje, San Sebastián y otros ríos de Vueltabajo, el distrito de Holguín y una parte de la jurisdicción de Santiago de Cuba; la dulce caña puebla las campiñas del Mariel, las fertilísimas que corren al este de Matanzas hasta Saguachica, y los distritos de Trinidad y Cienfuegos, y Alquizar no ha mucho sorprendía al viajero con el esplendor de sus ricos cafetales, inferiores sólo en la excelencia de su fruto al de los que embellecen los altos cerros de Santiago de Cuba: sus huertos adornan la dorada naranja, el dulce anón, y el regalado zapote, el plátano luciente y la verde corona de la piña; el maiz ostenta sus matizados penachos y el flexible arroz blandea la copiosa espiga: ajena del temor de ver vencidas las suyas propias, generosa la fértil tierra acoge allí las producciones de otros climas; y junto al índico mamey, el suave aguacate y el tamarindo se verán un día crecer, como en nativo suelo, la uva de Málaga, el melocotón de Castilla, el higo de Canarias y el manzano de Nueva Inglaterra: el algodón esparce al aire sus blancos copos, la vainilla, el cinamomo y la pimienta sus olores, su

añil el jiquilete; la daguilla su corteza sutil, sus tintes la bija, el fustete y el brasilete, clamando por brazos a la culta Europa.

En sus valles y montañas el naturalista enriquece la botáncia con el ocuje, la hoja de la yagruma y el sarmiento leñatero, contra quebraduras; el manajú y el guauro contra el pasmo; el cabainicú y el güiro cimarrón, para humores, obstrucciones y heridas; el guaguasí y la higuereta y el tamarindo, purgantes; el piñón botija y el castaño, vomipurgantes; el tábano y el ñame de pasa de negro, la raíz del ateje y la zarzaparrilla, diuréticos: el macurijes, contra erisipelas; la siguivalla, antivenérea; el fruto del almácigo, contra resfriados; la raíz de China, antídoto contra ciertos venenos; el cáustico ayabacaná, la picapica ardiente y el chichicate abrasador; la aguedita, llamada también quina de la tierra; el caisimón, el paraiso y el sauce, el balsámico copal y el drago; y descubre las propiedades venenosas del guao, la cabalonga, la semilla y hojas de la pomarosa y de los sarmientos prietolechosos y curamagüey: el físico descubre las sustancias térreas e inflamables y las sales de que abunda la isla, proclamando la excelencia del aspato de latun, fósil poco conocido que se halla en la serpentina de Regla, la de la calcedonia, el cuarzo y feld-espato, el alumbre y la caparrosa, la pizarra o esquisto y el betún mineral en sus varios estados y transformaciones: el químico analiza las aguas prodigiosas de San Diego, Guanabacoa y Madruga,

San Pedro y Santana, las de Mayajigua y Guadalupe, Camujiro y Damañuelos, y en la isla de Pinos las de Brazofuerte y Junquixto, consuelo de la humanidad; y pródiga aún de sus más codiciados tesoros, abre la tierra sus entrañas brindando el oro preciado de sus sierras del Escambrai y Manicaragua; la plata y el cobre en las del Cobre; el hierro en las mismas sierras del Escambrai y los cerros del Agabama; el imán en las montañas de Juraguá y los montes inmediatos a los puertos de Tánamo y Naranjo; en la península de Güincho y en la sierra de Cubitas y en Trinidad, San Antonio, San Diego de los Baños, Bahía Honda, Guane Bajá y la isla de Pinos, los mármoles y jaspes que han de adornar los futuros palacios de Cuba.

El cielo ha querido que en esta isla de encantos disfrute el hombre de los más bellos y ricos dones de la naturaleza para formar de él un carácter sin igual. Los paisajes que despliega a porfía el mar y la tierra, iluminados por un sol de fuego, encienden su ardiente fantasía y dan a la expresión de sus ideas un colorido original; la regularidad del clima templa los instintos naturalmente duros de la humanidad e imprime a sus sentimientos una dulzura que en la mujer es verdaderamente angélica; las riquezas del suelo lo hacen generoso, espléndido, social y culto. El bruto mismo vive allí bendecido por la mano del Criador: sus agrestes y enmarañadas breñas jamás sirvieron de guarida al fiero león y al tigre carnicero, ni sus extensas sabanas vieron escondida entre la yerba a la traidora sierpe;

en sus praderas sólo se oye el rugido agudo del toro jarameño mezclado con el relincho alegre del caballo andaluz, y libres de peligro, la inocente oveja retoza al lado del perro fiel; sus rios y costas pueblan peces mil, y densas nubes de innumerables aves cubren la clara luz del día.

Así que la extensión territorial de Cuba, casi igual al resto de las grandes y pequeñas Antillas, y la situación y circunstancias de algunos de sus puertos, el de la Habana, frente al golfo de Méjico; Nipe, a la entrada del canal de Bahama; y Jagua, en el mar Caribe, la hacen por la naturaleza señora de las islas y de los mares orientales de este hemisferio, y el número, variedad y excelencia de sus producciones, sin rival en los mercados del mundo. No es pues, de extrañar que la admiración de las gentes, excitada por su influencia política y comercial, haya agotado el caudal de elogios para encarecer su inestimable valor: unos la llaman, por su extensión la Grande Antilla; otros, la Perla de los mares por su posición geográfica, otros por su comercio y riqueza, la joya más preciosa de la Corona de Castilla; y un célebre estadista, abrazando en uno solo a todos juntos, pudo decir con razón que la isla de Cuba vale tanto como todo un reino (1).

---

(1) RAYNAL, *Hist. phil.*, tomo III, pág. 257. En éste, así como en los capítulos anteriores, hemos seguido al barón de HUMBOLDT en su *Ensayo político*, y el *Cuad. Estad.* formado en los tiempos del general VIVES.

CAPITULO IV

Carácter y costumbre de los cibuneyes

Los pueblos que habitaban este paraiso de América, antes de su conquista y colonización por los españoles, eran llamados cibuneyes, y pertenecían a una raza común en todos sus principales caracteres a la de todo este hemisferio y diferente de las otras hasta entonces conocidas a los europeos. (1)

No presentaban en sus formas la robusta musculatura de las tribus del norte, ni en la expresión del rostro asomaban los instintos de sangre que hacían horribles a los isleños caribes, ni tenían en el aire y movimientos el aspecto marcial de los haitianos. Su estatura y conformación de miembros eran regulares y también el rostro y facciones, aunque tenían la frente demasiado ancha, era el color aceitunado, como el de los aborígenes de las Canarias, los cabellos gruesos, negros y tendidos, cortados, por lo común, sobre las orejas (2) y algunos los usaban largos hasta la espalda y atados con un

(1) CASAS, *Historia general de las Indias*, libro III, pág. 23, ms. Véase el número 22 de las *Memorias de la Sociedad Económica de la Habana*, correspondiente al mes de agosto de 1837.

(2) HERRERA, *Década* I, libro III, cap. II.

cordón en derredor de la cabeza a manera de trenza. (1) Los hombres y las doncellas andaban enteramente desnudos; y sólo por distinción usaban los caciques y guerreros coronas y penachos de plumas de vistosos colores; las mujeres casadas se cubrían, las de la clase alta con unas mantas de algodón llamadas naguas, que les pendían de la cintura hasta los tobillos (2) y las demás con unas faldetas a medio muslo, o con una simple faja, también de algodón; y las más rústicas con hojas de los árboles. Eran tan limpios de su persona, que tenían costumbre de lavarse a cada paso en los ríos. Para defenderse de los rayos del sol cuando andaban por el campo, y parecer feroces si iban a la guerra, se pintaban el cuerpo de negro y colorado, untándose con una pasta que hacían del zumo de la Jagua (que aunque de su natural blanco, se vuelve después de un negro oscuro) y de unos polvos colorados hechos de la corteza de la bija, que aprietan y endurecen las carnes, mezclado todo con ciertas gomas para que se adhiriese mejor al cuerpo. Usaban también de este afeite, así hombres como mujeres, en sus areitos, cantares y siempre que querían parecer bien, y no se les caía hasta pasados muchos días. (3)

Los caciques y gente principal vivían en pueblos

(1) MUÑOZ, pág. 83.
(2) OVIEDO, libro V, cap. 3.
(3) HERRERA, *Década* I, libro I, cap. 13 y libro III, cap. 9; *d.* II, libro III, cap. 14; *d.* VII, libro IV, cap. 5 y libro IX, cap. 7; *d.* VIII, libro IV, cap. 9. OVIEDO, libro VIII, cap. 5 y 6 y libro XVI, cap. 5.

de doscientas y trescientas casas, colocadas a distancias irregulares, sin formación de calles, pero de manera que el grupo de todas dejase en el centro una gran plaza para recreo y comodidad del público. Los labradores vivían en aldeas, por lo común de diez a veinte casas, inmediatas las unas aldeas de las otras, y se comunicaban por sendas angostas, pues en Cuba no se vieron caminos abiertos. Los miembros de cada familia, y a veces varios vecinos de diversas, habitaban juntos en una sola casa con sus mujeres e hijos y los criados del servicio doméstico, que llamaban naboríes; señal de la buena armonía que reinaba entre ellos.

Sus casas estaban rodeadas de huertos y jardines amenos y eran de dos maneras. La de los caciques y su corte, estaban hechas a dos aguas, con portales delante, que servían a la vez de zaguán y recibimiento, y estas eran las más grandes y mejor fabricadas: las de la clase popular tenían una forma parecida a las tiendas de campaña. Ambas estaban construídas, el cuerpo de horcones de corbana u otra madera dura, trabados con soleras y cerradas las paredes con tablas de palma o cañas muy unidas, y el caballete, o corona, arrancaba de las soleras y era de varas delgadas sobre las cuales colocaban pencas de palma o cogollos de cañas, dejando respiraderos para el humo: para la trabazón de las piezas no usaban otra cosa que bejucos de enredaderas que son sumamente fuertes y flexibles. La voz genérica que empleaban para significar casa o morada, era bohío o buhío, y dis-

tinguían las viviendas comunes de las de los señores, llamándolas caneyes: tenían otras en los lugares pantanosos y en las playas bajas, levantadas sobre gruesos horcones, a las cuales subían por medio de escalas, y a estas llamaban barbacoas. (1)

Los que podían usaban mantas de algodón para adornar sus casas, cubrian el suelo con pencas de palma en lugar de alfombras, y se sentaban en taburetes bajos de respaldo, que llamaban duhos, hechos de ébano luciente como el azabache; los pobres tenían troncos de árboles por asientos, y era común entre ellos sentarse en cuclillas en el suelo. La mayor parte dormían en unos catres hechos de un tejido de algodón a manera de red y en los cabos muchos hilos también de algodón, o de cabuya, o de henequén, para colgarlos en alto de un poste a otro del bohío, o a los árboles cuando estaban en sus huertos o en el campo. A esta clase de catre llamaban hamaca, y son muy acomodados al clima del país para mantener fresco el cuerpo y preservarlo contra la humedad de la tierra.

Sencillos, pacíficos y amorosos, los siboneyes, si bien no habían alcanzado la cultura y civilización de los indios de México y el Perú, aventajábanlos en las artes y virtudes de la paz, y gozaban una vida tranquila, protegidos por un sistema de gobierno y policia más libre e independiente. Eran de entendimiento despejado, hospitalitarios y ceremoniosos; vivían en gran unión como si fuese una

(1) HERRERA, *Década* I, libro II, cap. 11 y libro IX, cap. 4 y 16. OVIEDO, libro VI, cap. 1 y libro XXIX, cap. 10.

sola familia; y a juzgar por su natural y costumbres y la pobreza de sus intrumentos de guerra, debían guardarse los Estados entre sí una fe y comercio de un carácter amistoso. (1) Hacían buen acogimiento a los extranjeros, presentándoles sus frutas y bastimentos; y era tal su liberalidad que los huéspedes y extraños entraban en las casas por donde pasaban y tomaban lo que apetecían para alimentarse, como si fuera propio, con mucho placer de los dueños. No obstante esta franqueza, el hogar doméstico era tan sagrado, que con cerrar la puerta del bohío atravesando una endeble caña, se tenían por seguros de recibir ninguna ofensa.

Eran sus armas el arco, la flecha, unas lanzas hechas de cañas secas al sol, en cuyo punto más grueso fijaban un ástil de madera aguzado y unas espadas de durísima madera, que llamaban macanas: no tenían armas defensivas. Iban a la guerra desnudos, y sin otro adorno que sus tintas rojinegras y sus penachos de plumas. Por lo común combatían de día, aunque no desdeñaban dar sus asaltos de noche, y para evitar las sorpresas cuidaban de dejar puestos centinelas. En estos asaltos acostumbraba el adalid o el que hacía de guía, ponerse en la cabeza un cocuyo para que sirviese de faro y señal a los que le seguian y de este modo ingenioso marchaban juntos, sin que el aire recio

(1) Vivían todos pacíficos (dice CASAS en el lugar citado de su *Historia general*) no me acuerdo que oyésemos ni sintiésemos que unos pueblos contra otros, ni señores contra otros tuviesen guerra.

ni la lluvia les quitase la lumbre e impidiese ver a donde iban. En sus cacerías nocturnas hacían collares de ellos, cuando querían ser vistos a largas distancias, y los usaban también para el servicio de las casas y cenar sin necesidad de otra lumbre.

No hacían esclavos a los prisioneros de guerra, ni los sacrificaban; pues en las islas nunca se halló que hubiese esclavos, ni tampoco que se hiciesen sacrificios humanos. Era liga perpétua de amistad el trocarse los nombres, con lo cual quedaban guatiaos, que valía tanto como confederados y hermanos en armas. (1)

Para adiestrarse en la guerra hacían sus ejercicios y lucían su destreza y arrojo en ocasiones de gran regocijo, corriendo cañas a la manera de los castellanos. Salían a la plaza súbitamente dos escuadrones armados de arcos y flechas, empezaban con escaramuzas como en los juegos de cañas, y poco a poco se iban encendiendo; y como si fueran con enemigos peleaban hasta quedar muchos heridos y a veces algunos muertos; todo con mucho contento de los espectadores, sin hacer caso de los vencidos hasta que el cacique mandaba cesar el combate.

Además de éste tenían otros pasatiempos, como el juego de la pelota, que llamaban del batey, para el que había en la plaza de cada pueblo un ancho

(1) HERRERA, *Década* I, libro I, cap. 19; libro II, caps. 11 y 15; libro III, cap. 5, 6 y 8; libro V, cap. 4; libro VII, cap. 4; libro IX, cap. 3; *Década* II, libro I, cap. 14; *Década* IV, libro VIII, cap. 3. OVIEDO, libro V. cap. 2 y lib. XV. cap. 8. NAVARR", tomo I, pág. 183. MUÑOZ, página 289.

campo y otro aún mayor en los suburbios, rodeados de asientos de piedra para la plebe, y en lugar separado taburetes de maderas preciosas, labrados primorosamente con labores de relieve y entalladuras, en donde se sentaban el cacique y sus mujeres, y los personajes de la corte. Este juego lo hacían por partidos, en que entraban igual número de personas de una y otra parte, a veces veinte contra veinte. Marcaban los términos con estacas y tiraban una línea por medio para partir el campo: no usaban rechazar la pelota con la palma de la mano, sino con las demás partes del cuerpo según les parecía, con gran agilidad y destreza; y de este modo la sostenían en el aire cuanto podían, combinando el juego con la variedad en los movimientos y los caprichos de los jugadores. Las condiciones ordinarias de este pasatiempo eran lanzar la pelota más allá de la línea que dividía los dos partidos, no hacerla pasar de los términos marcados con las estacas y rechazarla de una parte a la otra antes que cesasen los botes: para la solución de las cuestiones que se suscitaban acudian al cacique, si estaba presente, o al personaje de más autoridad que hubiese entre ellos. Las pelotas eran de una pasta negra de raíces de arboles y yerbas, mezcladas con zumos y otras substancias que ponían a cocer, y antes de enfriarse las redondeaban dándoles el tamaño que querían; algunas eran mayores que las de viento usadas en España, y mejores en el número y altura de los botes, aunque algo pesadas. Este juego del batey fué muy popular entre

los indios, y para darle mayor atractivo y excitar el interés público, formaban varias combinaciones en el arreglo de los partidos, jugándolo unas veces los hombres entre sí, otras las mujeres, ya los dos sexos mezclados, ya los casados con los solteros o bien éstos con las casadas.

Acostumbraban no casar con mujer de su linaje dentro del cuarto grado, y podían tener muchas concubinas, las cuales respetaban y obedecían a la mujer propia sin que jamás hubiese desconformidad entre ellas. En sus bodas tenían una costumbre especial a esta isla, y era que cuando un indio escogía esposa, si era cacique, la conocían antes que él los caciques que se hallaban en la fiesta; si hombre principal, todos los de su clase, y si plebeyo, los plebeyos. Y después de esto salía la novia del aposento sacudiendo el brazo con la mano cerrada y en alto, repitiendo a gritos: "manicato, mani cato", que significa esforzada y de ánimo grande, como loándose de ser valerosa y capaz de mucho. No usaban el pecado nefando, ni tampoco comían carne humana; y aunque Oviedo es de opinión que eran sodomitas, el padre Casas y otros hombres graves lo niegan y le reprenden de ello. Las siboneyes eran, con los naturales, continentes; y deshonestas con los castellanos. (1)

En sus enfermedades llamaban a los behiques o

(I) HERRERA, *Década* I, libro III, caps. 4 y 5; libro V, cap. 4; libro VII. cap. 4; libro IX, cap. 4. OVIEDO, libro VI, cap. 1 y 2; libro XVII, cap. 8. CASAS, *Historia general*, tomo III, cap. 23, en las *Memorias de la S. P.*, número de 22 de Agosto de 1837.

sacerdotes, que eran sus médicos, buenos herbolarios por lo general y entendidos en las propiedades medicinales de las plantas; lo cual no impedia que en la asistencia de los enfermos entrase como parte principal el uso de ciertos ritos y ceremonias misteriosas para alucinar al pueblo. El behique estaba obligado a guardar dieta como el paciente y a purgarse, con él con una yerba que tomaba por la nariz hasta quedar fuera de sí; entonces empezaba a decir mil disparates, dando a entender que hablaba con los ídolos, y se untaba la cara, y también la del enfermo, con ollín; cuando éste había purgado se sentaba el behique, estando los presentes a oscuras con gran silencio, y tomaba cierta yerba para arrojar lo que había comido; en seguida se encendía luz, daba dos vueltas al derredor del enfermo, le tiraba de las piernas, íbase a la puerta, la cerraba, y a grandes voces decía: "Vete a la montaña o donde quisieres", y soplaba estremeciendo ambas manos juntas, cerraba la boca, volvía a soplarse las manos, iba donde el enfermo, le chupaba el pescuezo y por las espaldas, en el estómago y otras partes. Concluídos estos embelecos comenzaba a toser y hacer visajes, y al fin escupía en la mano algo que se había metido en la boca, diciendo al enfermo que se lo había sacado del cuerpo y que aquello era el mal que su Cemí le había dado por no haberlo obedecido. Por lo común lo que se sacaba de la boca eran unas piedras, a que tenían gran devoción, como cosa enviada por sus dioses, y las guardaban como reliquias, cre-

yendo tenían virtud para los buenos partos y otras muchas cosas.

Parece que, no obstante la sencillez y credulidad de aquellas gentes, no siempre daban crédito a las supercherías de los behiques, y sabian valerse de otras tales para castigar sus descuidos o ignorancias. Pues cuando acontecía morir el paciente, si les entraba sospecha de que el médico no había hecho bien la dieta, para conocer si la muerte fué por su culpa, sacaban el cadáver del lugar donde lo habían depositado, le cortaban las uñas y los cabellos de sobre la frente, y hecho todo polvo y mezclado con el zumo de cierta yerba, se lo daban a beber por boca y nariz, preguntándole muchas veces si el médico guardó o no la dieta. Y solía suceder oirse una voz, que parecia salir del cadáver, diciendo que el médico no hizo dieta. Entonces lo volvían luego a la sepultura, y los dolientes se aseguraban del infeliz behique, y a palos le quebraban brazos y piernas, o le sacaban los ojos, usando con él todo género de crueldades.

Tenían una singular manera de tratar a los moribundos. Si los behiques desahuciaban la vida del cacique, sus vasallos lo estrangulaban como una muestra de respeto, antes que permitir que muriese como el vulgo. La muerte por estrangulación era estimada entre ellos en tanto honor, que solían a veces conducir a los moribundos a presencia del cacique para rogarle que permitiese que los estrangulasen. Los vasallos eran colocados tendidos en sus hamacas, y los abandonaban a morir en la

soledad dejándoles junto a la cabecera agua y casabe.

Cuando moría algún cacique hacían la autopsia del cadáver, abriéndolo y secándolo a fuego lento para que se conservase entero, y lo enterraban en alguna cueva o parte hueca, donde le ponían una güira llena de vino, una torta de casabe, y sus armas; y de las mujeres propias la que quería mostrar haberlo amado más en vida, se encerraba con él y allí moría, y a veces se encerraban dos. De la gente del pueblo, después que calculaban que habían muerto en donde hemos dicho que solían dejarlos, acudían y les cortaban la cabeza, y algunas veces un miembro, y esto era solamente lo que guardaban en memoria de ellos (1)

(1) HERRERA, *Década* I, libro III cap. 3 y 4.

CAPITULO V

Agricultura e Industria

Cultivaban las artes de la agricultura y la industria en su estado primitivo, bastando a sus escasas necesidades la abundancia de frutos y plantas con que los regalaba la fértil tierra; el gran número de aves que poblaban sus selvas y los peces de sus ríos y costas: eran ingeniosos en las cacerías, y en sus barquillas o canoas, e instrumentos de pesca mostraban un gusto superior a la simplicidad de sus adelantos.

Sus campos eran los más ricos y mejor atendidos de las Antillas: consistían sus principales cosechas en boniatos y papas; el ají, que les servía de pimienta; el maíz y la yuca, de que hacían su pan; y el algodón, que hilaban y tejían para sus mantas, faldellines, redes y hamacas. Acostumbraban almacenarlas en unos grandes bohíos que tenían en las aldeas, y había entre ellos mercaderes que entendían en ir de una provincia en otra a permutar los frutos y las cortas producciones de su industria, y solían extender sus especulaciones a las Lucayas y otras islas. Muchos se dedicaban a la pesca y tenían aldeas en las costas y recorrían en ligeras canoas los cayos e islas inmediatos.

Para sus siembras escogían los valles y cerros poblados de árboles, que llamaban arcabucos, equivalente a bosques, o bien los cañaverales o lugares cubiertos de arbustos, donde hubiese materias combustibles, y nunca las sabanas por creerlas poco feraces. Después de talado el terreno, al cual junto con las labranzas llamaban conuco, quemaban las ramas para abonarlo, porque tenían experiencia de que la ceniza vegetal era buen abono para la tierra, y con esta simple preparación aguardaban a que lloviese, y en los primeros dias de luna nueva hacían sus siembras, y nunca en menguante, persuadidos de que las plantas crecen a medida que la luna. Eran cuidadosos de tener limpios los sembrados desde que empezaban a brotar hasta que estaban bastante crecidos para no recibir daño de la yerba; y así que asomaba la espiga, ponían muchachos a ojear el campo haciéndoles estar sobre los árboles, o bien en barbacoas provisionales de madera y cañas, para ahuyentar las aves que acudían al olor de los granos, y allí se estaban voceando contínuamente hasta que se recogía la cosecha. (1)

Cuando llegaba el día de la siembra se reunían en cada conuco cinco o más indios con sus coas, que eran unos palos tostados que les servían de azada, llevando colgados al cuello, de través, unos talegos llenos de semilla, y puestos en ala a corta distancia uno de otro, caminaban a compás abrien-

(1) OVIEDO, libro IV, cap. 8 y libro VII, cap. 8.

do con las coas a cada paso un hoyo de dos o tres pulgadas, y con la mano izquierda echaban en él cinco o seis granos y lo cerraban apretando la tierra con el pie. De este modo, yendo y viniendo de un extremo a otro del conuco, lo paseaban todo hasta dejarlo sembrado. Con el maiz, como de sí, es seco y recio, para que naciese más pronto, ponían el grano a remojar dos días y lo sembraban al tercero.

En la de la yuca y de los ajís o boniatos comunes, o de cualquiera otra planta sarmentosa, usaban de otra forma que con los granos: hacían varios montones de tierra limpia, en líneas tiradas a cordel, de sobre ocho piés en circunferencia y dos de altura, dejándoles una meseta en la parte superior donde fijaban de seis a diez o más bejucos, de manera que quedasen como una cuarta bajo tierra y otro tanto descubierto, y les ponían unas varas altas formando pabellones para que se enredasen en ellas los vástagos. Otros escusaban los montones y pabellones y sembraban los bejucos unidos de dos en dos.

Los indios comían el maiz crudo mientras estaba tierno, y en este estado, antes de cuajar o recién cuajado, lo llamaban éctor: cuando ya seco, hacían una especie de pan, tostando el grano. De la raíz de la yuca hacían, de este modo, las tortas de su pan ordinario, que llamaban casabe o casabi: al año o más de sembrada la yuca, le raspaban la corteza con unas conchas de veneras de almejas, hasta no quedar nada de ella, y en seguida la ralla-

ban en unas piedras ásperas y con aquella masa henchían una talega redonda de empleita de sobre diez palmos de largo y bastante gruesa, que llamaban sibucán, hechas de cortezas blandas de árboles, tejida algo floja como las esteras de palma; después colgaban en alto un extremo del sibucán a una palanca con su torno y ataban al otro extremo una piedra gruesa y dando vuelta al torno estiraban el sibucán, estrujándola y exprimiendola hasta sacarle el zumo por las junturas del tejido. Libre la yuca de este zumo tendían la masa hecha polvo en un buren o cazuela plana de barro y lo ponían sobre un hoyo lleno de fuego, de manera que lo fuese calentando lentamente hasta cuajarse la yuca, y con unas tablillas, en lugar de paleta, volvían la torta para cocerla de ambos lados y la ponían a secar al sol uno o dos días; quedando así hecho el pan casabe, que aún hoy se usa y es muy estimado de los campesinos. Para las gentes principales hacían las tortas sumamente blancas y tan delgadas como obleas, a que llamaban jaujau; para el pueblo eran inferiores, de media pulgada de grueso. Este pan y el de maíz, ramo exclusivo de las mujeres, era el principal alimento y el más necesario que tenían.

Del zumo extraído de la yuca hacían poleadas, sirope, vinagre y otras preparaciones cuyo uso se ha perdido con la introducción de la harina, el azúcar y el vino por los españoles. "Aquel zumo de la yuca que sale, después que es rallada e se exprime en el zibucan, es tan pésimo veneno, que

con un solo pequeño trago matara un elephante o qualquier otro animal o hombre viviente; no obstante lo cual, si a este mismo zumo mortal le dan dos o tres hervores, cómenlo los indios, haziendo sopas en ello, como un buen potaje y cordial; pero así como se va enfriando, lo dexan de comer, porque aunque ya no mataría porque está cocido, dicen ellos que es de mala digestión cuando se come frío. Si quando este zumo salió, lo cuezen tanto que mengüe dos partes, e lo ponen al sereno dos o tres días, tornase dulze, e aprovechánse dello, como de licor dulce, mezclándolo con los otros sus manjares; y después de hervido y serenado, si lo tornan a hervir e serenar, tórnase agro aquel zumo, e sírveles como vinagre o licor agro, en lo que quieren usar dél sin peligro alguno". Hacían vino de la yuca y también del maíz, que era su chicha; y aunque tenían la uva, la piña y otras frutas ácidas, nunca entendieron de servirse de ellas para este uso. (1)

De la planta del bijao, que creemos fuese el miraguano, y del tallo del magüey tejían jabas y otras cestas, donde guardaban su ropa, la sal y varias cosas; y de la corteza del tallo de éste, así como de la cabuya y el henequén, hacían cuerdas y cordones muy bien torcidos. Los hilos de estas dos últimas son de tanta consistencia que los indios, cuando los castellanos les ponían grillos, cortaban con ellos el hierro con mucha facilidad.

(1) HERRERA, *Década* I, libro III, cap. 9. OVIEDO, libro VI, cap. 49 y libro VII, cap. 1 y siguientes hasta el 6.

"Como quien asierra, mueven sobre el hierro que quieren cortar un hilo de henequén o cabuya, tirando e afloxando, yendo e viniendo de una mano hazia otra, y echando arena muy menuda sobre el hilo (en el lugar o parte que lo mueven) ludiendo en el hierro, y como el hilo va rozando, assi lo van mejorando e poniendo del hilo que está sano e por rozar, y desta forma siegan un hierro por grueso que sea, e lo cortan como si fuese una cosa tierna e muy fácil de cortar". Hacían tazas y vasijas preciosas de las jícaras del higuero o güira, para beber y otros usos.

En sus cacerías usaban de medios simples, como que las aves y cuadrúpedos eran animales de pequeño cuerpo y de índole mansa. Para la de los papagallos, en la primavera, se subía a un árbol un muchacho cubierta la cabeza de yerba o paja, llevando consigo uno que hacía gritar tocándole en la cabeza, para que a los quejidos acudiesen los demás; y cuando había muchos posados en el árbol, el indiezuelo, con una cuerda de lazo corredizo atada a una vara, empezaba a enlazarlos y torcerles el pescuezo; y de este modo cogía cuantos quería pues los papagallos confundiendo la varilla con la rama se estaban quedos mientras oían los lamentos del señuelo. (1)

Cuba poseía un número corto de cuadrúpedos, y para cazarlos, más que por la fuerza, acudían a medios ingeniosos como en la caza de las aves.

(1) OVIEDO, libro VII, cap. 9, 10 y 11 y libro VIII, cap. 4. HERRERA, *Década* I, libro IX, cap. 4.

El que llamaban quemí era tan grande como un sabueso; el cori o curiel, se asemejaba en el cuerpo al conejo, aunque no tan grande, y tenía el hocico de ratón; la hutía, de la misma especie y mayor en tamaño; el mojuí, parecido a la hutía; el guabiniquinax, especie de zorra, con la cola poblada y larga; y el aire, de la misma familia que éste. Tenían también uno, cuyo nombre en el dialecto cibuney nos es desconocido y que los de México llamaban xulo, que era como un perro gozque, sólo que no articulaba sonido alguno, el cual domesticaban y cuando salían a sus cacerías lo llevaban para correr la caza y matarla. El guabiniquinax habitaba en los manglares y lo cazaban acercándose con sus canoas a orillas de los ríos y haciéndolo caer en el agua moviendo el mangle: tal era su mansedumbre. Había ratones comunes, que llamaban mures y un cuadrúpedo anfibio, la iuana o iguana, especie de dragón o lagarto grande de feo aspecto y espantoso que "es muy buen manjar e mejor que los conejos de España muy buenos jarameños". Los indios lo estimaban en mucho, y de los otros, el mojuí, la hutía y los perros *xulos*.

Donde se advierte que ejercitaron más su ingenio, es en el arte de la pesca, en el cual se distinguieron de sus vecinos de Haití y Jamaica, por su destreza y los artificios que empleaban, como que el pescado era el alimento preferido de ellos y a que mostraban gran afición. Tenían redes de algodón muy bien hechas; en los arrecifes de las costas y en las isletas del Jardín de la Reina, en

aquellas partes más apropiadas por el flujo y reflujo, hacían corrales y atajos donde criaban gran número de tortugas, lisas y otros peces; y cuando se reunían para una gran pesca, usaban de un bejuco que llamaban baigua, desmenuzándolo en el agua, y ya fuese que comiesen de él los peces, o que gustasen del agua mezclada con su jugo, se embriagaban y a poco aparecían en la superficie vueltos de espaldas, como atónitos o dormidos, y entonces los tomaban a mano en grandísima cantidad: en los ríos se servían también de judrías y de cierta clase de garlitos.

Cuando salían al mar en busca de peces grandes, como sus anzuelos eran endebles y pequeños, hallaron un medio de suplir su falta sirviéndose de un pez que por instinto y conformación natural tiene la propiedad de perseguirlos y adherirse a ellos. Es como de un palmo o más de largo, de mal semblante y gran atrevimiento, el cual tiene por los costados y en especial desde la cabeza a la mitad del cuerpo, medio lomo arriba, unas escamas que van de mayor a menor formando un óvalo, sembradas de unas espinas duras, muy delgadas y ásperas, y con éstas se aferra a los peces, por lo cual los castellanos lo llamaron pez reverso; entre los indios era conocido con el nombre de guaican. Con él pescaban las tortugas, los sábalos, manatíes y cualquier pez de gran tamaño.

Si querían guardar algunos criaban los pequeños que cogían en las redes, conservándolos en agua de mar, y los domesticaban hasta llegar a tener

la fuerza y aptitud necesarias. Entonces los llevaban en sus canoas, atados por la cola a una cuerda delgada de muchas brazas de largo con una boya de corcho para señal; y cuando veían a flor de agua algún pez grande, tomaban uno en la mano halagándole y diciéndole fuese manicato y otras palabras exhortatorias y lo lanzaban en dirección de la víctima. El guaican corría hacía ella como una saeta y se le aferraba donde podía, la cual sintiéndose asida huía a una parte y otra, y en tanto el pescador alargaba la cuerda hasta que el pez cansado se dirigía a la vuelta de tierra y comenzaba a tirar con tiento, guiando el guaican con la presa hasta que las mismas olas lo echasen a la playa: entonces saltaba de la canoa, y si era tortuga la trastornaba en el mar, y si manatí u otro pez, lo harponaba hasta matarlo. Para desprender el guaican usaba de mucha maña y cautela, porque viene tan unido a su presa, que si quisiesen separarlo con fuerza lo despedazarían antes que lograr su objeto (1).

En las pesquerías por los ríos y costas y el comercio con las islas vecinas, así como en sus guerras y diversiones se servían de unas canoas, hechas de un solo tronco de árbol; algunas de tanta extensión, que bien podían llevar cuarenta y cincuenta y aún más personas. Para vencer el inconveniente de la falta de instrumentos de hierro, acudieron en su construcción a unas hachas de piedra enhastadas, con las que ahuecaban el tronco,

(1) CASAS, libro III, cap. 22. MUÑOZ, libro V, pág. 22 1

quemando la madera a medida que la iban moliendo y desmenuzando. Estas barquillas eran planas por debajo, pues no les hacían quilla, ni conocieron tampoco el uso de timón y las velas, y para moverlas y dirigirlas usaban de un remo, que llamaban *naje*, hecho como una pala larga, y puestos de pie o sentados y a veces de rodillas, iban remando al costado. Eran sumamente ligeras, y aunque se volcasen o inundasen permanecían siempre flotando. Cuando esto acontecía echábanse a nado y con facilidad las enderezaban y vaciaban con sus calabazas, sin que ninguno de ellos peligrase, pues todos eran excelentes nadadores y se sostenían muy bien en el agua (1).

(1) Véase OVIEDO, libro VI, cap. 4; libro XII, cap. 1 hasta el 8 y los capítulos 33 y 34; libro XIII, cap. 1 y 9.

CAPITULO VI

Gobierno y Religión

Su forma de gobierno correspondía con su índole y la inocencia de sus costumbres, y sus tradiciones eran de un carácter puro y racional; en sus creencias se advierte a veces una elevación de ideas algo impropia de la idolatría y superstición en que vivían y que, por su identidad con los fundamentos de nuestra religión, parece, más bien que de los indios, obra del sentimiento que inspiraba a los conquistadores y misioneros en su espíritu de propagar la doctrina cristiana al mismo tiempo que dominaban el país, si ya no fuese que aquéllos, cuando empezaron a conocer el fanatismo de sus opresores, pensaron congratularse su voluntad y hacer su situación menos desgraciada, mezclando a su modo en sus relaciones las ideas que bebían en la fuente pura de los ministros del Evangelio. Para conservar sus tradiciones tenían los behiques el encargo de perpetuarlas en coplas y romances que enseñaban a los hijos de los nobles, en la infancia, para cantarlos en los días de sus fiestas solemnes.

La isla estaba dividida en muchos estados soberanos, regidos por caciques: los nombres de estos estados que ha conservado la historia, son los de Sabaneque, Cayaguayo, Maniabón, Bani, Barajagua, Sagua y Baracoa, en la costa del norte; en la del sur, Hanamana, Jagua, Guamujaya, Magón, Ornafai, Guaimaros, Cueiba, Guacanajabo, Macaca, Beyuca, Bayatiquirí y Maisí; los de Uhimá, Guanajanes, Guaniguanico, Marien, Habana y Camagüey, que abrazan ambas costas, y en el interior, los de Macurijes, Cubanacan, Bayamo, Maiyé y Guaimaya (1).

Los caciques gobernaban a sus vasallos según su propio albedrío, y su justicia era tan conforme a los principios de la ley natural, que sin necesidad de ordenanzas, ni libros, ni jueces, tratabánse honradamente los unos a los otros, y tenían por malo y perverso al que se complacía en hacer daño a sus semejantes. La confianza de estas gentes en su señor, era tan grande, que en su mano estaba el que creyesen o dejasen de creer lo que él quería. El delito que con más rigor se castigaba entre ellos, y del que había muy pocos casos, era el de hurto. "Al ladrón por pequeña cosa que hurtase lo empalaban vivo e assi lo dexaban estar en un palo o árbol espetado, como en asador, hasta que allí moría"

(7) HERRERA, *Década* I, libro III, cap. 4. VALDES, pág. 34. PEZUELA, pág. 48. LA TORRE, *Mapa de Cuba antigua*. OVIEDO llama (libro III, cap. 9) Omohaya, y DIEGO MENDEZ (NAVARRETE, tomo I, pág. 319) Homo, la provincia que el Sr. LA TORRE nombra Guamujaya.

La soberanía era hereditaria, y observaban una regla simple, pero sagaz, de mantener hasta cierto punto la verdad de la descendencia. Cuando el cacique moría sin dejar sucesión, pasaba la autoridad soberana a los hijos de las hermanas y no a los de los hermanos, por considerar más probable ser aquellos de su propia sangre; y decían que los hijos reputados por de los hermanos pueden por algún motivo no tener parentesco con el tio, mientras que los de las hermanas forzosamente han de ser sus sobrinos.

Eran muy ceremoniosos en sus actos públicos, y cuando los visitaba en sus estados algún igual en dignidad u otro personaje distinguido. En este caso salían a recibirlo acompañados de los ancianos y nobles y dos de éstos llevaban del brazo al cacique. Precedíanlo treinta o más de sus mujeres, sin otro adorno que sus faldillas blancas, labradas de extrañas obras y unos ramos verdes en la mano, las cuales para hacer tiempo a que llegase su señor, entretenían al huésped con sus bailes y cantares, y concluídos, se le acercaban y le entregaban los ramos, hincada la rodilla en señal de paz y reverencia. Después se presentaba el cacique; y pasados los cumplimientos de estilo, se llegaban los de la comitiva de mano en mano repitiendo los mismos cantos y bailes. Acabadas estas ceremonias pasaban todos a palacio, donde hallaban aparejada la mesa, cubierta de hutias asadas y cocidas, infinito pescado de mar y de río, frutas y pan casabe.

En la mesa era servido el cacique por los nobles,

con gran respeto: solía probar solamente los manjares y el vino que le ofrecían, y en seguida mandaba repartirlos entre los de su comitiva: sus órdenes las daba a los consejeros inmediatos a su persona, y éstos las transmitían para su cumplimiento; pues se tenía por impropio de la dignidad soberana que hablase a sus vasallos en los actos de ceremonia. Algunos eran tan pulcros, que después de comer se lavaban y enjugaban las manos con yerbas suaves y odoríficas, probablemente con el fin de conservar la blancura y delicadeza del cutis. Concluída la comida era conducido el huésped a las arboledas inmediatas al palacio y obsequiado con las danzas y juegos nacionales; y mientras estaba en la corte todo era correr cañas, bailar, cantar y darle comidas abundantes. (1)

Las fiestas donde los nobles representaban al pueblo sus tradiciones y creencias religiosas se llamaban areitos, y consistían en una mezcla de baile y canto, a veces sin ningún instrumento, otras acompañados de unos piticos de madera y sus tamboriles, que eran sus únicos de música, hechos estos últimos de un madero hueco y delgado, de dos tercias de largo y una de ancho, y la parte por donde se tocaban era en forma de tenaza de herrador y la otra semejante a una maza de manera que parecían calabazas de cuello

(1) OVIEDO, libro V, cap. 3 y libro XVII, cap. 8. HERRERA, *Década* I, libro III, cap. 5. WASH. IRVING, libro IV, capítulo 9.

largo; estos tamboriles sonaban tanto que se oían a poco menos de una legua.

Reunidos todos formando corro, comenzaban a bailar a la vez al compás de los cantares, asidas las manos de uno en otro, o trabados de los brazos, cantando y gritando los que llevaban la voz y repitiendo a un tiempo los demás, o bien repetían primero los hombres y después las mujeres. Algunas veces se mudaban los que dirigían, y los que entraban de nuevo solían cambiar la tonada y el compás y aire de la danza. Mientras duraba el canto y baile, andaban otros indios de ambos sexos dando de beber a los danzantes, que apuraban las jícaras de vino sin parar de bailar, y cuando alguno caía embriagado, lo apartaban de la rueda sin detenerse los demás, y el areito continuaba hasta que casi todos quedaban tendidos en el suelo. Porque era su costumbre bailar hasta no poder más, desde que anochecía hasta que amanecía, y aunque estuviese un gran número de ellos juntos, no salían uno del otro con los pies y las manos y con todos los movimientos del cuerpo, un punto del compás. Solían reunirse a veces en sus areitos ordinarios los hombres solos, a veces solas las mujeres, y a veces unos y otras, y entonces no tomaban vino; pero en las fiestas solemnes concurrían siempre los dos sexos, cuando celebraban alguna victoria, el casamiento o muerte del cacique, u otra fiesta con algún motivo de interés general.

Los españoles creyeron, al principio, que eran un mero pasatiempo, y de aquí, sin duda, el que

los historiadores no prestasen la debida atención a las tradiciones de los aborígenes, condenados a desaparecer de la faz de la tierra antes que sus costumbres y creencias se estimasen bastante interesantes para ser investigadas: más tarde se descubrió que muchas veces eran ceremonias de un carácter serio y como emblemas vivos, no sólo de sus tradiciones sino también de sus empresas presentes y futuras, lo que les da un lugar ciertamente importante en las costumbres de aquellos naturales. En ellos estaban simbolizados, por medio de signos comprensibles a los iniciados en sus misterios, los suscesos históricos de la nación, sus futuros propósitos, sus cazas, su modo de combatir en la guerra. La historia de los tiempos primitivos de casi todas las naciones ha sido generalmente conservada por las liras de los trovadores en rudas canciones y romances, y tal era el objeto de los areitos. Cuando moría un cacique componían elegias sobre su vida y acciones, para cantarlas y conservar la memoria del bien que había hecho; otros eran cantos sagrados, y contenían sus nociones de teología y las fábulas y supersticiones que constituían sus creencias religiosas; otros expresaban sus afecciones y describían los fenómenos de la naturaleza. De manera que estas festividades constituían la historia de la nación y enseñaban el verdadero carácter y costumbres de los indios. Los de Cuba eran superiores a los de Haití, por ser más suaves sus cánticos, y en la composición de las coplas usaban repetir una misma sentencia trasponiendo las

palabras, en lo cual daban una prueba de sutil y agudo ingenio. (1)

(1) HERRERA, *Década* I, libro III, cap. 4; libro IX, cap. 3; *Déc.* II, libro VI, cap. 17; *Déc.* III, libro IV, cap. II. OVIEDO, libro V, cap. 1 y 3.

CAPITULO VII

Continúa el mismo asunto

Los cibuneyes tenían conocimiento de que el cielo y cuanto existe en la naturaleza había sido criado, y decían que por tres personas venidas de diversas partes; si bien ignoraban la esencia y estado de esos seres creadores. En sus oraciones no se dirigían a estas deidades superiores, sino que se valían de otras de un orden inferior, que eran como intercesoras o mensajeras, a las cuales llamaban Cemis (1).

Los de Haití explicaban de una manera confusa y a veces contradictoria, sus nocioness acerca de

---

(1) HERRERA, *Década* I, libro IX, cap. 4. Dice HERRERA que los aborígenes de Cuba "no tenían religión, porque no tenían templos, ni ídolos, ni usaban sacrificios: sólo tenían los sacerdotes, médicos o hechiceros" etc. Nosotros seguimos la opinión contraria de OVIEDO, quien hablando de los cibuneyes (libro XVII, cap. 4) dice: "La estatura, la color, los ritos e idolatrías, el juego del batey o pelota, todo esto es como de la isla Española"; así porque además de los sacerdotes se encontraron ídolos en Cuba, cuanto porque el gobierno y costumbres de sus naturales eran, en lo general, los mismos que tenían los haitianos.

Probablemente aquellos ocultaron sus adoratorios a los castellanos, sabiendo por los de Haití que destruían los ídolos

creación del mundo, de la tierra, el sol, la luna, las mujeres. Decían de éstas que un día muy lluvioso se fueron los hombres a lavar, y estando con deseo de haber mujeres, porque las que tenían se les habían ido a otras islas, vieron caer de los árboles una cierta forma de personas que no eran hombres ni mujeres, y corriendo para tomarlas huyeron como si fueran anguilas, pero que al fin tomaron cuatro por medio de unos leprosos que tenían las manos ásperas, y habiendo conferenciado como harían para que fuesen mujeres, acordaron atarlas de pies y manos, y valiéndose del pájaro llamado carpintero lograron quedasen hechas mujeres. Del sol y la luna contaban que salieron de la cueva Yobobaba, en tierras de un cacique llamado Mausiatibel, la cual tenían en gran reverencia, adornada con ídolos pequeños de piedra, con las manos atadas que parecía que sudaban, y les tenían mucha devoción e iban a pedirles agua para los sembrados y les llevaban ofrendas, confiados en que por este medio llovería.

---

y templos y que su religión había sido causa de haberlos conquistado y esclavizado. El mismo Herrera cuenta (*Década* I, libro III, cap. 3) que los haitianos procuraban esconder sus ídolos de los castellanos y no los dejaban entrar en sus adoratorios, y que deseando algunos ver el secreto de los Cemis entraron de repente a vuelta de los indios en una de las capillas, y al momento gritó el Cemí y habló en su lengua, de donde entendieron que todo era cosa de artificio, y descubrieron que la estatua era hueca como una cerbatana, que salía a un rincón de la iglesia, adornada y encubierta con verdura, en donde se escondía el sacerdote y hablaba por la caña lo que el cacique quería; y conocido el engaño, los castellanos destruyeron el oráculo.

Los de Cuba, así como la mayor parte de las naciones salvajes, tenían tambiensu tradición sobre el diluvio universal. Según ellos se había perdido el mundo por mucha agua, y un viejo sabiendo lo que iba a acontecer hizo una gran nave y se metió en ella con su familia y muchos animales; y a cierto tiempo envió un cuervo, que no volvió por comer de los cuerpos muertos, más después envió una paloma, la cual volvió cantando con una rama cuyas hojas parecían a las del hobo: entonces el anciano salió de la nave e hizo vino de las parras monteses y se embriagó, y de los dos hijos que tenía el uno se rió y propuso al otro echarse sobre él; pero el otro lo riñó y cubrió la desnudez del padre, quien después de dormido el vino, sabida la desvergüenza del hijo lo maldijo, y al otro lo colmó de bendiciones. Y decían los viejos que de aquel malo habían procedido los naturales de estas tierras, y por esto no tenían sayos ni capas; pero que los castellanos procedían del otro, por lo cual andaban vestidos y montaban a caballo.

También creían en la inmortalidad del alma, aunque sus nociones sobre el lugar de su existencia después que abandonaba el cuerpo mortal, eran, por lo común, confusas e inciertas. Según unos, los varones virtuosos iban a un valle delicioso, donde encontraban a sus antecesores y disfrutaban perennemente con mayor perfección de los placeres que constituyen la felicidad de la vida terrenal: gozar a la sombra de floridas glorietas, vivir con mujeres de una rara belleza, saborearse en banque-

tes abundantes de frutos. Cada cacique pretendía que estos Elíseos estaban en el lugar más bello de sus estados, y algunos indios de Haití creían ser el llamado Coaiba en la isla Soraya. Según otros, las almas de los bienaventurados estaban de día encerradas y por la noche salían a holgarse; otros decían, que de día permanecían escondidas en las crestas inaccesibles de las montañas y bajaban de noche a los valles a regalarse con el sabor delicado del mamey rojo, cuyo fruto tenían por sagrado y se privaban de él por temor de que las almas de sus parientes y amigos pudiesen sufrir la falta de su alimento favorito.

Creían en la aparición de los muertos, por lo cual era grande el miedo con que andaban sólos de noche, y cuando se sentían atacados por ellos en los caminos, empezaban a dar fuertes golpes con sus macanas contra los árboles y rocas para ahuyentarlos; porque decían que en hiriéndoles desaparecían. Contaban que queriendo un indio pelear con un muerto, desapareció y después se le halló colgado de un arbol. Colón entendió de un anciano en la costa meridional de Cuba que creía en la inmortalidad del alma y en los premios y castigos eternos, y explicaba que hay dos lugares en la otra vida a donde van las almas, el uno malo y tenebroso, guardado para los que hacen mal, y el otro alegre y bueno, en donde se han de aposentar los que aman la paz de la tierra. (1)

(1) HERRERA, *Década* I, libro II, cap. 14; libro III, cap. 3; libro IX, cap. 4. WASH. IRVING, libro VI, cap. 10.

Ignoraban los ciboneyes cómo vinieron a este hemisferio sus primeros pobladores, y sólo sabían que sus antepasados habían emigrado de la Florida a Cuba y que de esta isla se habían extendido por las otras vecinas. Si se exceptuan los habitantes que moraban al occidente del Batabanó, todos los demás hablaban un dialecto comun, y aunque diverso del de los lucayos y haitianos, se entendían bien con ellos, como que los de las islas procedían de la lengua originaria de los floridanos. Sus noticias del mundo físico estaban circunscritas a que el país donde vivían era una isla de gran extensión, y al conocimiento de las situadas al norte y sur del Atlántico y de mucha parte del continente, desde la Florida hasta el golfo de Paria. Esto último sirvió a Colón para saber de la existencia de Haití, Jamaica, Puerto Rico y las Caribes, y de las tierras y costas que producen oro y perlas. (1)

Para el culto divino había en cada estado un templo solamente, situado a corta distancia de la corte, donde se veían imágenes labradas de relieve en piedra o madera, y algunas hechas de barro o

(1) NAVARRETE, tomo 1, libro VI, cap. 43. Colón en su segundo viaje, cuando exploraba la costa sur de la isla, encontró a nueve leguas al oeste de Batabanó unas gentes que no entendían la lengua del lucayo Diego, que se había comunicado sin dificultad con las de las provincias hasta entonces visitadas y con las de Haití y Jamaica. ¿Sería que aquellos habitantes y probablemente los demás de la costa meridional, hacia el occidente, habrían venido a establecerse en Cuba desde Yucatán y otras partes del sur de México? Véase EL CURA DE LOS PALACIOS, cap. 128, según IRVING, libro VII, cap. 4.

algodón, o pintadas, por lo común, de una forma monstruosa y horrible. Este adoratorio servía exclusivamente para el uso de sus Cemis, a los cuales invocaban y a veces pretendían consultar con ciertas oraciones y ceremonias. Había en él una tabla pequeña de forma redonda, bien labrada, sobre la cual estaban unos polvos que los behiques ponían en la cabeza de los ídolos con mucha solemnidad y aparato, y con una caña de dos ramos que se acercaban a la nariz, soplaban los polvos diciendo al mismo tiempo ciertas palabras, y al recibirlos quedaban fuera de sí, como embriagados.

Además de estos Cemis cada familia, y aún los individuos en su particular, tenía el suyo propio, que consideraba como su genio protector, así como los lares o penates de los antiguos, y lo guardaba en la casa con gran reverencia. A veces solían labrarlo en los muebles de uso doméstico, y había quien lo tenía de un tamaño pequeño para colgárselo en la frente cuando iba a la guerra. Entendían que sus ídolos eran inmortales, y algunos les ponían los nombres de sus abuelos, en memoria de ellos. Usaban tener más devoción a una imágen que a otra, y entre los mismos caciques y gentes del pueblo se preciaban de tenerlas mejores; y como creyesen que éstas podían cambiarse con todo el poder que se les atribuía, no era cosa extraña el robárselas los unos a los otros. Hubo un Cacique que tuvo un Cemi de madera con cuatro pies como de perro, que según decían, muchas no-

ches se iba a los bosques y lo traían atado, pero se soltaba y volvía a irse; y afirmaban que cuando los castellanos llegaron a la isla se había huído a una laguna y que se metió en ella y nunca más pareció.

Creían que los Cemis presidían sobre todas las cosas de la naturaleza y que cada uno estaba encargado de un fin especial; que ejercían influencia sobre los elementos y las estaciones, mandaban que los años fuesen estériles o abundantes, excitaban los remolinos y huracanes, lanzaban el rayo o enviaban las brisas suaves y templadas y la lluvia; que tenían imperio sobre los mares y bosques, los arroyos y las fuentes, como las Nereidas, las Druidas y los Sátiros de la antigüedad, protegían el cazador y pescador, dirigían por seguros raudales las aguas de las montañas, ya trayéndolas por las llanuras formando mansos arroyos y serenos ríos, ya arrojándolas en rápidos torrentes que inundaban y desolaban los valles y collados. Poseían asimismo la mayor parte de los caciques tres talismanes, que no eran otra cosa sino tres meras piedras, y las guardaban con gran devoción: la una, aprovechaba para favorecerlos con abundantes cosechas; la otra, para librar de dolores y peligros a las mujeres en la hora del parto; y la tercera, para atraer la lluvia o la seca.

Tenían los cibuneyes sus días festivos, en los cuales iban a la capilla y presentaban ofrendas de comida al Cemí de su devoción. En una de estas fiestas acostumbraban los behiques prepararse con

tres o cuatro meses de anticipación con un ayuno severo, que consistía en no probar más que el zumo de ciertas yerbas; cuando se veían flaquísimos y empezaban a sentir éxtasis y delirios, acudía el pueblo a consultarlos como oráculos y creían sus respuestas emanadas de los dioses; decíanles si habían de haber buenos o malos tiempos, si tendrían salud, si les nacerían hijos y vivirían, y otras cosas por este tenor que les preguntaban.

La que celebraban en honor de los Cemís, era quizá la más solemne de todas. El día señalado por el cacique acudían de todas partes del reino y hacían una gran procesión, los hombres y mujeres casados decorados con sus mejores adornos y las jóvenes enteramente desnudas. El cacique o la persona inmediata en autoridad, marchaba a la cabeza de todos sonando un tamboril hasta llegar al templo, en cuya puerta se sentaba sin cesar de batir el tambor mientras entraba la procesión. Las mujeres llevaban canastillos de flores llenos de casabe y se acercaban cantando a presentarlos a los Cemís, y los behiques los tomaban con grandes alaridos y rompiendo el casabe, lo distribuían entre los padres de familia, quienes lo conservaban con el mayor cuidado durante el año, atribuyéndole la virtud de preservarlos de toda adversa fortuna. Hecho esto, a una señal convenida, empezaba un baile por las mujeres, cantando himnos en honor de los Cemís, y concluía la ceremonia con una invocación para que velasen por la paz del estado y protegiesen a los ciudadanos

en todas ocasiones. De estas festividades sacaban provecho los caciques, haciendo que los sacerdotes esparciesen entre las gentes especies favorables a sus miras, para tenerlas sujetas a su devoción. (1)

Por esta imperfecta relación, que abraza cuanto hemos encontrado digno de interés en las descripciones de los descubridores e historiadores del Nuevo Mundo sobre el carácter y costumbres de los ciboneyes, su agricultura e industria, gobierno y religión, se viene en conocimiento de que aquellos naturales vivían en el estado de primitiva simplicidad que algunos filósofos entusiastas nos pintan como el más envidiable de la tierra, libres de los cuidados que las necesidades artificiales causan en los pueblos avanzados, en la carrera de la civilización y rodeados de las bendiciones de la pró diga naturaleza.

Los indios de Cuba parecieron a los castellanos una gente singular, por su amor a la ociosidad, su imprevisión e indiferencia a la mayor parte de las cosas que excitan a la ansiedad y el trabajo humano; fácil a impacientarse a la menor molestia; enemiga de las superfluidades y apenas cuidadosa de cultivar los frutos que constituían sus principal subsistencia. Los castellanos a los indios, unos seres superiores a los demás mortales, así en el esfuerzo y el valor como en las armas y el arte

(1) HERRERA, *Década* I, libro III, cap. 3 y 4; libro IX, cap. 4. OVIEDO, libro V, cap. 1. CHARLEV, *Historia de Santo Domingo*, tomo I, pág. 59, según IRVING, libro VI, capítulo 10.

de la guerra, venidos por disposición de los dioses a sojuzgarles.

Así que la conquista de la isla (como veremos en el curso de esta historia) fué tan fácil a los invasores, que toda ella no ofrece acción notable en que ninguno de ellos se distinguiese, y lo que es frecuente en toda lucha desigual, en que el más fuerte abusa de su poder para oprimir al más débil, con desprecio de las leyes de la humanidad; el carácter moral que resalta en aquella guerra es el del cacique Hatuey, que luchando contra elementos incontrastables, pero luchando al fin, prefiere una heroica muerte a sobrevivir a la esclavitud y ruina de la patria.

LIBRO SEGUNDO

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Comercio de los europeos en la India. Descubrimiento de los portugueses en el Africa. Planes de Colón sobre navegar a la India por Occidente. La reina Isabel de Castilla acoge las ideas de Colón.

El dichoso mortal escogido por la divina providencia para descubrir la vasta extensión de los mares y tierras occidentales, fué Don Cristóbal Colón, quien con naves y gentes españolas surcó las temidas ondas del Atlántico y plantó el primero el signo de la Redención y las enseñas de Castilla en aquellas tierras desconocidas y hasta entonces ignoradas del antiguo mundo. El objeto de esta empresa marítima, la más extraordinaria que vieron las edades, fué abrir una senda por el océano para facilitar el comercio que hacían los europeos con la India. (1)

---

(1) Ansí que (dice Colón) me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable a que era hacedero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello. Las *Profecías*, en la Colección de NAVARRETE, tomo II, pág. 262.

El gusto por las ricas producciones del Oriente empezó a despertarse en Europa cuando las águilas romanas hicieron presa de la Macedonia, Grecia, Siria y Egipto. Los pilotos griegos y egipcios llenaban los mercados de la gran ciudad con las sedas y perfumes, las perlas y piedras preciosas, las especerías y manufacturas más exquisitas de aquellos remotos países. Hacíase este comercio por dos rutas: la una, por Alejandría, embarcando los cargamentos en el Nilo y conduciéndolos a Berenice, desde donde atravesaban el golfo arábigo hasta Ocelis o Canna, en la costa de la Arabia Feliz, y los transportaban para Musiris, depósito principal de la India; la otra, por el puerto de Siria, adonde bajaban atravesando los arenales desde Palmira, cuya opulencia heredó Alepo cuando la destrucción de aquel magnífico emporio.

En medio de las densas tinieblas en que se vió envuelta Europa desde la caida del imperio romano, perdida la huella de los antiguos en el progreso de la inteligencia humana, la geografía huyó al corazón del Africa y halló grata acogida entre los sabios de la Arabia. Mientras los literatos europeos perdían el tiempo en fútiles disputas sobre invenciones caprichosas y extravagantes, los árabes tomaban en Sanaar la medida de un grado de latitud y calculaban la circunferencia de la tierra en las llanuras de la Mesopotamia. Conservado así, por dicha, el verdadero saber empezó a propagarse de nuevo en Europa: las obras de Plinio, Pomponio Mela y Estrabón, esparcieron un caudal

de conocimientos geográficos por largo tiempo ignorado, y excitaron la curiosidad de los sabios a entrar en una senda hasta entonces cerrada al espíritu investigador. Apareció, a principios del siglo XV, una traducción latina de las obras de Tolomeo por el griego Crisolora, a la cual siguió la de Escarpiaria que cundió por Italia; y buscáronse después con ansiedad los escritos de Averroes, Alfragane y otros árabes que habían conservado vivo y fulgente el fuego sagrado de la ciencia durante la época tenebrosa de la ignorancia. Y aunque la ilusión entraba limitada e imperfecta en su antiguo imperio, venía, sin embargo, a la manera que los primeros albores de la aurora, rica de interés y hermosura, y tal parecía dar vida a un nuevo mundo y brindar generosa al genio creador con todos los atractivos de lo grande, maravilloso y admirable.

Los portugueses fueron los primeros en distinguirse en el campo de los descubrimientos marítimos que en breve había de explorar el genio de Colón, para gloria de la humanidad. Destruído el imperio romano, los soldanes de Egipto restablecieron el comercio de la India por el golfo Arábigo y Mar Rojo, y los mercaderes italianos acudían a Alejandría, centro del mundo comercial, y partían de allí para Venecia, Pisa y Génova, con sus naves cargadas de los tesoros de Oriente, que extendían por los pueblos de la Europa occidental, donde se había generalizado el gusto y esplendor de los orientales, desde la epoca de las cruzadas.

Las riquezas y poderío que este comercio daba a las repúblicas italianas, despertó en los portugueses el deseo de hacer directamente la navegación a la India por el mediodía de Africa; y de aquí el origen de las vastas concepciones con que el infante Don Enrique, abriendo la carrera de nuevos descubrimientos, perfeccionó la náutica, y dió al comercio marítimo una extensión prodigiosa. Las empresas de este príncipe dieron a Portugal el dominio de la costa occidental de Africa, hasta Sierra Leona y las islas de Madera, Cabo Verde y Terceras, y le alcanzaron del papa Martino V. la concesión de todo lo descubierto y que se descubriese desde el cabo Bojador hacia el Mediodia, hasta las Indias orientales, la cual confirmaron otros sumos pontífices. Después de su muerte, continuaron sus proyectos los reyes de Portugal; con su eficaz protección, los hábiles cosmógrafos del reino inventaron la aplicación del astrolabio a la práctica de la navegación para observar la altura meridiana del sol sobre el horizonte y calcular la declinación de este astro en los meses del año, con lo cual se aventuraron los navegantes a desafiar las tempestades del cabo de Buena Esperanza; y al progreso de sus descubrimientos debió aquel pequeño estado su elevación, en poco tiempo, al rango de una de las naciones más poderosas de Europa. (1)

---

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 2-29. MUÑOZ, libro II, pág. 37. IRVING, tomo I, págs. 25 y 26.

Cuando con más calor se hallaban empeñados los portugueses en sus expediciones a las costas del Africa, llegó Colón a Lisboa, llena, a la sazón, de extranjeros, los más de ellos italianos, hábiles en la náutica y la astronomía, y allí recibió su espíritu la luz de la verdad, se nutrió en las opiniones de los filósofos antiguos y las descripciones de los viajeros que en diversas épocas habían recorrido la India, particularmente las de Marco Polo y Juan de Mandeville; y empezó a prepararse para la empresa que debía sublimarlo al alto honor y estado a que lo encaminaban sus generosas aspiraciones.

Colón nació en la ciudad de Génova, probablemente en 1436, empleó sus tiernos años en el estudio de las letras en la universidad de Pavia, y tardó poco en aprender la lengua latina y los principios matemáticos que bastaban a la comprensión de los autores de cosmografía a cuyo estudio se mostró muy inclinado. Siendo de edad de catorce años, regresó a su patria y se dedicó a la profesión náutica, en la cual estuvo ocupado durante veinte y tres años, recorriendo en sus diversos viajes los mares hasta entonces conocidos.

Atraido por la fama de los descubrimientos, se estableció en Lisboa en 1470, donde casó con Doña Felipa Muñiz de Perestrello, hija de Don Bartolomé, uno de los más distinguidos navegantes en tiempo del infante Don Enrique, y el primer gobernador y colonizador de la isla de Puerto Santo. El trato con los marinos más célebres de la época;

la lectura de los papeles, mapas y diarios de su suegro, y los viajes que hizo a las islas y continente de Africa, encendieron su espíritu en el deseo que a todos animaba; y dando a sus pensamientos un rumbo contrario al que llevaban sus contemporáneos, empezó a meditar sobre la posibilidad de hallar un paso a la India por los mares de Occidente, y llegó a adquirir una plena convicción en favor de esta idea.

Pablo Toscanelli, de Florencia, estimado por uno de los más doctos cosmógrafos de su tiempo, a quien consultó sobre esto a mediados de 1474, la aplaudió mucho; y para demostrarle más claramente la facilidad de su ejecución, le envió un mapamundi ideado por él, parte, según Tolomeo, parte, conforme a las descripciones de Marco Polo. En este célebre mapa, que Colón llevó consigo en su primer viaje de descubrimiento y que parece fué su única guia en aquella incierta navegación, la costa oriental del Asia estaba trazada frente a las occidentales de Africa y Europa, dejando un espacio moderado de océano donde había situado, a distancias convenientes, las islas de Cipango, Antilla y otras. (1)

Con esta conformidad de opiniones aguardó Colón una ocasión propicia de obtener el favor de algún poderoso, y se resolvió a solicitar la protección de Don Juan II de Portugal, que acababa de subir al trono y parecía animado del mismo es-

(1) Dos cartas de Toscanelli a Colón, en NAVARRETE, tomo II, núm.1

píritu de progreso que el infante Don Enrique, para que lo auxiliase con los medios de realizar sus planes. Pero aunque obtuvo buena acogida de aquel soberano, hubo de probar de sus consejeros los sinsabores con que la ignorancia regala por lo común a los hombres de una capacidad y concepciones superiores. El mismo Colón refiriéndose a sus reuniones con los cosmógrafos de aquel reino, nos dice con amargura que jamás le fué posible hacerse entender de ninguno de ellos. (1)

En España debía encontrar, en la fe de un monje entusiasta por la religión y en la sabiduría de otro amante de la gloria y prosperidad de su patria, consuelos, protección y los más fuertes apoyos para que los Reyes Católicos oyesen sus proyectos y lo ayudasen a dar cima a tan grande obra. Con el fin de presentarse a estos monarcas, llegó a Andalucía a fines de 1484, donde permaneció hasta casi espirar el de 1485, siendo huésped del duque de Medinaceli en el Puerto de Santa María; de allí pasó al de Palos, donde hizo conocimiento con fray Juan Pérez de Marchena, guardián del convento de la Rábida, quien le dió cartas para fray Hernando de Talavera, prior del Prado y confesor de la reina; y provisto de recursos por Martín Alonso Pinzón, navegante rico de aquella villa, salió para la corte en los primeros días de 1486. (2)

Halló a los invictos Reyes en Córdoba, ocupados

(1) IRVING, tomo I, págs. 40 y siguientes, 49 y 50. MUÑOZ, libro II, pág. 42. NAVARRETE, tomo I, pág. 28 y 91.
(2) Véase *Ilustrac.* IV.

en la guerra de Granada, y no fué poco alcanzar en aquellas circunstancias, el que atendiesen su solicitud y mandasen formar en Salamanca una junta compuesta de los sujetos más hábiles del reino en cosmografía, para que examinasen la empresa. "Es lástima que no hayan quedado documentos de las disputas que se tuvieron en el convento de los dominicanos de San Esteban, para formar juicio del estado de las matemáticas y astronomía en aquella universidad, famosísima en el siglo XV. Consta que Colón sentaba sus proposiciones, exponía sus fundamentos y satisfacía a las dificultades. Y se ha conservado la memoria de varias objeciones ridículas, dignas de idiotas destituidos de los elementos de la esfera. A la brevedad y facilidad de la navegación a la India, se opuso que por ventura se hallaría el mar elevado, y sería como subir cuesta arriba; que era enorme la grandeza del océano, y no bastarían tres años para llegar al fin del oriente. Mayor desatino se juzgaba el descubrimiento de las tierras occidentales, ignoradas de tantos sabios como había producido el mundo, no siendo verosímil que supiese más un nuevo navegante; y cuando las hubiese, serían inhabitables o desiertas, porque la especie humana estaba reducida a la parte del globo descrita por Tolomeo, y San Agustín negaba la existencia de los antípodas. (1)

(1) MUÑOZ, libro II, págs. 54-58. Los planes y argumentos de Colón no debían ser los más a propósito para imprimir convicción en una época en que se tenían ideas tan

De las varias sesiones que tuvo con esos pretendidos sabios, no pudo obtener otro resultado que hacerse de algunos partidarios, entre los que, sin presumir de maestros en las ciencias de que se trataba, lograban superior concepto de erudición y doctrina. Entre ellos, supo captarse la amistad de fray Diego Deza, preceptor del príncipe Don Juan, cuya autoridad en la corte crecía de día en día con el nombramiento de confesor de los reyes y otros empleos, y contribuyó después mucho a

erróneas sobre extensión y configuración de la tierra y la teoría de los climas. Según las nociones de aquellos tiempos, las zonas eran unos círculos imaginarios trazados en el cielo, por medio de los cuales se marcaban los diversos climas de la tierra. Esta división estaba formada por los círculos polares y los trópicos. La región central corría en la misma dirección que el curso del sol, y era llamada la zona tórrida; las dos situadas entre los trópicos y los círculos polares, eran las zonas templadas; y las otras dos entre los círculos polares y los polos, las zonas frías. Estas últimas se creían inhabitables e innavegables. a causa de las nieves; y la tórrida o más bien su parte central junto al ecuador, estaba admitido como axioma que el intenso calor la hacía inhabitable, estéril e imposible de atravesar. El globo estaba dividido en dos hemisferios por el ecuador, una línea imaginaria que dividía la tierra en dos partes iguales desde el centro hasta los polos. De cuya división los antiguos conocieron tan sólo la parte contenida en la zona templada del hemisferio norte, y se suponían que si existian habitantes en la del sur, sería imposible ningún género de comunicación con ellos a causa de la zona ardiente que los separaba. Cuando las juntas de Salamanca, esta teoría de la zona tórrida no se había destruído por ningún descubrimiento. Los portugueses habían ya penetrado en los trópicos; pero aunque todo el espacio entre el trópico de Cáncer y el de Capricornio abrazaba la zona tórrida, la faja impenetrable de los antiguos se extendía solamente a un número limitado de grados a una y otra parte del ecuador, que se estimaba ser una tercera o a lo sumo la mitad de toda la zona propiamente dicha. IRVING, tomo III, págs. 400 y 401.

la aceptación y éxito de la empresa. Si bien no logró entonces lo que tanto ansiaba, vió en los monarcas una disposición a mantenerlo en la corte, auxiliándolo con recursos para su subsistencia y dándole algunas comisiones importantes; su crédito se extendió entre los personajes inmediatos al trono; cultivó la amistad del modesto Deza, del contador mayor Alonso de Quintanilla y de Luís de San Angelo, escribano de raciones de la corona de Aragón, quienes procuraban contener su natural impaciencia, y le alcanzaban el favor del cardenal Don Pedro González de Mendoza, que se prestó a oirlo, y formó buen concepto de su persona.

Concluída la conquista de Granada, se ocuparon más seriamente aquellos monarcas en la pretensión de Colón, y se decidieron a tomarla a su cargo; pero las condiciones que ponía parecieron exorbitantes a los que la creían irrealizable; y ya estaba a punto de perderse para España la gloria e inmensos bienes que le reservaba el cielo, cuando la elocuencia de Santo Angelo, sostenida por Quintanilla, inflamó el celo de la reina Isabel por la propagación de la fe y la grandeza de la nación, y la decidió a aceptar la empresa por la corona de Castilla. Dióse orden para asentar la contrata conforme en todo a lo que pedía, y se proveyó con presteza lo conducente a la expedición.

La contrata fué otorgada en la villa de Santafé de la vega de Granada, el 17 de Abril de 1492, bajo los siguientes capítulos: I.—Que si Colón hallaba islas y tierras firmes en el océano, tendría

para sí y sus sucesores, perpetuamente, el almirantazgo de ellas, con los mismos honores y preeminencias que gozaba en su distrito el almirante mayor de Castilla. II.—Sería también virrey y gobernador general de lo que por su industria se descubriere, con facultad de proponer para tenientes suyos en los oficios del gobierno de cada isla o provincia, tres personas, de que los reyes elegirían las que les pareciese. III.—Que él o sus tenientes, conocerían en los pleitos originados de las nuevas contrataciones, ni más ni menos que habían conocido en sus distritos los almirantes mayores de Castilla. IV.—Que se le daría el diezmo de las ganancias en los efectos y frutos que por cualesquiera medios se adquiriesen dentro de los límites de su almirantazgo. V.—Que cuantas naves se armasen para el trato y negociación de las tierras nuevas, pudiese contribuir a los gastos con la octava parte, y llevar igual parte del provecho que resultase.

Obtenido el privilegio correspondiente de la capitulación anterior, se despidió de la corte el 12 de mayo, y se dirigió a la villa de Palos, donde debían armarse los buques destinados para el viaje; y con su actividad y perseverancia, el favor de su constante amigo Marchena, y el de los Pinzones, que se animaron a acompañarlo y compartir con él los riesgos de esta asombrosa empresa, logró tenerlo todo concluído a fines del mes de julio. (1)

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 90-93; tomo II, núm. 5 y 6. MUÑOZ, libro II, págs. 59 y siguientes.

CAPITULO II

Descubrimiento del Nuevo Mundo

Colón salió del puerto de Palos, el día 3 de agosto de 1492, llevando consigo tres velas, la mayor, que hacía de capitana, se llamaba la Santa María, y las otras dos, la Pinta y la Niña, e iban mandadas por Martín Alonso Pinzón la primera, y la segunda por su hermano Vicente Yañez: el total de individuos embarcados en esta expedición era solamente de ciento veinte. Después de haberse detenido en las Canarias para reparar y componer la Pinta y la Niña, se aventuró el 6 de septiembre a penetrar en un piélago, sin límites conocidos, cerrado hasta entonces a la intrepidez de los más esforzados argonautas.

Quebrantado el ánimo y atormentado de peligros imaginarios, vieron los más de sus compañeros, los ojos llenos de lágrimas, perderse a lo lejos la isla de Hierro, última tierra amiga del antiguo mundo. Durante la navegación continuaron todos fluctuando entre el temor y la esperanza, consolándose ya con la vista de alguna ave benéfica que venía a posarse en los mástiles, ya con algunas balsas

de yerbas que cruzaban la vuelta de oriente; o bien alimentando sus dudas por una ráfaga de fuego que cual lluvia bajaba del cielo, y por los riesgos de que las sirtes del océano abriesen de un momento a otro las naves y castigasen su arrojo con una ignorada sepultura. Más que todo llenábalos de espanto y confundíalos, la constancia de los vientos que soplaban del este, creyendo los forzaría a seguir un rumbo sin fin hacia occidente y nunca podrían volver a España; y la declinación de la aguja para el noroeste a prima noche y su retroceso al anochecer al punto de la meridiana.

Probaba Colón a calmarles, ora explicándoles de un modo especioso la causa, para él mismo un misterio, del movimiento de la aguja, y buscando una solución más racional para los demás fenómenos que ofrecía la naturaleza en aquellos mares; ora presentándoles alterada la distancia que los separaba de su patria, que desde un principio había cuidado de disminuir para que no desmayasen; ora alentándolos con la perspectiva halagüeña de los paises y tesoros que iban a encontrar. (1)

Había leído las obras que de sus viajes por los países del oriente escribieron el veneciano Marco Polo y el inglés Juan Mandeville, aquél en el siglo XIII y éste en el XIV, en las cuales se encarece la riqueza de los reinos de Catay y Mango, las dos provincias de la China situadas al norte y sur de aquel vasto imperio, y se trata del poder y

(1) MUÑOZ, libro II, págs. 69 y 70; y libro III, págs 71. y siguientes.

grandeza del Gran Can (que en lengua tártara equivale a "rey de reyes"); del esplendor y extensión de sus capitales, y también de las maravillas de la isla Cipango, según se cree, el moderno Japón, gobernada por un soberano poseedor de incalculables riquezas. Obras que despertaron en su tiempo, particularmente la primera, gran interés y curiosidad en el mundo cristiano; estimadas después por los sabios y eruditos; tenidas por las de más autoridad en vida de Colón respecto de las remotas partes de la India, y que ejercieron una influencia notable en los descubrimientos emprendidos y llevados a cabo en el siglo XV por los portugueses y españoles.

Para animar el espíritu abatido de sus compañeros, procuraba alentar sus esperanzas pintándoles los tesoros con que risueña los brindaba la fortuna, y hablábales con frecuencia de lo que escribieron aquellos autores sobre las tierras que algunos días de perseverancia les permitirían ver por sus propios ojos. Y como para la comprensión de muchos lugares que se encontrarán más adelante, así en éste como en los otros viajes de Colón, se hace necesario el conocimiento de alguna parte de estas obras, se nos permitirá referir lo que pueda ilustrar las ideas dominantes en la mente de este gran hombre, cuando navegaba por aquellos mares desconocidos.

Según Marco Polo, su padre Nicolás y su tio Mafeo habían estado antes que él en la corte del Gran Can Cublai, situada en lo más distante del

oriente, de quien fueron recibidos con distinción; y enterado el emperador de las costumbres, religión y gobierno de las naciones occidentales aparentó tener gran curiosidad respecto de la religión cristiana y envió a los Polos, en embajada al Papa, pidiéndole cien sabios de la iglesia para que instruyesen a los de su imperio. Cumplieron con su comisión, y al volver a la Tartaria, por los años de 1271, llevó consigó Nicolás a su hijo Marco. Este llegó en breve a hacerse popular en la corte y supo captarse la estimación del gran Can, quien le dió comisiones importantes para varias partes de sus dominios, y lo trató con tal consideración que llegó a despertar celos entre los nobles y cortesanos. Los viajes que hizo por este motivo por el interior del país, y el conocimiento que tenía de sus cuatro lenguas principales, le permitieron estudiar sus capitales y la riqueza y costumbres de sus habitantes; y de vuelta a Venecia, con su padre y tio, en 1295, escribió su citada obra.

En ella nos dice que la residencia de invierno del gran Can, era la ciudad de Cambalú, hoy Pekín, en la provincia de Catay, capital de ocho leguas cuadradas, admirablemente fabricada. Según el autor, fuera vano empeño tratar de descubrir el número y clase de mercancias y manufacturas que entraban en ella; tales y tantas que bastarían a abastecer el universo. "Vense allí, en maravillosa abundancia, las piedras preciosas, las perlas y los varios perfumes de oriente, y raro es el día que no llegan mil carros cargados de seda,

con la cual haoen los naturales tejidos incomparables". El palacio real es de más de una legua de circunferencia y está construído y decorado con gran magnificencia; más que uno sólo, puede decirse que es un agregado de muchos; en el interior no resplandece otra cosa que el oro y la plata, y allí admira guardados, el viajero, los vasos preciados y las joyas del soberano, los utensilios de caza para su recreo, los ornamentos que usa en las festividades, y su tren de guerra.

Pero si bien se le ve poseído de sorpresa al descubrir esta provincia, parece arrebatado de mágico entusiasmo al pintarnos los portentos de la de Mango, tan rica en oro, plata, sedería, azúcar, especias y perfumes. En ella se levantan mil doscientas ciudades, y su capital Quinsay, o la ciudad celeste, que se cree sea Hang-chen, estaba situada a orillas de un río que desemboca al mar a más de cuatro leguas de distancia, y tenía gran comercio con la India. Polo examinó detenidamente esta ciudad, la mayor del mundo según él, y no debe caber duda, si hemos de creer y tomar en su sentido literal la extraordinaria medida que le da de cien millas de circunferencia. (1) Estaba construída

(1) Esta exageración ha sido explicada, suponiéndose que el autor hace uso de millas chinas, que están, respecto de las italianas, en la proporción de 3 a 8, y el Sr. MARSDEN observa que los muros de la ciudad moderna, de una extensión mucho menor que los antiguos, no son más, según relación de viajeros, que de sesenta de las primeras. Indudablemente la ciudad en los tiempos de Polo fué de inmensa extensión, y como no es de creerse la midiese por sí mismo, es probable tomase de sus habitantes aquella errada noticia.

sobre un grupo de pequeñas islas, a la manera que Venecia; adornabánla mil doscientos puentes de piedra, cuyos arcos eran de tanta elevación que podían pasar por debajo los mayores navios, navegando a toda vela; guardaba en sus muros una población de seiscientas mil familias, incluyendo los criados; su caserío era magnifico, lleno de espléndidos palacios y de tres mil baños, y había un lago de diez leguas en contorno, cuyas orillas ostentaban las suntuosas fábricas habitadas por la nobleza.

La isla de Zipangu, que algunos escriben Zipangri y Colón, Cipango, se hallaba a quinientas leguas de las costas de Mango, según cálculo chino, pues según el Sr. Marsden sólo hay la distancia de cien leguas. El escritor veneciano describe esta isla, abundante en minas de oro, rica en perlas, las mayores y más estimadas de aquellos mares, y en variedad de piedras preciosas. El rey habita un palacio cubierto de láminas de oro, en lugar de planchas de plomo o de cobre usadas en otros países: los salones y cámaras están también revestidos de oro, y las ventanas, en algunas partes, con planchas de dos dedos de grueso. Este exceso de riquezas la hace muy codiciada, aún del mismo gran Can que había intentado varias veces apoderarse de ella, pero siempre con mal éxito; lo cual no es de extrañar, si damos fe al dicho de Polo de que aquellos isleños tenían en la mano derecha, entre cuero y carne, ciertas piedras de un poder mágico, las cuales por arte de encantamiento los

hacía invulnerables. Entre Cipango y la costa de Mango veíase el mar sembrado de pequeñas islas, en número de 7,440, las más de ellas desiertas, llenas todas de árboles odoríferos y perfumes en gran abundancia.

Después de los de Marco Polo, los viajes de Mandeville y su relación de los dominios del gran Can fueron los que tuvieron un lugar preferente en el ánimo de Colón. Deseoso de visitar las tierras más distantes del mundo conocido, salió este célebre viajero a recorrer los países del Asia y Africa en 1332, y después de una ausencia de treinta y cuatro años regresó a Inglaterra y escribió el resultado de sus viajes. Sus descripciones del Emperador, la provincia de Catay y la ciudad de Cambalú no son menos espléndidas que las de Polo. El palacio tenía, según él, más de dos leguas de circunferencia; el gran salón estaba adornado con veinticuatro columnas de bronce y oro, y habitaban edificio de tan vasta extensión y sus cercanías, más de trescientos mil hombres, número que se hacía dos veces mayor en los días festivos· y de él, más de una tercera parte se empleaba en el cuidado de diez mil elefantes y gran variedad de animales, aves de rapiña, alcones, papagayos y periquitos, pertenecientes al soberano. (1)

Con estas seductoras descripciones de paises rebozando en riquezas, poblados de ciudades cuyas torres y palacios brillaban con el oro, lograba a

(1) IRVING, tomo III, pags. 393-399.

veces entretener a su alarmada tripulación y comunicarle una parte de las esperanzas que alimentaba su ferviente imaginación. Contaba de seguro que la primera tierra que habían de encontrar sería la isla de Cipango, y de allí se prometía pasar a la provincia de Mango y seguir después a la de Catay a presentar las cartas que traía de los reyes, al mismo gran Can, en su capital de Cambalú.

Pero el efecto de estos esfuerzos de su inteligencia se estrelló, al fín, contra la continuación de aquellas causas del terror; las murmuraciones de su gente crecían a medida que penetraban más en occidente sin encontrar la tierra deseada, hasta que perdido el prestigio que les había inspirado el talento de Colón, no vieron en él más que un loco ambicioso que se proponía jugar con sus vidas, y estallaron en abierta rebelión. A duras penas pudo calmarlos aquel espíritu incontrastable, parte recordándoles con blandura lo que debían a la patria, parte aféandoles su poquedad y cobardía, parte amenazándoles con severos castigos si no reconocían su autoridad y obedecían sus mandatos. Y quizá esta empresa inmortal hubiese terminado en un fin sangriento, si a poco de estos sucesos, señales materiales, más elocuentes que todos los discursos del genio, no hubieran venido a reanimar a aquellas gentes con una viva y consoladora esperanza.

Viéronse, de mediados de septiembre en adelante, bandadas de pajarillos, en gran abundancia

y variedad, que volaban la vuelta del sudeste; encontrose fondo con la sonda; y el aspecto de los celajes, la variación de los vientos, eran pruebas inequívocas de próxima tierra. (1) Aumentáronse éstas aún más, el 11 de Octubre, que con alegría de todos, se vieron un junco verde, un pez de los que sólo se crían entre rocas, una tablilla, una caña, un bastón de labores prolijas, yerba arrancada de la ribera, y una rama de espino con sus majuelas coloradas.

Serían las 10 de la noche, cuando hallándose Colón en el castillo de popa creyó distinguir una luz como de antorcha que se movía en varias direcciones; y dando apenas crédito a lo que bien claro le dictaba su razón, llamó para que observasen primero, a Pedro Gutiérrez, criado de la casa real, y despues al veedor Rodrigo Sánchez, quienes le confirmaron en su idea de ser aquella una luz, añadiendo que debía haber allí gentes que la llevaban de una parte a otra. Horas fueron de ansiedad general las pocas que pasaron, hasta que la Pinta, que iba delantera, hizo resonar el estruendo de su artillería, y junta la pequeña armada, los primeros albores del día 12 pusieron delante de los ojos atónitos la suspirada tierra.

Pasando aquellos marinos de la desconfianza y odio que les había inspirado Colón, a mayores extremos de admiración y arrepentimiento, se postra-

(1) El 19 de septiembre estaban como a 10 leguas de unas rompientes que se descubrieron en 1802. NAVARRETE, tomo I, pág. 11.

ban delante de él, besándole los pies y manos y pedían les perdonase sus demasías. Oíalos Colón y perdonábalos, y bañadas en llanto la mejillas, daba gracias al supremo dispensador de todos los bienes, por los que aquel día regalaba con pródiga mano al universo. Al asomar el sol bajó a tierra acompañado de los capitanes y gente armada, llevando como almirante el estandarte real y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yañez las banderas de la empresa, en que estaban pintadas una cruz verde indicando la cristiandad, y a cada lado la letra inicial de Fernando e Isabel, soberanos de la armada, y tomó posesión de la tierra en su nombre, poniéndole el de San Salvador en honra y gloria de Jesucristo. Mandó hacer una cruz y que la plantasen en aquel lugar, costumbre que practicó después en todas las partes donde entraba.

Esta tierra, donde por vez primera puso la planta el hombre civilizado, fué la isla que llamaban los indios Guanahaní, una de las Lucayas, conocida hoy con el nombre del Gran Turco. (1) En ella tomó Colón algunos de los naturales para probar de hacerse entender y que le sirviesen de intérpretes, y siguió descubriendo las varias islas inmediatas en dirección del oeste, conocidas por los Caicos, Inagua grande e Inagua chica, y llegó hasta unas que llamó de Arena por el poco fondo que tenían, las cuales deben ser los cayos orientales y meridionales del gran banco de Bahama.

(1) MUÑOZ, libro III, págs. 72-82. NAVARRETE, tomo 1, pág. 59. Véase *Ilustrac.* V.

Pero como no encontrase en las tierras descubiertas ninguna señal de la cultura de los pueblos de la India, cuyas costas creía tener a la vista, y entendiese por lo que le decían a una los indios que al sur se extendía la isla de Cuba, muy grande y de gran contratación, y que había oro y especerías, naves grandes y mercaderes y abundancia de perlas, hizo rumbo hacia ella, inflamada su imaginación con la idea halagüeña de que iba al fin a encontrar la celebrada Cipango. (1)

(1) NAVARRETE, tomo 1, págs. 38 y 41.

CAPITULO III

Colón visita las costas de Cuba, desde la punta de Maternillo hasta el cabo de Maisí

Avistó Colón a Cuba, al anochecer del 27 de Octubre, y la aurora del 28 desplegó ante sus ojos el magnífico panorama de la isla más grande de aquellos mares, la tierra más bella del universo. Admirabánse él y los castellanos de la extensión de sus costas de naciente a poniente, de la serenidad del cielo, los aromas del aire y su templanza, y a medida que penetraban en el puerto, la transparencia y quietud de las aguas, cuyo fondo de arena matizaban conchas y caracoles de mil formas y colores, (1) la majestuosa elevación de las selvas cubiertas de yerbas y flores odoríferas, la variedad de sus árboles y frutos, y cuanto veían y sentían, les parecía como un sueño delicioso que en alas de la imaginación los transportaba a las regiones encantadas del paraiso.

La vista de los peces les causaba la misma

---

(53) Observa CHARLEVOIX (libro I, pág. 20, según IRVING) que las conchas marinas de las Antillas exceden con mucho en brillo y hermosura a las de los mares de Europa.

novedad que la mayor parte de los objetos que tenían delante: la escama de los unos, reflejaba a la luz cual si fuese formada de piedras preciosas; otros semejaban cuerpos de nácar y coral vivientes; otros, al nadar hacia las naves, dejaban tras sí, entre las claras ondas, ráfagas lucientes de oro y plata; y sobre todo, deleitábalos el bello tornasol de los delfines, que al sol realizan con sus rápidos cambios cuanto del camaleón encarece la creadora fantasía de poetas y novelistas.

Los bosques añadían a su natural belleza, el movimiento de las aves engalanadas con rico plumaje de brillantes colores. Ya se veían posadas en las ramas de los frondosos guayabos multitud de pintadas cotorras, ya, asido al tronco de un cedro secular, el carpintero horadando la robusta corteza con su pico de diamante; ya en lo más alto de la esbelta palma, revoloteando el audaz pitirre, ya el inquieto zunzun libando la tierna flor de la temprana grana o bien tendidos en batalla pasear la llanura con aire marcial, numerosas compañías de rosados flamencos.

Y cuando al trasponer el sol, creían que las sombras de la noche iban a robar todo su color y hermosura a aquella tierra de encantos y sumirla en soledad y profundo silencio, una nueva escena apareció a los ojos admirados, que les hizo olvidar las recientes emociones, y no parecían sino que los habían transportado de aquel paraíso de delicias a las más bellas mansiones de los cielos. De repente árboles y plantas aparecen iluminados por innume-

rables cucuyos, que a manera de exhalaciones cruzaban la llanura y sembraban el suelo con toda la belleza del firmamento; el canto del sijú, del negrito y del cucubá se mezclaba con la armonía del rey de las selvas cubanas, el canoro ruiseñor, cuya dulzura y valentía en los trinos se empeñaba en vano a disputarle el extranjero sinsonte. Se hallaban en la bahía de Nipe, una de las más pintorescas de Cuba.

¿Quiénes eran, dónde estaban los felices moradores de aquella tierra? Animado Colón del deseo de verlos y adquirir noticias de las riquezas sin cuento, que, según su fantasía le representaba, debía encerrar país de tales maravillas, empezó al día siguiente a recorrer la costa hacia occidente, donde entendió de los lucayos que encontraría lo que tanto anhelaba, y llegó a mediodía al puerto de Nuevitas, que llamó de Mares, cerca del cual vió buenas poblaciones.

Allí envió dos barcas a visitarlas, encargando no tocasen a cosa alguna y sólo cuidasen de observar el carácter y costumbres de aquellas gentes, y ver cuál era el aspecto de las casas, sus muebles y utensilios; pero los indios, medrosos de unos extranjeros de aspecto tan extraño, huyeron así que se acercaron los castellanos, desamparando los bohíos y cuanto en ellos tenían. "Las casas diz que eran ya más hermosas, que las que habían visto, y creía que cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores. Eran hechas a medida de alfaneques, muy grandes, y parecían tiendas en

real sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y de dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palmas, muy hermosas. Hallaron muchas estatuas con figuras de mujeres y muchas cabezas en manera de caratona muy bien labradas. No se si esto tienen por hermosura o adoran en ellas. Había perros que jamás ladraron; había avecitas salvajes y mansas por sus casas; maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar; no le tocaron a cosa de ello. Creyó que todos los de la costa debían ser pescadores que llevaban el pescado la tierra dentro, porque aquella isla es muy grande y tan hermosa que no se hartaba de decir bien della."

De aquí salió el día 30, reconoció el cabo de Palmas, llamado hoy Cabo alto de Juan Dañue, y pasó la boca de las Carabelas grandes y punta de Maternillos, último lugar de la costa del norte hacia poniente que descubrió, donde no pudo entrar por haber arreciado el viento de la parte del norte, y se volvió al día siguiente a Nuevitas. Durante esta corta excursión, los indios de la Pinta hablaron a Pinzón del río Máximo, que está doblado el cabo de Palmas, y dijéronle que sólo había cuatro jornadas de allí a Cubanacán, que en lengua cibuney significaba centro de Cuba. Mas como oyese Pinzón la palabra Cubanacán y entendiese que trataban de una ciudad llamada Cuba y que aquella era tierra firme muy extendida hacia el norte, cuyo soberano tenía guerra con el gran Can,

comunicólo a Colón, y ambos concluyeron en que estaban, no ya en Cipango, sino en el mismo reino de Quinsay, cerca del imperio del gran Can. Al punto se resolvió Colón a enviar un presente al rey, con las cartas de los soberanos, para hacer alianza con él y ofrecerle su amistad y servicios. (1)

Esta vez lograron ponerse en comunicación con los naturales, hallando en ellos la sencillez e inocencia de los pueblos primitivos: recibiéronles con grandes muestras de contento y les ofrecían y daban cuanto tenían. Llamaron la atención de Colón las indias, de quien dice ser "de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias." Y como los cibuneyes confirmasen lo que habían dicho los lucayos sobre el rey de aquella tierra, y añadiesen que antes de tres días vendrían muchos mercaderes del interior a negociar con los castellanos, nombró Colón a Rodrigo de Jerez y Luís de Torres para que fuesen a visitarlo, dándoles un isleño de Cuba y otro del Gran Turco para que los acompañasen y sirviesen de guía e intérpretes, y les prescribió lo que debían hacer y decir, especialmente la arenga para el rey en nombre de Fernando e Isabel, y que inquiriesen si había oro y especería.

Partieron los enviados el 2 de noviembre, y en su tránsito a la capital observaron que la tierra era muy fértil y estaba sembrada por todas partes de aldeas de cuatro a cinco casas, con muchas es-

(1) IRVING, tomo I, pág. 170. NAVARRETE, tomo I, páginas 42-44.

tancias de labor donde cultivaban sus viandas y legumbres. Las haciendas mayores eran las de yuca y algodón; de éste, que era muy fino y tenía el capullo grande, hacían tales cosechas que los castellanos vieron una casa donde estimaron que habría quinientas arrobas, y según sus cálculos podían coger al año en los terrenos que atravesaron hasta cuarenta mil quintales. Infinitas fueron las aves desconocidas que vieron, y de las de España, perdices, ruiseñores y ánsares en gran número; cuadrúpedos sólo vieron de los perros que no ladraban.

Siempre que encontraban algún cibuney, lo cual era muy frecuente, por haber entre ellos gran comunicación, recibían demostraciones de respeto y cariño, ofreciéndoles una hospitalidad generosa; y cuando cruzaban de una aldea a otra, iban hombres y mujeres fumando un tabaco largo, que hacían con hojas de la planta de este nombre a manera de un cañutillo envuelto en una hoja grande, o bien de varias hojas enrolladas, y lo encendian por un extremo y chupaban por el opuesto sorbiendo el humo, con lo cual decían que lograban adormecerse y no sentir el cansancio. Esta rara costumbre, que después se ha extendido tanto, así en América como en Europa, llamó mucho la atención de los enviados, por ser cosa nueva para ellos y no haberla observado en ninguna de las islas descubiertas.

Andadas doce leguas llegaron Jerez y Torres a la capital, que debió ser no muy distante del

antiguo Camagüey, de donde toma hoy nombre la provincia toda, una población de hasta mil vecinos y sobre cincuenta casas de gran capacidad construídas por el mismo estilo que las de Nuevitas, con fuegos y ranchos. Salieron a recibirles con la solemnidad y aparato de sus fiestas cívicas y religiosas, como que los creían seres venidos del cielo. A la entrada del pueblo estaban aguardándoles los magnates, precedidos de un personaje que debió ser el cacique, cogiéronlos del brazo con mucho respeto y los condujeron a palacio, donde les ofrecieron dos asientos, cada cual hecho de una pieza, figurando en la forma y labores un cuerpo de animal cuadrúpedo de garras cortas y con la cola levantada hacia el respaldo. En seguida vinieron los hombres a festejarlos y hacerles reverencia, presentándoles las frutas de la estación y poniéndose en cuclillas, a su derredor. Los enviados se recrearon gustando por primera vez el delicado mamoncillo, la dulce yayama o piña, el sapotillo, el encarnado mamey, sagrado a aquellas gentes, y el agua que cual rico tesoro encierra el coco en su robusta corteza; mientras que el lucayo hizo un razonamiento sobre el orígen divino de los castellanos, sus hechos maravillosos en aquellas costas, las armas y cosas estrañas que traían. Concluído éste, cuando Jerez y Torres se sintieron satisfechos de frutas, empezaron a acercárseles los indios con timidez, tocabánles el cuerpo como dudando si sería de carne y hueso como los suyos propios, y les besaban los pies y las manos. Retirados los hombres, entraron

las mujeres trayendo cestos de casabe adornados con las más bellas flores de los trópicos y repitieron las mismas ceremonias.

En el tiempo que permanecieron en este pueblo fueron bien atendidos y hospedados, y dábanles lo mejor que tenían. Pero como les mostrasen a los indios las especies que Colón les había dado, preguntándoles si las había en el país, y perlas, oro y otros metales, y les fuese respondido por señas que todo aquello lo encontrarían hacia Oriente, resolvieron volverse a las naves, de lo cual hicieron gran sentimiento los naturales y querían acompañarlos pensando que irían al cielo. Con ellos fué haciéndoles cumplimiento uno de los principales señores, acompañado de un hijo suyo, y de otro individuo de su casa. Colón habló con ellos, y quedó tan contento del primero que tuvo la tentación de querer llevárselo para presentarle a los Reyes Católicos; pero el indio hubo de sospechar algo y se despidió ofreciendo volver a la mañana siguiente, y no pareció más. (1)

La mala idea de apoderarse de algunos indios siguió ocupando el pensamiento de Colón, a quien parecía "que fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los reyes, porque aprendiesen nuestra lengua para saber lo que hay en la tierra, y porque volviendo sean lenguas de los cristianos y tomen nuestras costumbres y las

(1) OVIEDO, libro VII, cap. 14 y otros del mismo libro I. NAVARRETE, tomo 1, págs. 50-53. MUÑOZ, libro III. CASAS, *Historia general de las Indias*, cap. 46, según NAVARRETE.

cosas de la Fé;" y como el día antes de partir viniesen a bordo de la capitana y entrasen a verle cinco mancebos, confiados en la hospitalidad que habían tenido sus compatriotas, les mandó detener y llevó consigo; para consolarlos del dolor que demostraban tener, envió "a una casa que es de la parte del río del poniente y trajeron siete cabezas de mujeres, entre chicas y grandes, y tres niños. Esto hice porque mejor se comportan los hombres en España, habiendo mujeres de su tierra que sin ellas.. teniendo sus mujeres, ternan ganas de negociar lo que se les encargare, y tambien estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua.. Esta noche vino a bordo, en una almadía, el marido de una destas mujeres y padre de tres fijos, un macho y dos fembras, y dijo que yo le dejase venir con ellos, y a mí me aplegó mucho, y quedan agora todos consolados con el que deben todos ser parientes, y él es ya hombre de cuarenta y cinco años". (1)

Visto por Colón el mal éxito de la embajada, trató de combinar lo que dijeron los enviados con la opinión de Toscanelli, y empapada su fantasía con las descripciones de Polo, resolvió seguir recorriendo las costas en dirección de oriente hasta hallar a Cipango. En dos o tres días más de navegación hacia occidente, hubiera llegado a la punta de Hicacos, el extremo más septentrional de Cuba, y adquirido probablemente noticias del vecino con-

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 53-55.

tinente que le hubieran llevado a la Florida, o bien siguiendo la costa de la isla hacia el sudoeste haber visitado la península de Yucatán y realizado sus más ardientes experanzas con el descubrimiento de México (1).

La mañana del 12 dejó a Nuevitas, y llegó al caer de la tarde a un río que llamó del sol, donde estaba el mejor puerto que hasta entonces dice había visto, quizá el que hoy se conoce por el del Padre, y al anochecer se hallaba en la punta de Mulas, al que puso el nombre de cabo de Cuba; al siguiente reconoció la hermosa abra que divide las sierras del Cristal de las de Moa; el 14 entró en el puerto de Tánamo, donde se detuvo cinco días, maravillado "en gran manera de ver tantas islas y tan altas, y certifica a los reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las destas islas, que le parece que no las hay más altas en el mundo, ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie dellas grandísimo fondo", pobladas de aves, sembradas muchas de yuca y ricas todas en palmares, donde estaban las palmas de mayor altura que jamás había visto, y almáciga y linaloe.

Durante su detención en este archipiélago observó que las mareas eran mayores que en los otros puertos, a causa de las muchas islas; que el fondo era todo basa con agua bastante para las naves de mayor porte; que había varias aberturas,

(1) IRVING, tomo I, págs. 188.

con canalizos y recodos donde éstas podían estar con seguridad sin necesidad de anclas, y que algunas islas se hallaban divididas por arroyos de agua dulce, cuyo origen estaba en lo alto de las sierras: encontró caracoles y cangrejos muy grandes y nácaras en mucho número.

Continuó su exploración el 19, pero siéndole unas veces contrarios el mar y el viento, y escaseándole otras este último, no pudo avanzar mucho, y tardó cinco días en llegar a cayo Moa, cuyo puerto describe con gran exactitud. En esta travesía se le desertó la noche del 22, Martín Alonso Pinzón, llevándose la Pinta, alucinado (según después se supo) con las noticias exageradas que tuvo por los indios de su carabela del mucho oro de Bohio, nombre que daban a la isla de Santo Domingo, y temeroso de que siguiendo a Colón tomase éste todas las riquezas para sí y los Reyes Católicos.

El 25 reconoció el río de Moa, donde "vió unas piedras relucir con unas manchas en ellas de color de oro, y acordándose que en el río Tajo, que al pie del junto a la mar se halló oro, y parecióle que cierto debía tener oro, y mandó coger ciertas de aquellas piedras para llevar a los reyes". Observó las vertientes que se desploman de aquellas sierras; la punta del Mangle o del Guarico; los pinares que allí crecen "tan grandes y maravillosos que no podía encarecer su altura y derechura como husos gordos y delgados"; el puerto de Jaragua, en que cabrían cien naves sin alguna ama-

rra ni anclas, y el puerto que los ojos otro tal nunca vieron". (2)

Zarpó de Jaragua el día 26, siguiendo la misma dirección, y reconoció en éste y el siguiente la punta Vaez, los montes del Junque, la ensenada de Yamanique y puertos, entre los cuales le llamaron la atención los de Cayaganueque, Nave, Marabí, y el de Baracoa, "un singularísimo puerto el cual era tal que si a los otros puertos había alabado, este dice que alababa más"; como el tiempo le permitiese ir, en toda esta excursión, cerca de la costa, vió los grandes y hermosos ríos que hay por aquella parte de la isla.

Detúvose en Baracoa, entusiasmado con la hermosura del paisaje, y entrándose en el bote, el 27 al mediodía, empezó a reconocer las márgenes del que los cibuneyes llamaban Macaguanigua. (2) Lejos de debilitarse el poder de su imaginación con la rápida y constante sucesión de tantas y tan raras impresiones, parecía cobrar mayores fuerzas a medida que nuevos objetos venían a regalar sus sentidos con la magia de lo extraño y de lo maravilloso; y como las escenas marítimas y campestres de este río le pareciesen superiores a todo lo que antes había visto y encontrase agotado su caudal de elogios en favor de la naturaleza de la isla, nos dice con tierna sencillez: "Iba diciendo a los hombres que llevaba en su compañía, que para hacer relación a los reyes de las cosas que veía

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 55-56.
(2) TORQUEMADA, *Monarq. Ind.*, libro IV, cap. 2.

no bastaban mil lenguas a referillo, ni su mano para lo escribir, que le parecía que estaba encantado".

Esta fué la población mayor que halló, y su comarca la más rica y mejor cultivada. Sus habitantes parecían más civilizados que los otros de la isla, juzgando así por el porte exterior como por sus costumbres y algunos objetos que vieron. Notó por primera vez, que algunos de ellos usaban penachos y otros plumas; que se pintaban el rostro y cuerpo de colorado; llevaban en las manos, haces de dardos, hechos unos de una sola vara con una punta dura, y otros de cañas con un palillo tostado y agudo, engastado en un extremo, y desplegaban cierto arreo marcial como si fueran alguna compañía de guerreros, haciendo demostraciones hostiles; bien que no causaren ningún daño, y luego que entendieron que la venida de los castellanos era de paz, se pusieron en comunicación con todos, empezaron a ir a los navios a visitarles y les daban cuanto tenían en cambio por cualquier bagatela.

En la ciudad visitó "una casa hermosa, no muy grande y de dos puertas, porque así son todas, y entró en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabría decir, y colgado al cielo della caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo, y los llamé y dije por señas si hacían en ella oraciones, dijeron que no, y subió uno dellos arriba y me daba todo cuanto allí había, y dello tomé algo". Los marineros dicen que hallaron "en una casa una cabeza de

hombre dentro de un cestillo y colgado en un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra en otra población". También encontraron un pan de cera que llevó Colón a los reyes y dice que donde hay cera también debe haber otras mil cosas buenas; aunque las Casas opina, con razón, que este pan fué de Yucatán a Cuba. En el río Macaguanigua y en el Boma, distantes dos leguas, había muchas canoas baradas en tierra, cada una "debajo de una atarazana o ramada, hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hacer daño": eran estas canoas por lo general de cedro o de caoba, "como fustas muy hermosas y labradas que diz era placer vellas", unas de bastante cabida para doce bancos, otras para diez y siete, y la mayor que vieren era "de noventa y cinco palmos de longura de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrían y navegarían ciento cincuenta personas".

El 4 de diciembre salió de su querida Baracoa, cuyo puerto llamó Santo, en memoria de las dulces impresiones que había experimentado, y dejando atrás la punta del Fraile, vió una gran bahía y a legua y media "un gran río algo angosto", y otro mayor a tres cuartos de legua, cuyas aguas eran dulces "hasta dentro en el mar y es de los caudalosos que había hallado". El día siguiente, al salir el sol, reconoció la punta de los Azules, y al doblarla notó "que la costa volvía al sur y tornaba del sudoeste, y vide luego un cabo muy hermoso y alto a la dicha derrota, y distaba de-

sotro siete leguas": estaba delante de la extensa playa que forma la punta Bayaquitirí, (1) y el cabo que se presentaba a sus ojos eran ya las cumbres del San Nicolás, primera tierra que desde aquella parte se distingue de la vecina Haití. Colón se penetró de ello a poco de andar, y saludando las últimas playas cubanas, se despidió de la grande Antilla, dándole el nombre de Juana por respeto al príncipe Don Juan y a la punta de Bayaquitirí los de Alfa y Omega "para significar el paraje donde empezaba el continente yendo por la vía del oeste y donde finalizaba por el opuesto rumbo." (2) Años después mandó el Rey Católico se llamase a la isla Fernandina, pero el de Cuba que le daban los indios ha prevalecido y se conserva en la historia y geografía de este hermoso país, y el cabo que la separa de Haití se conoce con el nombre de cabo Maisí. (3)

---

(1) IRVING, tomo I, pág. 395. LA TORRE, *Geografía*, página 79.
(2) MUÑOZ, libro III, págs. 91 y 103.
(3) NAVARRETE, tomo I, págs. 66-78.

CAPITULO IV

Colón funda en Haití la primera colonia cristiana de América.-Su vuelta a España

A prima noche llegó Colón al puerto del Mole de San Nicolás, donde entró el día 6; el 13 se puso en comunicación con los indios de un pueblo conocido hoy con el nombre de Gros Morne; el 16, con los de otro en el puerto de Paz, los cuales llevaban por adorno colgados de la nariz y orejas granos de oro y algunas planchas de este metal, con láminas labradas, que cambiaban por cualquier fruslería, y siguió recorriendo la costa. Adonde quiera que llegaba le daban granos y planchas de oro, y le decían que en la isla había mucho, del cual se hacían, sacándolo de entre las arenas de los ríos y arroyos que bajaban de una serranía, y que los habitantes de otras provincias solían ir a buscarlo allí; señaladamente entendió que había minas riquísimas hacia la parte del este, que era la ruta que llevaba, y en sus dulces ensueños se imaginó que debía estar en la, por tanto tiempo de él suspirada, Cipango.

Embebido en estas ilusiones estaba contemplando las costas, cuando llegó al puerto que llamó el Mar de Santo Tomás; y hallándose sobre cubierta, el 22, vió que venía una gran canoa con un sujeto de buen porte y mucho acompañamiento, el cual se entró en la nave y le trajo una embajada de parte del cacique Guacanagari, cumplimentándole por su llegada y ofreciéndole la hospitalidad en la capital de sus estados del Marien; entrególe además un presente que le enviaba su señor, y consistía en un cinto de cuatro pulgadas de ancho, bordado de pedrería, de hueso blanco y menudo como aljófar, mezclado con algunas cuentecillas coloradas, y en lugar de bolsa pendía de él una carátula con orejas, lengua y nariz de oro. Colón agradeció el cumplido y luego hizo intención de ir a visitarlo; pero como el tiempo fuese calma y no le permitiese cumplir su deseo, le envió al siguiente día un recado con el escribano de la armada y otros castellanos, excusándose y prometiéndole hacerlo más adelante.

Con este propósito salió del puerto, el 24, en dirección de la Punta Santa y sería cerca de media noche, cuando Colón, que el día antes había hecho reconocer la costa por los que fueron con el escribano, y estaba seguro de que los marineros podrían pasar las naves sin riesgo de los bajíos que por allí había, como viese que el viento era escaso y el mar continuaba en calma, resolvió irse a dormir, porque había dos días y una noche que no había dormido. En mal hora fué. El piloto y la demás gente acos-

táronse también, y el timonel confiado en la serenidad del tiempo cometió la imprudencia de abandonar la nave a las manos inexpertas de uno de los muchachos de a bordo, contra la orden expresa del almirante; resultando de aquí, que arrastrada por las rápidas corrientes de aquella costa, encalló en un banco de arena. A los gritos del muchacho despiertan todos, y antes que todos ya Colón estaba sobre cubierta: empieza a dar disposiciones de sacarla, pues aún era tiempo de reparar el mal; pero parte por cobardía, parte por confusión, ninguno supo hacer cosa a derechas, y una barca que había mandado a situar un áncora por la popa y que tirase de la nave, lejos de obedecer huyó indignamente a bordo de la Niña. Como a la sazón menguase la marea "tomó lado hacia la mar traviesa, puesto que la mar era poco o nada, y entonces se abrieron los conventos y no la nao", y no siendo ya posible salvarla, se trasbordó Colón a la Niña.

Guacanagari, que sin conocerlo aún había formado una idea extraordinaria de su carácter y participaba de la común opinión de que él y sus compañeros eran de la familia de los dioses, tuvo gran sentimiento al saber la desgracia que le había ocurrido a la entrada en su reino, y envió inmediatamente a sus vasallos con canoas para ayudarle en la descarga de cuanto había a bordo, y él mismo con sus hermanos y parientes corrió a la costa, hizo poner guardias que cuidasen de todo y mandó habilitar dos casas grandes donde depositar lo que

pertenecía a los castellanos, a quienes recibió y hospedó en las mejores de su pueblo, el cual estaba situado al fondo de la bahía que llamó el almirante, del Caracol, y hoy se conoce por el Guarico o Cabo Francés.

La hospitalidad franca y generosa que le dió el cacique, los presentes de alhajas y oro que le hizo, la cantidad de este metal que vió y adquirió en cambio de baratijas, y las nuevas que tuvo de provincias cercanas, abundantes en minas, hizo que Colón se confirmase en que había llegado a la verdadera Cipango e interpretase la pérdida de la Santa María en aquel lugar, como un señalado favor del cielo. Poseído de sus sentimientos religiosos, dió pues, un curso nuevo a sus ideas y resolvió hacer lo que nunca había pensado; siendo este cúmulo de circunstancias causa de que cesase la serie de felices descubrimientos empezada en este viaje, y fundase en aquella isla la primera colonia cristiana del Nuevo Mundo.

Pensó que "como hubiese quedado con un sólo navío no le parecía razonable cosa ponerse a los peligros que le pudieran ocurrir descubriendo", así como la suma dificultad que para volverse con toda su gente presentaba una carabela tan pequeña como la Niña, y con los restos de la Capitana dispuso "hacer una torre y fortaleza, todo muy bien y una grande cava". Conocido su intento, se holgó mucho Guacanagari, entendiendo que por este medio Colón lo protegería contra las incursiones de los caribes, que por lo común hay algo de interés

propio en los deseos humanos, y muchos de los españoles se le ofrecieron gustosos, para quedarse en la isla. Al punto se puso por obra la construcción del fuerte, que en pocos días quedó concluído, ayudando los indios con la mejor voluntad.

Colón eligió para formar aquella colonia, que llamó la Navidad, treinta y nueve hombres, entre quienes había "un carpintero de naos y calafate, y un buen lombardero que sabe bien de ingenios, y un tonelero, y un físico y un sastre", nombró capitán y gobernador a Diego de Arana y por tenientes suyos a Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escovedo, con los poderes que tenía de los reyes, y también un escribano y un alguacil; proveyóles de víveres y vino para un año, simientes para sembrar y "todas las mercaderías que los reyes mandaran comprar para los rescates que eran muchas, para que las trocasen y resgatasen por oro, con todo lo que traía la nao," dejóles mucha artillería y otras armas y municiones de guerra "y la barca de la nao para que ellos, como marineros que eran los más, fuesen cuando viesen que convenía a descubrir las minas de oro".

Concluídos los preparativos de marcha y dejadas instrucciones a Arana y sus tenientes de lo que debían hacer durante su ausencia, pasó a despedirse de Guacanagari, quien le mostró mucho amor y verdadero sentimiento de su partida, mayormente cuando lo vió ir a embarcarse. El 4 de enero de 1493, zarpó Colón de la villa de la Navidad; dos días después tuvo la fortuna de encontrar a Mar-

tín Alonso Pinzón, con quien siguió visitando los puertos y ríos de la costa que están sesenta y cuatro millas al Este de la bahía de Samaná; y como refrescase el viento favorable para ir a España y notase que la gente empezaba a entristecerse por desviarse del camino derecho, por la mucha agua que hacían las carabelas, se determinó a abandonar el teatro de sus glorias, y ambas naves hicieron rumbo a oriente, el día 16, y siguieron juntas hasta el 14 de febrero que una violenta tempestad las forzó a separarse.

Colón pudo, con trabajo, acogerse a un puerto de la isla de Santa María, una de las Azores, el día 18, de donde siguió a España; pero azotado por tormentas espantosas que se sucedían rápidamente y parecían querer sumergir la débil Niña, se vió obligado a arribar a Lisboa el 4 de marzo y hasta el 15 no pudo entrar en el humilde pueblo de Palos, desde donde las nuevas de su descubrimiento se extendieron por el reino y llevaron la fama de su nombre a las naciones del mundo civilizado. La tarde de aquel mismo día llegó también Pinzón con la Pinta, quien después de la tormenta que lo separó del almirante, había podido salvarse en el puerto de Bayona. (1)

---

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 79, 87, 91, 139 y 150-165. MUÑOZ, libro III, pág. 128.

CAPITULO V

Recepción de Colón en la Corte.—Favor de los Reyes Católicos.—Cuestiones con Portugal

De Palos pasó Colón a Sevilla, donde le esperaba ansioso un pueblo grande y entusiasta, cuyas demostraciones de júbilo le hicieron probar los primeros dulcísimos frutos de su heróica empresa. Estando allí recibió carta de los Reyes Católicos, entonces en Barcelona, congratulándolo por el feliz éxito de su viaje, ofreciéndole honrarle conforme a sus servicios y trabajos, encargándole acelerase su ida a aquella capital y que antes procurase dejar dispuesto lo necesario para una nueva expedición a las tierras descubiertas (1).

Su viaje a Barcelona fué un triunfo continuado. Las autoridades y corporaciones de las ciudades por donde pasaba salían a darle la bienvenida y los caminos se hallaban cubiertos de innumerable pueblo, deseoso de verlo y de admirar los indios y cosas extrañas que traía del Nuevo Mundo. Pero el aplauso y entusiasmo llegaron a su colmo

---

(1) NAVARRETE, tomo II, núm. 15.

y su grandeza recibió el premio debido a la excelencia de su espíritu, al llegar como a mediados del abril (1) a la capital del principado, cuna de ilustres marinos y navegantes y el emporio de los reinos de Castilla y Aragón. Las calles de la alegre Barcelona estaban cuajadas de gente; músicas numerosas sonaban en las plazas, y los balcones lucían vistosas colgaduras como en las fiestas más solemnes; un gran número de cortesanos y caballeros aguardaba al heroe a las puertas de la ciudad, de orden de Fernando e Isabel, para recibirlo y conducirlo a palacio, en el cual se había dispuesto y preparado el salón más espacioso, colocando en el centro un alto andamio donde se alzaba el trono.

La animación de aquella escena contribuía a realzar la natural dignidad del almirante y daba a sus facciones un aspecto indefinible de majestad y grandeza. Colón era alto de cuerpo, bien formado, y de robusta musculatura; el rostro largo y no lleno ni enjuto, de claro color y fácil a encenderse, la frente ancha y elevada adornaron en un tiempo rubios cabellos, que argentó en temprana edad una vida sembrada de cuidados y pesares, sus ojos claros y azules brillaban con toda la ex-

(1) HERRERA, *Década* I, libro II. IRVING, tomo I, página 266. PEDRO MARTIR, en su carta de 14 de Mayo de 1492 al conde Borromco dice que fué a fines de abril. Véase HUMBOLDT, *Exan. crít.*, tomo II, pág. 239. Esto es quizás lo más probable, si se atiende a lo que refiere MUÑOZ (pág. 152) de la correspondencia entre los Reyes Católicos y Colón después de la llegada de éste a Sevilla.

presión del genio, la mejilla era alta y huesosa, la nariz aguileña y su exterior desplegaba un aire notable de austeridad y poder. Su carácter y costumbres correspondían con la magnamidad de sus hechos; era sobrio y sencillo en el comer y vestir, elocuente en la conversación, atractivo y afable con los extranjeros y de una amabilidad y dulzura en el trato doméstico que le captaba la más viva estimación de su familia; su temperamento era naturalmente irritable, pero sabía dominarse sin trabajo y conservar una gravedad suave y atenta, sin usar jamás de palabras destempladas; toda su vida se le notó la más rígida atención a los oficios divinos y deberes religiosos, asistiendo a las ceremonias de la iglesia y observando rigurosamente el ayuno; su piedad no consistía en el cumplimiento de meras fórmulas sino que participaba de aquel grado de solemnidad y grandeza que tanto resplandece en todas las acciones de su vida (1).

Al entrar en la corte, iba precedido de los indios, pintados según la costumbre de su país, llevando unos en la cabeza coronas de oro, otros de plumas, y todos con sus armas y adornos en la nariz y orejas, y seguía la comitiva con las piezas de oro y carátulas que traía de las islas, los perrillos mudos, aves, peces, plantas, semillas y demás producciones naturales, extrañas y nunca vistas en España; él, montado en un hermoso corcel, rodeado

(66) LAS CASAS, *Historia de las Indias*, libro I, cap. 2. FERN. COLON, cap. 3. ILLESCAS, *Hist. Pontif.* libro VI, según IRVING, libro I, cap. 4.

de los nobles, y en seguida gran número de caballeros y un inmenso concurso; y en su tránsito las bellas barcelonesas saludábanlo desde los balcones ondeando sus blancos pañuelos y lo festejaban llenando el aire de olorosos perfumes orientales y la carrera con ramilletes de variadas flores.

No bien se presentó en el salón regio, cuando los ilustres soberanos se levantaron a recibirlo, excusándole de la reverencia debida a la majestad, dánle a besar las manos de pie, hácenlo sentar a su presencia, dispénsanle los honores que a los próceres del reino, y pídenle refiera las maravillas de su descubrimiento. Colón describe los peligros de aquella navegación, la extensión y fertilidad de las tierras, sus producciones y el carácter y costumbres de sus habitantes, mostrando y explicando a los soberanos y a la corte, que lo escuchaban absortos, los indios y sus adornos, los metales preciosos y todo lo que había adquirido en aquellas ignotas regiones. Concluída la relación del gran descubridor se cantó un solemne Te-Deum por los músicos de la real capilla, y por muchos días fué Colón el objeto de las atenciones de los reyes, la curiosidad de los cortesanos y la admiración del pueblo barcelonés.

Durante su permanencia en aquella ciudad, era recibido a todas horas y sin ceremonia alguna, por Fernando e Isabel, con quienes hablaba de lo que había observado en los nuevos países y trataba sobre el arreglo de un segundo viaje para extender los descubrimientos y hallar un paso que condujese

a la corte del gran Can; y para más honrarlo, salía el rey a cabalgar por las calles llevándole a su lado y tratándolo familiarmente a vista del pueblo. El cardenal de Mendoza, privado de suma autoridad, lo convidó a su mesa, cumplimentándolo con los honores debidos a un gran personaje, y los demás grandes del reino imitaron luego tan laudable conducta. Los sabios codiciaban el placer de su amistad y trato. En sus conferencias sobre la sospecha de si era Cuba el extremo del continente asiático, buscábase la opinión de los antiguos y creíase encontrarla en la corta distancia que ponían desde las costas de España a la de la India por occidente, y dábase por conclusivo el descubrimiento de estas regiones por la descripción que hace Plinio de los papagayos de variados colores que hay en ellas, iguales en todo a los traídos por Colón. "Conforme a estas ideas se dieron a las tierras nuevamente halladas y demás que se suponían unidas a ellas, los nombres de Indias Occidentales o Nuevo Mundo" (1).

Como la doctrina de aquellos tiempos entre los príncipes cristianos consagraba el falso derecho de hacer la guerra y desposeer de sus estados a los pueblos y soberanos infieles, con el fin de quitar obstáculos al progreso de la religión, doctrina evidentemente contraria a las sagradas máximas del Evangelio, y eran tenidos por más grandes y piadosos los que empleaban mayores fuerzas en tales

(1) Muñoz, libro IV, pág. 157.

empresas y mayores conquistas alcanzaban, los Reyes Católicos hallaron justa y legítima la posesión que de las tierras descubiertas había tomado el almirante, y para darle más autoridad acudieron al sumo Pontífice, a quien se atribuía el poder temporal para disponer a su arbitrio de las tierras de infieles, solicitando gracia no sólo de las nuevamente descubiertas, sino de las que aún estaban por descubrir en el océano occidental.

Las cartas se recibieron en Roma con aplauso, y Alejandro VI, de acuerdo con el parecer del sacro colegio, expidió la bula de 4 de mayo de 1493 haciendo donación perpetua a la corona de Castilla de los mares y tierras comprendidos desde una línea imaginaria tirada de polo a polo por un punto situado a distancia de cien leguas de las posesiones portuguesas más al occidente en las islas Azores o las de Cabo Verde; la cual fué seguida de otra, del mismo día, extendiendo a los soberanos y súbditos de aquella nación los privilegios y gracias concedidos por sus antecesores a los de Portugal para sus expediciones de Africa. Estas mercedes fueron acompañadas de grandes alabanzas a los reyes por su celo en la propagación de la religión, y de recomendaciones y elogios al almirante, cuyo nombre y fama crecían por toda la cristiandad. (1)

Mientras se adelantaba la expedición que debía llevar, recibía estos nuevos testimonios de amor

(1) NAVARRETE, tomo II, núms. 17 y 18. SOLORZANO, *Polit. ind.*, libro I, cap. 10.

y estimación de los reyes. El 20 de mayo se le concedió para él y sus herederos perpetuamente la gracia de usar en su escudo de armas las de Castilla y León en los dos cuarteles superiores, y en los inferiores unas islas doradas en ondas de mar en el de la derecha, y en el de la izquierda, las armas propias de su linaje; la renta de treinta escudos prometida al primero que viese tierra, se le situó en Córdoba, habiéndose decretado a su favor el 23 del mismo mes a causa de la luz que divisó en Guanahaní; al día siguiente se le libraron por una vez mil doblas de oro, y cuatro después se le expidió privilegio absoluto en confirmación del condicional de Granada, demarcando los límites de su almirantazgo y gobierno conforme a la donación pontificia, y fué nombrado capitán general de la armada que iba a las Indias, autorizándolo para usar del sello real y despachar por sí o por teniente en su ausencia, provisiones selladas bajo el nombre de los reyes. (1)

Sólo el de Portugal no participaba del júbilo universal, devorando en su palacio de Torres-vedras la amargura de creer perdido el fruto de los descubrimientos hechos en Africa, con inmensos gastos de la nación, y buscaba parecer entre los consejeros sobre disputar a España el derecho que pretendía tener al dominio del Nuevo Mundo. Fácil es a los monarcas en sus tribulaciones ambiciosas, encontrar vasallos más atentos a halagar

(1) NAVARRETE, tomo I, pág. 95 y tomo II, núms. 20, 32, 38, 39, 41-44. MUÑOZ, libro IV, pág. 165.

sus debilidades que a mirar por la honra de la patria, y como se entendiese ser las tierras descubiertas la parte más oriental del Asia, supieron persuadirle, sin dificultad, de que aquellas posesiones se hallaban incluidas en las bulas de Martino V y otros papas; y resolvió hacer valer estos derechos, así en la corte de Roma como en la de Castilla, bien reviviendo las concesiones obtenidas de la santa sede y en tratados celebrados con los Reyes Católicos sobre los descubrimientos en Africa, o bien acudiendo al incierto y peligroso medio de las armas. (1)

Con tal pensamiento mandó el rey Don Juan preparar una armada que fuese prontamente a ocupar las Indias Occidentales, mientras se organizaba otra mayor, aun que debería seguirla en breve tiempo y proteger sus movimientos. Y para ocultarlos y alejar cualquier sospecha que pudiera despertar en el ánimo del suspicaz Fernando, trató de disfrazar el intento fingiendo una expedición al Africa, y envió embajada con Rui de Sande a los reyes pidiéndoles permiso de sacar de su reino algunas cosas prohibidas que necesitaba para el pasaje y renovando sus reclamaciones sobre la pesca al sur del cabo Bojador: también escribió al papa rogándole anulase o reformase la bula del 4 de mayo.

De estos secretos manejos tenían pronta noticia los reyes. Seguros de la disposición favorable de Alejandro, se adelantaron a la venida del em-

(1) MUÑOZ, libros IV, pág. 148, 149 y 159.

bajador portugués, y antes que llegase Sande enviaron a Portugal a Lope de Herrera con instrucciones de procurar se suspendiesen los aprestos para ir a occidente, y que Don Juan desistiese de la idea de enviar navíos a descubrir por aquellas partes y lo prohibiese además severamente a sus súbditos y naturales.

Cuando se les presentó Sande accedieron gustosos a los puntos que abrazaba su embajada, al mismo tiempo que Herrera obtenía en Lisboa la promesa del rey de no despachar navío alguno hasta sesenta días después que hubiesen llegado a Barcelona los nuevos embajadores que pensaba enviar para el arreglo del asunto. Vinieron éstos y pidieron que el paralelo de las Canarias fuese el término de la navegación de los castellanos, fundándose en que los mares y tierras más meridionales pertenecían a Portugal, y exigieron se suspendiese el despacho de la armada que se estaba preparando en Andalucía, en tanto no se aclarase a qué partes podía navegar.

Como el objeto de Fernando era ganar tiempo para concluir los preparativos de la expedición, lejos de responder a estas demandas ofreció que enviaría otra embajada a tratar del asunto, y fueron nombrados el protonotario Don Pedro de Ayala y Garcilopez de Carvajal, con poderes para negar la pretensión de los portugueses y hacer valer el derecho de Castilla a los países descubiertos y por descubrir, en virtud de la última concesión apostólica que demarcaba

el límite divisorio de la navegación y conquistas propias de cada potencia.

Esta cuestión hubiera terminado en una sangrienta ruptura a no haber sido tan desiguales las fuerzas de Portugal y las de España, engrosadas éstas recientemente con la restitución de los condados de Rosellón y la Cerdania, además la expedición que se preparaba en Sevilla y Cádiz había salido, sin que los reyes hiciesen caso alguno de las reclamaciones entabladas; y el Papa se apresuraba a apoyar los derechos de Castilla con una nueva bula del 25 de septiembre, en la cual, para alejar toda duda sobre las regiones que reclamaba Portugal, se declaraba " que cualquiera partes de la India oriental no dominadas de cristianos adonde aportasen los españoles se entendiesen comprendidas en la donación." (1)

Vínose a las buenas Don Juan y adoptó un lenguaje más sincero, contentándose con proponer que la división por la meridiana se extendiese a mayor número de leguas para dejar más expedita la navegación de sus súbditos en el océano; a lo que accedieron los reyes; y por el tratado de Tordesillas, de 7 de junio de 1494, se abrogaron ambas coronas la posesión exclusiva del vasto océano y tierras occidentales y fijaron la línea de demarcación que debía deslindar sus particulares derechos, a las 370 "a la parte de poniente por línea derecha del polo artico al polo antártico", con algunas re-

(1) MUÑOZ, libro IV, págs. 160, 170 y siguientes. NAVARRETE, tomo II, núm. 11 del Apéndice.

servas por parte de Castilla, acordando nombrar comisionados idóneos por ambas partes para practicar las operaciones necesarias y llevar a cabo el convenio. (1)

(1) NAVARRETE, tomo II, núms. 75 y 91.

LIBRO TERCERO

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

Segundo viaje de Colón a América. Ruina de la Colonia Navidad. Fundación de la Isabel.

Para su segundo viaje había reunido Colón, en el puerto de Cádiz, una armada respetable, provista de lo necesario para aclimatar en el Nuevo Mundo las producciones de Europa e introducir la manera de vivir de los españoles, sus creencias, sus leyes y costumbres. Llevaba en las naves trigo, arroz, sarmientos, cañas de azúcar, posturas y semillas de varias plantas, y también toda especie de ganado y animales domésticos, y los utensilios y herramientas necesarios para la construcción de casas y fortalezas. Iban con él un número competente de labradores, carpinteros, albañiles y otros menestrales de diversas artes y oficios.

Como el carácter de aquella empresa era espiritual a la vez que temporal, creyendo los Reyes Católicos que tenían el derecho de extender con

la cruz y la espada una religión de paz, igualdad y reconciliación, un gran número de hombres de armas, criados algunos de la casa real, caballeros otros e hidalgos de la corte, y muchos nobles de las Andalucías que acudieron voluntariamente a prestar sus servicios, esperando hallar nuevos campos de gloria en tan remotos países, se veían al lado de una comunidad de trece eclesiásticos de ambos cleros, presidida por el padre fray Bernardo Boil nombrado por Su Santidad, vicario apostólico con varias facultades episcopales. Así las armas que se habían probado sobre los duros petos del moro audaz y la destreza y arte militar adquiridos en la empeñada conquista de Granada debían emplearse ahora contra los pechos desnudos de los pacíficos e indefensos moradores del Nuevo Mundo, con la santa misión de sembrar entre ellos la semilla redentora de la verdad evangélica, y mezclados iban los castellanos, cubiertos de acero y los humildes discípulos de Jesucristo, con el sayal y la cruz.

Colón había sido autorizado con plenísimos poderes de general de mar y tierra: "donde juzgase convenientemente poblar se le permitió por el tiempo de la real voluntad hacer por sí solo y sin consulta los nombramientos de alcaldes, alguaciles, regidores y demás oficios de gobierno, y en todo lo relativo a la armada y a los descubrimientos y conquistas que se hiciesen se proveyó de modo que entendiese el sumo aprecio y confianza que se hacía de su persona, y se empeñase más y más

por verificar sus promesas y designios grandiosos." (1)

Juntas las naves y la gente, y jurada sin excepción de persona fidelidad en el servicio del rey y obediencia al almirante, zarpó éste de la bahía de Cádiz el 5 de septiembre de 1493, llevando consigo tres naves de gavia (según llamaban a ciertos buques de mucho porte) y catorce carabelas, con cerca de mil quinientos hombres. A los ocho días de viaje llegó a la Gran Canaria, de donde se hizo a la vela el 14, y el 3 de noviembre descubrió la isla de Ceyre o Cayre, una de las Caribes, que llamó Dominica por ser aquel día domingo; de allí continuó recorriendo y visitando muchas otras de aquel archipiélago y siguiendo la dirección de Haití, descubrió el 17 la de Burunquen o Buriquen, a la que puso el nombre de Puerto Rico, y el 27 llegó a la "Navidad".

Tristes nuevas le aguardaban allí: Arana y sus compañeros habían desaparecido, y el pueblo de Guacanagari y la fortaleza, donde creía encontrar amigos y hermanos alborozados con su venida, era todo soledad y ruina. A lo que pudo comprenderse entonces, por relación del cacique y los suyos, los castellanos se habían entregado a los vicios más depravados, apoderándose de las cosechas, y el poco oro que podían recoger los indios y seduciendo y violentando sus mujeres. Esto induce a creer que debió relajarse la disciplina de la colonia y des-

(1) MUÑOZ, págs. 165.168- NAVARRETE, tomo II, número 43.

truídose todo género de obediencia y concierto. Esparcidos por aquellas selvas desconocidas, algunos murieron víctimas de la disipación y las enfermedades del país, y de los demás, fácil fué al odio de los ofendidos habitantes combinar un medio de venganza para acabar con todos.

Los caciques Caonabo y Maireni se habían coligado en este propósito: en un día señalado matan a los que andaban descarriados, invaden y queman la villa y fortaleza, arrollan al fiel Guacanagari que había acudido en defensa de sus huéspedes, y los que allí quedaban, los más de ellos enfermos, perecen al rigor de las llamas o de las flechas certeras del indio. El mismo Caonabo confirmó algún tiempo después esta relación, que al principio se tuvo por una invención de Guacanagari, sospechándose hubiese sido cómplice en la catástrofe; aunque Colón se inclinó siempre a creerla verídica, y se opuso al parecer de los que aconsejaban lo prendiese y le hiciese expiar aquel crimen.

Esto hizo gran impresión en el ánimo de los recién venidos; y como manifestasen muchos estar descontentos del país a causa de las enfermedades de que empezaron a adolecer con las humedades de la Navidad, Colón se resolvió a buscar un punto más a propósito donde fundar la nueva colonia. Salió, pues, con la flota, a principios de diciembre, a reconocer las costas inmediatas, y pasados algunos días llegó a un puerto seguro y abundante de pesca, situado a diez leguas al este de Monte Cristi; donde se extendía una gran lla-

nura en terrenos altos y secos, bañadas de aguas cristalinas y con lugar para construír un fuerte que defendiese la población y el puerto, circunstancias que lo movieron a fundar allí la ciudad que llamó Isabel, en honor de la reina; el 6 de enero de 1494, día de la Epifanía, estaba ya concluída la primera capilla cristiana del Nuevo Mundo, y en ella celebró misa solemne el padre vicario fray Boil, asistido por los eclesiásticos que habían ido con él, con gran devoción y alegría de los castellanos.

En la fundación y fortificación de la ciudad, organización del gobierno, reconocimiento de algunas provincias del interior y las costas, en fortificar la Vega Real y el río Janique, con el objeto de dominar aquellos estados, particularmente el de Cibao, que según averiguó era el más abundante de oro, y en sofocar algunos síntomas de hostilidad que se notaban en los indios, indignados de ver que unos aventureros se apoderaban de su país sin consultar su voluntad, empleó el almirante cuatro meses, y hasta fines de abril no pudo salir de la Isabel a "descubrir y ocupar la tierra firme", en cumplimiento del encargo y recomendación que le habían hecho los reyes (1).

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 213-216 y 219. MUÑOZ, págs. 187, 193, 209, 210, 217 y 235.

CAPITULO II

Exploración de la costa meridional de Cuba.

Descubrimiento de Jamaica.

Antes de pasar a referir esta navegación por las costas meridionales de Cuba, parece oportuno advertir a los que puedan estimarla como una cosa secundaria (no habiendo producido ningún descubrimiento, sino el de una extensión de costas e islas adyacentes bien conocido), que para apreciar en su justo valor las expediciones de aquel tiempo, deben, hasta cierto punto, distraer la atención de las noticias que hoy se tienen sobre estos países, transportarse a la época en que tuvieron lugar, e identificarse, por decirlo así, con el ilustre navegante, cuando ajeno de temor se lanzaba en unos mares jamás surcados por naves europeas; seguirlo paso a paso en su progreso lento, pero atrevido y constante, ignorante de los peligros que en él pudieran esconderse, y sorprender su ansiedad en medio de laberinto de islas y cayos interminable, que cubría una región envuelta con el velo impenetrable del misterio; poseerse de sus impresio-

nes cada vez que llegaba a una costa nueva o un elevado promontorio de los que vemos allí avanzar majestuosamente rompiendo las ondas y dilatarse por el lejano horizonte; apoderarse de la expresión de inquieta duda que asomaba en su rostro cada vez que una ligera canoa se aproximaba, ansioso de descubrir por la apariencia, el traje, los adornos y las imperfectas noticias del indio vagabundo, qué tierras y qué gentes tenía delante de los ojos, si eran incultas y salvajes, si islas del océano adonde no había llegado la huella de la civilización, o si formaban parte del continente del Asia y eran desiertas fronteras de populosos imperios; ir siempre poseído de sus mismas ilusiones, de las noticias que influían en sus juicios, de las indicaciones que solían aumentar sus conjeturas; y en fin, contemplar el país que vamos a describir como si lo fuesen recorriendo en compañía del mismo almirante, revestido con el manto espléndido de luz y hermosura que desplegaba ante su acalorada imaginación. Así, lejos de sentir la impaciencia que produce el desarrollo de opiniones tiempo há reconocidas como falsas, y el detalle minucioso de viajes de exploración, emprendidos en error y que ya de antemano se sabe han de terminar en un desengaño, podrán espaciar su fantasía, sentir el placer de penetrar por tierras desconocidas y magníficas, donde a cada paso se presentan nuevos asombros, y llegar a formar un juicio propio y exacto de este hombre extraordinario y de la naturaleza de sus empresas.

El plan de Colón era reconocer el último punto de la isla que había visitado en su primer viaje, y partir de allí a explorar sus costas por la parte del sur. En la creencia en que estaba de ser el extremo del continente de Asia, suponía que navegando la vuelta de occidente debía llegar al Catai y a las ricas y comerciales, si bien semibárbaras naciones, descritas por Polo y Mandeville. (1)

Hízose a la vela del puerto de la Isabel, el 24 de abril de 1494, llevando tres carabelas: la Santa Clara, y las San Juan y Cardera; y después de haberse detenido algunos días en las costas de Haití, descubrió el 29 el cabo Maisí, atravesó el estrecho canal que separa una isla de otra, y haciendo rumbo a lo largo de la costa, fondeó a las veinte leguas de andar, en Guantánamo, que llamó Puerto Grande, a causa de su extensión. Su entrada es angosta, tortuosa y de mucho fondo, y el puerto se internaba, dilatándose a la manera que un lago en medio de un país inculto y montañoso, poblado de árboles floridos cuajados de frutos.

No lejos de la costa, vieron dos bohíos hechos de cañas, y algunas fogatas en varias partes. Estos indicios de haber allí habitantes, movieron a Colón a desembarcar y llevó consigo unos cuantos hombres bien armados y al lucayo que le servía de intérprete y fué bautizado en España con el nombre de Diego Colón. Hallaron los bohíos desiertos y las hogueras abandonadas: los indios se

(1) CURA DE LOS PALACIOS, cap. 123, M.S., según IRVING

habían escondido en los bosques y no se veía un ser humano por ninguna parte. La llegada de las naves había producido un temor pánico e interrumpido tal vez los preparativos que se estaban haciendo para algún banquete, pues se encontró que estaban asando gran cantidad de pescado y además iguanas y hutías, suspendidas algunas en las ramas de los árboles y tostándose otras en asadores de madera puestos cerca del fuego.

Los castellanos, sujetos de atrás a una ración corta, se aprovecharon sin ceremonia de la abundancia de un festín que parecía haberse improvisado para ellos en aquel desierto. Pero, sin embargo de su apetito, priváronse de las iguanas, que miraban con hastío imaginándoselas serpientes, lo que tomarían los cibuneyes a cortesanía, por ser el plato más delicado que se ponía en las comidas de sus señores. (1)

Ya satisfechos, se esparcieron por las cercanías y cuando más distraídos andaban, distinguieron como setenta indios reunidos en la cumbre de una roca elevada observando sus movimientos con admiración y espanto, y al ir hacia ellos echaron a huír; pero uno, más osado o quizá más curioso que los demás, animado con los signos amistosos que se les hacían, se detuvo sobre la cresta del precipicio mirando a los castellanos, si bien pronto a seguir las huellas de sus compañeros en la fuga.

(1) Según PEDRO MARTIR (*Década* I, libro III), no le era permitido a la clase pobre de entre los indios comer iguanas, más que al pueblo bajo de España los pavos y faisanes.

De orden de Colón, se adelantó a hablarle el joven Diego, y las palabras que le dirigió en su lengua nativa desvanecieron sus recelos y lo indujeron a bajar a donde estaba el intérprete, por quien supo las sanas intenciones de los hombres blancos y corrió presuroso a comunicarlas a los suyos.

A poco se vieron aquellas pacíficas gentes bajar de las rocas y salir de los bosques, acercándose con amabilidad y veneración. Dijeron que el cacique los había enviado a pescar para un gran banquete con que trataba de obsequiar a un jefe vecino suyo, y que ellos, cuando aparecieron las naves, estaban asando el pescado para prevenir se les echase a perder al conducirlo a su pueblo. Parecían tener el mismo carácter que los habitantes de la costa del norte. Cuando se les habló del daño que sus hambrientos huéspedes les habían hecho, lejos de mostrar pesar alguno, respondieron alegremente que una noche de pesca les reemplazaría todo lo perdido. Tocado Colón de esta índole generosa y siguiendo sus naturales sentimientos, dispuso fuesen festejados y recompensados, y conquistada una mútua y fraternal amistad, despidiéronse igualmente satisfechos los unos de los otros.

Dejó este hermoso lugar el primero de mayo y continuó su viaje a la vista de unas costas montañosas, adornadas con ríos pintorescos y abiertas y cortadas a trechos por los puertos espaciosos y seguros que tanto sorprenden a los navegantes al visitar esta celebrada Antilla. A medida que avanzaban las naves, se desplegaba un país cada vez

más fértil y poblado: los naturales cubrían las playas mirando asombrados cómo aquellas fábricas se deslizaban suavemente, "no pudiendo entender cómo era posible manejar y conducir a diversas partes tan pesada mole, con un sólo viento, sin remos, sin esfuerzos particulares". (1)

Creyendo a los castellanos unos seres venidos del cielo, les mostraban sus frutos y comestibles invitándoles a bajar a tierra, y los que podían llegarse con sus canoas, traíanlas y dábanles generosamente su pan de casabe, calabazas llenas de agua y otros regalos, que Colón aceptaba y recompensaba, haciéndoles distribuir presentes que recibían con los transportes de gozo acostumbrados, persuadidos de que tales dádivas eran seguros talismanes contra todo género de desgracias.

Después de navegar alguna distancia, llegó a otro golfo o bahía profunda, de angosta entrada y ancho y espacioso fondeadero, rodeado de unas tierras fértiles y pródigas de vegetación. Había en aquel paraje montañas elevadas que arrancaban desde la misma orilla del mar, costas bajas cubiertas de numerosas aldeas, y sembrados cultivados con tal gusto que parecían jardines y huertos. En este puerto, probablemente el de Santiago de Cuba, echó anclas y pasó la noche colmado de gozo con la amable hospitalidad de los naturales.

Como les preguntase si allí había oro, todos respondieron a una señalando hacia el sur, y a lo

(1) MARTIR, *Década* I, libro citado. MUÑOZ, libro VI. página 268.

que pudo entenderse dijeron que en aquella dirección había una gran isla donde abundaba este metal. Ya en su primer viaje había oído Colón algo de esta isla, que sus compañeros sospechaban pudiese ser la de Babeque, causa de tanta ansiedad y quiméricas esperanzas; y tentado por lo que de ella le decían los indios, se resolvió a suspender la exploración comenzada e ir en busca de la soñada Babeque. Con este intento, el día 3, al llegar a un cabo elevado que se encuentra al oeste, se desvió hacia el sur y se engolfó en el ancho mar de las Antillas.

El 5 llega a Jamaica y fondea en un puerto que llamó Santa Gloria; al día siguiente recorre la costa en dirección del oeste buscando uno abrigado donde pudiese carenar y calafatear la nave capitana que hacía mucha agua, y a pocas leguas de andar, entra en uno que, por ser a propósito para su objeto, lo llamó Puerto Bueno. Concluída la reparación a los tres días y hecha provisión de agua, sigue el mismo rumbo, y después de andar sobre veinticuatro leguas llega a un golfo situado al extremo occidental de la isla, donde la costa empieza a correr hacia el sur. No siendo el viento favorable para proseguir en aquella dirección y engañado en sus esperanzas de encontrar oro, vuelven con más calor a encenderse sus deseos de continuar la exploración suspendida, y como le favoreciese el viento, llamó aquel golfo del Buen Tiempo, y se dirigió a Cuba, con gran contento de su gente, resuelto a no abandonar su determinación hasta

no haber recorrido tal distancia que le permitiera resolver satisfactoriamente la cuestión de si era tierra firme o una isla.

Los belicosos jamaiquanos quisieron oponerle resistencia a la entrada de los puertos donde estuvo fondeado; pero ¿qué es el valor y resolución en pechos desnudos y brazos armados con endebles flechas, contra el peto acerado, la traidora bala y el filo agudo de las espadas? "Yo he determinado (le decía un cacique, en cierta ocasión) abandonar mi patria y acompañarte. Después de haber oído lo que nos cuentan del poder de tus reyes y de los países que has sojuzgado en su nombre, reconozco que cualquiera que rehuse obedecerte corre a una muerte segura y perdición. Tú has destruído las canoas y chozas del caribe, muerto sus guerreros, cautivado sus mujeres e hijos: todas las islas te temen. ¿Ni quién podrá intentar resistirte, ahora que conoces los secretos de esta tierra, la debilidad de nosotros? Antes, pues, que tomes por tí mismo estos dominios, prefiero abandonarlos y embarcarme en tus naves con mi familia para ir a rendir homenaje a tu señor y ver por mis ojos la grandeza de un país tan lleno de maravillas". Resolución que prueba el buen discurso y temple de alma de aquellas gentes, y de que enternecido el almirante, logró disuadirle, admitiendo el vasallaje a nombre de los reyes y ofreciéndole su protección. (1)

(1) FERN. COLON, *Hist. del Alm.*, cap. IV. IRVING, libro VII, cap. I, II y VI.

CAPITULO III

Prosigue la exploración de las costas cubanas

La pequeña escuadrilla hizo rumbo a las costas de Cuba, y el 18 de mayo llegó al cabo que llamó Colón de Cruz, en la provincia de Macaca, cuyo nombre aún conserva. Desembarcó en una gran población, donde fué bien recibido y obsequiado por el cacique y sus vasallos, quienes había tiempo sabían de él y de sus naves. Por lo que aquél le dijo, supo que los indios que le habían visitado en la Santa María habían extendido la noticia de la impresión que les hicieron los castellanos; causando asombro lo que les oyeron de su apariencia, trajes y costumbres, del poder de sus armas, la grandeza, construcción y estilo de sus navíos, lo extraño y primoroso de sus adornos y regalos. Trató de cerciorarse de si Cuba era realmente isla, o parte de un continente, y tanto el cacique como los suyos le aseguraron que era isla y de tan grande extensión, que no había persona humana que hubiese llegado a su término; respuesta que dejaba la cuestión en el mismo estado de oscuridad y duda, y que la preocupada imaginación del al-

mirante atribuyó a la ignorancia en que estarían aquellas gentes de lo que era un continente.

Siguiendo su viaje, llegó el 19 a una parte de la costa, que por muchas leguas se extiende al nordeste y tuerce después al oeste, dejando en el espacio que forma la curva una inmensa bahía, o más bien golfo, donde le asaltó una de aquellas tempestades tan propias de estas latitudes; en que de repente se cubre el cielo de densas nubes que oscurecen la luz brillante de los trópicos, el polvo arrebatado del viento, en remolinos, abrasa el aire, y abiertas las cataratas del cielo, se desprende la lluvia a torrentes, acompañada de gran número de relámpagos y rayos, que no parece sino que va a sumirse la tierra y a desaparecer envuelta en un espantoso diluvio. Felizmente duran poco: las nubes impelidas del viento se desvanecen, el cielo recobra su hermoso azul, el sol destaca sus rayos encendidos y el aterrorizado navegante vuelve a la calma admirando los vivos colores del arco mensajero de la serenidad y bonanza.

A ser más duraderas, hubiera sido entonces bien crítica y en extremo peligrosa la situación de Colón, encerradas como estaban las naves entre islas, cayos y bajíos que se aumentaban a medida que avanzaban, en tan gran número que la vista del marinero desde el tope de la capitana no hallaba término a su extensión. El tamaño de estas islas, la mayor parte desiertas, difería de una a cuatro leguas, bajas las unas arenosas y estériles alfombradas otras de verde yerba, y otras tachonadas con airosos y

altos bosques. La vista de este mar esmaltado de tanta variedad de islas, encendió la imaginación del Almirante, dispuesta siempre a recibir favorablemente las impresiones de la naturaleza cubana, y en la imposibilidad de dar nombre a cada una de ellas llamólas a todas con el poético de Jardines de la Reina.

La dificultad de navegar por este laberinto le despertó al principio la idea de hacerse al mar y recorrer la costa, dejándolo a la mano derecha; pero pronto cambió de parecer, recordando lo que decían Polo y Mandeville que la costa del Asia estaba poblada de millares de islas: y como se creyera navegando en aquel archipiélago, resolvió seguir a vista de las de Cuba, confiado en que al fin habrían de llevarlo a los dominios del gran Can y dejar acabada esta empresa con gloria suya y provecho de la corona de Castilla.

No sabía él, por cierto, los trabajos y peligros que le aguardaban en aquel mar tan seductor a la vista y engañoso; pero el temple de su alma no era de arredrarse por ningún género de obstáculos, su genio superior y la perseverancia en sus propósitos, vinieron a estimularle y lo sacaron de ésta, así como de su primera grande empresa, digno del renombre inmortal con que lo exalta y encarece la fama.

Apenas había empezado a navegar por aquel grupo de islas, cuando se encontró enredado y perdido en una intricada navegación, expuesto a contínuos peligros entre bancos de arena, corrientes

encontradas, escondidas sirtes, obligado a adivinar, por decirlo así, el camino por donde debía llevar las naves, con la sonda siempre en la mano y hábiles marineros en el tope, dando vuelta las proas, a veces en una hora, a todos los puntos del compás, viéndose frecuentemente encajonadas en canalizos de poco fondo cuyo paso tenían que salvar a palo seco y remolcadas por los botes para no encallar; y no obstante todas estas precacuiones y fatigas, tocaban muchas veces en los bancos y costaba gran trabajo aligerarlas y ponerlas a flote.

Lo variable del tiempo era otro inconveniente que vino a complicar los riesgos de la navegación, si bien a los pocos días empezó a tomar un carácter de regularidad en sus mismos caprichos: observose que al asomar la aurora, el viento venía del este y se mantenía de aquella parte durante el día, y al ponerse el sol empezaba a soplar del oeste; al anochecer se levantaban sobre el horizonte densas nubes acompañadas de relámpagos y truenos, anunciando una terrible tempestad, y cuando la luna aparecía por entre aquellas masas tenebrosas, seguida de las brisas meridionales, volvía al cielo su azul y a la tierra serenidad y calma.

El aspecto de majestad que desplegaba la naturaleza era antídoto suave contra tanto cúmulo de dificultades y entretenía las esperanzas de Colón. El esplendor de la luz, la riqueza de tintes con que se engalana la aurora, la fertilidad y variedad en la vegetación, el olor balsámico de las flores y el aroma de las plantas que impregnaban el

aire en las horas tranquilas de la noche, el canto de las aves, la belleza de sus extraños colores y la dulzura de sus trinos, ya posadas sobre las altas palmas, ya revoloteando entre las ramas de los árboles, el sedoso plumaje que viste las formas del reposado flamenco, todo era nuevo a sus ojos, todo superior a las escenas celebradas de Italia y España, y tan conforme con las descripciones de los climas orientales, que vivía constantemente embebido en la idea de hallarse en el mismo archipiélago asiático y esperaba descubrir en breve las altas cúpulas de la gran Catai.

Embriagado con estos dulcísimos ensueños, llegó el 22 a una de las islas de más extensión que rodean a Cuba, la cual llamó Santa Marta, donde había un pueblo grande de pescadores. Vió la costa cubierta de lustrosos careyes y conchas de tortugas, las casas desiertas y en ellas algún pescado, varios flamencos y cotorras domesticados y muchos perros mudos, que según se supo después acostumbraban los cibuneyes cebar para sus convites, como uno de sus platos más delicados.

Llamóle sobremanera la atención el arte singular que usaban en la pesca de peces de gran tamaño, sirviéndose como de anzuelo del guaican, y admirole la franqueza con que subían a bordo de las naves, sin desconfianza ni temor alguno, y con la generosidad característica de estos indios, le regalaron abundancia de pescado y cuanto tenían en las canoas. A las preguntas de Colón sobre la geografía de aquellos lugares, respondieron que el

mar estaba cubierto de islas hacia el sur y oeste y que Cuba seguía en esta última dirección hasta una distancia infinita.

Vencida la peligrosa navegación por entre aquel archipiélago, dirigió la proa hacia una parte montañosa, y después de navegar como catorce leguas desembarcó el 3 de junio en un pueblo grande, donde fué recibido con las muestras de bondadosa amistad que encontró siempre entre los cibuneyes, a quienes ensalzaba sobre los demás indios de las islas vecinas, por su carácter amable y pacífico, llegando a tal grado su entusiasmo por Cuba que hasta los mismos animales decía ser más mansos, de mayor tamaño y mejores en todo. Entre los varios comestibles que se le presentaron con jovial alegria, había palomas torcaces de un tamaño y sabor nada comunes, y como notase algo peculiar en el gusto mandó abrir algunas recién muertas y se les halló en el buche cantidad de especies olorosas y de grato sabor que le hicieron persistir en su opinión sobre las producciones del país.

Mientras que las gentes, en los botes, se procuraban agua y provisiones, trató de informarse sobre su tema favorito con el cacique y otros indios ancianos. Todos ellos le dijeron que el pueblo donde estaba era una parte de la provincia de Ornafai, y que más al oeste el mar continuaba esmaltado de innumerables islas y que encontraría poco fondo; que respecto de los límites de Cuba no habían oído jamás tuviese término al oeste; "cuarenta lunas no bastarían a llegar a él," y

que navegando en la dirección que llevaba podría alcanzar mejores noticias de los habitantes de una provincia llamada Nangon.

Este nombre sonó al oído del avisado almirante como una feliz revelación que venía a confirmarlo en sus ideas respecto de aquel país y avivar sus esperanzas: la provincia de que le hablaban debía ser Mango, la más rica del gran Can, bañada por las costas del océano. A sus repetidas preguntas, su preocupada imaginación le hacía oír voces análogas a las que había leido en Mandeville y entender que Mangon estaba habitada por gentes que tenían colas semejantes a las de los animales y para ocultarlas usaban de ciertos adornos; lo que le recordó la relación de este viajero, en que dice tenerse por cosa corriente entre algunas tribus del Asia, y que le contaban para ridiculizarlos, que los habitantes de las naciones a ellas vecinos llevaban una clase de adornos que no podía tener otro objeto que ocultar algún vicio natural de sus cuerpos.

Tal descubrimiento le hizo esperar con mayor confianza que nunca que siguiendo las costas cubanas en la misma dirección, llegaría a los imperios civilizados del Asia, y halagado con la idea de encontrar en Mangon la verdadera Mango y en el pueblo de colas y adornos, a los habitantes del imperio tártaro con sus largos mantos, se preparó a dejar las tranquilas y hospitalarias costas de Ornafai (1)

(1) MUÑOZ, libro V. págs. 215 y 221. CURA DE LOS PALACIOS, cap. 127. IRVING, libro VII. cap. 3.

CAPITULO IV

Continua el mismo asunto

Animado con estas ilusiones seductoras, continuó su viaje, favorecido por una próspera brisa, costeando el supuesto continente. Se hallaba frente a las playas donde, por espacio de cerca de treinta y cinco leguas, la navegación está interrumpida a cada paso por bancos de arena y pequeñas islas. Quedábale a la izquierda el ancho mar, cuyas ondas de oscuro azul, le aseguraban su profundidad y le brindaban con una senda libre de riesgos. A la derecha, se dilataban las verdes costas de Ornafai, bañadas por las corrientes cristalinas de muchos arroyos y pobladas de aldeas vestidas con el rico follaje de sus elevados bosques, que internándose en ascenso gradual, iban a perderse en la cordillera de montañas que atraviesa el centro de la isla.

La presencia de las naves despertaba admiración y alegría por todas partes. Los naturales las saludaban con aclamaciones de gozo y recibían entusiasmados a los seres cuya fama se había extendido con el encanto de mensajeros de las bendiciones del Cielo; impacientes de verlos y festejarlos no aguardaban que bajasen a la costa y

se adelantaban, unos nadando a larga distancia y otros en sus canoas, ofreciéndoles las producciones del país y contemplándolos casi con adoración. Y después de la lluvia ordinaria de la tarde, cuando empezaban a entablarse las brisas de la tierra trayendo consigo las suaves aromas de aquellos bosques deliciosos, venían mezclados con ellos los sonidos lejanos de sus cánticos y rudos instrumentos con que probablemente celebraban su llegada.

Los dos días siguientes se emplearon en cruzar la costa abierta que forma el ancho golfo de Jagua. Al fin de él llegaron a un lugar donde las aguas adquieren repentinamente una blancura semejante a la leche y aparecen enturbiadas como si estuviesen mezcladas con harina; fenómeno producido por una arena sumamente menuda o partículas calcáreas que se desprenden del fondo hasta cierta altura con la rapidez de la corriente y agitación de las ondas. Llamole Colón el Mar Blanco.

Esto esparció la alarma en la escuadrilla, y hubo de crecer aún más viéndose al mismo tiempo navegando en poca mar y cercados de bancos y cayos. Mientras más adelantaban, más crítica se hacía su situación, encerrados en un canalizo angosto, donde no podían maniobrar ni volver atrás, imposibilitados de hacer uso de las anclas, sacudidos con violencia por el viento y en peligro inminente de encallar. Con mucho trabajo salieron de allí y llegaron a una isleta, donde hallaron regular fondeadero y pasaron la noche poseídos de gran ansiedad.

Muchos, cansados de tan penosa navegación y sobrecogidos con las impresiones del día anterior, empezaron a murmurar y estaban porque no se siguiese aquella empresa y abandonarla de una vez; teniéndose por afortunados si lograban volver sin riesgo por donde mismo habían venido. Pero Colón no podía admitir semejante propósito, precisamente cuando se creía próximo a hacer un brillante descubrimiento.

A la siguiente mañana despachó la carabela más pequeña a explorar este laberinto de islas y penetrar en la costa; la cual volvió con la noticia de que los canales y cayos eran tan numerosos e intrincados como los que habían dejado en los *Jardines de la Reina*, la costa toda un fangal, y los terrenos inmediatos una ciénaga profunda donde el mangle salía de las aguas, tan abundante y compacto, que formaba una muralla impenetrable, y que el interior parecía fértil, montañoso y muy poblado, a juzgar por el número de columnas de humo que habían visto en varias direcciones.

Siguiendo las huellas de la carabela, se aventuró a arrostrar los peligros con que este nuevo archipiélago parecía amenazar su temerario arrojo, y empezó a navegar con precaución y trabajo, sin poder, no obstante su prudencia, evitar el encallar frecuentemente entre los pequeños canales que separaban las islas y bancos de arena. Al fin llegó a una punta baja que llamó del Serafín, donde la costa tuerce hacia el Este, formando una bahía tan profunda que no era posible hallarle fondo; se

veían montañas a alguna distancia, en dirección del Norte; el espacio intermedio era claro y abierto, y las islas cercanas corrían hacia el Sur y Oeste: esta descripción corresponde exactamente con la bahía de Batabanó.

Colón hizo rumbo hacia las montañas con viento fresco y en tres brazas de agua, y el día 7 ancló en la costa, cerca de un hermoso bosque de palmas, donde ocurrió una de las más extrañas aventuras que se cuentan en sus peregrinaciones. Y fué, que una partida enviada a proveerse de agua y leña, cuando ocupada en formar haces y llenar los barriles junto a dos manantiales que por en medio del bosque serpenteaban, vió venir un hombre poseido de pánico terror que les gritaba en claro castellano corriesen en su auxilio. Apenas empezaron a moverse, se les reunió el que daba las voces, cansado y sin aliento, y reconocieron a un ballestero de la partida que se había entrado poco antes en la espesura en persecución de alguna caza. Recobrado un tanto, díjoles que no bien se había internado en el bosque cuando se le presentó en la abertura de la cañada un hombre del mismo color y forma que los castellanos, vestido con un ropaje blanco a la manera del hábito de un fraile de la Merced, que de pronto creyó fuese el capellán del Almirante, pero conoció después su error por haber venido otros dos a reunirse con el primero, vestidos de la misma manera, y tras ellos muchos más, como en número de treinta, armados de lanzas y varas, y que, aunque ninguno hizo demostra-

ciones hostiles y el primero se adelantó a hablarle, la vista de tanta gente lo había alarmado y hecho tomar la resolución de huir más que de prisa. Asombrados quedaron todos con tal suceso, y lejos de pensar en salir al encuentro de los aparecidos fuéronse poseidos de miedo a contarlo a sus compañeros de las naves.

Grande fué el contento de Colón al oir la historia del ballestero, pues con ella se certificó en que aquellos naturales debían ser los habitantes vestidos de Mangon y que iba a entrar en el país de un pueblo civilizado, si ya no era que estaba cercano a la rica provincia de Mango. El 8 salió una partida armada en su busca, con orden de penetrar cuarenta millas en el interior hasta dar con ellos; pues calculaba que la parte poblada de la tierra debía estar a alguna distancia de las costas y las ciudades a mayor aún y a la otra banda de las montañas inmediatas. Entráronse por una faja de bosques, y de allí en una llanura cubierta de lozana yerba y otras plantas tan altas como la caña del maiz al espigar; no encontraron camino ni vereda, y después de andar una milla con muchas dificultades, viéndose tan enredados como las mismas breñas que los cercaban, resolvieron abandonar la empresa y se volvieron cansados y desfallecidos.

No satisfecho, envió al día siguiente otra partida mandándole tomar diverso camino.

Apenas se había desviado poco trecho de la costa cuando descubrió huellas como de garras de

un gran animal, que unos creyeron fuesen de león, otros de grifo, y que sin duda serían de algún caimán de los muchos que abundan en aquellas inmediaciones. A la vista de estas huellas les entró desmayo a todos y apresuraron su vuelta a la costa.

En esta excursión, al atravesar un bosque abierto en varias partes por vegas y prados, hallaron bandadas de grullas de doble tamaño que las de Europa; muchos de los árboles despedían los perfumes que contínuamente engañaban a Colón tomándolos por las especias de Oriente; vieron en abundancia las parras de uvas monteses, que llevaban sus vástagos hasta la copa de los árboles más corpulentos, enlazándose a las robustas ramas, cubriéndolas con sus hojas y abatiéndolas con el peso de los racimos, algunos de los cuales guardó Colón para presentar a los reyes juntamente con una muestra del agua del mar Blanco. (1)

Como nunca hubiese habido en Cuba ninguna tribu que usase cubrir su desnudez, el cuento de los hombres del manto blanco fué indudablemente una equivocación del ballestero, quien preocupado de antemano con la idea de los misteriosos habitantes de Mangon, llegó a sorprenderse a la vista de alguna bandada de grullas de las que abundan por aquellas partes, y que a la manera de los flamencos viven en comunidad y tienen siempre una

(1) "El gordor de muchas parras de ella las vimos de mucho mayor que un hombre, y no es encarecimiento decir esto". CASAS, *Historia general de las Indias*, libro III, cap. 22; en las *Memorias de la S. P. de la Habana*, número 22, de agosto de 1837.

de ellas como de centinela avanzada: su tamaño y forma erguida cuando tendidas en línea a lo largo de las llanuras o a orillas de un lago, si se las mira por entre el claro de los bosques, les da a primera vista la apariencia de cuerpos humanos. Sin embargo, este engaño de los sentidos hizo gran impresión en el Almirante, predispuesto como estaba a creer en cualquiera cosa que halagase su opinión de estar en los confines del Asia.

Después de explorar la profunda bahía situada al Este y asegurarse de que no era un brazo de mar, continuó su ruta al Oeste; y habría navegado nueve leguas cuando llegó a una costa donde pudo entrar en comunicación con algunos de los aborígenes. Andaban desnudos como los demás de la isla, lo cual no le llamó la atención, atribuyéndolo a que eran meros pescadores de una costa desierta, persuadido como estaba de que la parte civilizada del país debía encontrarse en el interior.

Aquí tropezó con un grave inconveniente que no había ocurrido antes en las costas descubiertas, así en el Norte y Sur de Cuba como en ninguna de las otras islas: el intérprete lucayo no entendió el dialecto de aquellos indios. Forzado a comunicarse por signos y gesticulaciones, fácil es de comprender que además de los errores a que puede conducir este medio en sí, había Colón de trastornar muchas cosas interpretándolas al son de su propias ilusiones.

Engañado por ellas, creyó entender que entre unas montañas que se divisaban al Oeste, había un

monarca poderoso que reinaba con gran pompa y majestad sobre muchas y populosas provincias, el cual vestía una túnica blanca que le arrastraba por el suelo y tenía el dictado de Santo; (1) que no acostumbraba a hablar jamás y daba por signos sus ordenes, que eran cumplidas inmediatamente. (2) En todo esto se trasluce su ofuscación; pues según el obispo Casas nunca se supo de ningún cacique que viviese de la manera que entendió Colón. El rey, con el título de Santo no es probablemente otra cosa que un trasunto del misterioso personaje que ocupaba con frecuencia sus pensamientos y había tiempo figuraba en las descripciones de los viajeros, el Preste Juan, unas veces como monarca, otras como sacerdote, cuyo imperio ha sido asunto de dudas y controversias entre los historiadores. Las noticias que dieron de la costa fueron todas vagas: según ellos se extendía a Occidente hasta veinte jornadas por lo menos, y no podían asegurar si terminaba o no andaba distancia tan grande. Parecía que sabían poco o nada de la isla, fuera de los términos de su provincia.

Tomando un guía de entre ellos, hizo rumbo hacia las montañas en solicitud del supuesto emperador. Pero apenas se había separado de la costa cuando volvió a encontrarse envuelto en las dificultades ordinarias de los bajíos, cayos y bancos. A cada paso las quillas hendían por un fondo de arena y lodo, enturbiando las aguas, o se veían

(1) CURA DE LOS PALACIOS, cap. 128.
(2) HERRERA, *Década* I, libro II, cap. 14.

encerradas en canalizos tan angostos que no dejaban espacio para torcer en dirección alguna, teniendo que acudir al remedio peligroso de arrastrarlas por la proa con ayuda del cabrestante.

Distraían los trabajos de una situación tan penosa los accidentes que ofrecían las extrañas escenas de estas regiones. Ya llegaban a un punto donde en vez de sirtes venía a disputarles el paso un ejército de tortugas; ya pretendian robarles la luz del día nubes de cuervos y palomas; ya se cubría el aire de alegres y pintadas mariposas, que salían de los bosques a saludar la lluvia bienhechora de la tarde. Al acercarse a la región montañosa hallaron la costa cubierta de un cenagal y cerrada por un bosque tan espeso que fué en vano intentar romper por sus malezas. Había días que andaban viendo modo de descubrir algún arroyuelo para proveerse de agua, de que tenían gran necesidad, y dieron al fin con un manantial cristalino que salía de un grupo de palmas, en donde encontraron conchas de perlas, lo que despertó en Colón la idea de que en esta costa podía haber abundantes criaderos y ser lugar de rica pesquería.

Mientras, imposibilitados de penetrar en el interior, observaron que el país parecía estar bien poblado: veían columnas de humo levantarse de varias partes, cuyo número se aumentaba a medida que avanzaban las naves, hasta que llegaron a un lugar donde salían de cada roca, cerro y bosque. La duda de que si eran de ciudades, o señales convencionales para indicar la dirección que llevaban

y su proximidad, con el fin de dar la alarma, los tenía suspensos y confusos; sobre todo el no ver gente alguna cuando pocos días antes volvieron tan festejados.

Colón siguió recorriendo aquella costa misteriosa, cuyo laberinto de canales aún hoy no osa visitar sino alguna que otra vez la vela encubierta del suspicaz contrabandista o del pirata negrero; y después de navegar algunos días, ansioso de descubrir la suspirada provincia de Mango, notó que la costa torcía hacia el Oeste y seguía en la misma dirección sin que la vista alcanzase su término. Como esto correspondiese con la descripción de Marco Polo, ya no le quedó duda de que estaba en el continente que buscaba y creyó que siguiendo su curso había de llegar al punto donde aquella faja terminaba en la península de Malaca.

Su imaginación lo arrastraba contínuamente al campo engañoso de las ilusiones y le abría sendas risueñas por donde pudiera espaciarse con la esperanza de gloriosas empresas. Combinando ahora los pensamientos que le despertaba este descubrimiento con las imperfectas nociones de geografía de su época, concibió la idea de abrir una nueva ruta por aquellas partes para volverse a España: doblar el *Aurea Chersonesus*, engolfarse en los mares que bañan las naciones de Oriente, atravesar el Ganjes, pasar por Trapobana, seguir por los estrechos de Babemandel y llegar al mar Rojo, ir de allí por tierra hasta Jerusalén, embarcarse en

Jafa y navegar por el Mediterráneo hasta Cádiz; o bien, si el paso de la Etiopía se hallaba interceptado por las tribus salvajes y guerreras que pueblan aquellos lugares, hacer rumbo desde el mar Rojo por las costas de Africa, pasar a la vista de los portugueses que aún se hallaban detenidos en Guinea en sus atrevidas exploraciones, y después de dar la vuelta al mundo, aferrar las velas de sus animosas naves junto a las columnas de Hércules, el *Non plus ultra* de los antiguos. Tales eran las sublimes aspiraciones de aquel genio inmortal, según nos lo ha dejado escrito uno de los amigos suyos con quien tuvo más intimidad, (1) sin que haya nada de sorprendente en su ignorancia de la verdadera extensión de nuestro globo, pues la medida mecánica de una parte suya conocida, que hoy hace una cosa familiar el conocimiento de su circunferencia, era en tiempo de Colón un problema, aún para los filósosos más profundos. (2)

(1) CURA DE LOS PALACIOS, cap. 123
(2) IRVING, libro VII, cap. 4.

CAPITULO V

Llega Colón a la ensenada de Cortes.-Descubre la Isla de Pinos.-Emprende la vuelta a Haití.

Sus compañeros participaban de la opinión de hallarse frente al continente asiático; pero no esperando alcanzar gloria alguna del éxito de esta empresa, estaban lejos de sentir el mismo entusiasmo, y más aún de querer arrostrar las dificultades que presentaba. Considerando el estado de los buques y la disposición de la gente; fatigada ésta con un trabajo incesante y desalentada a la vista de un mar que por espacio de gran número de leguas, no ofrecía otra cosa que islas desiertas; removidas aquellas y quebrantadas a causa del daño que habían recibido las costuras en las frecuentes baradas, y deshechos los cables y aparejos; fuerza es confesar que parecía empeño temerario proseguir una navegación por nuevos mares desconocidos como la en que pensaba el Almirante, que requería largo tiempo y encerraba quizá inconvenientes y peligros dificiles de prever; además, las provisiones iban escaseando cada día y casi

toda la galleta estaba perdida, con el agua del mar, que la había hecho una sopa. Es, pues, disculpable que estos esforzados navegantes murmurasen y se quejasen contra la idea de seguir adelante. Según ellos, habían andado una distancia bastante para poder adquirir la convicción de que aquella era realmente tierra firme, y aunque no dudaban encontrar más adelante regiones civilizadas, se exponían a quedarse sin provisiones y ver inutilizadas las naves antes de llegar a ellas.

Colón, calmado un tanto el fervor de la imaginación, conoció cuán justas eran estas razones; pero apreciando, al mismo tiempo, lo que importaba a su fama y a la popularidad de sus descubrimientos obtener pruebas satisfactorias de que aquel era un continente, se resolvió a seguir navegando algunos días más. Así que, como la costa torcía en dirección del Sudoeste, anduvo explorándola, hasta que al cuarto día todos los de la escuadrilla repitieron no quedarles duda sobre el particular; y entonces, para que hecho tan importante no descansase meramente en su propia aserción, dió orden al notario público Juan Pérez de Luna el 12 de junio y que fuese por las tres naves acompañado de testigos y demandase formalmente a cuantos en ella habían si estaban ciertos de que la tierra a la vista era un continente, al principio y fin de las Indias, cercano a países civilizados y desde el cual podía volverse por tierra a España, y que si alguno tuviese algún escrúpulo sobre esto se le presentase para desvanecerle.

Había a bordo hábiles y experimentados navegantes y otros hombres versados en el conocimiento de la Geografía; y todos, después de examinar sus mapas y cartas, la estima y el diario de viaje, y deliberar maduramente sobre el caso, declararon bajo juramento que no les quedaba ninguna duda, fundando esta opinión en que habían recorrido trescientas treinta y cinco leguas de costa, cuya extensión nunca se había oído pudiese tener isla alguna, y en que la tierra continuaba a una distancia interminable y torcía hacia el sur, conforme a las descripciones de las costas de la India. (1) En seguida se extendió un acta formal por el notario, insertando las declaraciones de los pilotos, maestros y un individuo de las carabelas, y colectivamente la de los marineros, grumetes y demás de las tripulaciones, cuya acta se conserva todavía. (2)

Esta singular ocurrencia tuvo efecto cerca de la bahía de Cortes, y observa un historiador que a haber subido en aquel instante un grumete a lo alto del mastelero de la capitana hubiera podido divisar la punta de Piedras y el mar ancho besando las costas más occidentales de Cuba. (3) Dos o tres días más de viaje, y el término de la soñada tierra firme se hubiera presentado ante los

(1) En el cómputo de leguas debió, sin duda, contarse, observa el Sr. IRVING, lo que anduvieron las naves, sin exceptuar sus varios bordes a lo largo de la costa; pues no es posible creer se cometiese el error de dar tan gran extensión a la costa meridional de Cuba, aún incluyendo sus numerosas tortuosidades.

(2) Véase NAVARRETE, tomo II, núm 76.

(3) MUÑOZ, libro V, pág. 217.

ojos de Colón, desvanecido las ilusiones que alimentaba, y dado quizá un curso diverso a sus posteriores descubrimientos. Pero la divina Providencia, en sus inexcrutables misterios, quiso que este grande hombre continuase en su errada creencia y muriese en la convicción de que Cuba era el extremo del continente de Asia.

Abandonada la resolución de seguir explorando la costa y circunnavegar el mundo, Colón hizo rumbo al sudeste, el día 13, y llegó a poco a la vista de una isla que llamó Evangelista, cuyas montañas se alzaban majestuosamente por entre un grupo de cayos; lugar celebrado después por el gran número de pinos que allí se encuentran, a que debe el nombre de isla de Pinos que hoy tiene, y también por la salubridad de los aires, sus excelentes caobas y sus ricas minas de mármoles.

Ancló en ella y habiéndose provisto de agua y leña, siguió hacia el sur; esperaba que al llegar al extremo meridional hallaría fácil salida al este en dirección de Haití, y podría volver de paso a Jamaica a concluír la exploración suspendida; pero apenas empezada la navegación, llegó a un lugar que le pareció un canal con salida a la banda del sudeste entre una isla opuesta y la de Jamaica, y después de entrar en él y andar alguna distancia se halló detenido en la ensenada de Siguanca, a cuyo fondo se dilata una gran ciénaga que penetra muy adentro de la isla. Notando el desaliento pintado en los semblantes de sus compañeros al verse así encerrados y casi sin provisiones, trató

de infundirles valor y creyó prudente alterar su plan y regresar por donde mismo había venido sin perder de vista las costas cubanas.

Dejando, pues, aquella ensenada, se volvió al último punto en donde estuvo anclado, y el 26 de junio hizo rumbo por entre los grupos de islas que están entre las de Pinos y Cuba, y cruzó el paso del mar Blanco, que tanto había consternado a su gente. Aquí sintió de nuevo la misma ansiedad, trabajos y peligros que la vez primera; la tripulación estaba alarmada con el cambio frecuente de color en las aguas, ya verde, ya casi negro, ya de una blancura sin igual, unas veces se veían rodeados de rocas, otras desaparecía el mar y se transformaba en un inmenso banco de arena. El 30, se baró la capitana, con tal violencia, que sufrió mucho daño; todos los esfuerzos de echar anclas por la popa probaron ineficaces, y fué necesario arrastrarla por sobre el banco y con gran trabajo sacarla por la proa.

Después de salir de los intrincados laberintos de Jardines y Jardinillos, llegaron al mar abierto por la parte que baña la hermosa y fértil provincia de Ornafai, y empezaron a navegar libremente y a reanimarse con la fragancia y dulzura del aire que venía a las naves, regalo del viajero muchas millas antes de saludar aquellas partes de tan preciosa tierra. Entre la variedad de olores que percibía Colón, creyó distinguir el estoraque, mezclado con el humo de las fogatas que ardían en la playa.

Aquí buscaba un punto conveniente donde de-

tenerse y dejar a las tripulaciones que disfrutasen algunos días de holgura y se recreasen con las distracciones que ofreciese el país, pues todos estaban débiles y enflaquecidos con los trabajos y privaciones del viaje; y con gusto inexplicable, fondeó el 7 de julio a la desembocadura de un hermoso río, probablemente el llamado hoy Jobabo, en la provincia índica de Cueiba. El cacique, uno de los de más autoridad por aquellas regiones, lo recibió en su pueblo con sinceras demostraciones de gozo, mezcladas de profundo respeto, y sus vasallos acudieron cargados de cuanto producía la isla, pescado, hutias, aves de varias clases, particularmente palomas grandes, pan de casabe y frutas de un sabor dulce y aromático. (1)

Tenia Colón la costumbre (según hemos dicho ya), siempre que llegaba a algún lugar notable, de erigir una cruz en la parte más visible, para demostrar con esto haberlo descubierto y pertenecer a una república cristiana. Con este motivo dió orden que se hiciese una grande para colocarla a orillas del rio y dispuso que se celebrase el acto con solemnidad, un domingo por la mañana. Al bajar a tierra, salieron a la costa a recibirlo, el cacique y su principal favorito, un indio octogenario, de aspecto venerable y de porte grave y majestuoso. Traía éste ensartadas en un cordón cierta clase de cuentas a que los cibuneyes atribuían un poder misterioso, hechas problablemente

(1) Véase la carta marítima núm. 2, en NAVARRETE, al fin del tomo I.

de la piedra llamada ciba y que tenían en gran precio, y una güira rayada y pulimentada de labores delicadas, que presentó al Almirante como muestras de amistad. En seguida él y el cacique lo tomaron de la mano y con el resto de la corte lo acompañaron donde se habían hecho los preparativos para la erección. Mientras se celebraba la misa en aquel templo, embellecido por la naturaleza, los indios lo observaban, todos poseídos de cierto temor y reverencia, comprendiendo por el traje y movimientos del sacerdote, el semblante de los individuos y tono de las voces, los cirios encendidos y el humo del incienso, que debía ser aquella ceremonia de un carácter religioso. Cuando concluyó el servicio divino, el indio anciano se acercó a Colón y en su estilo índico, le dijo:

"Lo que ahora acabas de hacer es una cosa aceptable a los ojos de los Cemís, pues según entiendo tal es tu manera de darles gracias por sus beneficios. A nosotros ha llegado la fama de tu venida a estas tierras con una grande armada, y de que has subyugado muchos países y esparcido el terror entre los pueblos; pero no por esto te dejes arrastrar de una vana gloria. Sabe que, según nuestra creencia, las almas de los hombres tienen abiertos dos caminos después que han dejado el cuerpo mortal: uno que va a un lugar espantoso y fétido, cubierto de eterna noche, destinado a los que han sido injustos y crueles con sus hermanos; el otro, agradable y lleno de deleites, todo luz y

felicidad para los que procuraron la paz de la tierra. Si tu fueses mortal; si esperas morir algún día y crees que cada uno será premiado según sus obras, cuida de no hacer mal a nadie, ni de ofender a aquellos que no te hubiesen ofendido." (1)

Este discurso le fué explicado por Diego, y la simple elocuencia del indio ignorante, excitó en gran manera su piedad y tiernos sentimientos. Hízole decir en respuesta, que se alegraba de haber oído su doctrina respecto del futuro estado del alma, pues había supuesto que no existía entre los cibuneyes una creencia semejante; que él había sido enviado por sus reyes a enseñarles la verdadera religión, a protegerlos contra todo mal, particularmente a subyugar y castigar a sus enemigos y perseguidores, los caribes; y que así todo hombre inocente y pacífico debía mirar en él, con confianza, un amigo y protector seguro.

El anciano se dejó arrebatar de gozo al oír tales palabras, y su sorpresa fué igual a su gozo al entender que el Almirante, a quien tenía por un ser tan poderoso, no era más que un vasallo; su admiración creció aún más cuando Diego le habló del esplendor, poder y riqueza de los Reyes Católicos y de las cosas prodigiosas que había en España. Viéndose el locuaz lucayo atendido, y que aquellas gentes estaban pendientes de sus labios, siguió describiendo lo que más le había llamado

(1) IRVING, tomo I, pág. 331. PEDRO MARTIR, *Década* I, libro III. CURA DE LOS PALACIOS, cap. 130. F. COLON, *Hist. del Almir.*, cap. 57. HERRERA, *Década* I, libro XI, cap. 14

la atención; la vasta extensión de las ciudades, el lujo de las iglesias, los regimientos de caballería, el tamaño de algunos animales, la pompa de las fiestas y torneos, el brillo de las armas, y sobre todo les ponderó las corridas de toros. Los indios le oían extáticos; pero más que todos se sintió conmovido el octogenario, quien animado de un espíritu investigador, había sido aficionado a viajar en sus mejores años y visitado las provincias más remotas de Cuba y las vecinas islas de Haití y Jamaica. (1) Con esta natural disposición, aún no había acabado de hablar el lucayo, cuando le asaltó un deseo vehemente de ver tales maravillas; y olvidado de su edad avanzada se ofreció a acompañar al Almirante. Sobrecogidos de dolor con esta determinación, acudieron a rodearle su esposa e hijos y emplearon tantas quejas y lamentos para disuadirlo, que al fin hubo de abandonarla, aunque mostrando gran sentimiento de ello; y en los días siguientes preguntaba frecuentemente si aquel país no estaba en el cielo, pues le parecía imposible que la tierra produjese hombres tan extraordinarios. (2)

---

(1) F. COLON, cap. 57.
(2) MARTIR, *Década* I, libro III. IRVING, libro VII, capítulo 5.

CAPITULO VI

Bojea Colón a Jamaica.—Llega a la ciudad de la Isabel.—Regresa a España.

Por espacio de algunos días permaneció Colón anclado en el río de la Misa, según lo llamó, en honor de la ceremonia que tuvo lugar en sus márgenes deliciosas; y llevando consigo a un joven de la provincia, para enviarlo a los reyes, se despidió, el 16 de julio, de sus amigos el cacique y su venerable consejero, quienes lo vieron partir dando señales de profunda tristeza. (1)

---

(1) En la parte relativa a este viaje por la costa meridional de Cuba, hemos seguido principalmente al Sr. IRVING, quien lo escribió teniendo a la vista la historia m.s. del CURA DE LOS PALACIOS, su relación, dice el ilustre biógrafo, es la más clara y satisfactoria que existe en nombres, fechas y derroteros, y contiene muchos particulares que no se hallan en ningún otro historiador, sus noticias son de una fuente abundante y pura, como que Colón a su vuelta a España en 1496, fué su huésped y le dejó algunos de sus diarios y memorias m.ss. de que sacó extractos y los comparó con las cartas del Dr. CHANCA y otras personas notables que acompañaron al Almirante. Nosotros hemos examinado, añade el señor IRVING dos copias del m. s. del CURA DE LOS PALACIOS que se hallan en poder del Sr. O- Rich: la una, escrita en caracteres de principios del siglo XVI, varía solamente de la otra en uno o dos particulares de muy poca consideración. Véase el número 14 de *Memorias de la S.P.* de *la Habana*, de diciembre de 1836.

Dejando a la izquierda el Jardín de la Reina, se dirigió al sur, por las ondas del oscuro azul, hasta salir donde pudiera navegar libremente hacia Haití. Pero apenas se había desenredado de aquellas islas, empezaron a azotarlo fugadas de viento y recios aguaceros, aumentando la fuerza del viento a medida que se acercaban al cabo Cruz, donde una ráfaga violenta dió contra las naves, con tal ímpetu, que estuvieron a punto de dar al través. Por fortuna tuvieron tiempo de aferrar precipitadamente las velas, y soltando las anclas más pesadas se dejaron llevar a merced de la ráfaga pasajera.

La Capitana, quedó tan abierta con el daño recibido en este penoso viaje, que le entraba el agua por las costuras, y los mayores esfuerzos por achicarla, no impedian creciese cada hora el peligro de perderla; pero lograron, con gran trabajo, arribar el 18 al cabo Cruz y repararla algún tanto. En los tres días que permanecieron allí, tuvieron el consuelo de encontrar en los naturales, la misma cordial hospitalidad que habían recibido en su primera visita.

Como el tiempo siguiese contrario, resolvió volver a Jamaica a concluír el bojeo de la isla. Zarpó con este objeto, del cabo, el 22 de julio y por espacio de cerca de un mes, se vió perseguido por la misma inconstancia del viento y los aguaceros; pero al fin llegó a reconocer el cabo de Buen Tiempo, desde donde continuó la exploración hasta completar el bojeo, y el 19 de agosto perdió de vista el extremo

oriental, a que dió el nombre de cabo Farol (hoy conocido con el de punta Morante) e hizo rumbo a Haití.

El día 24, se hallaba frente al cabo que llamó de San Rafael, hoy Engaño, desde donde corrió al sudeste tocando en la isla de la Mona, o Amona según los indios. No obstante el estado lastimoso de los buques había resuelto seguir navegando en dirección del este y completar el descubrimiento de las Caribes; pero sus fuerzas extenuadas no podían corresponder a los deseos de su elevado espíritu. Los trabajos extraordinarios sufridos durante un viaje de cuatro meses, habían quebrantado su constitución, sobre participar de los contratiempos y privaciones que el más común de los marinos, tuvo que pasar por pruebas reservadas tan sólo a su magnanimidad. De su vigilancia, dependía la suerte de los suyos, y además de este grave cuidado, labraba en él la convicción de que una nación celosa, el mundo todo, estaba en espectativa, aguardando el resultado de sus descubrimientos.

Mientras los halagos de una dulce esperanza o la lucha contra la adversidad; ya ilusionado con la idea de llegar a los pueblos conocidos de la India, saludar las regiones del oriente y volver triunfante a las costas de España; ya venciendo las penalidades de una navegación en que el mar y el cielo parecían conjurados para sepultarlo en el mismo teatro de sus glorias, estuvieron agotando los medios de poner a prueba el poder y recursos de su genio, su espíritu no se sintió desmayar; pero al verse

libre de toda inquietud, navegando por un mar tranquilo y costas conocidas, cesó de repente la excitación animadora y el cuerpo y el alma cayeron aniquilados bajo el peso de esfuerzos casi sobrehumanos.

El mismo día que zarpó de la Mona, fué acometido de una enfermedad que lo privó de la memoria, de la vista, del uso de todas sus facultades, y lo dejó sumido en un profundo letargo, semejante al sueño de la muerte. Sus compañeros, alarmados de aquel intenso estupor, creyeron que le era llegada la última hora, y abandonando el proyecto de viaje a las Caribes, favorecidos por el viento del este, constante en aquellos mares, se apresuraron a volver a la Isabel, adonde llegó Colón en un estado de insensibilidad completa. (1)

El descanso y comodidades de su casa y la asistencia de sus hermanos Don Bartolomé y Don Diego, le volvieron pronto al uso de la razón, así como el gusto de ver al primero, a quien amaba entrañablemente y de quien había años no sabía nada; y contribuyó mucho a su convalecencia el encontrar carta de los reyes, dándole nuevos testimonios de estimación y confianza; aunque era tal la postración de sus fuerzas, que tardó más de cuatro meses en restablecerse enteramente.

Durante su ausencia, los negocios de la colonia se habían embrollado con el desenfreno de las pasiones de los castellanos, divididos en facciones,

(1) IRVING, libro VI, caps. 6 y 7.

desorganizado el ejército, desatendida la autoridad del gobierno y perdido el amor y prestigio que habían inspirado a los naturales. Hacía más crítica la situación, la actitud imponente que éstos habían tomado, uniéndose la mayor parte de los caciques en estrecha alianza para acabar con los usurpadores de sus cosechas y propiedades y violadores de sus mujeres; y a no ser por el número crecido de españoles que había y la llegada oportuna de Colón, es muy probable que, en poco tiempo, la ciudad de la Isabel hubiera sido teatro de las mismas sangrientas escenas y fín deplorable que tuvo la villa de la Navidad.

Guacanagari, el único que siempre guardó lealtad a Colón, pasó a verlo y le reveló el plan de los coligados. El almirante conoció el peligro y acudió prontamente a conjurar la tempestad, procurando reducir a los españoles alzados y reunir sus fuerzas para destruir la temible conspiración. Sus medidas fueron tan acertadas que logró reconciliar los ánimos divididos, reorganizar sus tropas y batir un ejército poderoso reunido en la Vega Real, apoderándose de Caonabo, jefe de los coaligados, y de un hermano suyo, con lo cual dejó humillados a los naturales y pacificó la isla toda.

Puesto orden en el gobierno, nombró a su hermano Don Bartolomé por Teniente General de gobernador con título de Adelantado, y se embarcó para España el 10 de marzo de 1496. No se conocía entonces la conveniencia de navegar por los mares del norte para encontrar los vientos del oeste

que favorecen la vuelta a Europa, y como tomase la vía recta de oriente, anduvo con indecible fatiga, luchando contínuamente con vientos contrarios, y no aportó a Cadiz hasta el día 11 de junio.

Los reyes le escribieron desde Almazán, felicitándole por su regreso y encargándole benignamente no pasase a la costa sino cuando pudiera hacerlo sin trabajo; recibiéronlo cordialmente con las distinciones debidas a su rango, y premiaron sus recientes servicios con nuevas y señaladas mercedes. Obtuvo confirmación de sus privilegios, declaración de los fueros y derechos del almirantazgo de Indias, igualándolo en todo al de Castilla, facultad de instituir mayorazgo, la muy notable de revocar una licencia general concedida en abril de 1495 para descubrir y rescatar, en cuanto fuese sobre sus privilegios, y otras de no menor consideración para sí y su familia. (1) Quisieron extender sus favores, hasta concederle la propiedad perpetua de setenta y cinco leguas de terreno en Haití, con título de Marqués o Duque; pero él se contentó con agradecer tan generosa oferta, recelándose pudiera ser incentivo de los émulos poderosos que tenía en la corte para aumentar sus odios e indisponerle con aquellos magnánimos monarcas. (2)

(1) NAVARRETE, tomo I, núm. 1 del Apéndice y tomo II, núms. 101,109 112, 113, 116, 121, 122, 126 y 136.
(2) MUÑOZ, libro VI, págs. 278 y 279.

CAPITULO VII

Tercero y cuarto viaje de Colón.—Descubre las costas de Paria.

Principio de sus desgracias.

Los sucesos relativos a la vida de Colón, después del segundo viaje, no tienen conexión con la historia de Cuba, cortado el hilo de sus posteriores exploraciones hasta después de su muerte. Pero ¿cómo resistir a la tentación de referir aquellos más principales y que más contribuyeron a acrecentar su gloria, así como a labrar la serie de infortunios que nublaron sus últimos días? El descubridor de este hemisferio, padre de su historia moderna y fundador de las sociedades cristianas que con la antorcha de la fe trajeron a este suelo la civilización de las razas europeas, es un personaje demasiado prominente para que el lector no se sienta excitado por un deseo vehemente de conocer el progreso de sus viajes, cómo estimaron los hombres su genio y sus virtudes, cuál fué el galardón que recibió en pago de sus grandes acciones, cuál su fin en la tierra. Y nosotros creemos un deber

nuestro, al escribir la historia de un país cuyas primeras páginas están llenas de su nombre, el detenernos a referir sus descubrimientos por el continente suramericano, los trabajos con que aumentó el lustre de su gloria, la copa de amargos infortunios que la codicia del rey Fernando y la envidia de algunos cortesanos le hicieron apurar hasta las heces, y su muerte dolorosa.

Colón encontró a España envuelta en guerra con la Francia y ocupada en sostener poderosos armamentos para reducir a la corona de Aragón el reino de Nápoles y defender el Rosellón y otras partes de la frontera, de las contínuas invasiones enemigas. Iban a efectuarse entonces las bodas de la Infanta doña Juana y el Príncipe, con el Archiduque de Austria y su hermana Margarita; y además de los preparativos que demandaba la guerra, tuvieron los reyes que disponer se equipase una escuadra numerosa para llevar a Flandes a la Infanta y traer la Princesa a España sin peligro.

Estas circunstancias y el descrédito en que había caído la colonia, así por no corresponder el oro encontrado con la idea que se tuvo de su abundancia, como por las malas noticias que de la salubridad del suelo y del gobierno de los Colones esparcían los enemigos del Almirante que volvían de la Isabel, "cuyos semblantes pálidos y opacos semejaban al oro en la amarillez, no en el brillo y esplendor, propia imágen de la codicia desventurada", retardaron cerca de dos años la habilitación de una armada en que fuese éste en auxilio de la

Isabel y a continuar los descubrimientos. (1)

Listas al fin seis naves con la gente, provisiones y cosas que pidió, salió de San Lucar el 30 de mayo de 1498. El objeto de este viaje era hallar un gran continente que, según el Almirante, debía encontrarse hacia el sur, siguiendo el extremo occidental de Cuba, donde se suponía que abundaban los metales y piedras preciosas de más valor y en mayor cantidad que en ninguna otra parte del mundo. (2)

Cerca de la isla del Hierro, despachó tres de las naves a socorrer la colonia y con las restantes hizo rumbo a las de Cabo Verde. La dirección y violencia de las corrientes retardaron su derrota, obligándolo a correr por el sudeste hasta la equinoccial y volver luego las proas a occidente en busca de la tierra firme; pero viendo que no aparecían señales de ella, el último de julio, abandona la empresa y gobierna para el norte esperando llegar pronto a las Caribes. Sería el mediodía, cuando un marinero, subido casualmente en la gavia de La Capitana, divisa por el oeste tres mogotes y la dulce voz de tierra llena de alegría los corazones. Más que todos se sintió conmovido Colón, quien atribuyó el tiempo y modo de este descubrimiento a un señalado beneficio de la Providencia, y sus sentimientos religiosos, excitados de profunda gratitud, le desdespertaron la feliz idea de llamarla Trinidad. Era la isla de este nombre, el último eslabón de la pro-

(1) MUÑOZ, libro VI, págs. 253-255.
(2) IRVING, tomo II, págs. 101-103.

digiosa cadena del Archipiélago de las Antillas, que se extience en arco desde la entrada del golfo de México hasta las bocas del Orinoco y cuyo extremo opuesto principia en el cabo de San Antonio, en Cuba.

Colón siguiendo la costa meridional hacia el poniente, avistó, el primero de agosto, la primera tierra del continente, descubrió en seguida el golfo y parte de las costas de Paria, que llamó de las Perlas por haber visto algunas finas, de varios tamaños, mezcladas con cuentas en los sartales que usaban los indios; llegó a la desembocadura del Chuparipari y del Guarapiche en busca de un paso que saliese al Norte, y como la costa seguía sin interrupción al Sudeste y se sintiese inquieto por llegar a Haití, dió la vuelta, el 11, en dirección del Drago o Dragón. Siguió hacia el oeste, a alguna distancia de tierra; el 15 llegó a la isla Margarita y saliendo al mar ancho entró el día 30, en la recién fundada villa de Santo Domingo, que dió nombre a la isla toda, donde la vista de sus hermanos y amigos le hicieron olvidar los trabajos de aquella larga y penosa travesía. Un año después, Vasco de Gama, vencidos el cabo de Buena Esperanza y los mares de la India, entraba en Portugal cargado con las ricas producciones de Melinde y Calicur y fijaba en Lisboa la riqueza y comercio que hasta entonces había hecho la prosperidad de algunos estados de Italia, especialmente de Venecia. (1)

(1) NAVARRETE, tomo I, pág. 10, libro II y tomo IV, página 3.

Pero su espíritu no debía gozar largo tiempo las delicias de la paz ni el fruto de los servicios que acababa de hacer a España con el descubrimiento del verdadero continente. Los gérmenes de la pasada rebelión, que creyó haber dejado extinguidos, habían brotado con mayor fuerza y puesto en peligro la seguridad de la colonia. Un ingrato, a quien había elevado de criado suyo al empleo de Alcalde Mayor, olvidando lo que le debía y las obligaciones de este cargo delicado, se puso al frente de los descontentos, empezó a alentar a los caciques a levantarse contra la autoridad del Adelantado Don Bartolomé y aspiraba a alzarse con el poder y mando de la isla. La llegada de Colón, fué esta segunda vez, para volver a salvarla de los horrores de una guerra civil que presentaba caracteres aún más alarmantes que la primera. El levantamiento de los indios pudo contenerse, no sin el dolor de sacrificar víctimas inocentes, y con prudente paciencia se logró atraer a los castellanos sediciosos a una reconciliación y restablecer parcialmente la tranquilidad. (1)

Menos afortunado en la corte, los Reyes Católicos, instruídos de los desórdenes de la Isabel y engañados en las halagüeñas esperanzas que sobre las riquezas de la isla habían concebido, acogían los clamores de gran número de miserables (más dignos de severo castigo que de la regia consideración) que habían ido a quejarse de lo que llamaban la

(1) Muñoz, libro VI, págs. 283-342.

dureza y despotismo de los extranjeros Colones, y llevaban la osadía hasta calumniar al Almirante de pensar en la independencia y soberanía del Nuevo Mundo. Por desgracia, los cortesanos émulos de Colón, entre quienes había algunos que disfrutaban de gran favor, daban calor al grito de aquellos malsines y fomentaban con alusiones ofensivas la natural suspicacia del rey Fernando.

Estas y otras causas motivaron la resolución de enviar un juez superior a Santo Domingo, con plenas facultades para conocer de todo lo pasado y castigar a los que resultasen delincuentes; y recayo la elección en el Comendador Francisco de Bobadilla, quien se presentó en la isla el "23 de agosto de 1500, cuando ya estaba casi extinguida la rebelión y el remedio era, por consiguiente, intempestivo y aun perjudicial. Los malcontentos se aprovecharon de esta coyuntura, y Bobadilla creyéndose de ligero o provocado de ambición, procedió con menos cordura y prudencia, y menos consideración que la que debía a los respetos del Almirante y sus hermanos, de cuya casa y de cuanto tenían se apoderó y se sirvió como de cosa propia. En la desgracia, casi todos abandonaron a Colón y sus pocos amigos estaban acobardados o atónitos por la pasión del juez y suma desenvoltura de los malcontentos, y así fué fácil hallar en las pesquisas, testigos que acriminasen las faltas o defectos de los Colones. Prendió a los tres hermanos y aherrojados con grillos, los puso en las carabelas, con orden de traerlos a España y entregarlos al obispo Don

Juan de Fonseca. Partieron del puerto de Santo Domingo, a principio de octubre, y llegaron a Cádiz el 20 o 25 de noviembre, (1) habiendo sido bien tratados de Alonso de Vallejo y Andrés Martín, que mandaban las carabelas; y quisieron quitarles los grillos, aunque no lo consintió el Almirante hasta que los reyes lo mandasen; pero le facilitaron, apenas llegaron a España, que un criado de su confianza saliese secretamente con sus cartas para los reyes y otras personas, a fin de que llegasen antes que las del comendador y los procesos que acompañaba". (2)

Luego que los reyes recibieron las cartas, tuvieron gran sentimiento por los excesos cometidos en su persona y familia y mandaron los soltasen inmediatamente y proveyesen de dinero al Almirante para que pasase a Granada donde estaba la corte, acogiéronle benignamente y a sus hermanos, certificándoles haber sido contra su voluntad el prenderlos y prometieron a Colón deshacer y remediar sus agravios y guardarle en todos sus privilegios y mercedes. De las pesquisas y cartas enviadas por Bobadilla no se hizo mérito alguno, reprobándose su conducta y se acordó su deposición y confiar interinamente el gobierno a Don Nicolás de Ovando, Comendador de Lares. (3)

En su último viaje, salió Colón de Cádiz, el

(1) Colón llegó a Cádiz el 25 de noviembre, según HERRERA, *Década* I, libro IV, cap. 10.

(2) NAVARRETE, *Carta de Colón al ama del Príncipe*, tomo I, pág. 265; colecc. diplom., tomo II, núm. 137.

(3) NAVARRETE, tomo I, Introducción, págs. 100-101.

11 de mayo de 1502, llevando el intento de buscar un paso que, según la idea en que estaba de ser el Nuevo Mundo la India, debía de hallarse entre Cuba y la costa de Paria (1) y facilitar la completa navegación al rededor del globo. Su impaciencia por descubrirlo y completar el gran pensamiento de sus empresas había crecido desde el éxito feliz del de Gama, por el cabo de Buena Esperanza.

El 30 de julio, llegó a la isla que aún conserva el nombre índico de Guanaja, donde supo de la existencia del imperio de México; pero dominado por su primitiva idea no quiso detenerse y siguió la dirección del Sur. El 14 de agosto, estaba en el cabo de Honduras y el 12 de septiembre en el estrecho de Gracias a Dios; el 25, vió la tierra de Cariai, hoy Nicaragua, y tuvo noticias de unas minas en la provincia de Ciamba; guiado por indios, se internó hasta Caramburu, cuyos naturales le nombraron muchas partes donde decían haber oro y minas, la postrera Veragua, distante como veinte y cinco leguas; arrastrado por una tormenta, se detuvo en el puerto de Bastimentos, y aún no sereno el tiempo, salió cansado de tanta inacción y se acogió al Retrete con peligro de perderse; y después de quince días de estar fondeado, se hizo a la mar para sufrir otra horrible tempestad.

Con inmenso trabajo llegó a Puerto Gordo, donde se reparó lo mejor que pudo, y emprendió la vuelta a Veragua con viento y corrientes contra-

(1) PRESCOTT *Reyes Católicos* tomo II, pág. 482.

rias, llegando a la deseada costa el día de la Epifanía de 1503, ya sin aliento. Descubre las minas y se detiene allí hasta la noche de Pascua, que, resuelto a terminar aquel viaje, se hace a la vela con ánimo de irse a Santo Domingo. En Belén abandona uno de sus buques y otro en Portobelo, por inservibles; (1) yendo en busca de Santo Domingo, llega el 5 de mayo "a la isla de Cuba a lo más bajo della, a la provincia de Homo, allá donde agora está el pueblo de la Trinidad" (2) y el 23 de junio, forzado por las circunstancias, se acoge a Puerto Bueno, en Jamaica, con los dos navíos que le quedaban "perdido del todo de aparejos y con los navíos horadados de guanos más que un panal de abejas, y la gente tan acobardada y perdida." (3)

Imposibilitado de navegar en ellos, mandó encallarlos en tierra, y haciéndoles formar techos pajizos sobre cubierta, estuvo aposentado usándolos por casas, donde permanecieron poco más de un año, hasta que en una nave que le envió de Santo Domingo el Comendador Ovando, se embarcó con su gente y llegó a la capital de aquella isla, el día 13 de agosto de 1504; salió de allí para España, el 12 de septiembre y surgió en San Lucar, el 7 de noviembre. (4)

(1) IRVING, tomo II, pág. 314. *Carta a los Reyes*, en NAVARRETE, tomo I, págs. 296-312.

(2) *Relación de Diego Méndez*, en NAVARRETE, tomo I, página 319.

(3) *Carta a los Reyes* citada.

(4) NAVARRETE, tomo I, págs. 287, 319 y 325; tomo II Apéndice a la *Colección diplomática* núms. 20 y 21.

CAPITULO VIII

Colón no halla favor en la corte.—Su enfermedad y su muerte

A su llegada a España, tuvo el sentimiento de encontrar que los Reyes Católicos, lejos de haber resuelto cosa alguna sobre su reposición en el gobierno de las Indias, habían restablecido parcialmente la medida general adoptada en abril de 1495 y expedido licencias a algunos aventureros para ir a descubrir por los mares de su almirantazgo. Desde Sevilla, en donde lo tenía postrado la enfermedad de la gota, enconada con los trabajos sufridos en el viaje y según confiesa en la correspondencia con su hijo Don Diego, exacerbada a causa del dolor que le hacía sentir el pernicioso influjo de sus enemigos en el ánimo del rey Fernando (fácil siempre a dejarse persuadir en todo lo que más le convenía), instaba en vano para que hiciesen justicia a sus agravios y lo indemnizasen de los perjuicios que habían sufrido sus intereses, desde el criminal proceder de Bobadilla. Para cúmulo de males, la reina Isabel, su constante

protectora y única áncora de esperanza contra la deshecha tormenta en que se veía próximo a zozobrar, acababa de morir, y sus enemigos cobraban cada día mayor ascendiente con el monarca, siempre receloso y desconfiado de Colón y mal dispuesto a dar entrada a sus inspiraciones y proyectos.

Después de haber pasado el invierno en Sevilla, se resolvió a ir a la costa en la templada estación de la primavera, haciendo uso de una dispensa obtenida en favor suyo de la real cédula que prohibía cabalgar en mulas, para hacer el último esfuerzo en defensa de su honra y su fortuna; y aquél que pocos años antes, había paseado en triunfo las calles de Barcelona, cercado de la flor de la nobleza y aplaudido con frenesí, entraba por las puertas de Segovia, en mayo de 1505, solo, triste, olvidado de todos, y más doliente de la ingratitud de los hombres que de las injurias del tiempo y de sus males.

Fernando lo recibió bien y trató con atención y estudiado cariño; pero no se prestó a sus justas reclamaciones. Esta frialdad, heló el alma de Colón. La constante suspensión de sus honores y el desvío, la resistencia y difamación que lo rodeaban por todas partes le hicieron imaginar que iba a quedar empañado y deslucido el brillo de aquella gloria que había sido el móvil principal de su ambición. ¡Tan difícil es, aún al hombre más ilustre, divisar al través de la nube pasajera que oscurece su fama, la aureola inmortal con que ha de pasar a vivir en la admiración de la posteridad!

Algunos escritores han pretendido justificar esta conducta sacrificando la fama del Almirante a los respetos de la majestad. Atribuyen su desgracia, ya al estado de anarquía que reinaba en la colonia de Haití y a las quejas que traían contra su administración los castellanos que regresaban de la isla, ya a las disposiciones que adoptó para esclavizar a los indios contra la voluntad soberana. Como si la historia no nos dijese que a su influjo y prudencia se debió el restablecimiento de la paz alterada, en su segundo y tercer viaje, y como si respecto de la esclavitud de los pueblos infieles no fuese tan general en su tiempo el sentido erróneo de los derechos naturales, que había obtenido la sanción de la más alta autoridad y respetable en el mundo cristiano.

Nosotros nos creemos dispensados de la falsa obligación que se impusieron aquellos autores, y hallamos motivos de mayor consideración para el cambio notable, que ya desde la tercera salida del Almirante se advierte en las ideas y conducta de los reyes respecto de la política del Nuevo Mundo, motivos que, si bien resultaron en daño de los intereses de Colón, no tuvo parte en ellos ni su conducta en el gobierno de la colonia, ni el deseo de aquellos de negarle el favor y estimación que tan justamente tenía merecidos.

Los primeros descubrimientos y los posteriores a las costas de Paria, que según el mismo Colón comprendían además de gran número de islas, dos inmensos continentes, y los que se hicieron después

en aquellos mares, eran de tal magnitud que una sana política aconsejaba hacer depender su gobernación directamente del trono y separarla de la influencia y autoridad de un solo vasallo. Las licencias para descubrir fueron dictadas por motivos aún más apremiantes. Después que pudo formarse una idea de la extensión del Nuevo Mundo, el espíritu emprendedor y aventurero de los españoles empezó a hervir en deseos de participar del lucro y gloria con que brindaban aquellas expediciones; además, Portugal adelantaba cada día sus descubrimientos en Africa y se aprestaba a disputar a España el dominio del océano, con su prometida navegación a la India; el éxito feliz de los ingleses en el continente del norte y los temores de que Francia y otras naciones imitasen su ejemplo y aspirasen a la posesión de una parte de las tierras que estimaba y tenía por suyas (creyéndose con derecho a la soberanía de todas las situadas al occidente de Europa), justifican las medidas adoptadas para extender el círculo de los descubrimientos y conquistas.

Así que la oposición de los Reyes Católicos a reponer al Almirante en el virreinato de las Indias y la renovación de licencias a favor de algunos navegantes y aventureros para ir a descubrir, contra el tenor de las capitulaciones y a pesar de sus reclamaciones, si se miran a la luz del derecho común, son notoriamente injustas y con razón debieron afectar el ánimo del gran descubridor hasta los últimos instantes de su vida; pero la historia, ilustrada con los documentos de la época, absolverá

siempre la conducta de aquelllos soberanos, a quienes motivos de alta pólitica forzaron entonces y en los años subsecuentes a sacrificar sus sentimientos personales y aún la reputación de justicieros, a consideraciones de interés público de un carácter más elevado. (1)

Lo que sí es un borrón en su memoria, y particularmente en la de Don Fernando, es el haberle suspendido las rentas que le pertenecían de las generales de la colonia, conforme al contrato original. Según la propia aserción de Colón, tan lejos estuvo él de percibir su parte en lo que remitió Ovando de Haití, que se vió obligado a contraer deudas para atender a sus necesidades. (2) Fuerza es confesar que como hubiesen empezado a desarrollarse con abundancia los recursos de aquel país y según el testamento de Isabel, debía Fernando disfrutar la mitad de las rentas que produjesen las Indias, el favorecido monarca sintió mayor repugnancia en conformarse con el tenor de las capitulaciones y creyó demasiado grande y desproporcionada a los servicios de un vasallo la compensación a que éstas le daban un derecho incuestionable; ésto llevó su ingratitud hasta proponerle que si renunciaba a sus reclamaciones sería recompesado con otros bienes y dignidades en Cas-

(1) NAVARRETE, tomo I, págs. 278, 333, 352 y tomo II, *Colección diplomat.*, núm. 142, 144, 150-156. IRVING, tomo II, págs. 460-476.
(2) NAVARRETE, tomo I, pág. 338.

tilla. (1) La codicia hizo esta vez perder a Don Fernando aquel conocimiento del carácter de los hombres que tantas mostró poseer durante su reinado; halagándolo con la idea de que él mismo, que a los principios de una empresa dudosa había roto toda negociación antes que ceder en ninguna de las condiciones que proponía, pudiese consentir en renunciar a derechos ya adquiridos, cuando esa empresa había coronado gloriosamente todas sus esperanzas. (2)

Colón continuó residiendo en Segovia y siguió después con la corte a Valladolid, donde aniquiladas al fin las fuerzas del cuerpo y perdida toda confianza de hallar justicia en la tierra, sintió que se le acababa la vida. Cercano a la última hora, su espíritu buscó resignado los consuelos de la religión, y habiendo cumplido con los deberes de un cristiano perfecto, expiró, con apariencias de poco sufrimiento, el 20 de mayo de 1506, a la edad de setenta años, poco más o menos. (3)

Su cuerpo fué depositado en el convento de San Francisco, de aquella ciudad y en la iglesia parroquial de Santa María de la Antigua, se le hicieron exequias correspondientes a su rango, y en 1513 fueron conducidos sus restos a la capilla de Santa Ana o del Santo Cristo, en el monasterio de padres cartujos de las Cuevas de Sevilla, donde

(1) F. COLON, cap. 108, según PRESCOTT. HERRERA, *Década* I, libro VI, cap. 16.

(2) PRESCOTT, tomo III, parte II, cap. 18, págs. 239 y 240

(3) IRVING. tomo II, pág. 477 y siguientes. PRESCOTT, tomo III, pág. 238.

se le erigió un suntuoso monumento por mandato del rey, con esta inscripción, igual a la que ilustra la orla del escudo del heroe.

"*A Castilla y a León, Nuevo Mundo dió Colón*" de la cual decia, con tanta sencillez como verdad, su hijo Don Fernando, que nunca otra semejante obtuvo mortal alguno, así de los antiguos como de los modernos tiempos. De Sevilla fueron trasladados, en 1536, a la ciudad de Santo Domingo y depositados en la capilla mayor de su iglesia catedral, y hoy se hallan en la de la Habana, aguardando del noble entusiasmo de los cubanos, pór todo lo grande y bueno, un monumento digno de su alta gloria. (1)

---

(1) "En esta ciudad (Valladolid, dice NAVARRETE, tomo I, *Ilustrac.* II, pág. 148) murió Colón, y habiéndose depositado su cadáver en el convento de San Francisco, se celebraron sus solemnes exequias en la parroquia de Santa María de la Antigua. En el año 1513, fué trasladado al monasterio de Cartujos de las Cuevas, en Sevilla, y colocado en depósito en la capilla de Santa Ana o del Santo Cristo, que hizo labrar el padre Dn. Diego Luján en el siguiente, y no en el entierro de los señores de Alcalá, como dice ZUÑIGA. En la misma capilla fué igualmente depositado su hijo Dn. Diego, que según OVIEDO murió en la Puebla de Montalbán, el viernes 23 de febrero de 1526". Y más adelante: "En el año 1536, se entregaron los cadáveres de Dn. Cristobal y Dn. Diego, su hijo, para llevarlos a la isla de Santo Domingo, quedando en el monasterio de las Cuevas el de Dn. Bartolomé". Sobre la traslación de los restos de Colón a la Habana, en 1795, véase el final de *Ilustración* IV.

CAPITULO IX

Progreso de los descubrimientos en América. Sebastián de Ocampo bojea la Isla de Cuba.

Abiertas con llave maestra las puertas del océano por el genio de Colón y vencido el cabo de Buena Esperanza por Vasco de Gama, el espíritu de los españoles y portugueses no encontró límites a su ambición y se lanzó a las más arduas empresas. Codiciosos de poseer las tierras hasta entonces desconocidas, hemos visto que con dificultad pudieron entenderse en una división: el célebre tratado de Tordecillas, no es simplemente un convenio para repartirse una provincia conquistada, o sobre las márgenes de algún río, o de un territorio vecino, sino que en él se decide la posesión y el comercio exclusivo de los dos grandes océanos. Pretendíase nada menos, que a lo largo de estos mares no hinchasen los vientos otras velas que las suyas, y que las islas y continentes del Asia, Africa y América, fuesen estériles sólo para enriquecer a sus mercaderes. Pero a despecho de este tratado, apenas se conoció el paso por el océano a las regiones de occidente,

cuando las otras naciones marítimas entraron también en la carrera de los descubrimientos, aspirando al dominio de una parte de tan dilatados países. Y a esta emulación se debió el que ya en el primer tercio del siglo XVI, no sólo fuesen conocidas las costas orientales del Nuevo Mundo y los mares del océano Pacífico, sino que hallado el estrecho que con ansia tanto se buscaba, las proas españolas y portuguesas, surcando por opuestos rumbos, se saludaran en el extremo de la India. (1)

El primero, después de Colón, en desafiar las ondas temidas, fué el veneciano Juan Caboto. Con autoridad de Enrique VII de Inglaterra, este intrépido marino, acompañado de su hijo Sebastián, descubre en junio de 1497, el continente del norte; y el último, en dos viajes sucesivos, recorre las costas de los países que hoy constituyen la república de los Estados Unidos hasta el confín meridional de Merilandia o quizá hasta la latitud del estrecho de Albemarle, entra en la bahía que cerca de un siglo después tomó el nombre del navegante Hudson, y animado con la idea que ocupaba a los descubridores, llega hasta la altura de los 77½°, empresa que, aun en épocas más modernas, se hubiera estimado por una de las más atrevidas de los mares. (2)

Dos años después del viaje de Juan Caboto, Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa (guiados por

(1) BANCROFT, tomo I, págs. 212 y 213. NAVARRETE, tomo IV.

(2) BANER, págs. 7-12.

la relación y carta marítima que de su tercer viaje envió Colón a los reyes), descubrieron doscientas leguas de costas en el hemisferio meridional, desde las de Suriñán hasta el golfo de Paria, reconocieron los lugares que había visitado el Almirante, y siguiendo la vuelta del norte se remontaron hasta la laguna de Maracaibo y el cabo de la Vela. (1)

A principios de 1500, Vicente Yañez Pinzón (sirviéndose de los mismos datos de Colón), atraviesa el primero la equinoccial por los mares de occidente y descubre el imperio del Brasil y el gran río Marañón o de las Amazonas. (2) El mismo año, arma Portugal una expedición al mando de Gaspar Cortereal, quien descubre las costas del Norte de América, y hábiéndose remontado a más de doscientas leguas (probablemente hasta los 50°), regresa a Portugal. Las noticias favorables que dió de aquellas regiones, facilitaron el equipo de otro armamento, con el cual volvió a América, donde se cree pereció en algún combate con los

---

(1) NAVARRETE, tomo III, págs. 4-9. Juan de la Cosa fué compañero de Colón en la expedición de Cuba y Jamaica, y en esta de Ojeda iba en clase de piloto principal asistido de algunos que se habían hallado en el viaje de Paria. Ojeda debió el permiso para armar esta expedición, al favor que tenía con el obispo Fonseca, y para el viaje se sirvió de una copia que éste le había facilitado de la carta marítima que había trazado Colón y enviado a los Reyes Católicos. Esta acción dió lugar a que el Almirante adoptase en su cuarto viaje las precauciones necesarias para ocultar el detall de la navegación, según se ve en la carta que escribió a los reyes desde Jamaica, (NAVARRETE, tomo I, pág. 306), desconfiado de la buena fé del Obispo.

(2) NAVARRETE, tomo III, págs. 18-22.

indios, o que naufragó entre los hielos y rocas de aquellas costas; pero nunca se ha sabido de él, ni de sus compañeros. (1)

A fines de 1501, Rodrigo de Bástidas, asociado con La Cosa, descubre las costas de Santa Marta, el caudaloso Magdalena, el puerto de Cartagena, el golfo de Urabá y llega al puerto del Retrete. Y desde 1504, los bretones y normandos empezaron a explotar, con buen éxito, la pesca del bacalao en los bancos de Terranova, lo cual dió lugar a las atrevidas expediciones de Verrazzani y Cartier y fué el origen de las colonias francesas en el norte de América. (2)

Buscando el paso anunciado por Colón, Yañez Pinzón y Juan Diaz de Solís, hicieron grandes esfuerzos para proseguir los descubrimientos. En 1506, reconocieron los golfos de Honduras y Dulce y descubrieron una parte de la península de Yucatán y dos años después volvieron a continuar sus exploraciones, recorriendo las costas del sur hasta casi los 40°. Esta última expedición facilitó a Solís, en 1515 o 1516, el descubrimiento del río de la Plata, donde pereció a manos de los indios.

Juan Ponce de León, salió de Puerto Rico el 3 de marzo de 1512, el 27 avistó las costas que llamó la Florida por ser domingo de Pascua, y ocupado en

---

(1) BANCROFT, tomo I, pág. 14. NAVARRETE dice (tomo III, pág. 43) que Cortereal se remontó en su primer viaje hasta los 60°.

(2) NAVARRETE, tomo III, págs. 25 y 26. BANCROFT, tomo I, págs. 19 y 21.

reconocerlas, dobló, el 8 de mayo, el cabo Cañaveral, pasó la punta opuesta a Cuba y corrió la costa meridional, probablemente hasta el cabo de San Blas. Pero como le diesen cuidado los naturales del país, con quienes tuvo que batirse más de una vez, determinó emprender la vuelta y llegó a Puerto Rico el 21 de septiembre, descubriendo al paso las Bahamas, Guanimá y otras islas. De este viaje, reportó Cuba el principal beneficio con el descubrimiento del canal nuevo de Bahama, cuando mejor conocidos su paso y ventajas sobre el viejo, empezaron a navegar por él las naves españolas, en su regreso a España. (1)

Un año después, Vasco Núñez de Balboa, subido a las altas cumbres de la sierra que atraviesa el itsmo del Darien, descubre sorprendido el mar austral y deja perpetuado su nombre, como uno de los más célebres en la historia del Nuevo Mundo. (2) En 1517, Francisco Hernández de Córdova, visita la isla de Cozumel, la que llamó de Mujeres, y las costas de Yucatán, desde cabo Catoche hasta Campeche; el puerto de Pontonchan, que después (corrompido el nombre) ha tomado el de Champotom y el estero de Lagartos. Juan de Grijalva continuó estas exploraciones, al año siguiente, hasta más al norte de Veracruz; y Francisco Garay, recorrió, en 1519, las costas visitadas por Ponce de León y siguió navegando hacia Poniente

(1) NAVARRETE, tomo III, págs. 47 y 52.
(2) QUINTANA, *Vida de V. N. de Balboa*, en las de *Españoles célebres*, tomo II, pág. 41.

hasta Veracruz, con lo cual adquirió la celebridad de haber completado el reconocimiento del seno mejicano (1)

Faltaba, sin embargo, descubrir el estrecho que con tanta ansia se buscaba "para facilitar el comercio de las especerías sin tocar en los términos del rey de Portugal, objeto primordial de las empresas anteriores y de las que por entonces se sucedieron", gloria reservada a Fernando de Magallanes, quien logró inmortalizarse en los anales de la Historia y de la Geografía, con el descubrimiento del que lleva su nombre. Magallanes salió de San Lucar el 20 de septiembre de 1519, al mando de una flota de cinco navíos, invernó en el puerto de San Julián, y hallando la estación favorable se hizo a la vela a fines de agosto del siguiente año, y el 21 de octubre, estando "a cinco leguas de tierra y en 52° de latitud austral, avistó el cabo que llamó de las Vírgenes y una abra o bahía que aparecía, como de cinco leguas de anchura en su entrada". Verificada la exploración hasta cincuenta leguas al interior y viendo que aún seguía internándose, sin que se hallara su término, resolvió embocar por aquella angostura, y habiendo navegado durante veinte o veinte y dos días, desembarcó el 27 de noviembre y empezó a navegar por el vasto océano, que llamó Pacífico, a cuasa de no haber sufrido en él tempestad alguna.

Magallanes descubrió también varias islas dis-

(1) NAVARRETE, tomo III, página 147.

tantes, y combatiendo en la de Mactan cargó sobre él la muchedumbre "que logrando quitarle la celada de una pedrada, herirle luego en una pierna y derribarle en tierra, le atravesaron con una lanza, falleciendo de este modo, el día 27 de abril de 1521". La muerte de este insigne argonauta de los tiempos modernos, fué el principio de las desgracias que cayeron sobre esta expedición; pero los grandes fines que se propuso pudieron llevarse a cabo contra el rigor de los hombres y los elementos; hallose el buscado estrecho, cruzose el oceano Pacífico, descubriéronse las islas Marianas, las Filipinas y otras muchas, visitáronse las Molucas, y doblado el cabo de Buena Esperanza, vió el pueblo de San Lucar, entrar muda y sola, el 6 de septiembre de 1522, la nave Victoria, al mando de Juan Sebastian de Elcano, la única que llegó a regresar de aquella hermosa armada que tres años antes había salido de su mismo puerto, con algazara y júbilo, llena de las más halagüeñas esperanzas.

El descubrimiento del estrecho no satisfizo enteramente las ideas de las cortes de Europa, por hallarse "avanzado en el hemisferio meridional, situado en alta latitud y en clima muy destemplado y borrascoso". De aquí el cuidado con que encargaban a los navegantes viesen de hallar uno más próximo a la parte del hemisferio septentrional, y la vigilancia y esmero con que éstos hacían sus reconocimientos en las costas por ambos mares, empeño vano que ocupó la intrepidez de los pueblos marítimos en todo el resto del siglo XVI,

y fué lo que más contribuyó a la exploración de la América. (1)

En medio de las graves y complicadas atenciones de los Reyes Católicos, no quedó olvidada la tierra de Cuba, antes bien, cuando pasó el comendador Don Nicolás de Ovando al virreinato de las Indias, uno de los más particulares encargos que recibió fué el que procurase averiguar si era una isla o si realmente formaba parte del aún no explorado continente.

Pero este gobernador encontró en tal desorden los negocios de la colonia de Haití, dividida en parcialidades a favor y en contra de Colón, distraída y agitada con el atentado de Bobadilla y sus medidas impolíticas a favor de la facción de los descontentos, los caciques resentidos del mal trato y vejaciones escandalosas que se daba a los indios, que se vió obligado a acudir ante todo a conciliar las voluntades de los españoles y calmar la justa indignación de los naturales.

La primera empresa le fué fácil de llevar a cabo, empleando aquellos medios pacíficos y persuasivos que tan propios son de toda autoridad prudente y que siempre corresponden bien en el ánimo de los gobernados; menos feliz en la segunda, adoptada una política diametralmente opuesta, no hizo más que agravar la mala disposición de los pueblos indios, y sólo se obtuvo la paz con la destrucción de una raza, cuya conservación y

(1) NAVARRETE, tomo IV, págs. VII, L. y L. XII.

tranquilidad había sido objeto de especiales y repetidas recomendaciones por parte de la benéfica Isabel. (1)

Ya libre de los cuidados internos, volvió la atención a la vecina Cuba, y en cumplimiento de la voluntad soberana, hizo equipar dos carabelas para el bojeo de sus costas, y dió el mando de la expedición al capitán Sebastián de Ocampo, encargándole averiguase si era o no isla y observase si por vía de paz se podía poblar de cristianos, para resolver lo que convendría hacerse caso de que los indios dieran señales de querer hacer resistencia.

Ocampo salió con su flotilla, dejando el puerto de Santo Domingo, a mediados o fines de 1508, y empezó el bojeo por la costa del norte, reconociendo los lugares visitados por Colón en su primer viaje. Al llegar a la punta Maternillos, siguió su rumbo a occidente sin abandonar la costa, navegando con gran riesgo y trabajo por entre los innumerables cayos llamados después Jardines del Rey hasta la ensenada de Camarioca y punta Hicacos.

En la desembocadura del canal y frente a la bahía de Matanzas, empezó a reanimarse el ánimo abatido de las gentes, con las costas limpias y alegres que se hallan por aquellos mares; pero las carabelas estaban en tan mala disposición, deshechas las quillas y horadados y plagados de broma los maderos, que a poco de andar resolvió Ocampo

(1) IRVING, tomo II, libro XVII.

entrar en el primer puerto que encontrase, para repararlas y que descansasen los suyos de las fatigas de aquella navegación.

Ocupado en esta idea, descubrió a pocas leguas una entrada angosta, como de un canalizo, muy semejante a la desembocadura de un río, y dirigiendo las proas hacia aquella parte, se halló con un puerto abrigado, seguro y espacioso, con playas de arena de facil acceso, y una de las más bellas vistas que presenta la isla, quedando tan encantado de aquel lugar, que dispuso hacer alto y pasar en él algunos días. Cuando empeñado en los preparativos para la reparación de las naves y pesaroso de no traer consigo brea ni alquitrán para la carena de que tanto necesitaban, quiso su buena fortuna depararle cosa de más provecho, descubriendo en una de sus excursiones por las orillas del puerto un abundante manantial de asfalto que le fué en extremo útil para salvar las carabelas de una destrucción casi cierta. (1) Por esta circunstancia, llamó a este puerto de Carenas, y hoy se conoce con el nombre de Habana, del de la hermosa ciudad que borda sus orillas.

De aquí prosiguió su viaje hasta descubrir el cabo de Guaniguanico o San Antonio, extremo occidental de la isla, desde donde empezó a navegar

(1) De las siete variedades con que la mineralogía distingue a esta sustancia betuminosa, sólo se han descubierto hasta ahora en Cuba las tres llamadas resinita, petróleo y nafta; según una *Memoria* de Dn. ALEJANDRO OLIVAN, publicada en las *Actas de la Real Sociedad Económica de la Habana* de 1829.

hacia el oriente, siguiendo la costa del sur. A poco de doblado este cabo llegó a la ensenada de Cortes, término de las exploraciones de Colón, y pudo reconocer con inexplicable alegría los lugares ya visitados y descritos por el ilustre descubridor; quedando persuadido de que Cuba no era una parte del continente, como él había consignado en el acta de 1494, y que tuvieron razón los indios cibuneyes cuando afirmaron que su tierra era una isla de gran extensión.

Pero el contento de Ocampo se sintió turbado al considerar los peligros que le aguardaban en aquellas costas erizadas de sirtes, pues su intento era seguir las huellas del Almirante. Con iguales trabajos que éste, siguió navegando hasta llegar a la bahía de Jagua, y allí encontró la misma acogida generosa, afable y hospitalaria que había experimentado Colón en Cueiba. "Aquí estuvo Ocampo (dice Herrera) muy a su placer, bien servido de los indios de infinitas perdices como las de Castilla, salvo que son algo menores. Tuvo también abundancia de lizas, porque no se podía encarecer la multitud que hay de ellas en aquel puerto. Teníanlas en corrales, por ser el puerto tan quieto, adonde había millones de ellas, no menos seguras que si las tuvieran dentro de sus casas en un estanque. Eran los corrales de cañas juntas unas con otras, hincadas en el cieno".

Festejado y reconocido a la bondad de sus sencillos habitantes, dejó la hermosa bahía de Jagua y prosiguió su navegación, mezclados el temor de

perecer a cada paso en los escollos de aquellos mares y la admiración que le causaban las variadas escenas que ofrecen las costas desde allí hasta el cabo Cruz. Vencido éste, llegó a un puerto de la provincia de Macaca, probablemente el de Tarquino donde ocurrió uno de los sucesos más importantes de este viaje.

El cacique acogió a Ocampo con grandes muestras de alegría, y como entendiese que era bien ser cristiano, pidió el bautismo. Tratándose del nombre que debía dársele, parece que persuadido de su propia elevación, preguntó quién era el hombre grande que gobernaba en Haití, y como le dijeron que el Comendador, creyendo fuese el nombre del principal personaje entre los cristianos, quiso le llamasen Comendador. Uno de los marineros, rezagado por enfermo, luego que aprendió la lengua siboney, "enseñó al cacique y a los suyos algunas cosas de Dios; y en especial los impuso en la devoción de la Virgen Madre de Dios, diciendo que era reina del cielo y piadosísima y santísima, mostrándoles una imagen suya que en papel llevaba, y recitábales muchas veces el Ave María, induciéndoles a que hiciesen iglesia y casa de Nuestra Señora, y un altar en ella".

"Hecha la iglesia (prosigue el citado cronista), la adornaron lo mejor que pudieron, poniendo muchas vasijas de comida y agua, creyendo que de noche o de día si tuviese hambre, comería. Enseñóles que a las mañanas y a las tardes habían de ir a saludar a la Madre de Dios, diciendo la

oración angélica. El Comendador y todos entraban en la iglesia y se hincaban de rodillas, las cabezas bajas, juntas las manos, muy humildes, diciendo: Ave María, Ave María; porque más adelante, sino eran muy pocas palabras, no podían aprender. Quedoles esta buena costumbre, después que sanó el marinero y se pasó a la Española, que no pasaba dia que no proseguían en su devoción y oraciones."

Este cacique perseveró en la verdadera fe, recibiendo siempre como hermanos a los españoles que llegaban a su reino, a los cuales llevaba delante de la santa imagen, señalándola con el dedo, y les decía "que aquella era gran cosa y que la querían mucho porque era la madre de Dios, Santa María. Fué inestimable la devoción que el cacique y toda su gente tuvieron a Nuestra Señora, en cuyo honor compusieron cantares y bailes, repitiendo en ellos muchas veces Santa María; y según refirió Enciso. (1) Vieron patentes milagros que Nuestra Señora con ellos hizo, de donde procedió devoción a otros pueblos con quienes tuvieron pendencias."

Del puerto de Tarquino salió Ocampo a pocos días en busca de la punta Maisí, y de ésta hizo rumbo para la ciudad de Santo Domingo, donde

(1) Este fué el Sr. Martín Fernández de Enciso, que navegando del Darién a Santo Domingo aportó a las costas de Cuba en enero de 1513. Su relación del indio Comendador, tomada de la Suma de Geografía, está publicada con otras noticias interesentes en la *M. S. P. de la Habana*, marzo de 1837.

llegó después de haber empleado ocho meses en el bojeo y exploración de la isla; confirmando ser Cuba una isla, encomiando sus puertos y la fertilidad de la tierra, la índole pacífica y generosa de sus habitantes y su buena disposición a entrar en el gremio de la iglesia. (1)

El capitán Sebastián de Ocampo era un hidalgo (2) natural de Galicia, que había sido criado de la reina Isabel y acompañó al Almirante en su segundo viaje a Haití, en el cual parece que no hizo cosa digna de nota, pues éste no habla de él en un memorial que escribió a los Reyes Católicos, en enero de 1494, recomendando a la soberana atención a varios de los que fueron en aquel viaje. Después volvió a España, no sabemos en que año, y allí tuvo una reñida cuestión con un Juan Velázquez, vecino de Jerez, que debió terminar en la muerte de su adversario; porque habiendo entendido en el asunto los alcaldes de casa y corte pronunciaron sentencia contra Ocampo, condenándolo a último suplicio. Pero, por fortuna suya, había logrado escapar a las pesquisas de la justicia y andaba escondido cuando halló gracia en el ánimo de los reyes, y "por algunas justas causas" le conmutaron la pena en destierro perpetuo a Haití, por decreto fecha en Granada el 2 de octubre de 1501, mandándole salir de sus reinos y señoríos y que no fuese de aquella isla

(1) Véase *Ilustrac.* VI.
(2) OVIEDO, tomo I, libro XVII, cap. 3.

"a otras partes algunas". (1) Es de suponer que esta última parte de la real voluntad recibió más adelante alteración, pues vemos que el comendador Ovando le confió el mando de la escuadrilla que fué al bojeo de Cuba; si ya no es que se quiso, por este medio, abrir camino al desgraciado Ocampo para volver al favor de los reyes con un servicio tan notable y en que parecían estar muy empeñados. Después de este viaje sólo hemos hallado en los historiadores de América consultados, que volviendo Ocampo a Haití desde el Darien, adonde había ido con provisiones, llegó en 1512, con su navio muy maltratado, al mismo puerto de Jagua, de tan gratos recuerdos para él, y que sabido por Diego Velázquez que había arribado allí un buque con castellanos les escribió llamándoles, de lo que se alegró tanto Ocampo que, dejando el navío con cuatro hombres, se marchó con el resto de la tripulación a Bayamo, donde aquel lo recibió muy bien; y en nuestra opinión, este marino siguió al servicio de Velázquez y tomó parte en la conquista del interior de Cuba, al mando de Pánfilo de Narvaez. (2)

Sentimos no saber más particulares de la vida de Ocampo, cuándo nació, cómo y en qué lugar ocurrió su muerte. Pero los historiadores coetáneos, ocupados en escribir sucesos que llamaban más su

(1) HERRERA, *Década* I, libro VII, cap. I. NAVARRETE, tomo I, págs. 225-241 y III, número 49.
(2) HERRERA, *Década* I, libro IX, cap. 9. Véase el libro IV, cap. IV.

atención, olvidaron la importancia que daba a este navegante, en la historia de Cuba, su célebre exploración, la primera que resolvió la cuestión de que era una isla y dió lugar a que desde luego se pensase en su conquista. En el siguiente libro, trataremos de cómo fué conquistada y del principio de su colonización por los españoles.

LIBRO CUARTO

LIBRO CUARTO

CAPITULO I

Progreso de las conquistas europeas en América. Expedición contra Cuba.

Los principios más obvios de la moral, se ven, con frecuencia, pervertidos en las reglas arbitrarias que constituyen el derecho público, y las naciones poderosas hallan siempre pretextos para cohonestar su ambición y acallar el grito de la conciencia sobre sus actos despóticos contra los pueblos débiles. Respecto de América, la católica España, acomodándose a las ideas corrientes de la época, hizo fundar su derecho a este Nuevo Mundo en la concesión apostólica de que ya hemos hablado, y proclamó su conquista, en el deber de extender la religión de Jesucristo y salvar las almas de sus habitantes contra el poder de la idolatría y las artes del demonio. Cuál fuese el valor de un derecho fundado en tan débiles cimientos, se ve en el poco caso que de él hicieron las otras naciones cristianas, que al punto que conocieron la importancia de las recién descubiertas regiones,

entraron a disputar su posesión a España y a compartir con ella los despojos de su dominación.

Admitida la falsa doctrina del derecho de conquista, que en rigor no es otra cosa que un atentado contra la independencia de los pueblos por medio de la fuerza contra el justo y legítimo que tienen los naturales a su posesión y gobierno, España y los otros poderes marítimos de Europa no titubearon en descubrir, conquistar y poblar unas tierras que no podían defender los indios; las ventajas que llevaban sobre estos en el arte de la guerra y en la calidad de las armas, hicieron bueno este medio injusto de adquisición; y las disensiones de las tribus entre sí, fomentadas por los conquistadores, acabaron de asegurar un dominio adquirido contra todo derecho natural y divino. La conquista y sujeción de la raza índica debía ser necesariamente la consecuencia del descubrimiento de América.

Las cuatro grandes Antillas fueron conquistadas y colonizadas, la de Haití por Cristobal Colón, la de Boriquen por Juan Ponce de León, la de Jamaica por Juan de Esquivel y la de Cuba por Diego Velázquez. Colón y Alonso de Ojeda intentaron, con mal éxito, colonizar en el continente. Esta gloria fué reservada a Martín Fernández de Enciso, que fundó en 1510, la primera colonia estable en la villa de Santa María de la Antigua, en el golfo de Darién, y Vasco Nuñez de Balboa, siendo gobernador de ella, atraviesa a Castilla del Oro y va a la Mar del Sur, abriendo con su espada la senda que más tarde debía seguir el rencoroso

Pedrarias Dávila, con muerte de tan célebre capitán y descubridor. Hernán Cortés, el guerrero más notable del Nuevo Mundo, se apodera del reino de Méjico y Francisco Pizarro del vasto imperio del Perú; Valdivia, más afortunado por haber inspirado la musa de Ercilla, doma los belicosos hijos de Chile, y Diego de Ordaz llega hasta el Dorado; Gonzalo Jiménez de Quesada penetra por el Nuevo Reino de Granada, Francisco de Orellana extiende las conquistas hasta el río de las Amazonas, y Hernando de Soto emprende la de la Florida y descubre el Missisipí.

Los franceses fueron, después de los españoles, los primeros que colonizaron en América. Dos tentativas infructuosas hechas a mediados y fines del siglo XVI, lejos de arredrar a aquella nación, sirvieron para animarla con una empresa que tan bien había probado a sus vecinos del otro lado de los Pirineos. En 1603, una sociedad mercantil de Ruán organizó una expedición al mando de Samuel Champlain, quien logró establecer una colonia en Canadá, escogiendo a Quebec como el lugar más a propósito para levantar una fortaleza; y al año siguiente el patriota calvinista De Monts sale de Francia y funda, en 1605, la colonia de Port Royal; el mismo Camplain empieza, en el verano de 1620, la construcción del fuerte de San Luis en Leyden, y siete años más tarde consigue afirmar su autoridad en las orillas del San Lorenzo y asegurar la colonización de la Nueva Francia.

Después de vanos esfuerzos por el infortunado

Sir Walter Raleigh, los ingleses fundan en mayo de 1607, la primera colonia en la península de Jamestown en Virginia, cuya existencia se debió al intrépido capitán Juan Smith; en diciembre de 1620, la roca de Plymouth recibe una pequeña colonia de peregrinos, cuna prolífica de los varios estados que sucesivamente se fundaron por aquellas partes dando nombre a la Nueva Inglaterra; y Leonardo Calvert, nombrado por lord Baltimore su lugarteniente en Merilandia, funda en marzo de 1634, una población a orillas del río María.

Los holandeses empiezan a colonizar cerca del actual pueblo de Camden, en la Nueva Jersey, en 1623, y al año siguiente abren los débiles cimientos de Manhattan (que después cambió su nombre por el de Nueva York y hoy es la metrópoli comercial de los Estados Unidos) y extienden su imperio desde la orilla meridional de la bahía del Delaware hasta el cabo Bacalao.

La primera expedición sueca llega al Delaware a principios de 1638 y adquiere de los naturales el dominio de las tierras situadas entre el cabo Mayo y las caídas de Trenton, formando en ellas la colonia de la Nueva Suecia. Los holandeses vieron en esto una usurpación de parte de sus estados, pero no se atrevieron a disputarla por el terror que infundían los ejércitos de Gustavo Adolfo; mas, cuando debilitado el poderío sueco por el mal gobierno de su sucesora la reina Cristina, aprovecharon la ocasión de lanzar de allí aquellos vecinos enojosos, dilatando sus posesiones desde

la Nueva Inglaterra hasta Merilandia y desde el mar hasta el San Lorenzo y los remotos desiertos del noroeste.

A su vez, la Nueva Holanda se refunde, en 1664, en las provincias inglesas; y en el último tercio del siglo XVII, el gran continente del norte se veía dominado, por España, hasta el que hoy es el estado de Georgia en la confederación americana y además todas las Antillas; por Inglaterra, desde la Carolina del Sur hasta las riberas del San Lorenzo; y desde éstas, hacia el norte, por la Francia, cuyos estados comprendían la Nueva Francia, la Acadia, la bahía de Hudson y Terranova, con pretensiones a una parte del Maine, Vermont y Nueva York, al valle del Mississipi, y aún al estado de Tejas hasta el río Bravo del norte. En el continente del sur, excepto el territorio del Brasil que pertenecía a Portugal, todo lo demás era propiedad de España. (1)

La conquista de Cuba, asunto del presente libro, fué dispuesta por el Almirante Don Diego Colón, cuando el rey Fernando, accediendo menos al derecho que tenía como heredero de su ilustre padre que a la influencia que le dió su enlace con Doña María de Toledo, emparentada con la familia real, le concedió mal de su grado el virreinato de las Indias. En la instrucción que le fué comunicada, fecha en Valladolid a 3 de mayo de 1509, se le encargó, entre otras cosas, enviase a explorar

(1) HERRERA, *Décadas*. BANCROFT, tomo I, libro II y III.

a Cuba: "porque tenemos alguna sospecha que en la isla de Cuba hay oro, debeís procurar, lo más presto que pudiéredes, de saber lo cierto, y en sabiendo alguna particularidad cerca de ello hacédnoslo saber." Parece que Don Diego no hubo de atender a este asunto con la brevedad que requería la impaciencia de Fernando; pues en carta que le escribió en 1511 con el Adelantado Don Bartolomé Colón le dice que "tenía determinado de enviar al Adelantado su tio para que fuese a saber el secreto de las minas de Cuba." (1)

En cumplimiento de la real voluntad, acordó enviar a poblar en ella, "porque hasta entonces no se sabía más de que era isla y buena tierra, llena de gente buena y abundante de comida". De los antiguos jefes que había en Haití, el más práctico en la guerra de los indios y el gobierno de los españoles era Diego Velázquez, hidalgo natural de Cuellar, que había venido con el primer Almirante en su segundo viaje y servido con Don Bartolomé, reconocido como el capitán más rico y estimado entre los conquistadores, y cuyas haciendas estaban en Jaragua y por aquellas comarcas, junto a los puertos más inmediatos a Cuba. En él puso los ojos Don Diego, y el resultado correspondió a las esperanzas que prometía la reputación de tan excelente soldado.

Velázquez era gentilhombre de cuerpo y de rostro, blanco y rubio, de condición humana y ale-

(1) NAVARRETE, *Colección Diplomát.* tomo II, núm. 169. HERRERA, *Década* I, libro IX, cap. 5

gre, celoso de su autoridad, entendido y prudente; si bien severo con los que le servían y ayudaban y pronto a indignarse contra aquellos de quienes le informaban mal, por ser a veces más crédulo de lo que debiera; aunque como en todo llevaba buena intención, su ánimo noble repugnaba las ideas de venganza y fácilmente usaba clemencia con los que le servían.

Cuando la rebelión de Jaragua, producida por la alevosa y cruel matanza que hizo allí Ovando y terminó con la trágica muerte de la ilustre Anacaona, entre las medidas que adoptó para sojuzgarlos el Comendador, la principal fué enviar a Velázquez a la provincia de Haniguayagá, el cual logró concluir la guerra con la prisión del cacique. Por orden del mismo Ovando fundó las villas de Salvatierra de la Sabana, la Verapaz y otras tres que llamó Yaquimo, San Juan de la Maguana y Compostela de Azua, de las cuales le hizo su teniente; y su gobierno en todas ellas fué tan suave que se atrajo el amor de los castellanos.

Así que, publicado el nombramiento de Velázquez para ir a Cuba y alzado el pendón del caudillo al frente de su casa, según era costumbre, acudió mucha gente a alistarse bajo sus banderas. Reunidos todos en Salvatierra para embarcarse en los cuatro navíos que debían conducir la expedición, se contaron como trescientos hombres, numero considerable para aquellos tiempos. Velázquez partió de Salvatierra, en noviembre de 1511, atravesó con su armada el estrecho canal que separa a Haití

de Cuba y en pocas horas desembarcó en el puerto de las Palmas, en las provincia de Maisí, la más oriental de la isla. (1)

Nunca salió reunida a la conquista de ninguno de los reinos y provincias de este hemisferio, una flor de caballeros que más lustre hubiese de dar a España y engrandecerla con dilatadas regiones. A haber sido posible descorrer entonces el velo impenetrable en que estaba envuelto el porvenir de aquel corto número de varones, los ojos hubieran visto con sorpresa en Francisco Hernández de Córdova y el joven Juan de Grijalva, imberbe aún, a los bizarros descubridores de Yucatán y Méjico; en Hernán Cortés, al vencedor de Moctezuma y Guatimozin; y en Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz y otros, a los domadores invencibles de las naciones que poblaban una parte del continente del sur. La bella Cuba no debía ser el teatro en donde habían de emplearse el valor e intrepidez de aquel plantel de futuros conquistadres, destinados a llenar en pocos años las trompas de la fama, no; sus pacíficos moradores sólo podían animar la energía de las almas tiernas y generosas y despertar sentimientos de amor y benevolencia. Y de hecho los despertaron, haciendo prendiese la chispa gloriosa que había de salvar la raza indiana de una cierta destrucción en el noble espíritu del

(1) HERRERA, *Descripción*, cap. 6; *Década* I, libro VI, cap. 4; libro IX, caps. 3, 4, y 9; *Década* II, libro III, cap. 10; *Década* III, libro V, capítulo 5. OVIEDO, libro XVII, cap. 19.

padre Bartolomé de las Casas, uno de los sacerdotes del ejército, más grande por su caridad que todos aquellos guerreros por sus conquistas, y cuyo nombre sube al par del de Colón mismo en la historia del Nuevo Mundo.

CAPITULO II

Estado de la isla.—Emigraciones de Haití. El cacique Hatuey.

La disposición de los cibuneyes hacia los castellanos no era ya la misma que habían mostrado en los tiempos de Colón. Los haitianos que emigraban a la isla habían esparcido noticias de sus flaquezas y crueldades, las cuales veían confirmadas con las depredaciones que habían en las Lucayas y en la misma Cuba, con motivo de los indios que de esta isla llevaban a Haití para llenar el vacio de los innumerables sacrificados en las minas y el cultivo de los campos; y en lugar de la veneración con que fué recibido el gran descubridor y la hospitalidad generosa que le dispensaron, aquellos advenedizos eran mirados ahora con horror e indignación.

Refieren los historiadores contemporáneos, que por los años de 1507 a 1508, llegó a una bahía en la costa del norte, en la provincia de la Habana, un navío despedazado en que iban treinta castellanos y dos mujeres, los cuales bajaron a tierra y

se dirigieron a una población inmediata. Sus vecinos, desconfiados de estos hombres, estaban pensando el modo de deshacerse de ellos, cuando les proporcionaron una ocasión favorable mostrándose deseosos de atravesar a la parte opuesta de la bahía, sin duda con el fin de seguir por la costa al este y acercarse a Haití. Ofreciéronse prontamente a llevarlos, y a poco de andar trastornaron las canoas y con los remos empezaron a atacarlos, mientras que los castellanos, embarazados con los vestidos y confusos, no podían nadar con la facilidad que sus contrarios, ni valerse de las armas. Lograron, sin embargo, salvarse diez de estos infelices y las mujeres, que nadando llegaron hasta la playa. El cacique los hizo venir a su presencia y fingiendo sentimiento de aquel caso les pidió las espadas, que en mal hora le entregaron los incautos, creyendo de este modo alejar toda sospecha que se hubiese concebido de ellos; pues al punto que los vió desarmados, los hizo prender, colgar de las ramas de una ceiba y rodearlos de guerreros, que a flechazos mataron siete, quedando solamente con vida tres de los diez y las dos mujeres, que el cacique se reservó para el servicio de su casa.

El naufragio de Alonso de Ojeda en las costas meridionales es bien conocido, por los trabajos que sufrió. Perdida la nave en que iba del Darien a Santo Domingo, cruzando la provincia de Jagua, por los años de 1510, salió a tierra con sus compañeros en número de setenta, y todos se encaminaron en busca de un puerto cercano a la punta de Maisí.

"Como había en Cuba muchos indios huidos de la Española, viendo a tantos castellanos juntos, temiendo que los iban a sojuzgar, salían a resistirlos a los caminos para que no entrasen en los pueblos de los cuales se apartaban los castellanos cuanto podían, viéndose flacos y cansados, caminando siempre por la costa del mar."

Habiendo adelantado más de cien leguas, llegaron a la ciénaga formada por los derrames del Cauto, y creyendo salvarla presto se entraron por ella y anduvieron unos cuantos días con increible trabajo; pero su esperanza de llegar a tierra enjuta se iba desvaneciendo a medida que penetraban por aquellos pantanos, pues la ciénaga crecía más y más en hondura y extensión, y por no volver atrás siguieron con el lodo y agua hasta la cintura. Para poder dormir tenían que subirse sobre las raíces de los mangles; era su comida ajíes, boniatos y algún bocado de queso que no todos alcanzaban, por agua bebían la salobre y malsana de la ciénaga; los que no sabían nadar se ahogaron y de los otros murieron muchos de hambre y fatiga.

Al llegar al extremo de aquella que parecía interminable ciénaga, hallaron Ojeda y los que pudieron seguirlo una senda, y sin saber a dónde los conduciría empezaron a internarse en el bosque, y habrían andado como una legua cuando descubrieron el pueblo de Cueiba, donde llegaron desfallecidos de flaqueza y cansancio, con asombro de los indios, que acudieron presurosos a socorrerlos haciéndoles todo género de servicios. El bonda-

doso cacique, luego que supo sus desgracias, envió por los que se quedaron desamparados en la ciénaga, encargando a los indios los ayudasen y trajesen a cuestas; y con este auxilio pudieron reunirse con la mitad de ellos y permanecieron en Cueiba recreándose y recobrando las perdidas fuerzas.

Llevaba Ojeda en la mochila una imágen de la Virgen María, presente del obispo Fonseca, a la cual tenía gran devoción, y mientras anduvo por la ciénaga, siempre que hallaba raíces de mangle en que descansar, parábase a esperar a los rezagados para ir todos juntos; y entonces la sacaba y colocándola sobre alguna rama la adoraba, exhortando a los demás hiciesen lo mismo, y suplicábanle los sacase de aquella calamidad en que estaban envueltos. Y porque había hecho voto que en el primer pueblo que entrasen la dejaría, dióla al cacique, diciéndole lo que significaba e instruyéndolo en las cosas relativas a la religión cristiana. Contento con el regalo, hizo éste una ermita para colocarla, adornada con paños de algodón, y teníala siempre muy barrida y regada. La devoción y reverencia que de allí adelante tuvieron aquellos indios a la Virgen fué admirable, y le hicieron coplas para cantarlas en sus areitos.

Después de muchos días pasados alegremente, Ojeda y los suyos determinaron acercarse a la costa, y acompañados de los indios que les dió el cacique para que los guiasen y llevasen comida abundante, llegaron a la provincia de Macaca,

donde gozaron los mismos consuelos en la hospitalidad de sus habitantes. Y habiéndose ofrecido Pedro de Orgaz a pasar a Jamaica para que de allí fuesen a sacarlos, salió en una canoa bien provista y equipada de indios, y llegando a salvamento, el capitán Esquivel envió por ellos en una carabela que tenía a cargo de Pánfilo de Narvaez. Por relación de éstos y otros náufragos que se habían salvado en las costas de Cuba, debió tener noticia Don Diego Colón del cambio de sentimientos que se había efectuado en los naturales de la isla.

El peligro mayor contra los invasores era la provincia donde había desembarcado Velázquez. Maisí estaba gobernada por un indio llamado Hatuey, hombre cuerdo y valiente, antiguo cacique de Guahabá, en Haití, el cual previendo la ruina de su patria se embarcó con su familia, seguido de los principales de su reino y otros fieles vasallos que quisieron acompañarlos y aportó a esta tierra de Cuba, donde engrosadas sus fuerzas con muchos indios que abandonaban aquella isla huyendo de la esclavitud, estableció su nuevo imperio atrayéndose con dulzura la voluntad de los cibuneyes.

Este cacique, recelándose que algún día pasarían a Cuba los castellanos, tenía a sus vasallos ocupados en los ejercicios militares, en acopiar armas, henchir de granos y comestibles las cavernas del interior y tener noticia de lo que pasaba en Santo Domingo, por medio de sus espías. Así que, no bien se publicó la empresa de Velázquez y empezaron los preparativos de la expedición, cuan-

do fué informado de la gente que venía, sus jefes y capitanes y el armamento de Salvatierra; y al avistarse las velas españolas, preñadas de sangre y destrucción, el animoso cacique, llamando a los suyos y mostrándoselas, les habló de esta manera:

"Helos allí, los que creimos venidos del cielo a librarnos de la ponzoña del caribe y de la muerte, más perversos y crueles que el caribe mismo. Abusando de nuestra simplicidad y prevalidos de la fuerza, pretenden tener derecho a nuestra libertad, porque un hombre a quien ellos llaman Papa ha dado la posesión de nuestra tierra a otro hombre muy poderoso que llaman su Rey y Señor. Dícennos estos tiranos que adoran a un Dios de paz y de igualdad, y nos usurpan nuestras haciendas y nos hacen sus esclavos; hablánnos del alma inmortal y de premios y castigos eternos, y seducen nuestras mujeres y violan nuestras hijas. Incapaces de probar sus fuerzas con nuestro valor, se cubren, cobardes, con esas armaduras de hierro que no pueden romper nuestras macanas; dudosos aún de su ventaja usan el rayo que nos hiere desde adonde no pueden alcanzar la punta de nuestras flechas, y montados en esas fieras las manejan cual si fuesen guaminiquinajes, más para huir de nuestra saña que para correr a probar la pujanza de nuestro brazo. Pero ellos son pocos y nosotros muchos; ellos combaten en tierra extraña y nosotros en la nuestra; ellos invocan un Dios de sangre y oro y nosotros tenemos de nuestra parte un Dios justo y sabio. Los caciques vecinos vendrán en nuestro auxilio,

las breñas cortarán el vuelo a sus caballos, el tronco de la ceiba será escudo contra el rayo escondido y nuestros Cemís harán trizas sus corazas".

Y sacando una cestilla de palmas que contenía algunas joyas y granos de oro: "El Dios que adoran ese Papa y ese Rey y todos ellos (prosiguió), no es otro que el oro vil que se esconde en el seno de nuestra tierra: este es su Señor, a éste sirven, tras éste solamente andan. Vedle aquí. Para aplacar su ira y que les mande no nos cause mal alguno, venid y hagámosle areitos." Después que hubieron bailado y cantado sus coplas hasta quedar rendidos de cansancio, levantose de nuevo Hatuey y les dijo: "Ahora conviene que arrojemos a lo hondo del río este Dios por quien tanto daño nos hacen los cristianos; porque en ninguna parte que lo guardemos, aunque fuese en nuestras entrañas, no estaríamos seguros de que esos caribes no nos lo sacasen con la vida; así no sabrán donde está y dejarán tranquila nuestra tierra". Y en seguida arrojó al río el oro y la cestilla, y haciendo llevar al interior las mujeres y los niños, se entró con sus guerreros por la espesura del bosque, decidido a una heroica resistencia. (1)

---

(1) HERRERA, *Década* I, libro VIII, cap. 4; libro IX, caps. 3, 4 y 16; y *Década* II, libro III, cap. 2.

CAPITULO III

Conquista de la provincia de Maisí.—Muerte de Hatuey.—Fundación de Baracoa, primera capital de Cuba.

Velázquez halló desiertas las playas de Palmas, y habiendo enviado dos partidas a reconocer las cercanías, movió el resto de su gente en orden de guerra y situó el campo en la ladera de un monte inmediato al puerto. Las partidas volvieron sin haber hallado indio alguno y con la nueva de que el país era escabroso, lleno de bosques y malezas.

Salió al día siguiente el capitán Francisco de Morales, segundo jefe en autoridad, si no en el mando, llevando consigo alguna gente con instrucciones de internarse y caso de encontrar guerreros procurar entretenerlos y atraerlos a terreno llano; y Velázquez siguió tras él con el grueso del ejército. No bien había andado una legua, cuando una rociada de flechas le anunció la proximidad del enemigo; siguió la dirección de los indios, pero al llegar al bosque habían éstos desamparado el lugar y estaban a corta distancia aguardándolo a pie firme. Corrió a ellos, y cuando creía tenerlos se-

guros, descargaron de nuevo sus arcos y volvieron a internarse. Burlado en sus esperanzas, fingió una retirada para dar lugar a que llegase Velázquez, y entonces aparecieron los indios en mayor número y le siguieron azaeteando la gente; pero avisados por las atalayas, conocieron el intento y se retiraron antes que éste pudiese hacerles daño. Morales se reunió al ejército con algunos soldados levemente heridos. Otras varias incursiones se hicieron sin mejor fruto, porque los cibuneyes evitaban empeñar ninguna acción seria con los castellanos.

Era evidentemente el plan de Hatuey: tenerlos en contínuo movimiento, fatigarlos con escaramuzas y ver si el clima y el hambre los acababan, sin exponer a su gente a una perdición cierta, incapaz de resistir las armas y esfuerzo de los contrarios, ni vencer el temor que le infundían los caballos. Para ello, mantenía sus indios divididos en partidas, encastillados en las montañas, protegidos por los bosques, y cuidaba de que nunca se acercasen al cuartel de los enemigos, sino que los ofendiesen en las cañadas y espesuras, emboscados siempre. Había enviado también recado a los caciques de las provincias vecinas, exhortándolos a unírsele en una causa común a todos, y esperaba levantarlos y que le acudirían con armas y guerreros.

Algunas veces se separó de su plan, y juntando sus fuerzas atacaba a los contrarios con ventaja y buen resultado. El historiador Oviedo nos dice de un caso notable en que yendo Diego de Ordaz

con un hermano suyo y otros españoles en persecución de los indios, fueron acometidos y dispersados y se vieron obligados a huir por una ciénaga, donde mataron algunos de ellos, y Ordaz debió su salvación a un espeso boscaje de mangles en que pudo esconderse, y a merced de las sombras de la noche atravesó con harto trabajo la ciénaga y se reunió al ejército.

Velázquez había hecho muchos prisioneros en encuentros parciales, los cuales repartía entre sus oficiales, "no por exclavos (dice cándidamente Herrera), sino para que se sirviesen de ellos". Queriendo saber, sin embargo, el nombre del cacique con quien combatía y dónde estaba su campo, con la mira de sorprenderlo, hizo atormentar algunos de los principales; pero estos fieles vasallos, sin temor a la muerte, resistieron de informarle de cosa que pudiese dañar a su señor, y sólo pudo saber de ellos que obedecían a Hatuey y que una parte de sus guerreros eran hijos de la vecina Haití.

Así se pasaron dos meses escaramuzando, con asombro de Velázquez, que estaba muy ajeno de encontrar tal resistencia. Indignado de hallar héroes en una raza que acostumbraba despreciar por de esclavos, resolvió, confiando en las ventajas que tenía sobre los indios, dividir el ejército, ganarles las montañas y acorralarlos por un plan de operaciones combinado. Avisado del movimiento por el humo de los atalayas, el animoso Hatuey comprendió con su mirada de águila este plan, y como práctico en la manera de pelear de los castellanos,

lejos de arrojarse a probar sus fuerzas como otro capitán menos hábil hubiera hecho quizá, viendo divididas las del contrario, se escondió aún más en las enmarañadas sierras del interior y pasó la voz a los otros jefes.

Pero esta maniobra que hubiera sido su salvación en mejores circunstancias, sólo sirvió para dilatar el fin de la guerra. Una parte de su gente y los guerreros más esforzados habían sido muertos o hecho prisioneros, otros se hallaban heridos o desalentados, y el mismo Hatuey, si bien entero, veía con sentimiento que los caciques vecinos tardaban en enviarle el auxilio concertado y que su ruina era cierta si dejaban cargar sobre sus hombres solamente el peso de una lucha tan desigual como desesperada. Los castellanos acosándolo en sus atrincheramientos, tomándole mucha gente en las arremetidas y cortándole los víveres hacían su situación más crítica aún; y "al cabo de muchos días (dice Herrera) y muchos trabajos que se padecieron en buscarle, toparon con él y le llevaron a Diego Velázquez, quien le mandó quemar."

De los escritores coetáneos, el que describe más circunstanciadamente el suplicio de Hatuey es el Padre Casas, y su relación tiene tanto más precio a los ojos del historiador cubano, cuanto que debió hallarse en Baracoa o sus inmediaciones, al tiempo de la ejecución. "Atado al palo, decíale un religioso de San Francisco, santo varón que allí estaba, algunas cosas de Dios y de nuestra fé, el cual nunca las había oído jamás, lo que podía bas-

tar aquel poquito tiempo que los verdugos le daban; y que si quería creer aquello que le decía que iría al cielo, donde había gloria y eterno descanso, y si no, que había de ir al infierno a padecer perpétuos tormentos y penas. El, pensando un poco, preguntó al religioso si iban cristianos al cielo. El religioso le respondió que sí; pero que iban los que eran buenos. Dijo luego al cacique sin más pensar, que no quería ir allá, sino al infierno, por no estar donde estuviesen y por no ver tan cruel gente". El objeto de este celoso discípulo de Jesucristo, cuando refiere en sus obras los hechos de los castellanos en el Nuevo Mundo, más que acriminarlos (según han creído aun algunos que no son sus enemigos), es principalmente defender las sabias máximas de su divino Maestro. Así, al concluir la relación de este suplicio, exclama con profundo dolor: "Esta es la fama y honra que Dios y nuestra fé ha ganado con los cristianos que han ido a las Indias." (1)

La hoguera que consumió las formas hercúleas de Hatuey, fué el ara sangrienta donde pereció sacrificada la libertad y la existencia de la raza índica de Cuba. Muerto el héroe, en cuyo esfuerzo y prudencia todos confiaban, se allanó la provincia de Maisí y las otras confinantes, "sin que hubiese nadie que osase hacer rostro, antes muchos voluntariamente iban a obedecer".

Era anexo al cargo de Gobernador el de Repartidor de los indios, y para hacer los repartimientos

(1) OVIEDO, libro XXIV, cap. 2. CASAS, *Brevis. Relac.* cap. "*De la isla de Cuba*"

se fundaban por lo general poblaciones y encomendaban a los vecinos cierto número de los de la comarca para que les sirviesen en las minas y en sus granjerías, con la obligación de doctrinarlos en la religión cristiana. Así que, luego que Velázquez pacificó a Maisí, fundó, a principios de 1512, en un puerto de la mar del norte, cuyo asiento llamaban los indios Baracoa, la villa de Nuestra Señora de la Asunción, primera población española de Cuba, declarola capital política y fijó allí su residencia, nombró alcaldes que ejerciesen la justicia civil ordinaria, y alguacil mayor; estableció la institución de ayuntamientos para el cuidado y fomento del pueblo, y dió encomiendas a Manuel de Rojas, pariente suyo, y a otros de sus deudos y amigos. Para más honrar a Baracoa, le dió el rey título de ciudad y la hizo cabeza del gobierno eclesiástico, erigiendo en ella el primer obispado que tuvo la isla.

Las gracias concedidas por Velázquez, particularmente en las encomiendas, causaron descontento en algunos que no fueron bien atendidos y se creían con mayor mérito que los favorecidos. Con este motivo se formó un partido contra el Gobernador, del cual hacía cabeza el capitán Morales, a quien el Almirante había enviado sujeto a Velázquez, aunque sin facultad de removerlo. Instruido éste de lo que pasaba y conociendo el peligro que corrían su autoridad y la tranquilidad de la naciente colonia, si no atendía con presteza a sofocar aquellos síntomas, hizo proceso contra Morales y lo remitió preso a Santo Domingo.

Otra tentativa hicieron los quejosos, que estuvo a punto de costar la vida a Hernán Cortés, animados con la llegada a aquella capital de los Jueces de Apelación, especie de tribunal superior enviado para oir las quejas de los colonos y arreglar los negocios del gobierno general, que en lugar de mitigar pasiones sólo sirvió para acrecentar el fuego que brotaba por todas partes. Acordaron, pues, hacer sus informaciones secretas, juntar memoriales y recoger firmas para acudir a los nuevos jueces, y encargaron la ejecución del negocio al joven Cortés, que se ofreció a correr el riesgo de salir de Baracoa y llevar los documentos a Santo Domingo. Estando para embarcarse en una canoa, Velázquez lo hizo prender y quiso ahorcarlo; pero intercedieron personas de autoridad y se contentó con enviarlo a un navío para que lo llevase preso al Almirante. Cortés aquella noche logró quitarse las pasiones, ir nadando con gran trabajo a tierra y refugiarse en la iglesia, de la cual como saliese algunas veces a visitar la señora que después fué su esposa, un alguacil que lo vió fuera de la puerta logró prenderlo abrazándosele por detrás. Los alcaldes prodecieron y lo sentenciaron rigurosamente; y viéndose perdido tuvo la feliz idea de apelar a la clemencia de Velázquez, quien tocado en lo más vivo de la confianza que ponía en él, lo perdonó, y más tarde lo volvió a su gracia e hizo mercedes dándole en repartimiento los indios de Manicarao.

Así los frutos producidos por la primera semilla de la esclavitud indiana, sembrada en el suelo

cubano, fueron la zizaña que dividió las voluntades de los conquistadores, privó a Morales de su libertad, puso en peligro la vida de Cortés y, como veremos más adelante, costó al mismo Velázquez la gracia de su favorecedor el Almirante y probablemente, por algún tiempo, la gobernación de la isla. (1)

(1) HERRERA, *Década* I, libro IX, caps. 4, 8 y 9; y libro X, cap. 8 y 10. GOM. *Crón.*, cap. 4. VALDES, págs. 33, 42 y 44.

CAPITULO IV

Velázquez envía al capitán Pánfilo de Narvaez a la provincia de Bayamo. — Concluye la conquista de la isla.

Cuando Velázquez se hallaba ocupado en la fundación de Baracoa y en sofocar los sucesos que tanta excitación causaron en la colonia, sabidos en Jamaica los progresos que hacía en Cuba, muchos de los castellanos que estaban con Esquivel le pidieron licencia para ir a seguir sus banderas, y entre otros vino el capitán Pánfilo de Narvaez por cabo de treinta flecheros armados con arcos a estilo de los indios, en cuyo ejercicio estaban amaestrados. Recibiolo con muestras de mucho aprecio el Gobernador, honrándole de manera que después de él tenía en todo el primer lugar; y con esta confianza le dió el encargo de que fuese con treinta hombres a sojuzgar el Bayamo, provincia cercana a la costa del sur, de tierra descubierta de montes y graciosa.

Narvaez era natural de Navalmazano en Cuellar, persona autorizada, alto de cuerpo, de un rubio que tiraba a rojo, honrado y de buena conversación y costumbres; estaba dotado de fuerzas y valor, pero

faltábale la actividad y prudencia esenciales a todo buen capitán, llegando su descuido a rayar en pereza; el desprecio con que miraba a los indios lo llevaba a extremos de crueldad indisculpables, y tenía tal idea de sí propio que excedía de los límites de la presunción y al fin fué causa de su ruina.

Los naturales, en lugar de recibirlo con la punta de las flechas, salían humildes a ofrecerle comida y otras cosas, porque aquel no era país de minas y carecían de oro; y se espantaban mucho de una yegua en que iba montado Narvaez, que solía revolverse de una parte a otra, extendiendo las piernas de modo que parecía tirar grandes coces, y mostraban gran sorpresa al ver por primera vez un animal tan corpulento y que siendo tan bravo lo dominase a su antojo un solo hombre.

Iban los castellanos sin orden y al entrar en los pueblos se aposentaban en las casas pocos y divididos, entregándose al sueño sin precaución alguna, como si estuvieran en tierra amiga. Prevalidos los bayameses de tal descuido y tentados al ver tan poca gente, acordaron sorprenderlos a media noche formados en dos cuerpos de ejército y acabar con todos. Juntáronse de la provincia cerca de siete mil con sus arcos y flechas, y llegado el tiempo convenido, una de las divisiones, sin aguardar a la otra, dió sobre ellos con gran grita, según su costumbre, hallando los centinelas durmiendo; y los castellanos, ajenos de tal hostilidad, al ver el pueblo inundado de enemigos y acosados por todas partes, se creyeron perdidos.

El jefe, que dormía a pierna suelta, medio despierto y atónito de las voces y confusión, se empezaba a levantar cuando los indios de Jamaica que lo acompañaban encendían unos tizones en el bohío; y los bayameses que lo reconocieron a la luz, lo acometieron con piedras. Una de ellas le alcanzó con tal fuerza cerca de la boca del estomago "que dió con él en el suelo y despertó del todo, y dijo a un padre de San Francisco que con él estaba que le habían muerto, y esforzándole el religioso y volviendo en sí, con harta dificultad ensillaron la yegua" que por dicha tenía consigo, y cabalgando "en ella descalzo, solo con una camisa y echado un pretal de cascabeles en el arzón, no hizo más de arremeter una carrera por la plaza sin tocar en ningún indio; porque en sintiendo que salía todos se recogieron al bosque, y fué tanto el temor a la yegua y sonido de los cascabeles, pensando que cada uno era mil hombres, que no pararon hombre, ni mujer ni hijos," huyendo hasta la provincia del Camagüey y dejando despoblada la tierra. Así acabó esta sorpresa, donde mostró Narvaez pusilanimidad igual a su abandono, y en la cual, sin duda, hubieran perecido él y los suyos a haber sido los contrarios más entendidos y puesto su atención en destruir antes que en despojar de sus armas a los castellanos.

Recogida su gente y asegurado de que todo estaba sin lesión digna de notarse, resolvió seguir el alcance de los fugitivos, y envió aviso de lo que pasaba a Velázquez. Y ya fuese que este despa-

cho contuviese algún particular alarmante bajo la impresión de las circunstancias en que fué escrito, o ya que el prudente gobernador temiese que los bayameses pudieran excitar los ánimos de las provincias del interior y encenderlas en una nueva guerra, lo cierto es que Velázquez creyó conveniente ir en persona a auxiliarlo y partió de Bayamo con sesenta hombres poco más o menos, llevando consigo al licenciado Casas, conocido ya entre los indios por su benevolencia y estimado de todos como a su protector y padre.

Yendo hacia Bayamo se entendió que había llegado al puerto de Jagua un navío con castellanos, y Velázquez envió al punto una canoa bien equipada y una carta diciéndoles que quienes quiera que fuesen se llegasen a donde él estaba. Resultó ser aquel Sebastián de Ocanpo que bojeó a Cuba, capitán ahora de un buque que volvía del Darién a Haití y se hallaba en tan mal estado que se vió forzado a arribar a Jagua. Contento de la carta, se fué con quince marineros en la misma canoa donde el Gobernador, que lo recibió con demostraciones de alegría.

Velázquez, precisado a ir a Baracoa, dejó cincuenta hombres en el pueblo al mando del joven Grijalva hasta que Narvaez volviese, encargándole no hiciera nada sin el parecer de Casas que quedó allí. El resultado de estos movimientos fué que Velázquez en lo que anduvo encontró la tierra desierta y no vió más que algunos indios viejos y enfermos, y Narvaez, que a la cuenta no se dió

prisa en alcanzar a los bayameses porque llevaba poca gente, volvió para reunirse con Grijalva.

Mayor efecto que el terror de las armas debía hacer la presencia de Casas en aquel pequeño ejército; pues los indios, confiados en su piedad, lo escogieron por intercesor diciéndole que habían sido locos y mal aconsejados, que les pesaba mucho de ello y que querían servir a los cristianos, y le llevaron un presente de sartales de cuentas como muelas viejas que los siboneyes estimaban por gran riqueza. Y mediante los respetos del Padre fueron perdonados, y cada cual se marchó a su pueblo. Privilegio sublime, concedido tan solo a la virtud, el de poder atraerse sin esfuerzo ni violencia el amor del hombre salvaje y conquistar el respeto del guerrero indómito y cruel, del cual gozó Casas más de una vez en el curso de la conquista, salvando miles de indios de la dureza y perversidad de Narvaez.

Estando éste en Bayamo recibió cartas de Velázquez, a principios de 1513, el cual instruído de esta ocurrencia, le mandaba que con la gente que tenía, que serían hasta cien hombres, (1) volviese a la provincia y siguiese por la isla adelante, dándole por consultor al licenciado Casas; y le encar-

(1) Probablemente Sebastián de Ocampo y los suyos acompañaron a Narváez en esta expedición. Si éste hubiera ido con sus treinta hombres y los cincuenta que tenía Grijalva, el número de los expedicionarios hubiera sido de ochenta, agregando a éstos los quince marineros de Ocampo y los jefes, aparece claro que la expedición se componía de sobre cien hombres, según dice HERRERA, *Década* I, libro IX, cap. 15.

gaba que, conforme a la voluntad soberana, no hiciese guerra a los indios sin que primero lo acometiesen con sus flechas o varas, lo cual le repitió en las demás comunicaciones que le dirigió.

Púsose en marcha y llegó al pueblo de Cueiba, donde fueron recibidos y tratados por el cacique con la misma amistad y regalo que pocos años antes Ojeda y sus compañeros; y con gran placer de Casas se encontró muy conservada la capilla donde aquellos sencillos habitantes adoraban la imagen de la Virgen María que aquel les había dejado.

Entre los que iban en el ejército había algunos de los náufragos que tanto debían a la bondad del cacique, y hablaban al Padre, de los trabajos sufridos en la ciénaga y los consuelos que recibieron de la piadosa Vírgen, con lo cual se despertó en él un vivo deseo de poseer la imágen; y después que hubo recibido y bautizado a los indiezuelos (que era lo primero a que atendía siempre que entraba en una población), le propuso si quería cambiarsela por otra que él llevaba. Pero el idólatra, que no entendía fuese tan buena la una como la otra, incapaz de distinguir entre una estampa y la esencia del ser que representa, se entristeció mucho, como si se tratase de dar uno de sus mejores Cemís por otro que en su concepto no valiera nada.

Grande fué su dolor, al día siguiente, cuando queriendo decir misa en la capilla, que lucía adornada con paramentos de algodón y un altar elevado, lo hizo llamar y supo que se había ido al

monte y llevado la imágen por miedo de que se la tomase; y para que no fueran a alborotarse sus vasallos, le envió mensajeros pidiéndole volviese, asegurándole que no se la cambiaría, antes bien se la dejaría tener en la capilla y le daría graciosamente la suya; más él no pareció, y Narvaez resolvió proseguir su ruta, dejando a los de Cueiba tan pacíficos y contentos como los había encontrado.

Entraron en Camagüey, provincia risueña, de hermoso cielo, grande y abundante de gentes y comida. En los pueblos eran recibidos por los indios brindándoles generosamente de su pan casabe, sus guaminiquinajes y el pescado que podían haber; traían los niños, que eran infinitos, y los presentaban con mucho respeto al Padre, quien los bautizaba y ayudándose de algunos de los de Haití que sabían el castellano, les predicaba explicándoles el valor inestimable de aquel sacramento y los misterios consoladores de la religión de Jesucristo.

Casas, amante cada día más de estas míseras gentes, procuraba por todos los medios imaginables librarlas de las exigencias y vejaciones que les hacían sufrir los castellanos, que las miraban y trataban cual si fuesen rebaños de ovejas; y como no siempre se contentaban con lo que voluntariamente les daban y querían apoderarse de todo y usar a su antojo de las mujeres, traían inquietos y disgustados a los indios. Con esta experiencia, acordó con Narvaez que cuando llegasen a un pueblo desocupasen los habitantes la mitad de él para el ejército, y quedasen ellos vivien-

do en la otra mitad, mandándose bajo graves penas que nadie osase entrar en el cuartel de los indios.

Este interés no se ocultaba a los cibuneyes, que reconocían en él a su único protector y amparo, y lo estimaban y respetaban pareciéndoles el más grande de todos aquellos hombres. Llegó a tanto su crédito entre ellos, que bastaba enviar un mensajero con un papel viejo atado a una vara diciéndoles que aquella carta contenía tal o cual cosa para que todos se apresurasen a complacerlo. Por este simple medio se logró que los de toda la parte de la isla por donde anduvieron se mantuviesen tranquilos, permaneciendo en sus casas a esperar a los españoles, teniéndoles desocupada la mitad del pueblo, bien provista de comida la plaza y de cuanto necesitaban y listos los niños para recibir el bautismo. La mayor amenaza que se les podía hacer era decirles que si no cumplían con lo que se les mandaba el Padre se enojaría; tan grande era el respeto que infundían sus cartas, pareciéndoles cosa sobrenatural y más propia de los Cemís el que por ellas se pudiesen saber lo que hacían los ausentes. Admirábanlos también la yegua de Narvaez y otras tres que pertenecían a los Grijalva, de que todo el país estaba espantado.

No siempre el cuidado paternal de Casas y la humilde sumisión de los cibuneyes, impidieron escenas escandalosas y sanguinarias, que amargaron el corazón de aquel santo sacerdote. Refieren los historiadores que tres leguas antes de llegar los castellanos a Caonao, pueblo grande, situado a la

margen del río de este nombre, cerca de la bahía de Jagua, se detuvieron a almorzar junto a un arroyo que estaba lleno de piedras amoladeras, y concluido el almuerzo se les antojó afilar en ellas las espadas, después de lo cual siguieron su marcha por una llanura hasta el pueblo.

Llegado a hora de vísperas, hallaron gran número de indios que habían acudido de las cercanías trayéndoles abundancia de pescado y casabe. Tenían por costumbre los castellanos hacer que se entregase la comida recogida a un indio que nombraba Narvaez para repartirla a los soldados. Los de Caonao se habían reunido en la plaza, y estando sentados en cuclillas contemplando pasmados las yeguas, y el licenciado Casas atendiendo como se hacía la repartición, un desalmado saca la espada, y luego los demás y con furia insana acometen a los indios indefensos. Casas, sorprendido, se apresuró a salvarlos, arrancando a muchos de la muerte aún a riesgo de su vida, exhortando a los soldados y llamando a gritos a Narvaez, que, mudo espectador no se movió a interponer su autoridad, y aquellos malvados se cebaron en la sangre de multitud de víctimas inocentes. (138)

(138) El cronista HERRERA, a quien seguimos en esta relación, dice que los indios reunidos en Caonao eran en número de poco más de dos mil quinientos; CASAS hace subir el número solamente de los muertos a "más de tres mil ánimas que estaban sentados delante de nosotros, hombres y mujeres y niños", lo cual induce a creer que había en el pueblo, por lo menos, de cinco a seis mil indios. "Allí vide, añade CASAS, tan grandes crueldades que nunca los vivos tal vieron, ni pensaron ver".

Nunca pudo saberse quién fué el temerario que sacó primero la espada, ni qué lo movió a tan loco frenesí, "y si se entendió, se disimuló". En el interés común, se atribuyó la causa de esta felonía a que los soldados sospecharon de los indios por haber notado que miraban mucho las yeguas, por ciertas guirnaldas que llevaban en la cabeza, sembradas de espinas del pez llamado aguja y por unas cuerdas que tenían ceñidas al cuerpo, creyendo intentasen herirlos y aprisionarlos. El resultado fué que difundido el espanto por la isla, los indios corrieron a refugiarse en las isletas del Jardín de la Reina, dejando sumida la tierra en un completo desierto.

Casas sirvió esta vez, como en Bayamo, de intercesor para la reconciliación. Habían salido los castellanos del pueblo afligidos por el hambre y estaban en una roza de yuca alimentándose del casabe que les hacían los jamaicanos, cuando al cabo de días llegó un indio como de veinticinco años y yéndose en derechura al bohío del padre entabló conversación con otro viejo de Haití que le servía de mayordomo. Díjole que venía enviado de las gentes fugitivas, y que así él como un hermano suyo de quince años deseaban quedarse a vivir con su señor. El haitiano le aplaudió su venida y el intento, y con tan buenas nuevas lo llevó donde Casas, quien mostró mucho gozo de verle, ofreció de recibirlo en su servicio y también al hermano, y sabiendo que los de aquel lugar estaban dispuestos a volver le aseguró que no se

les haría mal y agasajólo con una camisa y otras fruslerias.

Fuese contento ofreciendo que dentro de pocos días volvería con los del pueblo, y después de muchos que pasaron se presentó con el hermano pequeño y ciento ochenta hombres y mujeres de la roza con sus hatos y muchos sartales de mojarras para obsequiar a los castellanos. Recibiéronlos con muestras de paz y amistad enviándolos a sus bohíos; y luego que se extendió la nueva de que habían sido bien tratados y de que los castellanos no hacían mal a nadie, antes bien se alegraban de que todos volviesen, así lo hicieron yéndose cada cual a su pueblo.

Entrado el año de 1514 estaban aún en la roza, cuando Narvaez tuvo noticias de los castellanos cautivos de que ya hemos hablado, de los cuales sólo quedaban las dos mujeres y un hombre, y temeroso de que el cacique, con lo sucedido en Caonao, no quisiese tomar venganza, acordó con Casas enviar al punto por ellos; y salieron los mensajeros llevando los papeles atados a una vara con la comisión de decir al cacique los enviase sin tardanza, porque donde no, se enojaría el Padre.

La circunstancia de hallarse aquel pueblo en la costa del norte influyó quizá en la resolución que adoptó Narvaez de alterar su marcha, seguida hasta entonces por la parte del sur, que era la más conocida; pues de la roza salió con su gente en la misma dirección que los mensajeros, y atravesando algunos pueblos que se encontraban al

paso, se detuvo en uno situado a la desembocadura del Saguagrande, que tenía las casas sobre horcones dentro del agua y los cibuneyes llamaban Carahate. Aquí estuvieron quince días regalados a su placer, maravillados de la abundancia de viandas y frutas que había, del casabe, pescado y aves con que los obsequiaban, sobre todo del número de papagayos que comieron, que pasaron de diez mil, muy hermosos a la vista.

En uno de esos días se vió venir una canoa bien equipada de indios remeros y llegóse a desembarcar junto a la barbacoa del Padre Casas, que estaba bien dentro del agua, trayendo las dos castellanas, que andaban desnudas y habían tomado las maneras y costumbres de los naturales. Este acontecimiento llenó de júbilo al ejército, y todos se agolparon a verlas y ofrecerles comida y algunos capuces, de que se les hicieron vestidos y mantos. Y contando ellas cómo habían llegado a las costas donde naufragaron, el triste fin de sus compañeros y su vida de cautivas, empezó a conocerse aquel lugar por "el puerto de la matanza", de donde vino llamársele Matanzas y darse después este nombre a la bella ciudad que hoy adorna sus playas. Como no hubiese venido el castellano, Casas volvió a enviar sus papeles al cacique encargándole lo guardase bien hasta su llegada.

Contentos de haber recobrado las mujeres y de la hospitalidad generosa de los de Carahate, siguieron su marcha yendo unas veces en las canoas de los indios, en número de cincuenta o más,

que lucían como si fuesen una armada de galeras, y otras por tierra, y llegaron a la provincia de la Habana, una de las más grandes de la isla, con muchos pueblos y aldeas, y había en ellas varios caciques y señores que reconocieron vasallaje al soberano y señor de todos.

Los habanenses, sabedores del estrago hecho en Caonao, así que se acercaban los castellanos abandonaban los pueblos y huían a esconderse entre los bosques; pero merced al crédito de Casas, luego que los caciques recibían sus papeles asegurándoles llegasen sin temor, que no se les haría ningún daño, salían de sus guaridas y volvían a sus estados. Confiados en el seguro del Padre, llegaron una vez, según él, veinte y un señores de vasallos, (según el autor que seguimos diez y nueve), trayendo presentes de comida; y el insensato Narvaez "los mandó prender y otro día trataba de justiciarlos; pero el licenciado Casas, parte por ruegos y parte por amenazas, diciendo que pues aquello era contra la orden que tenía de Diego Velázquez y contra la voluntad del Rey, al momento se partiría a la corte a dar quejas de tan gran crueldad, pasando aquel día poco a poco se resfrió, y la justicia se excusó, y soltó a todos, salvo al mayor señor, a quien después mandó Diego Velázquez dar livertad".

Pasando adelante visitaron varios pueblos antes de llegar al de la matanza, donde iban en demanda del castellano cautivo. Luego que el cacique supo que estaban cerca, salió al camino a recibirlos, pre-

cedido de trescientos vasallos cargados de cuartos de tortugas recién pescadas. Encontró el ejército en un monte, y en llegando donde él hicieron alto los indios abriéndose en dos alas, pusieron los presentes en el suelo cantando a la bienvenida suya y se sentaron a su usanza. El cacique, anciano de más de sesenta años, alto y bien apuesto, de rostro agradable y condición alegre, que mostraba tener sanas entrañas, se adelantó a saludar a Narvaez y Casas haciéndoles reverencias, les presentó el castellano diciendo que lo había tenido en su casa como a un hijo y guardado y defendido mucho de los otros caciques, y en seguida les ofreció la hospitalidad y las cosas que había hecho traer para regalo del ejército. Todos recibieron con alegría al cautivo y los ofrecimientos del cacique, y en prueba de gratitud y amistad Narvaez y Casas abrazaron al anciano generoso e hicieron con él todo el cumplimiento posible. Después de esto marcharon juntos a la ciudad, donde pasaron muchos días festejados y tratados con todo género de atenciones.

Matanzas era un pueblo situado sobre las ondulaciones del terreno que desde el fondo de la bahía arrancan en anfiteatro y van a terminar en las pintorescas colinas conocidas hoy con el nombre de Yumurí, y sus campiñas, iguales en belleza a las más celebradas de Cuba, estaban cubiertas de huertos y conucos bañados por las aguas de dos ríos abundantes de peces. Probablemente era esta la capital de la provincia; pues en las relacio-

nes de los historiadores no hemos hallado mención de ningún otro que hubiese en ella igual en población y grandeza. (1)

Los castellanos discurrían por todas partes contemplando embelesados la naturaleza de aquel delicioso lugar. Ora admiraban las ondas serenas del San Juan y sus floridas riberas, ora el abra agreste y portentosa que da paso a las corrientes del Yumurí, pobladas de innumerables peces; o ya trepando a la cima de la Cumbre se paraban extáticos entre el espléndido paisaje del valle sin rival, y el elíseo de los habanenses, donde yacian en silencio las cenizas de su caciques, y mecidas por el aura se veía la hamaca del indio moribundo colgada a la sombra de los robustos mameyes. ¡Cuántas veces el virtuosos Casas, paseando este retiro sumido en profunda meditación, elevaría sus preces al cielo por la felicidad de los sencillos moradores de esta Antilla!

Narvaez sentó sus reales en Matanzas con gran placer de Casas y el ejército, que no se saciaban de gozar en el trato amable del cacique y los señores de la provincia; llevabánlos por todas partes y procuraban complacerlos por cuantos medios estaban a su alcance. Así recorrieron los pueblos y aldeas hasta la ensenada de Batabanó, visitaron las isletas de aquel litoral y con frecuencia atravesaban de la costa del norte a la del sur conservando una perfecta armonía con los indios. Una

(1) OVIEDO, libro XVII, cap. 8. Véase *Ilustrac.* VII.

de las cosas que más le llamó la atención en estas excursiones, porque nunca lo habían visto, fué la gran cantidad de petróleo de que estaban cubiertas las playas de Batabanó, no acertando a explicarse cómo es que la mar lo cría, ni de dónde allí viniese.

Permaneció Narvaez muchos días en Matanzas esperando cartas de Velázquez, y ya empezaba a disponerse para continuar su exploración y la conquista de la isla, cuando recibió sus órdenes mandándole detuviese su marcha y que desde la Habana se fuese acercando al puerto de Jagua, donde había resuelto reunirse con él y el licenciado Casas. Posteriormente, en el mismo año de 1514, lo envió a sojuzgar la provincia de Uhimá en el extremo occidental, cuya comisión es de suponer llevaría fácilmente a cabo, pues los historiadores no vuelven a tratar de esta expedición, con lo cual quedó concluída la conquista de Cuba. (1)

(1) HERRERA, *Década* I, libro IX, caps. 8, 9, 15 y 16. y libro X, cap. 8.

CAPITULO V

Velázquez funda las villas de Trinidad, Sancti-Spíritu, Bayamo, Santiago y Puerto Príncipe.—Progreso de la colonización.

En el tiempo transcurrido durante la excursión de Narvaez hasta la provincia de la Habana, Diego Velázquez recorrió parte de la costa del norte al occidente de Baracoa y por la del mediodia la provincia de Bayatiquirí y demás que se hallan hasta la de Macaca sin encontrar resistencia alguna; repartió los indios de Bayatiquirí entre sus deudos y amigos, dando una encomienda a su suegro Cristobal de Cuéllar, que pocos días antes había llegado a Baracoa nombrado tesorero de la colonia; e hizo venir de Haití simientes y animales domésticos de los que habían sido traídos de Castilla, que se aclimataron con facilidad y empezaron a desarrollar la industria de los castellanos creando nuevas fuentes de riqueza. (1)

Viendo Velázquez la capital tranquila, aumentada su población con los vecinos que venían de

---

(1) HERRERA, lugar citado. OVIEDO, libro XII, cap. 8.

Haití y que Narváez había llevado a cabo la sujeción de casi toda la isla sin perder un solo hombre, resolvió fundar algunas villas en puntos convenientes, así para compensar a los que se habían distinguido por sus servicios, como para poder más facilmente mantener pacíficos a los indios. Con este fin salió de Baracoa llevando algunos castellanos, y envió otros con canoas a reconocer la costa con orden de hacer alto en Jagua. A su llegada a este puerto se aposentó en una de las tres isletas que hay en él, donde había una población; y mientras venía Narvaez hizo explorar las cercanías, y con gran contento de todos se descubrieron en las aguas del Arimao ricas minas de oro, el cual fué declarado por de calidad superior al de Cibao en Haití a causa de su mayor ductilidad para las obras de platería.

Después de habérsele reunido Narvaez y Casas y conferenciando con ellos, acordó fundar una villa a nueve o diez leguas de donde estaban, hacia Oriente, por ser lugar de muchos pueblos, cerca del puerto de Casilda, sepultura de muchas naves en los primeros tiempos de la navegación de las Antillas. Púsole por nombre La Trin dad y repartió indios entre algunos de sus capitanes y amigos: de ellos fueron los más favorecidos su cuñado Francisco Verdugo, Juan de Grijalva, Pedro de Alvarado y sus hermanos Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, el Padre Casas, a quien dió un buen repartimiento en Canarco, junto a Jagua, y Pedro de Rentería, que había sido Teniente de Velázquez,

a quien por amor de Casas dió otro junto al suyo, e hicieron compañia y empezaron a ocuparse en granjerías; aunque el Padre era el que todo lo mandaba, porque el bueno de Rentería más se ocupaba en rezar que en el aumento de sus bienes. En esta misma costa fundó la de Santiago, que para distinguirla de la isla de Jamaica, que tenía este nombre, se llamó después Santiago de Cuba: entre sus primeros vecinos se cuenta el célebre Hernán Cortés, a quien hizo Alcalde Ordinario y dió encomienda.

En el interior fundó a Sancti-Spíritu, casi en medio de los mares del norte y sur, entre cuyos pobladores figuran como encomenderos Francisco Hernández de Córdova, Juan Velázques de León, Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Ranjel, Juan Sedeño, Gonzalo y José López de Jimena y otros hombres de cuenta; y a San Salvador del Bayamo, en el pueblo indio de este último nombre.

En la costa del norte, entre la ensenada de Mayanabo y la bahía de Nuevitas, asentó una que llamó Puerto Príncipe, la cual trasladó después al pueblo de Camagüey, corte del cacique de la provincia, situada a orillas del Caonao, y a poco la pasó a la llanura donde hoy existe la ciudad que lleva su nombre. De manera que las seis primeras villas fundadas por el conquistador de esta isla, incluyendo la capital Baracoa, fueron asentadas dos en la costa del norte, dos en la del sur y las otras dos en el interior.

Ademas de las encomiendas de estas villas repartió entonces, o poco después, los indios de otras partes fomentando en ellas estancias: en el puerto de Carenas reservó para el Rey una hacienda de cerdos y casabes; para sí tomó una estancia en Jaruco y más de una en Matanzas; y en este último pueblo las dió a algunos castellanos que fijaron allí su residencia formando una pequeña colonia, origen de la ciudad que más tarde se fundó con el mismo nombre. Después que hubo nombrado alcaldes en las villas y organizado sus ayuntamientos, dió orden a Narvaez para que fuese a conquistar la distante provincia de Uhimá (de que ya hemos hablado) y se volvió a Baracoa.

Con estas poblaciones, situadas con tanto acierto que aún hoy existen en los mismos lugares, quedó el país sujeto y pacífico. Los castellanos se apresuraron a fabricar sus casas, hacer sus granjerías y sacar el oro de las minas que cada día se descubrían; para el comercio con las islas vecinas y el continente del sur armaron varios navíos así como para ir a comprar y cautivar indios; hacían compañía entre sí y andaban de unas islas en otras trayendo ganados de Jamaica y armas y géneros de Haití que llevaban con mantenimientos a las nuevas colonias.

Esta actividad, y la fama de las minas y del gran número de indios que había para repartir, atrajeron mucha gente de Haití, Jamaica y el Darién. En el mismo año de 1514, llegó de Santo Domingo el Vicario fray Gutiérre de Ampudia con una co-

munidad de padres dominicos: y fué tal el número de castellanos que acudieron de allí que el Rey dispuso en 1515 no se permitiese dejarlos salir para ir a Cuba.

Una de las primeras atenciones de los vecinos fué tratar de darle cuenta de la pacificación del país y el estado de su población, y pedir algunas gracias para su desarrollo. Al efecto, se nombró por los delegados de los varios ayuntamientos al Capitán Pánfilo de Narvaez, para que con el carácter de procurador pasase a la corte y después de informar al soberano el estado de la isla, le suplicase la gracia de la perpetuidad de las encomiendas y otros privilegios.

A instancia suya se concedió, en 1516, por armas a la isla, para que pudiesen usarse en sus pendones y sellos, un escudo partido por medio, en la parte superior la Asunción de Nuestra Señora, vestida con manto azul purpurado de oro, de pie sobre una luna con ángeles y el campo de color de cielo con nubes en lo alto, y en la inferior a Santiago en campo verde con lejos a manera de peñas y algunos árboles y verdura; sobre la mano derecha una F y una I, y a la izquierda una C, iniciales de los Reyes Católicos y el Emperador; a un lado un yugo y al otro cinco flechas largas con un lagarto debajo de éstas y del yugo, y al pie, por remate, un cordero colgando; se dió facultad al Gobernador para que proveyese en muchas cosas en que los vecinos recibían perjuicio de ir a negociarlas a Haití; mandose que cuando alguno fuese a España

con licencia no se le quitasen los indios durante el tiempo de ella; que se abriesen caminos, que no se apurase a los pobladores por las deudas a la fundición; que se hiciese otra casa para ésta en lugar más conveniente a los mineros, y que los vecinos contribuyesen a los gastos del común mientras las villas no tuviesen bienes propios; se prohibió pasasen letrados, y que los que había pudiesen abogar, porque se vió por experiencia que excitaban a pleitos; y se dictaron otras medidas para el buen gobierno de la isla.

En cuanto a la perpetuidad de las encomiendas no se hizo novedad alguna, y aún no sabemos si Narvaez representó sobre ello; pues el Cardenal Regente estaba inclinado a favorecer la libertad personal de los aborígenes. Sobre la solicitud que hizo de que se permitiese la introducción de negros esclavos, sabedor éste de que empezaban a faltar brazos, resolvió prohibirla temporalmente para imponer algún tributo. Otras cosas que pidió se remitieron a los padres Jerónimos para que informasen con su parecer.

En estos primeros años de la colonización cubana, además del comercio, la atención principal fué la explotación de las minas. Dedicaronse, más adelante los pobladores (probablemtente después que afluyeron vecinos de Haití), al cultivo de la caña de azúcar, en el cual hicieron algunos progresos; y como entendiese el rey Don Carlos I que de este ramo de riqueza había de resultar provecho a la colonia y que muchos querían hacer

ingenios y a causa de ser costoso su fomento y no tener medios de sufragar los gastos, la granjería no se podía extender sin el favor del gobierno, mandó en 1523 que a los más honrados que quisiesen hacerlo se prestasen cuatro mil pesos de su real hacienda, a cada cual según la necesidad que tuviese, dando fianza que los gastarían en tal objeto y devolverían la cantidad en el término de dos años. (1)

(1) HERRERA, *Década* I, libro IX, cap. 9; libro X, caps. 8, 9, 12 y 15; *Década* II, libro I, cap. 2; libro II, caps. 7, 8, 12 y 17; libro III, caps. 1, 7, 11, 12 y 17; libro V, cap. 3; *Década* III, libro IV, cap. 21. OVIEDO, libro XII, cap. 9; libro XVII, cap. 18 y 19. *Mem. de la S. E. de la Habana*, febrero de 1849.

CAPITULO VI

Planes de Velázquez para descubrir al Occidente.—Hace a Santiago capital de la isla.—Funda la villa de la Habana.—Su traslación al puerto de Carenas.—Descubrimiento de Méjico.—Expediciones de Cortés y Narvaez. —Muerte de Velázquez.

Viendo Velázquez la prosperidad de la isla y la reputación que había adquirido en las otras Antillas, hallándose con gran fortuna y muchos capitanes acreditados, alzó el pensamiento a más altos fines y empezó a revolver en su imaginación, cómo emprender el descubrimiento y conquista de nuevas tierras hacia la parte de Veragua o de la Florida. Necesitaba para esto de la protección de algún personaje de valimiento en la corte; y como supiese que el Almirante Don Diego no tenía favor con el Rey y que el tesorero Miguel de Pasamonte merecia su confianza, se decidió a solicitar la amistad y protección de éste último.

La venida de Don Diego con los cargos de Almirante y Gobernador revivió en Santo Domingo los antiguos bandos y parcialidades que costaron

al descubridor la pérdida de su libertad y el fruto de sus conquistas, y más tarde habían de ser la ruina del hijo, heredero de los trabajos y pésares de su padre. Componíase el bando del gobernador, de los pobladores arraigados, interesados en sostener el orden y mirar por el progreso de las nuevas colonias. Eran parciales del opuesto, la Audiencia, los oficiales reales y la gente aventurera, que iban a buscar fácil fortuna, ambiciosos del mando para medrar con los abusos, monopolizar las encomiendas y enriquecerse a costa del bien público. Este tenía por jefe a Pasamonte, a quien parecía estimar Fernando, merced a las cuantiosas remesas de oro que le hacía y quizá inclinado a debilitar por este medio la popularidad del Almirante.

Velázquez, no obstante haber merecido el gobierno a Don Diego, empezó a captarse la voluntad del tesorero dándole, y a sus parciales, encomiendas y enviándole para el Rey todo el oro que podía reunir del producto de las minas. El medio adoptado fué el más eficaz para lograr sus fines, y Pasamonte recomendó al Rey sus servicios informándole que había en corto tiempo pacificado la isla, hecho muchas poblaciones y enviado cantidad de oro, y lo puso también en gracia del obispo Fonseca, para quien el ser enemigo de los Colones era una recomendación de gran peso.

Por su conducto envió al Rey un mapa que había formado de la isla, con los montes, ríos, valles y puertos, y le escribió que andaba procurando redu-

cir la fuerza a la parte del sur para que se pudiese dar mano en las cosas de tierra firme y acrecentar el comercio, con cuyo objeto trabajaba en fabricar navios. El Rey tuvo singular contento de todo esto, empeñado en promover el descubrimiento del paso a la India y extender las conquistas por el continente.

Don Diego intentó en vano separarlo de esta alianza, y resentido de su ingratitud dió acogida a las quejas que contra él habían elevado los que se creyeron desatendidos en los repartimientos y las envió a las cortes con informes favorables; por lo cual se mandó en 1514 que se mirase como había procedido en ello para que se pusiese el remedio conveniente, y al año siguiente a instancias suyas se nombró al licenciado Lebron para que le tomase residencia, viéndose en peligro de perder el gobierno. Pero Pasamonte escribió que no convenía cortar el hilo con que llevaba tan bien encaminadas las cosas de Cuba, y su crédito valió para que se suspendiese la orden comunicada al juez de residencia.

Temeroso Velázquez del Almirante, trató de asegurarse en su gobernación y negoció en la corte para que se le diese de nombramiento real, logrando en 1517 que el Consejo de Indias mandase despachar una cédula para que fuese gobernador sin dependencia suya. Este plan, sin embargo, fué deshecho por Don Diego, quien, hallándose entonces en España, se quejó al gran canciller que se le hacía agravio en aquella disposición. Más adelante los

amigos de Velázquez hallaron ocasión favorable y lograron se despachase nueva cédula para que el Almirante, aunque quisiese, no pudiera suspenderlo del gobierno. (1) Mal satisfecho éste, a su vuelta a Santo Domingo, envió en 1521 al licenciado Alonso de Zuazo para que le tomase residencia; pero como todos deseaban favorecerlo por la mucha opinión que tenía y por entenderse que al Almirante no competía esta jurisdicción, ordenaron los gobernadores del reino que Zuazo no usase de la comisión por entonces y que Velázquez tuviese como antes la gobernación y justicia por Don Diego. (2)

(1) HERRERA, *Década* I, libro X, cap. 16; *Década* II libro I, cap. 11, y 19; y *Década* III, libro IV, cap. 14.

(2) HERRERA, *Década* III, libro I, cap. 14. OVIEDO refiere (libro XVII) los sucesos de esta residencia, de la manera siguiente: "Después de lo cual vinieron los frailes Hierónimos que el cardenal fray Francisco Ximénez de Cisneros, gobernador de España, envió a esta isla e ciudad de Santo Domingo, y con ellos por justicia mayor al licenciado Alonso Zuazo, como en otras partes queda dicho; é con su acuerdo é por las muchas quexas que avia contra Diego Velázquez fué a le tomar residencia al licenciado Zuazo en nombre del almirante Dn. Diego Colón. Y después que la ovo hecho, quedósse assi suspenso de la gobernación, pero muy rico hombre; é residía en ella el juez de residencia, que era el licenciado Zuazo, porque ya quando él allí fué, ya avía hecho él residencia en Santo Domingo. Pero aunque Zuazo administró justicia en Cuba, tampocó faltó quien se quexasse del almirante, por lo qual acordó de passar en persona a ver la verdad; é fueron con él dos oydores de aquesta Audiencia real que reside en esta ciudad de Santo Domingo, que fueron los licenciados Marcelo de Villalobos, e Johan Ortíz de Matienzo; pero quando estos llegaron, averiguada la verdad, no hallaron tantas culpas en Zuazo como decían. E como ellos no tenian comissión para le tomar residencia, ni el avia ydo alli proveydo por esta Audiencia real, el licenciado Zuazo no hizo residencia, porque aunque la hiciera fuera ninguna, e la

Mientras estas alternativas de buen y mal resultado ponían a cada paso a Velázquez al borde de perder su gobierno, su ambición no dormía y constante en el propósito de extender las conquistas al occidente, trasladó en 1515 la capital de la isla al puerto de Santiago, y el 25 de junio del mismo año fundó la villa que denominó de San Cristóbal de la Habana en honor del primer almirante y por estar en la provincia índica de la Habana. Esta villa fué fundada en la costa del sur, en la boca del río Onicajinal, que desagua en la ensenada de Batabanó, hacia la parte de Oriente. (1) Nombró por su Teniente en ella a Pedro de Barba, a quien dió encomienda de indios, así como a Francisco Montejo, Diego de Soto, Sebastián Rodríguez, Juan de Nájera, el clérigo Alonso González y otros. El mismo Velázquez la trasladó a fines de 1519, si no después, al puerto que Ocampo llamó de Carenas, donde ya por este tiempo había un principio de población; y según el Sr. Arrate, la tradición vulgar atribuye esta traslación a que el sitio donde estaba era malsano y conocidamente nocivo a los recién nacidos. (2)

---

avia de tornar a acer en mandándolo S.M. o Real Consejo de Indias. Pero tomó el Almirante las varas, e con aquellos oydores entendió en otras cosas tocantes á la reformación de aquella isla, y el Almirante volvió el cargo al mismo Diego Velázquez, que estaba suspenso desde que allí avía ydo el licenciado Alonso Zuazo. Hecho aquesto, el Almirante e los oydores que he dicho se tornaron a esta isla española.

(1) HERRERA, *Década* II, libro II, cap. 17. ARRATE, cap. 3. GOMARA, cap. 8.

(2) HERRERA, *Década* I, libro X, cap. 8; *Década* II, libro II, cap. 17 y libro III, cap. 13. ARRATE, caps. 4 y 5.

De los emigrados que dejaron el Darién acosados de hambre y de miseria, habían llegado a la isla hasta cien hombres, la mayor parte nobles, y Velázquez les ofreció ocuparlos en cosa de provecho. A poco les propuso si querían dedicarse al tráfico de esclavos indios que se hacía con actividad en el continente; pero como esto repugnase a la hidalguía de aquellos soldados, concertó que fuesen a descubrir hacia las partes conocidas del primer almirante y de Ponce de León; prometiéndoles que si las nuevas tierras mereciesen poblarse no sacaría indios para traerlos a Cuba. Y como se brindase a ir por capitán Francisco Hernández de Córdova, hombre rico y valiente, Velázquez le dió las instrucciones necesarias, y en dos navíos y un bergantín que compró y proveyó de vituallas, se embarcó con ciento diez soldados, llevando consigo los pilotos Antón de Alaminos, Camacho y Juan Alvárez.

Salió Hernández de Córdova, de Santiago, a principios de 1517, para la villa de la Habana,

---

El Sr. ARRATE cree que en la traslación de la Habana debió tener mucha parte la situación geográfica del puerto de Carenas, después de las ventajas que ya habían empezado a notarse de hacer la navegación de Veracruz a España por el Canal Nuevo de Bahama. Si ha de estimarse ésta como una de las causas de la resolución de Velázquez, la traslación debió verificarse por lo menos después del primer viaje que se hizo por el Canal Nuevo, que fué el de Antón de Alaminos, y como éste habil piloto salió de Veracruz el 26 de Julio de 1519 (según HERRERA, *Década* II, libro V, cap. 14) no es aventurado suponer, a falta de otros datos, que la traslación de la villa antigua tuvo lugar a fines, o después del citado año de 1519.

donde a ruegos suyos se le unió el clérigo González; el 8 de febrero se hizo al mar y el 12 dobló el cabo de Guaniguanico; descubrió la península de Yucatán, cuya conquista intentó y fué rechazado tres veces con pérdida de gente, herido él mismo de doce flechazos; se dirigió a la Florida, donde no más afortunado fué también batido, y entonces resolvió volverse haciendo rumbo a Carenas, y escribió a Velázquez sobre las poblaciones y edificios que había hallado. Esta expedición costó la pérdida de cincuenta y seis soldados y la del mismo Capitán, que murió a los diez días de su llegada; pero alentó el entusiasmo de todos con las joyas de oro tomadas de unos adoratorios, de que quedaron admirados, y atrajo la atención de las otras islas por la riquezas que prometían aquellos países.

Aprovechando Velázquez la exaltación general, hizo publicar una nueva expedición, y pronto tuvo listos tres navíos y un bergantín y reunidos hasta doscientos cincuenta hombres entre soldados y marineros, además de algunos indios que iban de servicio; nombró por cabo principal a Juan de Grijalva, gentil mancebo y honrado, hidalgo de Cuéllar, y por capitanes a Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso Dávila, y dió el cargo de piloto mayor a Alaminos.

Esta armada se hizo a la vela del puerto de Santiago, el 8 de abril de 1518, y doblado el cabo Maisí fué en derechura a Matanzas a proveerse de casabe y puercos en las estancias de los caste-

llanos establecidos en el pueblo; de él hizo rumbo al cabo de Guaniguanico, que por estos tiempos empezó a llamarse de San Antón, en honor del hábil piloto Alaminos; y siguiendo a occidente, como decayesen los navíos por la violencia de las corrientes, fué a dar a la isla de Cozumel. Grijalva completó la exploración de las costas de Yucatán, y recorrió el primero las del reino de Méjico; llegó al río de Tabasco y entrándose por él concertó paces con el cacique y se hicieron mutuos presentes. Dióle una armadura hecha de piezas de oro fino y un vestido de ricas plumas, máscaras, casquetes y patenas, unas de oro macizo, otras de madera cubiertas de láminas de oro, algunas con labores de turquesas o piedras preciosas imitando mosaicos, armaduras de rodelas también de oro fino o adornadas con láminas de este metal, collares, sarcillas y pincetas de oro, unas como aforcas de oro de tres dedos de ancho, varias sartas de granos de oro puro o de barro cubiertos de oro, y otras muchas joyas y adornos de plumería de forma y artificio maravilloso; y Grijalva le correspondió con un vestido de terciopelo y los mejores rescates que tenía, obsequiando con regalos a los de su comitiva. De Tabasco prosiguió su navegación hasta el río de Banderas, donde rescató por valor como de quince mil pesos en joyuelas de oro bajo y descubrió las islas de Sacrificios, San Juan de Ulua y otras; llegó al río de Canoas en la provincia de Panuco, y subiendo más al norte hasta un promontorio donde se estrellaban con furia las corrientes

y estorbaban el paso, resolvió con acuerdo de Alaminos y los principales capitanes regresar por los mismos lugares que había visitado y ancló en la bahía de Matanzas.

Cuando se hallaba en San Juan de Ulua, como las provisiones empezaban a perderse y hubiesen muerto diez castellanos y otros estuviesen dolientes, envió a Alvarado para que diese noticias al Gobernador de todo lo ocurrido y llevase los enfermos con el oro y ropas que se había rescatado. Llegó Alvarado y toda la ciudad recibió gran contento con la inesperada y extraña riqueza que veía delante, la mayor y más preciosa hasta entonces encontrada en el Nuevo Mundo; y en el exceso de su alborozo hizo Velázquez circular por la isla que se preparaba ejército para ir a poblar las tierras descubiertas, y empezó a equipar una armada y reunir gente. Así que al llegar Grijalva a Matanzas encontró carta suya mandándole apresurarse su vuelta, y entró en Santiago el 15 de noviembre de 1518.

Velázquez envió a Castilla su capitán Benito Martín y a Gonzalo de Guzmán con la relación de este viaje y las muestras del oro traido, para que unidos con Narvaez suplicasen al Rey le hiciese mercedes y diese algún título por sus servicios; y se le concedió en las capitulaciones para la conquista de Méjico el título de Adelantado, merced de la hacienda situada en la Habana perteneneciente al Rey, exención por vida de los derechos de la ropa, armas y comestibles que llevase

de Castilla para aquellas tierras, la quinta parte del provecho que en ellas tuviese la Corona, y otras gracias así para él como para los que fuesen a la conquista y poblasen. Además el Rey le escribió agradeciendo el éxito de sus afanes y animándolo a continuar aquel descubrimiento. (1)

La joven colonia hervía en actividad y risueñas esperanzas creyéndose próxima a engrandecerse con las doradas ilusiones de la conquista de un vasto y opulento imperio: cada día llegaban nuevos aventureros de las islas vecinas a engrosar el ya numeroso ejército; el hierro de Vizcaya atronaba los montes de Jagua y de Santiago, la ribera cubierta con los despojos de la selva veía levantarse poderosas naves, y para más alentar la ambición de capitanes ilustres, asistian al Gobernador en sus determinaciones con el consejo, la influencia y la fortuna.

Este pensaba mientras tanto en la elección del jefe que había de dirigir la expedición, perplejo entre tantos caudillos capaces de las mayores empresas. Entre todos parecía ser Grijalva el más digno de este honor, por haber correspondido a la confianza que de él acababa de hacerse dándole el mando de la anterior; y ya que no Grijalva, era natural fijase la atención en Alvarado o Montejo o Dávila, que conocían el país y se habían portado como buenos caballeros. Cosa extraña que no eligiese a ninguno de éstos, y que después de

(1) HERRERA, *Década* II, libro II, caps. 17 y 18; libro III, caps. 1, 2, 9 y 11. OVIEDO, libro XVII, cap. 19.

haber pensado en otros se decidiese por quien menos debía esperarse.

Estaba en Santiago aquel Hernán Cortés, cuya imprudencia pudo haberle costado la vida en Baracoa cuando la conspiración de los parciales de Morales; joven de valor y altos pensamientos, pero no ejercitado en las armas, ni probado en el mando de ninguna expedición, el cual supo introducirse con maña en la confianza del contador Amador de Lares e interesarlo en que le alcanzara el mando de aquel florido ejército; y Lares, que era un burgalés astuto, logró fijar la indecisión del Gobernador con el auxilio de Andres de Duero, secretario de éste y amigo de Cortés.

Fácil es de pensar que una elección hecha en sujeto de un carácter independiente y ambicioso y que tenía malos antecedentes, había de estar expuesta a las vacilaciones de Velázquez, naturalmente caviloso y desconfiado. Cortés, que con una apariencia de superficialidad y petulancia era sagaz y disimulado, trató desde el principio de pervenir los efectos de su volubilidad, atrayéndose la estición de la gente que se estaba reuniendo, con presentes de armas y dinero, en que gastó cuanto tenía, y alentándola con promesas de futura prosperidad y grandeza. De modo que cuando cambió de resolución y trató de quitarle el mando, se alzó con la armada, aún no enteramente equipada y se hizo a la vela el 18 de noviembre de 1518. Entró en los puertos de Macaca, Trinidad y la Habana, y engrosado el ejército y completadas las provisiones

pasó revista a su gente y armamento y halló que tenía quinientos ocho soldados, ciento cien hombres entre maestres y marineros, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez piezas de artillería de bronce, cuatro falconetes y diez y seis caballos y yeguas. La armada constaba de once navíos y otras naves, las más de ellas pequeñas y sin cubiertas. Con estas fuerzas salió de Guaniguanico para el cabo Catoche, a mediados de febrero de 1519.

Sorprendido Velázquez de tal atrevimiento y conociendo la disposición de los pobladores a dejar la isla por correr en pos de riquezas, procuró entretenerlos anunciando nueva armada y que iría él en persona. Gran riesgo corrió entonces la naciente colonia de quedar destruida; pues sólo su prudencia y autoridad la conservaba próspera, y a los indios en sosiego. Con el fin de evitar este mal, envió la Audiencia uno de sus oidores para que procurase estorbar aquella jornada, y a sus esfuerzos y los de algunos vecinos principales se debió que continuase en el gobierno; pero no desistió de enviar el armamento, y en su lugar nombró a Pánfilo de Narvaez y le dió particular instrucción de enviarle preso a Cortés. (1)

Componíase de once navíos y siete bergantines, y el ejército constaba de mil hombres por lo menos, doce piezas de artillería y ochenta y cinco caballos, fuerza más que suficiente para batir al con-

(1) HERRERA, *Década* II, libro III, cap. 12 y 13; y libro IV, cap. 6.

trario. (1) Pero la capacidad militar de ambos jefes era muy desigual, y aquí se vió cuánto puede en la guerra el talento, la actividad y pericia para neutralizar la escasez de fuerzas y conquistar la victoria. Cortés le sale al encuentro con doscientos sesenta y seis hombres, lo sorprende en Cempoala, y en pocas horas lo bate, se apodera de su gente y lo hace prisionero. Con este inesperado refuerzo acabó este ilustre capitán la conquista del imperio mejicano y dió a España el dominio de una de las regiones más ricas del Nuevo Mundo. (2)

Aún no desmayó el ánimo de Velázquez con este nuevo fracaso, y cegado por el deseo de venganza armó siete navios y se embarcó para Méjico; pero aconsejado del licenciado Parada, que iba con él, y le puso delante los inconvenientes que podrían resultar de ir contra un general tan favorecido de la fortuna y sobre todo lo que desaprobaría la corte una guerra de vasallos contra vasallos, resolvió poner la contienda en manos del Rey y se volvió a la ciudad sin emprender cosa alguna.

(1) El verdadero número de castellanos que llevó Cortés contra Narvaez fué de doscientos setenta y seis, "Contados los capitanes, cinco de a caballo y el fraile" (HERRERA, *Década* II, Libro X, cap. 1); en el combate de Cempoala murieron dos de los de Cortés y uno hubo herido; de los de Narvaez murieron once (*Década* II, libro X, cap. 4): éste quedó preso en la Villa-Rica "Con algunos de los soldados más bulliciosos"; Cortés dejó allí cien hombres de guarnición, su hacienda en Cempoala con los enfermos y treinta hombres de guarda, y se partió a Méjico con "más de mil cien españoles" (*Década* II, libro X, cap. 7). Según estos datos el ejército de Narvaez debió ser de mil hombres por lo menos.

(2) HERRERA, *Década* II, libro IX, cap. 18 y siguientes y libro X, cap. 3 y siguientes.

Acudió, pues, por medio de sus procuradores a exponer los inmensos sacrificios que había hecho con su persona e intereses por el éxito de una empresa tan importante y reclamar contra la usurpación de Cortés. El Soberano, aconsejado de sus amigos y bien dispuesto a recompensar sus servicios, daba fácil oido a sus reclamaciones; pero llegados los de Nueva España a darle cuenta de los sucesos de la conquista, conocidos los hechos de Cortés, vistas las riquezas que traían, la severa razón de estado entró a considerar el consejo de la conveniencia pública, y éste, honrado con la estimación y admiración de la corte, fué declarado Gobernador y Capitán General de aquellos dominios, se dió orden para que Velázquez no armase ni enviase gente contra él, y que las diferencias entre ambos se resolviesen por el Consejo Real de las Indias.

Esta provisión se publicó en Santiago en mayo de 1523; Velázquez suplicó de ella ante S.M. y envió a esforzar su agravio a su antiguo amigo Manuel de Rojas, y al año siguiente, estando determinado a ir en persona a quejarse y hacer mérito de sus servicios, le asaltó la muerte con general sentimiento de los vecinos de Cuba, y aún del mismo Soberano que, conociendo había perdido uno de sus mejores vasallos, dijo que se tenía por muy servido de él y a su persona en mucha estimación.

El nombre de Velázquez es todo de Cuba, y la historia de este país lo adopta para perpetuarlo en sus páginas como el del caudillo ilustre que con-

dujo allí a los nobles fundadores de la sociedad que hoy puebla su suelo. Conquistador humano, procuró hacer suave el yugo de la sujeción a la raza cibuney; gobernador sabio y prudente se atrajo el respeto de los castellanos que se fijaron en la isla y vió aumentarse su población y riqueza; vasallo leal, supo captarse el amor de su soberano invirtiendo su inmensa fortuna en los descubrimientos de Yucatán y Méjico; varón de hidalgos sentimientos y ambición noble, legó a Cuba la gloria de haber dado a España este rico imperio adquirido con la sangre de sus primeros pobladores. Sus restos mortales fueron sepultados en la catedral de Santiago con una inscripción latina alusiva a sus virtudes y servicios. (1)

(1) HERRERA, *Década* III, libro III, cap. 18; libro IV, cap. 3; libro VII, cap. 1. OVIEDO, libro XVII, cap. 19. ARRATE, pág. 35. Véase *Ilustrac.* VIII.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN por Fernando Ortiz..... I
PRÓLOGO del autor..... 1

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.—Descripción geográfica de Cuba..... 9
„ II.—Topografía de la Isla..... 23
„ III.—Clima y producciones..... 39
„ IV.—Carácter y costumbres de los cibuneyes 51
„ V.—Agricultura e Industria..... 63
„ VI.—Gobierno y Religión..... 73
„ VII.—Continúa el mismo asunto..... 81

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.—Comercio de los europeos en la India.—Descubrimiento de los portugueses en el Africa.—Planes de Colón sobre navegar a la India por Occidente. —La reina Isabel de Castilla, acoge las ideas de Colón..... 93
„ II.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.... 105
„ III.—Colón visita las costas de Cuba, desde la punta de Maternillo hasta el cabo Maisí 117
„ IV.—Colón funda en Haití la primera colonia cristiana de América.—Su vuelta a España..... 133

Págs.

CAPÍTULO V.—Recepción de Colón en la Corte.—Favor de los Reyes Católicos.—Cuestiones con Portugal..... 139

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I.—Segundo viaje de Colón a América.—Ruina de la Colonia Navidad.—Fundación de la Isabela..... 153

„ II.—Exploración de la costa meridional de Cuba.—Descubrimiento de Jamaica... 159

„ III.—Prosigue la exploración de las costas cubanas 167

„ IV.—Continúa el mismo asunto..... 175

„ V.—Llega Colón a la ensenada de Cortes.—Descubre la Isla de Pinos.—Emprende la vuelta a Haití..... 187

„ VI.—Bojea Colón a Jamaica.—Llega a la ciudad de la Isabel.—Regresa a España 197

„ VII.—Tercero y cuarto viaje de Colón.—Descubre las costas de Paria.—Principio de sus desgracias..... 203

„ VIII.—Colón no halla favor en la Corte.—Su enfermedad y su muerte..... 213

„ IX.—Progreso de los descubrimientos en América.—Sebastián de Ocampo bojea la Isla de Cuba..... 221

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I.—Progreso de las conquistas europeas en América.—Expedición contra Cuba... 239

„ II.—Estado de la Isla.—Emigraciones de Haití.—El cacique Hatuey..... 249

„ III.—Conquista de la provincia de Maisí.—Muerte de Hatuey.—Fundación de Baracoa, primera capital de Cuba..... 257

Págs.

CAPÍTULO IV.—Velázquez envía al Capitán Pánfilo de Narváez a la provincia de Bayamo.—Concluye la conquista de la Isla..... 265

" V.—Velázquez funda las villas de Trinidad, Sancti-Spíritus, Bayamo, Santiago y Puerto Príncipe.—Progreso de la colonización 281

" VI.—Planes de Velázquez para descubrir al Occidente.—Hace a Santiago capital de la Isla.—Funda la villa de la Habana.—Su traslación al puerto de Carenas.—Descubrimiento de Méjico.—Expediciones de Cortés y Narváez.—Muerte de Velázquez..... 289